

A
FR.
mit.
cio



COMPENDIO

DE LA VIDA, VIRTUDES, Y
milagros del Venerable Padre Frai
Juan Bautista de la Concepcion

FUNDADOR

DE LA SAGRADA REFORMA DE LOS
Descalzos de el Orden de la Santissima Trinidad
Redencion de Cautivos.

DISPUESTO

POR EL P. FR. LUIS DE SAN DIEGO.

Cronista general de dicho Orden.

Requena

CON LICENCIA:

EN PAMPLONA: POR JOSEPH LONGAS.

AÑO MDCCLXXXIX.

COMPENDIO

DE LA VIDA, VIRTUDES, Y
MISTIGIOS DEL VENERABLE PADRE
JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION

FUNDADOR

DE LA SACRADA REFORMA DE LOS
DESCALZOS DE EL CANTON DE LA SANTISIMA TRINIDAD
REDAENCION DE CAUTIVOS

DISPUESTO

Por el R. P. Fr. Juan de San Diego

Chronista general de dicho Orden

CON LICENCIA:

EN BARCELONA: POR JOSEPH LANGEAR

AÑO MDCCXXXIX

A N. V. PADRE

F. JUAN BAUTISTA
DE LA CONCEPCION.

FUNDADOR DEL ORDEN DE DESCALZOS

DE LA SANTISIMA TRINIDAD,

REDENCION DE CAUTIVOS.

*Fr. Joseph de San Juan Bautista
Superior General del dicho Orden*

VENERABLE PADRE NUESTRO.

*Apenas me ví precisado, bien que
sobre todo mi mérito, i contra todas
mis esperanzas, á gobernar el sa-
grado Rebaño, de que fuiste Autor,
i Pastor vigilantísimo, entre tanto
que el Cielo me concedia el deseado
gozo de venerarte en los Altares,*

¶ 2

con-

concebí un firme ánimo de ofrecerte algún obsequio, que al mismo tiempo que mereciese tu paternal agrado, sirviese á desempeñar alguna de las muchas obligaciones, que son inseparables de mi oficio. No dudo se comprenden todas en la de apacentar con obras, con doctrinas, i ejemplos las ~~almas~~ de mis hermanos, á mi encomendadas. Sé, que la Prelacia trahe su excelencia, i dignidad de su propio fin, que es el de guiar á Dios las almas, á imitacion de Jesu-Christo, santificandolas, é imprimiendo en ellas los sentimientos propios de la santidad. Conozco, que para llenar estos cargos á satisfaccion de Jesu-Christo, cuyas veces hace en la tierra el Superior, debe éste, á manera de un diestro Pintor, formar los ánimos de sus súbditos hácia la virtud,

por

por medio de varias insinuaciones, yá de doctrinas, yá de ejemplos, que sean otros tantos vivos colores, que expresen la verdadera imagen de la vida Religiosa, i exciten, muevan, i dulcemente obliguen á seguirla sin decadencia por toda la carrera de esta vida.

En continuacion de esta sana intencion de obsequiarte, con utilidad de tus amados hijos, mis hermanos, ¿de qué dón pudiera con mas acierto echar mano, que de la compendiosa historia de tus heroicas virtudes, por cuyo medio procuraste tanta gloria á Dios, como edificacion á los hombres? ¿Qué retrato mas acabado, que asi ponga á la vista toda la perfeccion christiana, i religiosa, podré yo presentar á mis hermanos, como la série de tus gloriosos hechos? ¿Con qué pas-

pasto mas saludable puedo yo recrearlos, que con los admirables ejemplos de tu santa vida? ¿Qué doctrinas mas sanas, i oportunas podré inspirarles, que las solidisimas, i abundantes, que nos diste, sacadas de los santos libros, de los Padres de la Iglesia, i bebidas en mucha parte de la copiosa fuente de la Divinidad, por medio de una alta contemplacion de sus perfecciones, á cuyo grado tuvo á bien elevarte la infinita Sabiduría?

Sí, Venerable Padre nuestro: bien os oigo prevenir desde el Cielo á tus amados hijos, i mandarnos que mirémos, i atendamos al sagrado ejemplar que el Todo-Poderoso colocó en el monte de nuestra Trinitaria Reforma, á fin de que por él formemos en nuestras almas un dig-

no Tabernáculo para gustosa habitacion de la infinita Bondad: que arreglemos el tenor de nuestra vida con relacion á tí nuestra primera cabeza, i segura guia para todas las virtudes; pues debiendo seguirlas con tesón, logramos en tí un perfectísimo modelo, á cuya imitacion serán perfectas nuestras obras.

En verdad, Venerable Padre nuestro, que en tí se halló con admiracion de todos, aquella profunda, i verdadera humildad, que con dulce violencia atrahe los cariños, i favores de Dios. Una invencible paciencia, con que perfeccionaste todas tus obras; una superior fortaleza de espíritu, con la cual venciste todos los obstáculos, que nuestra miseria encuentra para caminar al Cielo, i triunfaste glorioso de los terribles

asaltos del demonio, mundo, i carne: sufriendo resignado por la gloria de Dios indecibles trabajos, persecuciones, adversidades, graves, i continuas enfermedades, fatigas no interrumpidas por el bien de las almas, vejaciones de tu digna Persona; i lo que mas admira, malas correspondencias, aun de aquellos, de quienes las habias de suponer buenas, i esperar mejores. La observancia de los santos Votos, i Constituciones fue en tí tan nimia, como que ni el largo, i continuo padecer, caminar, i velar; fue bastante para eximirte del cumplimiento aun de la mas mínima ceremonia. ¡Pero qué mucho! si nada de esto pudo persuadirte á que aflojases un punto en aquella espantosa penitencia, con que desde tu tierna edad empezaste á macerar tu inocente

cuer-

cuerpo, i continuaste hasta morir.

Bien, pues, podré lisonjearme, Venerable Padre nuestro, que en esta breve historia de lo mucho que en tí obró la gracia, i de lo que con su asistencia hiciste, te ofrezco lo que no puede menos, de merecer tus agrados, sirviendote de motivo para rendir perpetuo cántico de alabanza á aquel Señor que es admirable en sus Santos: i presento al mismo tiempo á mis hermanos, tus amados hijos, un modelo el mas completo de todas las virtudes Religiosas, con el fin de que á su idea procuren arreglar sus acciones; con la satisfaccion de asegurarles, que nunca se desviarán del camino de su vocacion siempre que sigan solícitos el de tus ejemplos. Recibe, Venerable Padre nuestro, este obsequio, que á nombre de todos

¶¶

tus

tus hijos, i mis hermanos, dedico á tu santa memoria: grande en la realidad, por consistir en tus gloriosas azañas, i merecidos triunfos: i debiendo servir para norma de nuestro proceder, alcanzados del Señor, de cuya inamisible vista estás gozando, poderosos auxilios, para que dirigiendo todos nuestros pasos por los rectos caminos que por tí mismo nos abriste en la Religion, los sigamos hasta hacerte compañía en la gloria.



PROLOGO.

Resuelto à condescender con los deseos que algunas personas devotas mostraban de ver en Compendio la vida prodigiosa de nuestro Venerable Padre Fundador Fr. Juan Bautista de la Concepcion, puse el posible cuidado en leer el sumario de su vida, virtudes, i milagros, sacado de los procesos, contruidos por autoridad Apostolica para su Beatificacion, è impreso á este fin en Roma el año de 1720, el qual contiene à la letra los dichos de los testigos que depusieron juridicamente sobre las virtudes, i milagros del dicho Siervo de Dios, i despues fue exhibido à la Sagrada Congregacion de Ritus, para que, informada, determinase, en la parte que le tocaba, sobre la heroicidad de las unas, i verdad de los otros. Tuve igualmente presente la historia de su vida, tanto la que està en la primera parte de las Cronicas de la Orden, como la que escribió el Padre Fr. Joseph de Jesus Maria, i tambien parte de las obras del Siervo de Dios copiadas de los originales, escritos de su propia mano, que existen en Roma, á donde fueron

llevadas por orden de la misma Sagrada Congregacion, para el examen de su identidad, i doctrina.

I aunque el escribir sobre noticias ajenas parezca empeño de sola la memoria; no obstante, siendo esta la que administra al entendimiento los materiales, sobre que ha de discurrir, especialmente en argumento de historia, no tengo à menos confesar las fuentes de donde he bebido, para formar este Compendio: i aun me puedo gloriar de que sòn fuentes mui limpias, i cristalinas, por lo que pertenece al dicho Sumario, presentado à la Sagrada Congregacion, i à lo que el Siervo de Dios escribió, obligado con precepto por sus Superiores; pues en aquel hablan testigos, todos de mayor excepcion, i bajo la religion del juramento; i en estos habla un hombre, cuyas virtudes fueron heroicas, como tiene declarado la Iglesia, i por la misma lo està tambien el que en sus escritos no hai cosa que sea contra la Fè, sana doctrina, i buenas costumbres: un hombre tan humilde, i veraz, que además de escribir por obediencia, explica sus sanos, sentimientos en el principio de sus libros en estos edificativos terminos: „En todo lo que „ aqui dijere, pidò à la Magestad de Dios sea „ ser-

„ servido de darme gracia, para que en todo „ ande medido con la propia verdad, no añadiendo un tilde, ni punto, en quien pueda „ tener sospecha ser falso: sino lo que fuere dudoso lo pondrè por tal, i lo que cierto, i lo „ que por vista, ò por oidas, como ello fuere. „ I de que cumplirè esto hago protestacion à la „ Santissima Trinidad, à quien suplico, que si „ esto ha de resultar en honra, i gloria suya, i „ bien de la Religion, me dè gracia, fuerzas, „ tiempo, i palabras para lo poder escribir, i si „ no, lo estorve por los caminos, que su Magestad quisiere. I asi se lo pido, i vuelvo à „ suplicar.

Esta misma protesta, è invocacion, de la gracia divina para escribir la verdad à honra, i gloria de Dios, repite otras veces con igual sinceridad este fiel Siervo de Jesu-Christo; pidiendo juntamente à su Confesor, que si èl, ò otro alguno hallase en sus escritos alguna cosa contraria à la verdad, lo rompiese, i si hallase algo escrito con encarecimiento, lo borrasè, i tambien, que si no habia de servir de mucha edificacion à sus hijos, lo sepultase todo, ò lo quemase.

Baste para asegurar la verdad de quanto se dirà en este Compendio, que no contiene mas que

que lo declarado por los testigos juramentados, i lo escrito por el mismo Venerable Padre. Quiera el Señor que para gloria suya produzca su lectura verdaderos sentimientos, i vivos deseos de imitar las muchas, i grandes virtudes de este hombre celestial; que es el fin porque deben escribirse las vidas de los Santos. Espero sea mi trabajo para edificación, i aprovechamiento de los Lectores, i para que aspiren à servir, i amar à Dios nuestro Señor à imitación de este su fiel Siervo.

ERRATAS.

Pag. 4. col. 2. lin. 27. toda, lee toda. Pag. 39. col. 1. lin. 3. alnos, lee alghos. Pag. 99. col. 1. lin. 18. empedian, lee empeñan. Pag. 202. col. 1. lin. 18. asas, lee á sus.

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE Compendio.

LIBRO PRIMERO.

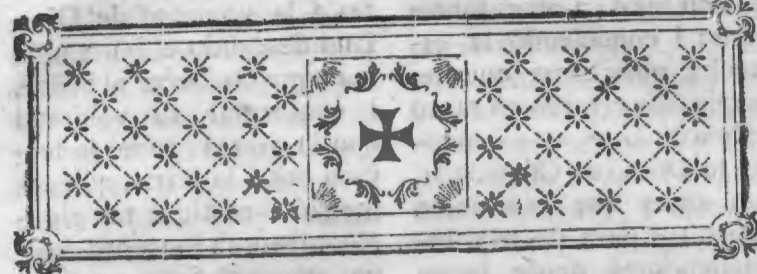
- Cap. I. **P**adres, i nacimiento de N. V. P. Fr. Juan Bautista de la Concepcion. **Pap. 1**
- Cap. II. Prosigue la primera edad del V. P. hasta que vistió el hábito Religioso. **10**
- Cap. III. Desea el Siervo de Dios hacerse Descalzo; i dase principio à la Recoleccion. **20**
- Cap. IV. Es elegido el Siervo de Dios Ministro del Convento de Valdepeñas, i le gobierna con santidad, i prudencia. **34**
- Cap. V. Parte N. V. P. segunda vez para Roma, i varios trabajos que padeció en el camino. **51**
- Cap. VI. Comienza N. V. P. su pretension en Roma, i vence con el favor de Dios graves dificultades, hasta conseguir el Breve para la Descalcez. **59**
- Cap. VII. Trabajos que padeció antes de salir de Roma, i en su viaje à España hasta Madrid. **84**
- Cap. VIII. Toma el Siervo de Dios posesion del Convento de Valdepeñas, i se le ofrecen nuevos trabajos. **93**
- Cap. IX. Funda el Siervo de Dios el Colegio de Alcalá, i tribulaciones de aquel tiempo. **109**
- Cap. X. Funda el Siervo de Dios otros Conventos, i ocurren nuevas dificultades, i contradicciones. **119**
- Cap. XI. Funda N. P. el Convento de Valladolid, padece tribulaciones, celébrase el primar Capitulo i es elegido Provincial. **137**
- Cap. XII. Funda el Siervo de Dios el Colegio de Salamanca, i el Convento de Torrejon: padece grandes aflicciones, i cumple con las obligaciones de su oficio. **147**
- Cap.

- Cap. XIII. Prosigue la visita, i pide á Dios le conceda padecer las enfermedades, que padecian sus súbditos. 156
- Cap. XIV. Funda N. V. P. los Conventos de Córdoba, i Sevilla, i toma posesion del de Ronda, i padece una grande tribulacion. 170
- Cap. XV. Renuncia N. P. el empleo de Provincial, i de Ministro de Córdoba, i procura fundaciones. 177
- Cap. XVI. Otros trabajos del Siervo de Dios. Padece una grave dolencia, i rigurosa cura de ella, i efectúa la fundacion de Granada. 189
- Cap. XVII. Ultima enfermedad, i dichoso tránsito de N. V. Padre. 195

LIBRO SEGUNDO.

- De las eminentes virtudes, i gracias de N. V. P. Fr. Juan Bautista de la Concepcion, i milagros en vida, i despues de muerto. 204
- Cap. I. Viva Fé, i firme Esperanza del V. P. Fr. Juan Bautista de la Concepcion. 205
- Cap. II. Encendida Caridad del V. Padre para con Dios, i con los proximos. 216
- Cap. III. Rigor con que N. V. P. observó los votos del estado Religioso. 230
- Cap. IV. De su continua fervorosa oracion, i asistencia al Coro. 243
- Cap. V. Devocion, que N. V. P. tuvo al SS. Sacramento, i Maria Santissima. 248
- Cap. VI. Profunda humildad de N. V. P. Fr. Juan Bautista. 253
- Cap. VII. Heroica paciencia, fortaleza, i mansedumbre de N. V. Padre. 262
- Cap. VIII. Mortificacion i penitencia grande del V. P. 270
- Cap. IX. Gracias gratis datas del Siervo de Dios. 275
- Cap. X. Dón de profecía, i discrecion de espiritus de N. V. P. Fr. Juan Bautista de la Concepcion. 282
- Cap. último: Milagros que obró el Señor por la intercesion de su Siervo despues de su muerte. 289

CA-



CAPITULO PRIMERO.

*Padres, i nacimiento de N. V. Padre
Frai Juan Bautista de la
Concepcion.*

EN la Villa de Almodovar del Campo de Calatrava, á los diez dias de Julio de 1561, siendo Sumo Pontífice N. SS. Padre Pio IV., Rey de España nuestro Católico Monarca Don Felipe II., i gobernando la Religion de la Santissima Trinidad el Rmo. Padre Maestro Frai Teobaldo Multor, nació para primer Padre de su Reforma nuestro Venerable Padre Frai Juan Bautista de la Concepcion. Fueron sus venturosos Padres Marcos

Garcia, é Isabél Lopez Rico, ambos consortes de lo mas illustre de aquella Villa, pero mucho mas por sus virtudes Christianas, con que eran distinguidos en todo el Pueblo, que por lo mismo los amaba, i veneraba como á mui siervos de Dios. Su casa fue por dos veces dichoso hospedage de la gloriosa Madre Santa Teresa de Jesus, i en una de ellas pagó el alvèrgue, que la dieron, con tres profecías, de las quales se tratará mas adelante. Tuvieron estos benditos casados copioso fruto de bendiccion en

A quan-

cuatro hijos, i otras tantas hijas: i conociendo la estrecha obligacion que les corria, los criaron en santo temor de Dios, enseñandoles la Doctrina Christiana, aun antes que estuviesen expeditos para decirla, infundiendoles desde luego el aborrecimiento al pecado, i el modo de caminar al Cielo por el ejercicio de las virtudes. Pero en quien lució mas su santa enseñanza fue en su hijo Juan, como tan prevenido de Dios en bendiciones de dulzura; frase con que explica David las tempranas ilustraciones de los Justos.

Escasamente habria cumplido el niño seis años, quando comenzaron á reconocerse en él ciertos rasgos de virtudes, con que suelen los mui santos, prevenidos de la divina gracia, madrugar en el servicio de Dios; i son como la Aurora, que previene las copiosas luces de la cercana venida del Sol. Habia oído en las familiares instrucciones de sus piadosos padres, que los Santos castigaban sus cuerpos con penitencias, para tenerlos sujetos, i obedien-

tes á la voluntad de Dios; i no deseando el buen niño mas que obedecer al Señor, i conformar su voluntad con la divina, tomó la leccion tan á la letra, que comenzó á castigar tan rigurosamente su inocente cuerpo, como si fuese un gran pecador. Y como el amor es una dolencia inquieta, que no dexa descansar á quien tiene poseído, aun en aquella tierna edad, cautelándose de todos los de la familia de su casa, buscó un gran silicio de cerdas, que ceñido á sus delicadas carnes, le tenia en un continuo tormento. Quando se desnudaba de él, vestia otro de esparto, que aunque no tan riguroso, bastaba para mortificarle; i tenerle atormentado. Disciplinábase con mas aliento, i rigor, que lo que correspondia á su edad, llegando las mas veces el ejercicio hasta derramar sangre, con mucho consuelo suyo; persuadiéndose que imitaba en algo las penas de nuestro Señor Jesu-Christo en su Pasión santísima. Dormia sobre un corcho, ó sobre una gavilla de sarmien-

mien-

mientos, pero sin deponer el silicio: i habiendo descubierta la buena Madre esta tan temprana mortificacion de su hijo, hizole desnudar, i acostar en la cama; bien que quando despues estaba la casa en silencio, durmiendo todos, dexaba la cama, i volvía á su penitente lecho, no queriendo dar á su cuerpo tanto descanso. Y nuestro Señor, que se complacia en los fervorosos alientos de este tierno infante, le llenaba tan abundantemente de consuelos en estos penitentes ejercicios, que apenas sentia dolor en la rigurosa maceracion de su carne.

Jamás le notaron aquellas inclinaciones pueriles, tan naturales á los de poca edad, á las golosinas: Comia con mas placer los alimentos groseros, que los regalados. Manifestaba particular antipatia á la comida de carne, como si fuese contraria á su estómago; separábala en un plato con mucha limpieza, i con la licencia, i bendicion de su Madre, que admiraba estos procederes de su hijo, como presagios de una gran

perfeccion, la llevaba á un pobre del Hospital, que estaba cerca de su casa, remediando la necesidad agena, con lo que eercenaba de la propia. Ayunaba quasi continuamente, i siempre que podia, á pan, i agua, aunque otras veces templaba este severo tesón, comiendo un poco de arropo, por dar gusto á su Madre; que si bien miraba con edificacion las raras austeridades de su hijo, temia que le quitasen la salud, é hiciesen inútil, aquella vida, que daba tan buenas señales de crecer mucho en perfeccion. Con esta austeridad siguió hasta los doce años, templandola algun tanto por obediencia de sus Padres, i por las tareas del estudio.

No quedaban estas asperezas en lo material de macerar su delicado cuerpo; pues manifestaban además un grande fondo de espíritu las sentenciosas respuestas, que daba muchas veces á sus Padres, i aun á su hermano, quando le querian tirar la rienda, para que no se precipitase en sus austeridades. I como

A 2

so-

sobre las referidas tuviese el devoto Joven la de repugnar toda ropa de lino, le decian, que á qué propósito venia aquella extravagancia tan contra su edad, i la costumbre comun de los demás? á que respondía mesurado, i vergonzoso: *No es ahora tiempo de eso; quando Dios quisiere lo vestirá.* Persuadiale otro hermano suyo de mayor edad, que no se maltratase con tantas penitencias, que durmiese en la cama, é hiciese lo que hacian los demás hermanos, sin señalarse con aquellas singularidades. Oyóle atento Juan Bautista, i con aquella modesta serenidad, que le era familiar, respondió, que Dios le llevaba por aquel camino, i que debia obedecer primero á Dios que á los hombres.

El estremado rigor con que se trataba, aunque en los primeros años no le hizo particular impresion en la salud, con la continuacion llegó á quebrantarse la, tanto, que faltandole el fomento del calor natural, pasando los inviernos enteros sobre los sarmientos, se baldó, i quasi seco de un

lado. Procuró quanto pudo ocultar la dolencia á sus Padres, i hermanos, pasando asi dos años sin dexar sus penitencias, ni la cama de sarmientos, que tanto habia perjudicado á su salud. Al cabo de los dos años, conociendo su Padre las indisposiciones graves, que padecia, le reprehendió entre severo, i piadoso, ponderandole, que con el mal tratamiento, que se habia dado, habia perdido la salud, que acaso no podria ya recuperar; y lo que respondió Juan con mucha sencillez, i quietud de animo, *que si la penitencia era la causa de su mal, la penitencia le sanaria, como lo esperaba.* Admiró á su Padre el peso, i fervor de esta respuesta, entendiendo, que á los que nuestro Señor previene para suyos, en toda edad los llena de fortaleza, i virtud, hasta consumarla con firme perseverancia.

Experimentábase esta verdad en el joven Juan, porque la constante penitencia, i austeridad con que maceraba su carne en tan inocente edad, no podia

nacer sino de un espíritu muy elevado, i todo poseído de Dios, que le movia, i prestaba tantos alientos. I siendo asi que la conversacion humana impide frecuentemente la conversacion divina, es igualmente cierto, que quien llega á gustar las internas dulzuras, que causa el trato con Dios, escusa, i huye el trato con los hombres. Por esto huía Juan las familiaridades, i juegos de sus iguales, porque le privaban de las consolaciones que hallaba su alma conversando con el Señor. Este es el camino para purarse de veras á su Magestad: este camino anduvieron los Santos, para conseguir esta union; constandoles, que el comercio, i familiar trato con el mundo, divierte, i saca del buen camino aun á los mas ajustados, i devotos.

En saliendo de la tardea diaria de la escuela, quando los compañeros corrían á los juegos, i entretenimientos, conforme á su edad, él se escondía á un lugar retirado de la casa á leer libros devotos; que le

ofrecian materia bastante para el exercicio de la santa oracion, que causaba en él firmes propósitos de buscar mas, i mas á Dios, i de perseverar en estos santos intentos, i empleos. Oraba por lo comun en la Iglesia Parroquial, i en la de los Carmelitas Descalzos, i con el trato de estos observantes Religiosos adelantó mucho en el desprecio de sí mismo, i en el aprecio, i estimacion de las cosas de espíritu, de virtud, i perfeccion. I como en esto tenia el niño puestas todas las atenciones de su alma, quando venian Religiosos de fuera, á predicar, ó hacer misiones, no acertaba á apartarse de su lado, entendiendo, que la comunicacion, i trato con los virtuosos, daria vigor á sus buenos deseos. Acompañabalos por las calles i lugares públicos; escuchaba atento sus doctrinas; pero con tanto gozo interior, como si fuera un Anciano, versado en todas las materias de las virtudes. Resplandecia en él una modestia, i compostura admirable. Sus palabras eran pocas, pero humild-

mildes, i discretas; i por lo mismo le oían con atención, i cuidado, observando en sus dichos tanto lo conciso, i sentencioso, como el fondo de caridad, que manifestaba. Su profundo encogimiento era igual á su modestia; pero lo daba mas á entender en el recato virginal con que estaba á presencia de mugeres. Recatábase de ellas, estimulado de superior impulso, porque entonces aun no podia conocer los peligros de su trato. Quando hablaba con alguna, aunque fuese mui parienta, tenia los ojos clavados en la tierra, i estaba como violento hasta que se ausentaba de su vista. En suma, en aquellos primeros años de su niñez, dicen los deponentes en las informaciones de su Beatificación, procedia de tal suerte este Angel escogido de Dios, que jamás le vieron accion reprehensible, ni oyeron palabra, que no fuese de grande edificacion, como de una alma pura, sencilla, i mui prevenida de las luces de la divina gracia, para que todos se mirasen en él, como en de-

chado, i exemplar de las virtudes christianas.

Mas para que tuviese mucho que llorar en adelante, descuidóse en cierta ocasion; i dexandose llevar de los movimientos de la niñez, hizo alguna travesura, de las que son tan frecuentes en los niños, quando no están á la vista de sus padres. Habia sido aconsejado, i acompañado de otro hermano suyo, i sabiendolo despues el Padre, los llamó á residencia, i reprehension. Negó el hermano, como suelen hacer todos, quando les amenaza la correccion, i el castigo; pero Juan confesó de plano con sumision, i modestia. I como el Padre entre la negacion del uno, i la llana confesion del otro se persuadiese á que decia la verdad, el que tan de plano confesaba, fingióse colérico, i enojado, i enderezando hácia Juan su reprehension, díjole con aquella irónica cortesía, que en tales ocasiones suelen usar los Padres con los hijos; *I bien Señor mio, no bastaba haber hecho una cosa como esta, sino que tan sin empa-*

cho,

cho, i verguenza os dais por autor de ella? A esto respondió el niño con admiracion de su Padre: No solo, Señor, tengo verguenza de esto, sino que me llega al alma el haber cometido esta falsa; pero me tendria por mucho mas culpado, i descomedido, si sobre esta falta añadiera otra mayor, mintiendo, por librarme del castigo. No pudiera dar respuesta, ni mas cuerda, ni mas arreglada á las leyes divinas un hombre de muchos años, i de mui ejercitadas virtudes. Ella es prueba singular de la veracidad del niño, i del aborrecimiento, con que miraba á las mentiras, tan regulares en su edad, i por esto menos criminales, que quando las dicen los adultos.

La devocion con que asistia al Templo, i á los divinos Oficios, manifestaba el subido concepto, que ya tenia de los Misterios de nuestra Santa Religion; porque si comunmente andaba embebido en santas meditaciones, pero en la Iglesia le hallaban como abstraído de los sentidos, i todo poseído de nuestro Señor,

Jesu-Christo, á quien adoraba en la Eucaristia con tan profunda veneracion, como si con los ojos corporales viese á su Magestad. En su semblante leían todos los grandes dones, que recibia su alma, causando en las de los que le observaban, admirables efectos de devocion, i ternura.

Nueve años tenia solamente, quando movido de superior impulso hizo voto de castidad. Díóle ocasion á esta fervorosa determinacion el haber leído un libro, donde halló, que una Santa Virgen, desde mui niña se consagró á Dios con el voto de virginidad; i encendido en el amor de esta virtud Angelical, i mucho mas en aquel Señor, que es casto Esposo de las Vírgenes, retirandose luego á una Iglesia, ofreció á Dios, i á su Santisima Madre guardar perpetua castidad; i aceptando nuestro Señor el temprano sacrificio de su Siervo, le asistió con tan copiosa gracia, que vivió, i murió virgen, como depoñen los Confesores, que le confesaron á lo último de su vida.

Fue

Fue admirable su piedad, compasion para con los pobres, pudiendo decir con el Santo Job, que desde la infancia habia crecido con él la misericordia. Sus ayunos continuos tenian tambien por fin el socorro de los pobres, quitandose (como dicen) el pan de la boca, para repartirlo con los necesitados, en quienes miraba á Jesu-Christo. Hallando un dia á un pobre mal vestido, llevóle á un lugar retirado, i desnudandose del suyo, hizo que se lo vistiése el pobre. Ni esta, ni otras muchas acciones de este género satisfacian la misericordia, i condolencia del devoto mancebo para con los pobres: buscábalos además en el Hospital, i dábales lo que dexaba de comer por sus ayunos, i mucho mas, que buscaba su piadosa solitud, i deseando que aumentasen méritos en el exercicio de la paciencia por sus miserias temporales, los consolaba con palabras amorosas, exortándolos con eficacia á que llevasen con resignacion los trabajos, que era Dios servido em-

biarles; pues era este el camino seguro para despues gozarle. Otras veces llevaba á su casa los mendigos que encontraba en las calles, dábales de comer, lo que con mucho cuidado les tenia dispuesto, habiendoles primero espulgado, lavado las manos, i cortado las uñas, pues en todo esto suelen ser descuidados los pordioseros, atendiendolos á buscar el alimento corporal. Sentia el niño Juan sumo consuelo, i gozo interior en estos empleos, no obstante que de suyo son fastidiosos, aun en personas de edad, i muy caritativas. Acompañabate á estos exercicios su hermana Francisca; de quien despues se hará mencion, por haber prevenido su virtud el espíritu profético de Santa Teresa de Jesus.

Estas piadosas ocupaciones eran frecuentes en Juan, aun antes de empezar á comulgar; pues aunque á los siete años ya el Confesor le juzgó capaz de la sagrada Comunión, no obstante se difirió el recibirla hasta la edad de los once. Entretanto confesábase con frecuencia,

cia, i con muy sensible dolor de sus culpas, siendo muchas de sus Confesiones edificacion de su Confesor, pues con plena advertencia ni veniales eran las que cometia, pudiendose decir de él, que primero conoció el dolor, que la maldad de los pecados, de que se dolia. Llegado el tiempo de comulgar, disponiase con tanta vigilancia, i exercicios de caridad, que servia de confusion, i exemplo aun á los mas circunspectos, i devotos, siendo entre estos el que mas, su proprio Confesor, que no cesaba de alabar á Dios, admirando el candor, i virtud de esta inocente alma. Como el Señor se dexaba gozar de Juan con aquel gusto, i suavidad con que suele recrear á los que mas le desean, i previenen á recibirle, obligado Juan á estas particulares finezas, entregóse mas á la soledad, i al retiro de las criaturas, para tratar mas de cerca con Dios; con cuyo sagrado trato fue creciendo de virtud en virtud, sin decaer un punto de su fervor, aumentandole cada vez mas,

hasta llegar al feliz estado de íntima union con Dios, á que llegan pocos, i con la qual, como dice el mismo Siervo de Dios hablando de sus efectos; *se consigue una muerte para desasirse de las cosas terrenas, i una vida para aborrecerlas por Dios.* Con vida tan fervorosa, i exemplar, admirábanse igualmente, i se confundian los defectuosos, i tibios, mirandole como á un Angel del Cielo, pues tal se demostraba en sus costumbres. Llamábanle el Santo, i le servia de gran sonrojo este renombre, teniendo de sí mismo muy diferente conocimiento, porque la humildad habia echado profundísimas raíces en su alma.

El Convento que los Padres Carmelitas Descalzos tienen en Almodovar, estaba entouces muy en los principios, i era muy consiguiente que aquellos Religiosos sobre sus muchas austeridades, experimentasen los efectos de una rigurosa pobreza: padecian, i callaban. Pero como el joven Juan por su buena inclinacion, i afecto á los Re-

ligiosos, era tan familiar en el Convento; veía las necesidades; i compadecido de ellas, solicitaba de sus Padres, i otros parientes bien estantes algunas limosnas, para remedio, i alivio de aquella pobre Comunidad. Una de estas ocasiones, habiendo conseguido de Diego Hernandez Rico dos cántaros de vino, i unos quesos, le dixo éste, que llamase á un mozo para que los llevase al Convento: *No es necesario llamar á nadie*, respondió Juan, *que aquí estoy yo para llevarlo*. Pareció á su pariente Diego Hernandez, que no correspondia á su calidad el ir cargado por

las calles como un mozo sirviente, i aun se lo dió á entender con algun enfado. Pero replicóle él humilde, i fervoroso Mancebo: *Pues de qué ha de servir esta bestia?* i diciendo, i haciendo, cargó con un cántaro, atravesando la plaza, i una buena parte del Lugar, i lo llevó al Convento, repitiendo la misma diligencia en segundo, i tercero viage, para llevar el otro cántaro con los quesos, i aunque solo este caso en singular consta en el sumario, es verosímil que sucediese otras muchas veces con las limosnas, que grangeaba para aquel necesitado Convento.



CAPITULO II.

Prosigue la primera edad del Venerable Padre; hasta que vistió el hábito Religioso.

Con los años crecían en Juan las virtudes, i aun las virtudes excedían en el progreso á sus años. Habiendo aprendido á leer i escribir, pusieronle sus Pa-

Padres al estudio de la Latinitad, como puerta para las facultades mayores; porque estando ya tan adelantado en el temor santo de Dios, tenia el principio de la verdadera sabiduría. Comenzó, i concluyó felizmente el estudio de la Gramática en el Convento de los Padres Carmelitas Descalzos, porque entre los tratados de la fundacion, uno habia sido el haber de enseñar dicha facultad. Fue su Maestro en ella el mui Religioso Padre Frai Agustin de los Reyes, i el mismo le leyó despues Filosofia; uno, i otro dexó escrito nuestro Venerable Padre, haciendo de su Maestro un elogio mui correspondiente á su grande mérito, i concluyendole, con que muchos años despues de su muerte, se halló su cuerpo incorrupto. Como el Señor lo disponia para cosas tan grandes, i de su servicio, quiso darle tan santo, i sabio Maestro, para que en virtudes, i letras saliese igualmente aprovechado. Estudiaba con atencion, aprendia con facilidad, i como su ingenio era gran-

de, salió excelente estudiante, i mui amado de su santo Maestro, no solo entre los discipulos seglares, sino tambien entre los Religiosos.

Antes de este tiempo se habia hospedado por dos veces la Santa Madre Teresa de Jesus en casa de los Padres del Siervo de Dios, i en una de ellas, en que segun dicen los testigos, tenia Juan de doce á trece años, como viniese de fuera, al yerle la Santa Madre, sin haberle antes conocido, ni visto, le dixo estas palabras: *Juan estudia, que me has de seguir*. Estuvo la Santa mui placentera, i los Padres de Juan mui favorecidos, honrados, i gozosos; i al tiempo de despedirse la Santa, agradecida al agasajo, i regalo que habia recibido en aquella casa, pidió á Isabél Lopez Rico hiciese juntar sus hijos, para despedirse de ellos; i habiendolos mirado á cada uno de por sí, i echádoles su bendicion, al llegar á Juan dixo á Isabél su Madre: "Su caridad Patrona tiene aqui un hijo, que ha de ser mui gran

»Santo, Patron de muchas
»almas, Reformador de una
»grandiosa cosa, que se
»verá."

Todos los testigos que depusieron en el proceso ordinario de Almodovar, convienen en la substancia de esta profecía; pero siendo uno de ellos Antonio Lopez Rico, hermano del Siervo de Dios, de quien hablamos, que se halló presente, júzgo conveniente copiar su dicho, que es como se sigue: "A la séptima
»pregunta, responde, acordarse, que la Santa Madre
»Teresa estuvo en casa de
»este Venerable Padre por
»dos veces, en una de las
»quales iba á fundar un
»Convento de su Orden, i
»que estando un dia con los
»Padres del Venerable, i de
»este testigo, hizo llamar
»alli á todos sus hijos, que
»eran ocho, conviene á saber, Antonio Lopez (que es el testigo) Francisca, (que es la Beata) Isabél, Alonso, Juan (que es el Venerable Padre) Maria, Ana, i Francisco; estando todos juntos en la presencia de la dicha Santa
»Madre, alzandose el velo,

»los fue mirando á cada
»uno, de por sí, i luego di-
»xo á la Madre de los suso-
»dichos: Su Caridad Pa-
»trona mia, entre estos
»ocho hijos, tiene aqui dos,
»que el uno ha de ser un
»gran Santo, Abogado de
»muchas almas, i Reforma-
»dor de una gran cosa, que
»se verá." I al punto alzó
la mano derecha, i se la puso á este testigo en el hombro, i le dixo: "Hijo
»mio, mire que ha de tener
»mucho paciencia, i
»grandes golpes en este va-
»lle de lágrimas; qué me
»responde? i respondió este
»testigo: Yo tendré toda
»la paciencia que pùdiere:
»I tornó la Santa, i dixo:
»El tiempo dirá, que des-
»pues de muerto uno de
»los ocho que aqui están
»presentes, al cabo de los
»cinco años se verá lo que
»ha sido. I sabe este testi-
»go, que despues de enter-
»rada su hermana la Be-
»ta, al fin de los cinco años
»la desenterraron los Pa-
»dres del Carmen, que la
»tenian enterrada en su
»Convento, i la hallaron
»entera: i la vió este testi-
»go; el que dice, que ha

»SU-

»sufrido grandes golpes, asi
»de enfermedades, como
»de otros trabajos, como
»la Santa le profetizó."

En aquella acasion profetizó la Santa Madre tres cosas, i todas se han cumplido: porque nuestro Venerable Padre, despues de haber hecho la Reforma, en que con admirable paciencia padeció inmensos trabajos, ya tiene declaradas por N. Santísimo Padre Clemente XIII. sus virtudes en grado heroico, i estas son las Constituciones de la Santidad. La hermana Francisca, Beata de nuestra Señora del Carmen, despues de haber vivido, i muerto con muchos créditos de virtuosa, abriendo su sepultura, al cabo de cinco años enterrada, la hallaron entera, é incorrupta, con admiracion comun, por estar consumidos en aquella misma tierra otros cuerpos de menos tiempo sepultados, como fue notorio en aquella Comunidad de Carmelitas Descalzos, i en todo el Pueblo de Almodovar. La última, que pertenece á Antonio Lopez Rico, se cumplió en los muchos

trabajos, que sufrió, segun le predixo la Santa, habiendo tenido mucho tiempo para padecerlos en la larga edad de mas de ochenta años, que vivió.

Como Juan estudiaba solo para escojer lo mejor, anhelaba continuamente á servir á Dios, solicitando con todas veras arribar á la perfeccion evangélica; i profesandose esta con observancia rigorosa en la Descalcez del Carmen, resolvió abrazar esta Religion, la qual le admitió con gusto, conociendo el mérito del sugeto. Pero como los juicios de Dios son mucho abismo, i su Magestad le destinaba á otros fines, estando ya para vestir aquel santo hábito, sin que el pretendiente, ni la Comunidad, que le admitia, supiesen el por qué, se suspendió la execucion de la entrada: i luego le embiaron sus Padres á la Universidad de Baeza, á que principiase el estudio de la Sagrada Theologia. Un año solo cursó en la Universidad de Baeza, i al siguiente le hicieron sus Padres trasladar á la de Toledo,
don-

donde el Siervo de Dios no sabía, sino que iba á estudiar por gusto de sus Padres: Pero el Señor por estos medios lo disponia para executar algun dia sus designios. Vivió en Toledo aplicado á su estudio, i con la misma regularidad i fervor que habia practicado hasta alli, huyendo la comunicacion de los Estudiantes libres, i distrahdos, i siendo modelo, i exemplar á los mas ajustados, i perfectos.

Aqui se le renovaron los deseos de dexar el mundo, i abrazar el estado Religioso. No habia tratado hasta entonces á los Religiosos Trinitarios; pero llamandole Dios interiormente á esta Religion, vistió el hábito de la Santísima Trinidad, Redencion de Cautivos en el Convento de Toledo en la Vigilia de los Apóstoles San Pedro, i San Pablo, del año 1580, á los diez i nueve años de su edad. No dexaron de estrañar sus Padres esta determinacion, i el que antepusiese profesar el Instituto Trinitario, siendo tan aficionado desde niño al de

los Carmelitas Descalzos; pero acordandose de la profecia de la Santa Madre Teresa, veneraron los altísimos juicios de Dios, persuadidos, de que son infinitamente distantes de los juicios de los hombres. Mas adelante pasó el virtuoso Padre Frai Agustin de los Reyes, quando despues de algunos años, estando en Sevilla, i siendo aun N. V. Padre Trinitario Calzado, en cierta conversacion le dixo estas palabras, que pueden tenerse por profecia: "Estoi considerando »la Sabiduría, i Providencia Divina. ¿Quién imaginára, que V. R. habia »de ser Fraile Calzado de »la Santísima Trinidad, i »no Descalzo Carmelita? » Que habiendo sido por »tanto tiempo tan familiar »la comunicacion, i V. R. »llegado á pedir el hábito, »i nosotros con singular »gusto á quererle dar, no »se efectuase por los fines »que su Magestad sabe?" Hasta aqui aquel Siervo de Dios, que habia sido su Lector de Filosofia en Almodovar: i antes de concluir aquella visita, le dió varios do-

do-

documentos, de como se habia de portar en la Reforma, de la que ni aun se habia tratado.

Reconociendo por singular beneficio de Dios haberle llamado al estado Religioso, i recibiendo de su Divina Bondad copiosas asistencias de gracia, comenzó su carrera con tal tesón de observancia, que jamás le vieron faltar á sus obligaciones, aun en las cosas mas pequeñas. Hallaba notable consuelo en todos los ejercicios Monásticos, i singularmente en los del Coro, en el retiro á la Celda, en la obediencia, mortificacion, i humildad. Tuvo por Maestro en su Noviciado á un Religioso de mucha virtud, i grande opinion, llamado Frai Alonso de Rieros; i con la feliz guia de tan gran Director (de quien jamás se olvidó el favorecido Discipulo) soltó las velas á sus ansias de servir á Dios, i acreditarlo en padecer, i mortificarse por su amor: bien que el sábio, i experimentado Maestro íbale á la mano, i detenia muchas veces, á fin de que no perdiese la sa-

lud, i se hiciese inútil á la Religion. Solo en el exercicio santo de la oracion dexó de ponerle tasa, permitiendole emplear en ella muchas horas, además de las de Comunidad.

Fue admitido á la profesion con gusto, i consuelo de todos, la qual hizo al año siguiente en la festividad de los Apóstoles San Pedro, i San Pablo, i con las obligaciones de Religioso creció en él la virtud, con mayor austeridad, observancia, i zelo de la Religion, de modo, que le llamaban el *Mozo viejo*, renombre que en otro tiempo dieron los Monges á su compañero San Sabas, siendo aun joven. Para llevar adelante sus eficaces deseos de agradar á Dios, adelantandose en los ejercicios de la caridad, i demás virtudes, dispuso el Señor darle por Maestro, no menos en la santidad, que en las letras, al Beato Padre Frai Simon de Roxas, que despues de haber gobernado muchos Conventos de su Provincia de Castilla, fue Provincial de ella, i Confesor de la Señora Reina Doña

ña Isabél de Borbón, aclamado por Santo en vida, i en muerte, i puesto ya en el Catálogo de los *Beatos* por N. S. Padre Clemente XIII. Con tal Maestro ya se dexa conocer quanto aprovecharia en virtud, i letras un Discipulo, en quien habia tan buena disposicion, para recibir las buenas insinuaciones. Portábase con mucha humildad, i encogimiento; pero como era de ingenio vivo, i penetrante, i además vivia ageno de cuidados terrenos, i sobre todo ilustrado con luces del Cielo, salió gran Theologo, tanto en lo Escolástico, como en lo Místico, i Moral.

Acabados sus estudios embióle el Señor una grave enfermedad, de la qual no habiendo convallecido bien, por consejo de los Médicos, fue embiado por los Prelados á su Patria, entendiendo, que el temple, i aires de su tierra serian eficaz medicina, para recuperar la salud. Fue recibido de su Madre con todo aquel amor, que merecia un tan buen hijo, i deseando con ansia el restablecimiento

de su salud, quiso darsela prontamente por manos de una muger, que habia en el Lugar, de quien referian estrañas curaciones, y que habia sanado varios enfermos, con solo aplicarles, con sus propias manos, ciertos unguentos. Resolvióse á esto la buena Madre, por ser fama pública en el Pueblo, que la dicha muger tenia gracia de curacion. Pero aunque su Madre, i otros muchos intentaron persuadir al casto Mancebo admitiese dicha cura de la muger, jamás quiso consentir en ello, queriendo mas padecer la enfermedad del cuerpo, mientras fuese la voluntad de Dios, que ser tocado de las manos de una muger. Tuvieron muchos por imprudente esta resolucion, pero el Señor se dió por bien servido de ella, volviendole por entonces la salud, que no habia querido con peligro de su alma.

Recayó poco despues, estando aun en su patria, i quedó tan debilitada su salud, que de alli adelante siempre padeció calenturas, i otros accidentes con-

con-

consiguientes á ellas. Por esta causa resolvieron los Prelados trasladarle á la Provincia de Andalucia, pareciendoles mas á proposito aquel temple á la complexion enfermiza del Siervo de Dios. Y como á los que aman al Señor todas las cosas cooperan para que mas, i mas le sirvan, i agraden, se aprovechó de sus achaques, á fin de adquirir mas perfeccion con su grande resignacion, i paciencia; rindiendo al mismo tiempo gracias al Señor por sus muchas misericordias, (que así llamaba á sus enfermedades), i edificando á los hombres con su tolerancia, i sufrimiento.

Pero en medio de sus enfermedades, i dolencias, no queriendo tener ociosos los talentos, que le habia confiado el Padre de familias, se dedicó á la predicacion Apostólica con todo aquel fervor, que inspira una encendida caridad, i ardiente zelo de la gloria de Dios, i salud eterna de las almas. Para cumplir perfectamente con este sagrado ministerio, al que se sintió interiormente llamado de Dios,

se aplicó con intension á leer la Sagrada Escritura i los Santos Padres; para su mayor inteligencia, i con particularidad á S. Ambrosio, San Agustin, San Juan Chrisóstomo, Santo Tomás, i San Buenaventura, á los quales cita frecuentemente en sus obras. La facilidad, i propiedad con que usaba de la Sagrada Escritura en todos sus Sermones, i conversaciones espirituales, son eficaz prueba del grande aprovechamiento que hizo en este estudio. Aun se conservan entre sus obras (que algun dia saldrán á luz) setenta i quatro exórtaciones, que hizo á los Religiosos, i noventa sermones, que predicó á los mismos en los Capítulos Dominicales. Todos están admirablemente entretexidos de pasages, i documentos de los Santos Libros, aplicados con la mayor propiedad, no menos que todas sus obras místicas. Y para comprobar con exemplos la facilidad que habia en la práctica de sus doctrinas, á imitacion de los Santos, estaba también instruido en las vidas de estos, i mui en

C

par-

particular en la de la Santa Madre Teresa su grande devota, ala qual cita varias veces, tratando de la discrecion de espíritus, i de el daño que causan en las almas de los penitentes aquellos Padres espirituales, que hacen empeño de contradecir á todos sus buenos deseos; sin discernir, si provienen, ó no de Dios.

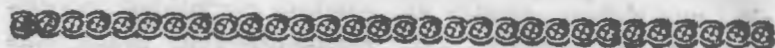
Enriquecido de tan sanas doctrinas, quales podia haber adquirido de tan santos Libros, continuó predicando por el espacio de doce años, que desde aquel tiempo vivió en nuestros Padres Calzados. Predicaba con admirable espíritu, i desengaño, siendo siempre el blanco de sus sermones la extirpacion de los vicios, i el amor á las virtudes christianas, probando todos sus asuntos con autoridades de la Escritura, i Santos Padres, i con una amenidad de razones, instancias, i símiles tan sobre lo comun, que admiraba, al mismo tiempo que convenia. Conociase deudor á todos, como el gran Predicador San Pablo, i por lo mismo acomodaba sus

sermones para los Sabios, i para los insipientes, ilustrando con la luz de la enseñanza á las clases respectivas de sus oyentes. Seguianle adonde predicaba innumerables gentes, i atrahia tanto los corazones, que despues del sermon le buscaban muchos para disponer Confesiones generales, i ponerse de mejor acuerdo con sus conciencias. Y como sus palabras pegaban fuego de caridad, acababa en estas conferencias espirituales, lo que habia comenzado desde el Púlpito. Y asi era voz comun, que era particularmente escogido del Altísimo para el sagrado ministerio de la predicacion, adornado con particular espíritu, i gracia para ablandar los corazones empedernidos de los pecadores, i perfeccionar los dóciles de los justos, i arreglados. Esta copiosa, i sana semilla esparcida en terreno, que de antemano procuraba sazonar, producía despues tantas Confesiones generales, i particulares, que ocupaban bien el tiempo á los Ministros del Santuario,

rio, que deben atender al recobro de las almas, reducidas con la sangre de Jesu-Christo.

Aunque no dexaba de leer, estudiaba mucho mas en el retiro interior, donde atendia la voz de Dios, que se dexa oír bien en la soledad, i en la fervorosa oracion. Estudiaba en Christo crucificado, y como quando Dios se busca por Maestro, se aprende facil, i prontamente la leccion, en poco tiempo disponia sermones, que pedian estudio de muchos dias. Preguntado varias veces por sus Religiosos mas familiares, dónde hallaba tan oportunas razones, tan vehementes instancias, i en tan breve tiempo, respondia, que en el *Libro de la Caridad*. Algunos, movidos de

piadosa curiosidad, procuraron observar lo que hacia dentro de la Celda, mirando por los resquicios de la puerta, i llenos de admiracion, no menos que de devocion, le vieron absorto en divina contemplacion, resplandeciente su rostro, i todo él cercado de luz, exalando fragancias, que no solo llegaban al olfato de los que estaban á la puerta, i cerca de la Celda, sino que á veces llegaba su suavidad á mucha parte del Convento, resultando de aqui el tenerle todos por un templo vivo del Espíritu Santo, i modelo de todas las virtudes; pues siendo los exemplos los mas eficaces sermones, daba Dios voz de virtud á la voz del Predicador, como previno por su Profeta David.



CAPITULO III.

Desea el Siervo de Dios hacerse Descalzo, i dase principio á la Recoleccion.

NO obstante, que el Siervo de Dios estuviere enriquecido de copiosos frutos de su divina gracia, i todo poseído de su amor, como este es una dolencia inquieta, que nunca dice *basta*, ardia en deseos de mayor perfeccion, entendiendo que llegaría á ella por vida mas austera, i penitente. Sentia fuertes impulsos en orden á esto en lo íntimo de su alma, pero no sabiendo entonces cuales eran los designios de Dios acerca de su persona, sin desfallecer, ni aflojar un punto en el camino comenzado, procuraba hacerse insensible á estos interiores movimientos; pero ni ellos cesaban, ni él podia olvidar aquellos primeros deseos, i últimas dispo-

siciones, en que estuvo para ser Carmelita Descalzo. Por este tiempo vivia en el Convento de la Membrilla, i desde allí pasaba varias veces á confesar, i predicar á la Villa de Valdepeñas, donde habia una muger muy virtuosa, llamada Catalina Bautista, la qual vivió, i murió con opinion de Santa en el hábito de Beata de la Religion, recibido de mano del bendito Padre, que la confesaba. Compadecida esta buena muger de ver al Siervo de Dios tan enfermo, descolorido, i tan flaco, que parecia un esqueleto vivo, le preguntó la causa, i aun atribuyendolo á su austeridad, i penitencia, rogóle que la moderase. Dixo la el Siervo de Dios, que su flaqueza, i fal-

falta de salud no era por falta de regalo, i buena asistencia, sino por no ver cumplidos los deseos con que vivia de ser Fraile Descalzo, i vestirse de grosera jerga, á que habia sido su primera vocacion. Quedó mui edificada con la respuesta, aunque ella ya lo tenia por mui perfecto, i como depoñe en las informaciones de Valdepeñas, no le hacia falta para este fin el ser Fraile Descalzo.

No sé, aunque procuré saberlo, si fue esta misma, u otra con quien le sucedió un caso, que refiere el mismo Siervo de Dios, alabandola de mui penitente, santa, i de alta contemplacion. Esta, pues, quando el bendito Padre mudó en Valdepeñas el hábito de estameña en otro de sayal, fuese á confesar con él, i empezó á hablarle en estos terminos, segun refiere el mismo: "Padre, habrá quatro, u cinco años, que predicaste aquí en la Iglesia un... sermon en hábito de Fraile Calzado: pues desde entonces os estoi aguardando, i me habeis costado muchos ratos de

"oracion, i penitencia. Seais bien venido." De los cuidados de esta Sierva de Dios, i de su mucha oracion por su santo Confesor, se conoce como su Magestad iba disponiendo los medios, para los fines de su providencia. Pero el mas inmediato, i eficaz fue el que el Señor tomó por los mismos Prelados de la Religión.

En el año 1594 á ocho de Mayo juntaronse en Valladolid las Provincias de España á Capitulo general, el que presidió el mui religioso Padre Maestro Frai Diego de Guzmán, Comisario general, i Visitador Apostólico de todas ellas. A este Capitulo asistieron los Padres mas emineates en virtud, i letras, que habia en la Religion, como lo refiere el mismo Venerable Bautista en la historia, que dexó escrita de la Reforma, que se conserva original en nuestro Convento de Roma.

Uno de los Decretos, que hicieron aquellos doctos zelosos Padres, fue que en cada una de sus Provincias, se hiciesen dos ó tres Con-

ven-

ventos de Recoleccion, en los quales los Religiosos que anhelasen á mayor austeridad, i perfeccion, vistiesen hábito áspero, i grosero, i observasen á la letra la Regla primitiva. Uno de los que mas deseaban este decreto, i su execucion era el Venerable Bautista, como él mismo lo escribe, hablando de la Recoleccion, por estas palabras: "Confieso, que siempre que lo pensaba, á mi se me salia el alma; i por no ver por donde se podia hacer, ni venir á tener efecto, dentro de mi desmayaba. Y como el caballo brioso en mostrandole la carrera, i no dexandole correr, se resfria; ó por tenerle mucho tiempo atado en el establo, sin pasearse, ni correr, se manca, así parece tenia el alma resfriada, i como manca, por no ver por dónde, ni cuándo, ni aun ser posible pasar tan santa carrera. Y con tener estos deseos, que digo, aunque por tantos respetos imposibilitados, aun una palabra nunca me atrevia hablar, ni decir

"sino ellos, i yo: los que lo deseaban, se encogian, i volvian, como áquel libro de Ezequiél, que en él no parecia otra cosa escrito, sino lamentationes, & carmen, & ve. Así estaban todos los pechos de los que lo deseaban, llenos de lastimas, i lamentaciones, i quando algo se pronunciaba, era un ay, un suspiro, sin que nadie entendiese, qué era lo que daba pena."

En esta calma pasaba afligido el Siervo de Dios, con otros, que tenian iguales deseos, quando nuestro Señor, en quien ellos tenian puesta su confianza, dispuso el principio de la Recoleccion, por el medio que nadie esperaba. Un Religioso, cuyo nombre nos ha sepultado el tiempo, pero se cree, era del Convento de la Membrilla, caminaba á Almagro en compañía del Excelentísimo Señor Marqués de Santa Cruz Don Alvaro Bazan de Benavides, i entre los discursos piadosos del camino, le dixo, que trataba de fundar un Convento en su Villa de Valdepeñas. Pidióle el Religioso, que

que si no tenia elegida Religion, fuese de la suya de la Santísima Trinidad: pero respondió el Marqués, que no podia ser de su Orden, porque el Convento, que tenia pensado hacer, habia de ser de Descalzos. No por eso desistió el buen Religioso, antes bien le dixo podia ser de su Orden, en atencion al decreto hecho por el Capítulo general de Valladolid, que le refirió por estenso. No pareció mal al Marqués el arbitrio del Religioso; i el verémos, que suelen responder los grandes Señores, dió á entender, que no lo contradecia.

Por este tiempo vivia N. V. Padre en el Convento de la Membrilla, donde se supo presto quanto habia pasado con el Marqués de Santa Cruz; i si bien el Siervo de Dios era de los que mas deseaban la Recoleccion, se hallaba á la sazón tan desfallecido, i sin fuerzas por sus enfermedades habituales, que no estaba para tratar este negocio, de que necesariamente habian de nacer muchas dificultades que vencer. Otro

Religioso fue á Valdepeñas á tratar la fundacion con la Villa, en la inteligencia de que el Convento habia de ser de Recoleccion, conforme se habia determinado en el Capítulo general, i segun era la voluntad del Señor Marqués de Santa Cruz. Dióse parte á su Excelencia de quanto se habia tratado, i pactado, todo lo qual ratificó con mucho gusto: Consiguientemente se dió parte al Padre Provincial de Andalucia, i el Religioso que habia ido á Valdepeñas, pasó tambien á Madrid, á enterar de todo al Reverendísimo Padre Comisario General. A ambos Prelados pareció bien todo lo tratado, i de resulta, cometieron al Padre Ministro de la Membrilla el poder necesario para hacer las capitulaciones con la Villa, i hecha esta diligencia, tomase posesion del nuevo Convento. Para practicarle llevó consigo el Padre Ministro á nuestro Fr. Juan Bautista, al otro Religioso, que habia ido á Madrid, i venia ya en hábito de Recolecto, i á otros dos mas. De este modo tu-

vo nuestro Padre el indecible consuelo de hallarse en aquellos principios de la Reforma, i decir la primera Misa en aquella Casa, que habia de ser la Cuna de la Descalcez, para cuyo primer Padre le tenia destinado la divina Providencia.

Hicieronse los Tratados, i firmaron, á satisfaccion del Pueblo, que siempre caminaba en la inteligencia de que el Convento nuevo era solo para Recoletos, ó Descalzos. Al día siguiente, que fue el nueve de Noviembre de 1596 años, con universal gozo de todos se celebró Misa solemne, i colocó el Santísimo Sacramento en la Ermita de San Nicasio Obispo, i Martir; pues aunque el día antes habia dicho Misa el Siervo de Dios, consumió en ella todas las formas consagradas, queriendo la Villa, que antes de colocar el Santísimo Sacramento, se firmasen las Capitulaciones. La dicha Ermita estaba á tejavana, sus tapias tan desmoronadas, que pronosticaban proxima ruina; el sitio hondo, i poco sano.

Tal fue el principio de esta Trinitaria Reforma, esta la riqueza, estos los muebles, i conveniencias, con que comenzó; i teniendo presente sus Profesores viviremos resignados, i contentos con la pobreza presente, que no es tal como aquella; bien parecida á la del dichoso Portal de Belén, en que nuestro Señor Jesu-Christo se manifestó al mundo, quando vino á redimirle. Allí, pues, en un estrecho apartado, que llamaban Sacristía, quedó solo un Religioso Recoleta, i los demás por no haber, se hospedaron en una casa vecina, hasta tener un poco de habitación. Fue siguiendo la nueva fundación, i pequeño Convento; i hecha una corta, i desacomodada vivienda, pasaron á ella los otros Religiosos. Tuvieron entonces varios lances, en los que se les ofreció bastante que sufrir; por ser fastidiosos, se omite su narración; bien que sin mucha necesidad, i con no sobrada prudencia se ocuparon algunos en referirlos, con desagrado de muchos. Antes que se acomodase la ca-

sa el Padre Ministro de la Membrilla con el Venerable Bautista partieron á Sevilla, adonde los llamaba el Padre Provincial.

Tan á los principios estaba la fundación, i sin embargo así el Marqués de Santa Cruz, como la Villa de Valdepeñas clamaban, diciendo, que se faltaba á lo tratado. A consecuencia de sus quejas, escribieron al Padre Comisario General con aquel disgusto, con que suelen hacerlo los que viven persuadidos de estar poco satisfechos, ó mal servidos. Respondió el prudente Padre Comisario General, que presto llegaría á Valdepeñas, i procuraría darles gusto, i satisfaccion en quanto fuese justicia. En efecto, partió el Rmo. Padre Comisario para Valdepeñas de camino para Andalucía; i al paso por el Convento de la Membrilla fue inteligenciado de que la dicha Villa de Valdepeñas tenia hechos hábitos de sayal, para que los nuevos Descalzos los vistiesen luego que llegase el Padre Comisario General, i recelándose su Reverendísima, que

hiciesen esta novedad antes de su llegada, embió delante un Religioso de respeto, llamado Frai Matheo Rojo, á fin de que en su nombre mandase á la Comunidad de Valdepeñas, que ninguno de sus individuos mudase el hábito, pues llegaría su Reverendísima al día siguiente, i daría las disposiciones, que tuviese por convenientes, i todo se allanaría. El buen Padre Fr. Matheo, bien sea porque no entendió la orden, bien porque Dios secretamente le dió otra, i es lo mas seguro, mandó todo lo contrario; pues intimó á la Comunidad de orden del Rmo. Comisario, que al día siguiente todos le recibiesen en hábitos de Recoletos. Los Religiosos obedientes, en consecuencia de lo que se les acababa de mandar, al otro día, que era solemne en la Religión, por ser el de la Aparición de Santa Inés, i Aniversario glorioso de su Nacimiento, salieron procesionalmente á recibir á su Superior General con el nuevo hábito de Recoletos. Bien se dexa conocer lo admirado que quedaría el

Rmo. Comisario, viendo practicado todo lo contrario de quanto habia dispuesto: pero nuestro Señor que habia mudado la inteligencia del mensajero, mudó tambien el ánimo de aquel Prelado, no porque lo tuviese malo, pues era Religioso de mucha virtud, sino porque no era segun los ocultos designios de Dios, que aun no le habia manifestado. En fin, conociendo, que allí andaba superior mano, i gobernaba una alta Providencia, hizo á los nuevos Recoletos una fervorosa exortacion á la perseverancia en la vida austera, que habian comenzado. Dispúoles al mismo tiempo nuevas leyes, i ordenanzas, para su gobierno, mui conformes, i convenientes al espíritu de Recoleccion.

Hallábase á la sazón en Sevilla Nro. Venerable Padre, i allí parece que estaba viendo lo que pasaba en Valdepeñas; pues predicando aquel día en el Convento, le sucedió, lo que me parece conveniente referir con sus mismas palabras. "Yo, dice, llevaba mis po-

"cas, ó muchas razones,
"concertadas á mi modo.
"Subime al Púlpito, i confieso lo que en mi vida me parece me ha sucedido:
"que como los hábitos que se daban en Valdepeñas era por orden del Espíritu Santo, el Sermon, que á esas Fiestas se predicó en Sevilla fue por ese mismo orden, porque desde que me subí en el Púlpito, hasta que me baxé, yo no fui mio, ni sé como hablaba, ni quien hablaba, ni quien me decia las cosas, que predicaba. Todo el Sermon de excelencias del proprio hábito, de su instituto, i principio, de las excelencias de Santa Inés en orden á la Religion, diez, ó doce explicaciones del título de la Santísima Trinidad. En acabando el Sermon, como yo estaba así como fuera de mi, bien inadvertidamente de lo que era hablar con acuerdo mio, dixeste estas palabras: Encárgoles por amor de nuestro Señor tres veces el Pater noster con el Ave Maria, por el estado de nuestra Sagrada Religion, que

"no

"no pueda entender, sino que hoy le está haciendo señaladissimas mercedes, i obrando grandes misericordias con ella.

Agradó el Sermon á todo el Convento, i movió de tal modo el corazón de los Religiosos, que por muchos dias no hablaban sino de la nueva Recoleccion, de la observancia de la Regla primitiva, i de la austeridad, i penitencia correspondiente á la vida de los nuevos Recoletos. Poco despues llegó á Sevilla la noticia de lo que habia pasado en Valdepeñas el día de Santa Inés, i refiriendo este pasage con lo que el Predicador habia dicho en aquel día, conocieron que habia hablado con espíritu profético; alabando todo á Dios por haber puesto sus palabras en la boca de su Siervo, para que hablase, como habló. Al mismo tiempo que recibia del Señor estas ilustraciones, moviale á que abrazase la vida, que tanto alababa de los Recoletos; pero hallábase impedido por su poca salud á ponerlo en execucion, pues como él mismo

escribe, quasi de continuo tenia calentura, i de solo el trabajo de predicar un Sermon, baxaba del Púlpito con mayor crecimientos; i así estaba en tal estado; que á los ojos de la carne i sangre, era imposible profesar vida mas austera, i que aun quando despues vistió los hábitos de jerga, i embió á su Madre los de paño, i estameña, que dexaba, así su Madre, como sus hermanos decian, que era mentira que fuese Frayle Descalzo, sino que se habia muerto, segun las noticias que allí tenían de su poca salud. Esto era lo que por entonces le contenia, é impedia abrazar la Recoleccion.

Por este tiempo, que era en el mes de Febrero siguiente, salió el Siervo de Dios de Sevilla para Andajar á verse con el Rmo. Padre Comisario General, que habia llegado á aquel Convento, pero con intentos mui diferentes de aquellos para que el Señor le llevara. Caminaba con el ánimo divertido en santos pensamientos, como lo acostumbra, teniendo continua

D 2

pre-

sencia de Dios. A distancia como de dos leguas de la Ciudad de Ecija levantóse una tempestad terrible de agua, truenos, relámpagos i centellas, acompañado todo de un viento tan furioso, que arrancaba los árboles, i no dexaba dar paso ni á los hombres, ni á las bestias. No obstante que iba tan bien ocupado con la divina presencia, empezó ya á temer, i aun á persuadirse que aquella tormenta se levantaba contra él, por haber resistido á las divinas inspiraciones, con que el Señor le había llamado á la Recoleccion, i aunque se acordaba muy bien, de que su quebrantada salud era la causa de no haber abrazado aquel estado, todavia no se aquietaban sus temores, i pensaba que el fuego de los rayos era para habiéndar su corazón, para destruir su tibieza, i encender su voluntad: i convertido todo á Dios le pedia misericordia, i perdon, de lo que pensaba era inobediencia. " Señor, (decía aterrado del estampido de un trueno) no volveré á Sevilla: yo

"seré Recoleta; yo iré á Valdepeñas. Señor, yo hago voto de todo lo que he dicho." Pasó al fin la nube tempestuosa, i quedó, como él mismo escribe; *Recoleta con voto, con obligación, con deseo, i voluntad.*

Quedóse aquella noche en una Venta, donde halló Soldados, i Carreteros, que aunque gente por lo comun difícil de acobardarse, habian quedado tan atemorizados de la pasada tempestad, que en toda la noche no durmieron, pasándolo en hablar de la divina Justicia, i referir vidas de Santos. Asi lo escribe el Venerable por estas palabras: *Que le faltaba á Dios, por hacer por entoces aquello poquito, que era, que Soldados, i Carreteros me confirmasen con santas palabras en mis promesas.* No lo necesitaba, porque los rayos de la pasada tempestad habian causado en él, el mismo efecto, que aquel fuego, que dice el Profeta Jeremias, embió Dios de lo alto, tan vehemente, i eficaz, que le penetró hasta las medulas de los huesos, purificándole de las pa-

sa-

sadas resistencias, i enseñándole quanto debia hacer en su servicio. Penetrado de estos sentimientos, llegó al Convento de Andujar, donde estaba el Rmo. Padre Comisario General, que le recibió con todo aquel amor, i urbanidad, que le eran naturales, significándole lo muy complacido que estaba con las noticias que le habian dado de su virtud, i bien empleado zelo de las almas en el exercicio de la predicacion Apostólica.

Continuando la conversacion con el Padre Comisario, conoció por ella, que eran muy diversos los pensamientos de ambos, i asi procuró divertir, i llevar los discursos del Superior hacia la Recoleccion de Valdepeñas, dándole gracias por lo que dexaba dispuesto en aquel nuevo Convento, i pidiéndole su bendicion para ir á vivir á él, respecto de haber hecho voto de pasar á la Recoleccion. La respuesta del Padre Comisario fue esta, que dexó escrita el Siervo de Dios: "Antes los bienes, que de Vuesa Reverencia

"me han dicho tiran á que le deben de querer por Ministro para algun Convento de consideracion, pero ni lo uno, ni lo otro será, porque en estando esta Quaresma en Sevilla me le tengo de llevar á Madrid, i allá nos avendremos, que tambien ha de ser necesario hacer, i tomar allá una Casa, que me han ofrecido para la Reforma."

Calló el humilde Padre, oyendo esta resolucion de su Superior General, sin atreverse á replicarle: mas no por eso se entibió en sus santos deseos, ni en los propósitos hechos con tanto fervor, i eficacia. Por lo que, dándole á entender los Religiosos mas graves del Convento de Andujar, le querian elegir por su Prelado, respecto de concluir el que era, agradeciéndole con humildes expresiones sus honras, superiores á su mérito, escusóse de admitirlas, por llamarle otros cuidados de mas importancia, los que por lo mismo no podia en buena conciencia abandonar. Como ni la respuesta del

del

del Rmo. Comisario, ni las ofertas de los Padres de Andujar habian producido efecto en su voluntad, para dexar de continuar sus intentos de pasar á la Recoleccion, asestóle el comun enemigo, dirigiendo los tiros á su interior. Representóle vivamente la repugnancia que mostraba el Superior á su pretension, para que formando escrúpulo de seguirla contra la voluntad de su Prelado, desistiese de solicitar la lizençia. I quando el Soldado de Christo hacia por resistir á esta representacion, abgetado la obligacion del voto hecho de ser Recoleta, inspirábale entonces el demonio un grave miedo, i empacho en volver á instar al Prelado por el cumplimiento de sus deseos, facilitandole asimismo la satisfaccion al voto en el nuevo Convento de Recoletos, que ofrecian á la Religión en la Provincia de Castilla, de donde era hijo. Estas, i otras consideraciones se ofrecian de tropel al Siervo de Dios, estrechando su corazon, i le ponian en terribles congojas.

Buscó, como solia, en la oracion su remedio, i en Maria Santisima la mediacion segura, para el feliz despacho de quanto pretendia de Dios: Representóle su afliccion, i congoja con estas humildes palabras: "Madre de Dios, Señora, i "Abogada mia, si vino del "Cielo el hacer yo aque- "llos votos, venga del Cie- "lo el cumplirlos, que yo "no puedo ni pienso decir- "selo al Comisario Gene- "ral." Conocióse por el efecto haber sido inspira- cion del Cielo hacer los votos, que hizo durante la tempestad, i haber intercedido Maria Santisima para el logro de su peticion; pues encontrandole el Rmo. Padre Comisario le habló en estos términos, segun escribe el Venerable Padre "Estaba pensando, que fue- "ra grande misericordia "de Dios, i cosa acertadi- "sima, que V. R. se fuese "desde aqui á Valdepeñas; "porque los que están allí "con el hábito son empres- "tados, i se han de cansar, "i dexarlo, i ha de ser "grandisima afrenta para "mi, i para toda la Reli- "gion.

"gion. V. R. va con gana, "i le tienen por hombre "cuerdo, i en sabiendolo "otros, se han de ir con V. "R." No es dable explicar el gozo que causó en el Padre Bautista la repentina resolucion de su Superior General, estando poco antes tan de contrario parecer. Conoció el Siervo de Dios que aquella mutacion provenia de la diestra del excelso, i no pudo menos de confiarse con su Prelado, i decirle, que pocos instantes antes habia encomendado á Maria Santisima este asunto, i puestolo todo en sus manos. Siendo como era el Rmo. Comisario hombre de mui conocida virtud, enternecióse al oír estas palabras, i con lágrimas en los ojos, abrazando á tan buen hijo, le habló de esta manera: "Vaya, Padre mio, "mui en buena hora, que "V. R. durará en la Refor- "ma, mirará por ella, i la "defenderá de todos los que "la quieran destruir, i pro- "curará llevar otros, i será "ocasion de que el mundo "no se ria de nosotros, lla- "mandonos burladores, por- "que empezamos, i no aca- "bamos."

Cumplióse puntualmente lo que dixo aquel Prelado, como se verá en el discurso de esta historia, i despues todos creyeron habia sido profecia. Despachóle luego el Padre Comisario General, i escribió de su puño al Padre Ministro de Valdepeñas, ordenandole, que apenas llegase el Padre Frai Juan Bautista, le vistiese el hábito de Recoleta; i que en adelante no dispusiese cosa alguna en el Convento, sin consultar con dicho Padre, i que estuviese seguro, que el mismo le ayudaria en todo lo perteneciente á la Reforma, su conservacion, i aumento: que á su tiempo fuesen los dos á Sevilla, donde se celebraba Capitulo el Sábado quarto despues de Pasqua de Resurreccion. Tomó el Siervo de Dios la bendicion i camino para Valdepeñas: Pero el demonio, que vió acercarse la perfeccion de la obra, que tanto aborrecia, le acometió furiosamente con tal bateria de imaginaciones funestas, que ni podia valerse de la presencia de Dios, ni de los santos pensamientos, en que siem-

siempre estaba ocupado, para repeler aquellos asaltos, i abatir á su enemigo. Fue tan terrible el tormento que le dió en aquel camino, que decia despues, haber padecido mas alli, que en toda su vida: pero como el Señor está con el justo en la tribulacion, para defenderle, su asistencia hizo saliese su Siervo vencedor, en la tentacion, i su virtud mas purificada. Apartóse del camino real, para decir Misa en la Ermita de nuestra Señora de la Cabeza, é implorar de nuevo su proteccion; i alli cobró su alma grandes alientos para proseguir su viage, i vencidas tantas dificultades llegar al Convento de Valdepeñas el dia nueve de Febrero, dos dias antes de Ceniza.

Su poca salud, i mucha debilidad, la incomodidad del camino, i las molestias, que el enemigo le habia hecho padecer, pedian muchos dias de descanso, i alivio, antes de emprender una vida de tanta austeridad, i pobreza, como se practicaba en aquella Casa: pero el penitente Religioso

no quiso mas descanso, que el de sus ansias, que eran verse con el hábito Recoleta. Diósele luego, pasando solos quatro dias, i dispuso una Celda, tan pobre, i de tanta incomodidad, qual deseaba su fervoroso espíritu. Lastimado el Padre Ministro al verle tan quebantado, persuadióle á que no se desnudase de la ropa interior, hasta que pasase lo mas rigoroso del Invierno: Pero el nuevo Soldado de la Milicia de Jesu-Christo, le dixo con fervoroso, bien que humilde, aliento: "Yo vengo á ser
"Descalzo de veras, i á hacer penitencia, i asi no ha
"de quedar cosa alguna
"sobre mi, de lo que de
"allá trahia: esto solo me
"he de poner, i fiar en mi
"buen Dios, que me ha de
"ayudar." Vestido el hábito áspero de Recoleta, quedó tan penetrada su alma de una alegría santa, que asegura él mismo, que por mucho que dixera, i escribiera, no alcanzára á explicar el júbilo, i placer de su alma. Comenzó con tanto fervor su nueva vida, que como dexó escrito:

Cor-

Corrió lo que en mi estaba
detenido tan de represa.
Habia deseado muchos años
antes verse en aquel estado,
ofreciendose todo á su Mag-
gestad en sacrificio: i vien-
do ya cumplidos sus deseos,
rotas las cadenas que tenian
aprisionado su espíritu, em-
prendió la carrera de la
vida reformada con tanto
ímpetu de caridad, alma
de todas las virtudes, que
fue admiracion á los hom-
bres, terror á los demonios,
i alegría á los Ciudadanos
del Cielo.

En la noche del dia en que se descalzó, estando en oracion, le dió nuestro Señor á entender los bienes que están encerrados en padecer por Jesu-Christo, por medio de una vision maravillosa, en que le pareció que á la vista de Christo crucificado le clavaban pies, i manos en una Cruz, como refiere él mismo. Quedó con esta vision tan enamorado de la Cruz, i tan determinado á seguir con ella á su Dueño crucificado, que acaba la narrativa con esta exclamacion. "O buen
"Dios de mi alma, no me
"apartes de tí, ni de tu

"Cruz; que la quiero, i es-
"timo, i dá mas gusto, que
"todos los tesoros del mun-
"do." Causóle tanto placer,
i suavidad aquel favor, que
con haber pasado ya nueve
años, quando lo escribia,
todavía le duraba el con-
tento, i dulzura que habia
sentido en aquella divina
ilustracion. Verdad es, que
de toda esta consolacion ne-
cesitaba para que le confortase, i diese ánimo para llevar la Cruz de tantos trabajos, penas, i amargas, como le esperaban en adelante.

No declara el Siervo de Dios si entonces entendió la vision; pero repára, quando ya la refiere, que el haberla tenido la primera noche, que vistió el hábito de sayal, fue asegurarle el Señor, que la nueva vida de penitencia, rigor, i austeridad, que abrazaba, aunque áspera, amarga, i pesada, era de mucha gloria, i alegría para el alma, pues Jesu-Christo crucificado suavizaba su aspereza, endulzaba su amargura, i aliviaba su peso, consolando al que por amor suyo se abrazaba con la

E

Cruz.

Cruz. I así á la mañana siguiente se halló con ánimo resuelto de seguir á Christo crucificado, empezando desde luego á predicarle

en aquella Quaresma, dándole el Señor por fruto de sus sermones la conversion de muchos pecadores.

CAPITULO IV.

Es elegido el Siervo de Dios Ministro del Convento de Valdepeñas, i le gobierna con santidad i prudencia.

CONcluida la Quaresma, i aproximandose el tiempo del Capitulo, salió el Padre Bautista de Valdepeñas para Sevilla; en donde se habia de celebrar, acompañado del Padre Ministro. Era tiempo lluvioso, por cuya causa los caminos estaban llenos de agua, i pantanos; i siendo los bagajes unos pobres jumentillos, por consiguiente tuvieron que caminar á pie lo mas del viage. Pero como el amigo de Dios se glorihaba en las tribulaciones, ha-

biendo sido muchas las de este camino, sin duda tambien le cupo mucha parte de consuelo. Era muy de temer quedase baldado, llegando muchas veces el agua, i el cieno á media pierna, pues con menos causa lo habia estado otras veces; pero haciendo el Señor la costa, llegó bueno á Sevilla, aunque habia salido de Valdepeñas bastante moleestado de sus habituales achaques. Causó admiracion á quantos le conocian, i alababan á Dios, que

que dá fuerzas á los que por su amor descuidan de la debilidad de su naturaleza. No cesaban los Capitulares de mirar i remirar los hábitos de los dos Recoletos, i en particular el Rmo. Padre Comisario General, como el que habia puesto los primeros fundamentos de esta obra. Mandóle su Reverendissima saliese con su compañero á visitar al Señor Arzobispo, i al Marqués de Santa Cruz, que á la sazón se hallaba en Sevilla, para que viesen los nuevos Recoletos. De estas visitas resultó el ajustar dos fundaciones en Sevilla, una para Religiosos, i otra para Monjas, aunque esta segunda no llegó á efecto.

No le faltó que ofrecer á Dios durante el Capitulo; porque algunos Padres graves, que al principio miraban á los Recoletos con edificacion, i amor, ya despues se significaron con bastante desafecto, no porque les pareciese mal, i desaprobasen la Recoleccion, sino porque se persuadian, que nunca llegaria á efectuarse. I como los hombres de autoridad lle-

van tras de sí por lo comun á la multitud, á poco tiempo ya no habia en el Convento quien mirase con afeccion, i agrado á los dos Recoletos, que sufrían con resignacion, i confianza, templando á unos con palabras discretas, i humildes, i aplacando á otros con prudente silencio. En medio de esta varia tempestad de pareceres contrarios, era grande su afliccion; pero como el Señor queria en su fiel Siervo un Varon de dolores, le labraba mas i mas con ellos, hallandole superior á todos con su gracia.

Para aumento de sus penas, i prueba de su paciencia, i constancia, fue el Señor servido de visitarle con una recia calentura, i un flemon á la boca. Vieronle tres Médicos, que á la sazón asistian á un Religioso gravemente enfermo; i enterados de que recientemente habia mudado de hábito, i abrazado la rigorosa vida de la Recoleccion; de comun acuerdo le dixerón: "Que su radical medicina era volverse á su antiguo hábito; que

»su naturaleza no era para
 »tanta austeridad, i peni-
 »tencia, i de otro modo
 »le costaria la vida." Este
 consejo, ó sentencia, tan
 contraria á los ánimos del
 constante Recoleta, si bien
 afligió su corazón, no fue
 el menor impedimento, pa-
 ra que revestido de aquel
 espíritu que le habia lleva-
 do á la Recoleccion, pre-
 guntase á los Médicos: "Se-
 ñores, hay algunos hom-
 bres, que bien vestidos, i
 con mucho regalo estén
 enfermos, i con calentu-
 ras mas recias?" Si Padre,
 le respondieron. "Pues si
 en aquellos (prosiguió el
 enfermo) no nace del há-
 bito, en mí por qué ha de
 proceder del hábito? Lle-
 nó tanto esta razon á uno
 de los Médicos, que despues
 de haberse despedido to-
 dos, volvió este al Venera-
 ble, i le dixo; que se con-
 solase, i no dexase el hábito
 de Recoleta, que otros mui
 regalados estaban enfermos,
 i se morian, no siendo la
 causa el vestido, i que asi
 tampoco lo sería de su do-
 lencia el hábito que vestia.

Convaleció el Siervo de
 Dios, i en aquel Capitulo

fue electo Ministro del Con-
 vento de Valdepeñas, i los
 Padres aplicaron á la Re-
 forma otro Convento, que
 habian dexado en las cer-
 canias de la Ciudad de Ron-
 da; i para mas afianzar es-
 ta donacion, hizose escri-
 tura por el Capitulo á fa-
 vor de la Reforma, que aun
 estaba tan á los principios.
 Volvióse solo á Valdepeñas,
 porque el compañero con
 quien habia venido, iba
 por Ministro de la nueva
 Casa de Ronda. Volvióse,
 digo, con la misma pobre-
 za que habia venido, i aun
 con mas, pues ni aun quiso
 poner unas sandalias en los
 pies, pareciéndole ocioso
 este pequeño reparo, no
 estando los caminos tan
 malos como antes. Iba lle-
 no de un particular placer,
 i gozo: "No por ser Mi-
 nistro (escribe él mismo)
 como Jesu-Christo sabe,
 sino por parecerme deja-
 ria correr la Recoleccion
 los pasos que Dios fuese
 servido; i que podrian
 correr mis deseos con to-
 do lo que fuese peniten-
 cia i pobreza, que entre
 otras cosas, esto era lo
 que mas deseaba."

Es-

Estas palabras dan bien
 á entender el elevado espi-
 ritu de quien las dixo; pues
 aunque no queria el oficio
 por mandar, i ser obedeci-
 do, tampoco lo reusaba,
 como lo hacen muchos, que
 aborreciendo el vicio de la
 ambicion, huyen igualmen-
 te la servidumbre, los cui-
 dados, escrúpulos, i pen-
 siones que consigo trae la
 Prelacia; i por igual moti-
 vo recelan sentarse en los
 Confesonarios, sin reflexio-
 nar, á que si todos hicieran
 asi, no habria quien man-
 dára, ni quien administrara
 el Sacramento de la Peni-
 tencia. No era de estos el
 zeloso Recoleta, antes bien
 con un espíritu verdaderamente
 Apostólico, deseaba
 como el Apostol ser ana-
 thema de Christo por sus
 hermanos; porque no cesa-
 se la Reforma, i por la sal-
 vacion de muchos, que en
 ella la habian de conseguir.

Llegado á su Convento,
 halló en poca observancia
 las Añas, i Estatutos, que
 habia dispuesto el Rmo. Pa-
 dre Comisario. No debe
 estrañarse esta flaqueza;
 porque los mas eran nue-
 vos, sin Maestro, i aun sin

ánimo de perseverar en
 aquella vida. Procuró con
 espíritu de suavidad esta-
 blecer un modo de vida cor-
 respondiente á lo que desea-
 ba la Religion en la Refor-
 ma: propúsose por ejemplar
 de sus súbditos; i como estos
 aprenden mas con las obras,
 que con las palabras, en
 poco tiempo se admiró en
 aquella pequeña casa mu-
 cha perfeccion Religiosa,
 frecuentandose la peniten-
 cia corporal, la mortifi-
 cacion de los sentidos, la
 oracion, el silencio, reco-
 gimiento, abstraccion de
 las criaturas, con desesti-
 macion de todo lo que olia
 á siglo, i vanidad del mun-
 do, que tanto dominio tie-
 ne sobre la humana natu-
 raleza. Vivía el Pueblo edi-
 ficado, i cada día amaba
 mas, i mas á los nuevos
 Descalzos, haciendo gala
 de tenerlos por vecinos, i
 publicando sus alabanzas
 en los Pueblos comarcanos.
 Tenia mui presente el buen
 Prelado los documentos,
 que le habia dado en Sevi-
 lla su antiguo Maestro el
 mui Religioso Padre Frai
 Agustin de los Reyes, Car-
 melita Descalzo, i como el

pria-

principal consejo fuese en orden á la santa pobreza, la amaba mui de corazon, conociendo los ricos tesoros de bienes celestiales, que se encierran en ella, i no conocen por su desgracia los hijos de este siglo.

Sobre los Estatutos ordenados por el Rmo. Padre Comisario, dispuso otras santas costumbres, de las quales algunas pasaron despues á Leyes. Para que los Religiosos huyesen del todo las memorias del mundo, ordenó, que dexando el nombre de su alcuña, tomasen el de un Santo de su devoción, ó Misterio de Jesu-Christo, ó de su Santísima Madre, ó lo sacasen por suerte: i de este modo cupo al Siervo de Dios el Misterio de la Purísima Concepcion, que añadió al de Fr. Juan Bautista, dejando el apellido de Rico, con que hasta allí era conocido. Estableció el ayuno en las vísperas de las Festividades de nuestra Señora, además de los de la santa Regla, i que se cantase la Salve, con otras preces en obsequio de la Gran Reina, i en el día es

ya ley en la Descalcez.

Esparciendose por toda la Provincia el buen olor de los Recoletos de Valdepeñas, prestó se les agregaron diez i ocho Religiosos, deseosos de mayor perfeccion: entre ellos vinieron algunos mui doctos, i grandes Oradores; i muchos, que habian ya gobernado Conventos en sus Provincias, venian gustosos á ser súbditos en la nueva Reforma. Era motivo grande para alabar á Dios el ver la caritativa union, i hermandad, que reinaba entre todos, la observancia rigurosa que profesaban de los Estatutos que habia dexado el Rmo. General, i que despues habia ampliado el Siervo de Dios. Pero como su Magestad sabe tejer la vida de sus amigos de prosperidades, i trabajos, sucedieron estos á la consolación que hasta allí tenia, no solo él, sino tambien los mas zelosos por la Recolection, i Reforma.

Fue el caso, que como muchos de aquellos Religiosos, que vinieron á la Recolection estaban condecorados con títulos de Ma-

Magisterios, i Presentaturas, i en la Recolection no se admitian, pareció á algunos se les hacia agravio en privarlos de aquellos honores, tan justos, como adquiridos por sus tareas en servicio de la Religion, persuadidos de que aquel trato humilde, i aquella vida tan igual, no era correspondiente á sus Personas. Esto dió motivo á varias desavenencias con su buen Prelado, á quien hacian único autor de aquellas novedades, que creían indecorosas. De resulta, muchos volvieron á su antiguo estado, i profesion, i fueron por lo mismo causa de que otros dexasen de abrazar la vida austera de la Recolection, llegando á creer, que no podia durar, con tanto trabajo, pobreza, i falta de comodidad.

Vino á este tiempo el Padre Provincial á visitar el Convento; i si bien se mostró propicio al Ministro, i á las comunes observancias, aprobando lo que encontró establecido en la nueva Reforma, i confirmando las leyes, i ordenanzas dispuestas por el

Rmo. Padre Comisario General; observando por otra parte, que algunos estaban descontentos con aquella vida, igualmente creyó, que no llevaba principios para durar mucho, i no la favoreció todo lo que podia. Dió oído á algunos quejosos, que sin mas noticia verdadera, que la que consiste en una pura infundada sospecha, le aseguraron, que su Ministro trataba de formar quejas ante el Señor Marques de Santa Cruz, i acudir al Rei, i al Papa, para conseguir separar de la obediencia de la Orden la pequeña porción de la Reforma. Todo entonces era falso, pues en nada habia pensado el Siervo de Dios; pero el Padre Provincial creyó todo, porque todo lo temia, i con este motivo no tenia ya el concepto, que antes, de las virtudes grandes del Ministro de Valdepeñas.

A estas oposiciones de los hombres, que podían provenir de sana intencion, siguió una depravada persecucion del demonio. Intentó este infernal enemigo atemorizar con espantos á los

jos Religiosos, para ver si podia lograr el que desam- parando el Convento, dexasen tambien aquella vida rigurosa, i austera: pareciendole, que aunque no habia cedido su constancia con el exemplo de los que volvian á su primera Madre, podria ablandarse con el miedo, i terror, que les infundiria su presencia. Tomó, pues, la figura de un gran mastin, i cerca de la media noche saltaba las tapias de la huerta, dando tan fieros ladridos, que los Religiosos despertaban tan poseídos del terror, que solo hallaban alivio delante de Jesu-Christo Sacramentado. Ibanse al Coro, ó á la Iglesia, conducidos del Siervo de Dios, que como buen discipulo del Divino Pastor, los alentaba, i confortaba con palabras encendidas del divino amor, que salian del volcan de su pecho.

No es facil trasladar al papel lo mucho que padeció, i sufrió en estos principios de la Reforma, porque solo su grande confianza en Dios, de cuyo agrado sabia que era esta obra, pudo darle constancia, i

firmeza á vista de tanta oposicion como le hizo el mundo, i el infierno. Quando se le iban los Religiosos atemorizados, yá del demonio, yá de la vida penitente, i retirada de aquella primera casa, era mucha su amargura, entre tanto, que el Señor le embiaba otros, que llenasen el lugar que dexaban los primeros. En una de estas ocasiones fue mayor su afliccion, por ser sugetos de bastante graduacion, mérito, i esperanzas, los que le habian desamparado, i vuelto á la Observancia, temiendo el zeloso Prelado se acabase la Reforma tan á los principios. Retiróse á su Celda á divertir su congoja, i descansar un rato con un libro devoto. Luego que le abrió se encontró con un caso, que aconteció al Seráfico Padre San Francisco, i le referia su Autor con las siguientes palabras: "Estaba
"un dia San Francisco muy
"afligido, porque se le iban
"los pocos Frailes que al
"principio tenia: apare-
"ciósele Christo, i díxo-
"le: Francisco, qué, lloras?
"Esta Religion es tu-
"ya,

"ya, ó mia? Respondióle
"el Santo: Señor, tuya.
"Pues si es mia, prosiguió
"Christo, i si esos se fueren,
"no traheré yo otros?
"i si no los hubiere nacidos,
"no haré yo que nazcan?"
Leidas estas clausulas, las tuvo el afligido Prelado como dichas á sí mismo, i quedó, como él escribe, consoladisimo con ellas, persuadido á que el Señor se las repetia, por el mismo motivo que á San Francisco. I aunque vivia con esta firme confianza en Dios, no quiso tentarle, dexandolo todo á su cuidado; antes bien quiso poner de su parte los medios, que le parecian oportunos para la continuacion de la vida Reformada, i sus progresos.

A este fin partió con un compañero á Madrid, con sola la prevencion de la confianza en Dios, como acostumbraba en sus viajes, pues por mas lecciones, i consejos que le dieron, para que no descuidára tanto de su persona, jamás supo pensar en lo que habia de comer, i beber, como verdadero observador del Evangelio. Presentóse hu-

milde al Rmo. Padre Comisario General, que encontró bastante provisto de las especies del Padre Provincial contra las austeridades de la Reforma, pensando que no podria tener fixo fundamento, si no estribaba sobre una vida mas tolerable, i llevadera; es á saber, que se diferenciassen de los Padres de la Observancia en el hábito, encerramiento, i algunas austeridades moderadas, pero que no quisiesen abarcar tanto, que no hallasen Religiosos, que se sujetasen á tanto peso. Tales, dixo el Rmo. quiere la Religion que sean los Recoletos; penitentes, pero con moderacion, i algun alivio en las austeridades: Añadió, que además de los Dominicos en que permite la Regla comer de carne, la comiesen en los Martes, i Jueves, i dió algunos ensanches mas; contra lo mismo que habia ordenado su Reverendísima en los Estatutos hechos para los Recoletos.

A estas, i otras semejantes razones respondió el santo Ministro Fr. Juan: "Padre nuestro, hábito áspero, i riguroso, i que pa-

» rezcamos peuitentes al mundo, i que dentro de casa nos seamos quienes éramos, bien vé V. P. que no se puede hacer con buena conciencia, que en algo parece engañamos al mundo. Si V. P. quiere que se prosiga en adelante, lo que hasta aqui se ha hecho, deme algunos Religiosos; i si no sirva se de proveer la Casa á otro. Solo le pido no me quite este santo hábito, porque le amo mucho. Si V. P. me dexa aqui, me ocuparé en predicar por esos Hospitales, i dentro de Casa guardaré la Regla primitiva." A esta propuesta el Rmo. le dixo con mucho amor: "No quiero lo uno, ni lo otro, sino que se vuelva, i lleve con suavidad las cosas, i deje esas mortificaciones i rigores, i coman carne." No pareció al obediente súbdito conveniente entonces porfiar en su justa petición, viendo al Superior General, al parecer opuesto. Aquí fueron los primeros impulsos, que sintió del Señor para ir á Roma, i solicitar de la Santa Sede

la confirmacion de la Reforma, con leyes particulares de Descalzos, i observancia de la Regla primitiva.

Pero en medio de continuar estos impulsos, i haber tenido para el mismo fin particulares ilustraciones del Cielo, no quiso fiarse de sí mismo, ni fixar en su propio parecer, ni menos resolver en cosa tan ardua, i grande, sin primero consultarlo con Religiosos doctos, i zelosos, que deseaban la Reforma, i aun con otros fuera de la Orden. Uno de estos, i de mucha recomendacion para poder resolverse, fue el mui Religioso Padre Frai Elias de San Martin, General de la Reforma del Carmen, quien conociendo el espiritu extraordinario del Siervo de Dios, i la santidad de la obra, que emprendia, despues de asegurarle de ser rectos sus intentos, i que podia mui bien llevarlos adelante, segun se sentia inspirado de Dios, le dió una carta, por la qual recomendaba su persona á todos los Superiores de los Conventos de

su

su Orden, por donde le ocurriese pasar, mandando que le hospedasen, agasajasen, i defendiesen de quien le quisiese embarazar su viage, por ser tan del servicio de Dios. Esta carta, dice nuestro Venerable escribiendo este suceso, fue como un pronóstico de lo que aquel gran Religioso habia de amar, i favorecer la Reforma. Reservó por entonoes el Siervo de Dios esta, i otras muchas recomendaciones, que le dieron, i restituyóse á su Convento, á esperar tiempo oportuno para poner en execucion sus intentos.

Quando se acercaba este tiempo de emprender el viage, comenzó á dudar de la felicidad del suceso, porque se veía solo, pobre, i desvalido de humano favor, i que los que se le oponian eran poderosos, i tanto mas, quanto que ignoraban los interiores llamamientos con que le movia el Señor á la obra que trahia entre manos. No temia los trabajos del camino, ni otros contratiempos, que naturalmente habia de sufrir; pero temia si sus pensa-

mientos serían conformes á la voluntad de Dios, á quien solamente atendia en quanto intentaba poner la mano. Esta perplexidad i recelo producian en su ánimo congojas de muerte, i combatido de ellas, recurrió á la oracion, que era su único asilo, i debe serlo de todos, pues los mismos beneficios, que su Magestad quiere hacernos, gusta que se los pidamos, para que sea mérito en los siervos, lo que en el Señor es gracia i liberalidad. Logré, como esperaba, el efecto de su recurso; pues recibió de Dios tan copiosas luces de ser esta su santísima voluntad, que ya no temia dificultades, ni contradicciones, teniendo por mui cierto, que habia de vencerlas todas con la divina gracia.

Confirmóse mas en sus piadosos intentos con un extraordinario favor que le hizo el Señor antes de acabar su oracion. Alentadô en ella con la confianza, que le habian infundido las luces recibidas, pide aun con mas fervor al Señor le dé nuevas señales de su santi-

F 2

si-

simas voluntades, i continuando en su súplica, oye estas palabras: *No temas, prosigue, que yo te ayudaré.* El aliento i consuelo que dexaron en su alma estas palabras, le hicieron conocer claramente ser del Padre de las misericordias. Asi lo entendió entonces este Siervo de Dios, i asi lo confesó á la hora de la muerte á instancia, i mandato de su Prelado, como lo deponen los testigos, que se hallaron presentes.

Quiso tambien la Reina de los Angeles, de quien era devotissimo Capellan, i la habia elegido por Protectora de su Reforma, tener parte en su ereccion, i dar este consuelo á su amartelado Siervo, i Capellan. Apareciósele por este tiempo, mandándole, que no se detuviese en dar principio á aquella obra, mui del agrado de Dios, i suyo, i asegurándole, que venceria con el favor de la divina gracia las muchas dificultades, i embarazos, que se le opondrían. Quedó con tan gran favor lleno de consolacion, i bañado en

júbilos espirituales; i confuso, i sumergido al mismo tiempo en el conocimiento de su nada, se postró á la presencia de la Soberana Reina de los Angeles, rindióle gracias, por tan señalada misericordia, ofreciósele nuevamente por su perpetuo Siervo, suplicándole, que asi á él, como á su Reforma admitiese, bajo de su poderoso patrocinio. Con estas seguras prendas, quedó nuestro Padre consolado, i restablecido de sus antiguas tribulaciones, i con una grande confianza de emprender con felicidad la grande obra que Dios le inspiraba, tomando el camino para Roma.

Esta resolucion de ir Nro. Padre á Roma sin licencia, i aun contra la voluntad de los Superiores del Orden, fue bastante censurada entonces, i acriminada por algunos de nuestros Padres de la Observancia: tambien lo fue, i mucho por el R. Promotor de la Fé, hasta en las últimas animadversiones, que produjo contra sus heroicas virtudes. Pero haciendo justicia, creo que no fueron

nues-

nuestros Padres tan injustos Censores, como algunos se persuadieron. Si entonces hubieran conocido lo que al R. Promotor, i á toda la Sagrada Congregacion se le hizo manifesto, hubieran quedado enteramente satisfechos, i sin la menor duda de que el viaje de Nro. Venerable Padre era mui del agrado de Dios, como quedó el R. Promotor, i la Sagrada Congregacion. Pero aquel incomprehensible Señor, que por diversos caminos conduce á sus Siervos, para la execucion de sus designios, permitió, ó quiso se ocultase á los Superiores, el espíritu extraordinario con que habia enriquecido á este su Siervo, i segun el qual era su voluntad se gobernase, i obrase. Tenia el obediente, i zeloso Padre repetidos avisos del Cielo de ser del agrado de Dios la Reforma; estaba asegurado de la proteccion del Señor, i de su Santissima Madre en procurar su establecimiento, despues de muchas revelaciones con que el mismo Señor le habia favorecido, i certifica-

do de su voluntad. Estos conocimientos, que habia recibido de Dios por medio de la oracion, procuró manifestar á los Superiores en el modo que le era permitido; pero como eran conocimientos propios de un espíritu extraordinario, i no se persuadian á que fuese tal el del Padre Fr. Juan Bautista, nunca eran atendidos, por mas súplicas que hiciese, siguiendose de aqui el vivir el Varon de Dios en un continuo tormento, i afliccion de su corazon.

Por esta causa, i por otras semejantes, que la experiencia le habria enseñado, hablando del gran trabajo, que sufre un alma, quando los que la gobiernan no la permiten obrar lo que el Señor le inspira, dice el Siervo de Dios estas palabras: "Pocas veces he visto, ó leído, que los Padres espirituales se conformen con el espíritu extraordinario, que sobreviene á un alma, pareciéndoles mas seguro andar por lo baxo, i leer en la cartilla, i tratar de cosas que se palpan. Confie-

«fieso que esto es menos
 «difícil, i de menos
 «trabajo para el alma que
 «camina, i para quien la
 «guia, pero tambien digo,
 «que quien no se aventura,
 «no aventura, i quien no
 «emplea, no gana:: No
 «hai trabajo, ni mortifica-
 «cion igual á la soledad
 «que padece un alma, quan-
 «do llega á un estado, que
 «no la entienden; i si la
 «entienden, no se quieren
 «conformar con ella:: Ve-
 «nero Señor, tus juicios,
 «que yo no alcanzo: Que
 «entienda un alma, que es
 «burla lo que le dicen: que
 «la prueban con consejos
 «contrarios, i que no debe
 «hacer lo que le aconsejan,
 «i que la verdad es lo que
 «Dios le inspira, i que el
 «aconsejarle lo contrario,
 «es porque no lo saben, i
 «si saben, la burlan:: No
 «sé que me diga, quando
 «veo se pierde aquel tiem-
 «po, que á un alma le aconsejan
 «en contrario de lo
 «que vos le inspirais.”

En el supuesto, pues, de
 no ser conocido el extraor-
 dinario espíritu de este Va-
 ron Apostólico, i en el de
 no ser propio de un espiri-

tu regular i ordinario pre-
 tender rigores, i reformas
 contra la voluntad de los
 Superiores, ¿qué mucho
 seria culpasen algunos el
 procedimiento de nuestro
 Padre de salir de su Con-
 vento para Roma, sin dár
 parte á la Religion, que no
 le consideraba por hombre
 de extraordinario espíritu,
 i para grandes empresas,
 sino por Religioso regular,
 i para cosas comunes, i or-
 dinarias? Si los que le cen-
 suraron en este particular,
 hubieran entendido las es-
 peciales ilustraciones, i efi-
 caces movimientos, que
 para proceder asi, habia
 recibido de Dios Nro. Ve-
 nerable, lejos de censurar-
 le, hubieran alabado su
 pronta obediencia á la voz
 del Señor. O si hubieran
 alcanzado el tiempo en que
 la Sagrada Congregacion
 por todos sus votos, i des-
 pues el Pastor Universal
 por su infalible decreto,
 aprobó sus virtudes, sin
 duda confesarían no haber
 acertado en su censura. Si-
 gamos nuestra historia.

Pareciendo, pues, á Nro.
 Padre, sería tiempo oportu-
 no para dar principio á

su jornada; á veinte i qua-
 tro de Agosto de 1597, dia
 consagrado al Apostol San
 Bartholomé, salió del Con-
 vento de Valdepeñas, sin
 decir á sus Religiosos don-
 de iba; pero dióles á en-
 tender, que el dia de la Na-
 tividad de nuestra Señora
 aun no habria vuelto, i que
 en aquel dia tendria mucho
 que padecer; i asi á ellos,
 como á otras personas pia-
 dosas pidió muchas ora-
 ciones para este dia.

Llevó en su compañía
 un Religioso Lego, de pro-
 bada virtud, llamado Frai
 Estevan de la Santisima
 Trinidad, de quien hacia el
 Siervo de Dios mucha esti-
 macion i aprecio. Salieron
 con solo un jumentillo, sin
 alforjas, ni otro equipaje,
 ni mas prevencion que
 treinta ducados, que unas
 piadosas Señoras le habian
 dado en Madrid, i habia
 reservado para esta oca-
 sion, bien que sin particu-
 lar cuidado; porque como
 dexó escrito, le parecia,
 que si llevaba mucho dine-
 ro, habia de negociar po-
 co, ó nada. Salió del Con-
 vento mui alegre i placen-
 tero, como quien llevaba

prendas de la voluntad del
 Señor. Pero como en aque-
 los últimos dias con el pe-
 so de sus cuidados, i aun
 de sus habituales dolencias,
 se habia alimentado mui
 mal, hallandose ya en el
 campo, i comenzando el
 exercicio corpbral, sintió
 tanta debilidad i flaqueza,
 que no podia dar un paso.

No obstante, poco á po-
 co prosiguió su viage, i
 haciendo el demonio de las
 suyas, permitiéndolo asi
 el Señor, deciale como al
 oído: “¿Dónde vés mise-
 «rable? ¿Sabes lo que ha-
 «ces? ¿No ves que esta
 «hambre que padecés en
 «esta jornada, i sin tener
 «con que remediarla, es
 «pronóstico de lo mucho
 «que has de padecer por
 «esos caminos? I si tres le-
 «guas de tu casa padecés
 «esto, i sin remedio, ¿qué
 «será quando entres en ese
 «mar, i tierras estrañas,
 «donde no haya conoci-
 «miento? Mejor será vol-
 «ver la oja, volverte á tu
 «Convento, i dexarte de
 «esto.

Con tales sugestiones le
 atormentaba el enemigo
 comun, añadiendo dolor á

su dolor, i nueva pena á su debilidad: Pero armado de la fortaleza, que le infundian las promesas de Dios, i de su Santísima Madre, rebatió la tentacion, i con bastante fatiga llegó á Manzanares, quatro leguas distante de Valdepeñas. Aqui halló socorro correspondiente á su grande necesidad en la piedad de los Padres Carmelitas Descalzos; bien que para que no fuese completo el alivio, el Padre Prior le desconsoló mucho sobre el asunto de su pretension, porque habia estado en Roma, i sabia de propia experiencia, que para negociar en aquella Corte son necesarios poderosos empeños, i mucho dinero: y constandole ser mui pocos los maravedises que llevaba, le aseguró, que apenas tenia bastante para pagar el flete en Alicante, i comer poco en la embarcacion. Con esto avivó el demonio la primera tentacion; pero le asaltó en vano, como antes, porque le apartó de sí diciendo con San Bernardo: *Ni por tí lo comencé, ni por tí lo dexaré.*

Partió de Manzanares al

dia siguiente, bien agasajado de aquellos caritativos Religiosos: hizo su camino con el trabajo que es natural á un pobre, i enfermo, ocupado siempre el Varon de Dios en santas meditaciones, á excepcion de algunos pocos ratos, que para aliviar al compañero, le hacia piadosos discursos, que eran las redundancias de su corazon, siempre que hablaba. Llegó á Alicante, i halló un Navio aprestado para Génova, que habia de salir dos dias despues. A esta ocasion le regaló el Señor con una recia calentura, que sobre sus habituales males, le postró bastante, i obligó á sangrarse pocas horas antes de pasar á bordo. Pero como su mayor cuidado era para el dia de la Natividad de la Virgen Maria, en medio de su pobreza, dexó dinero para limosna de unas Misas, que debian celebrarse en el dicho dia de nuestra Señora.

Hízose á la vela el Navio el dia seis de Septiembre, i apenas habrian salido dos leguas del Puerto; habiendose vuelto el viento, fue necesario echar áncoras al

levantóse despues la mareta, (asi llaman al pequeño movimiento de las olas, que poco á poco se ván esforzando) i todos recelaban cercana tormenta, i en este estado siguieron hasta el medio dia siguiente, víspera de la Natividad de nuestra Señora. Hallábase nuestro Padre á la ocasion bastante fatigado por su mucha debilidad, i poca salud, i rindiendose al sueño por un breve rato, entre dormido ó soñoliento, sintió llegarse una persona desconocida, que tocandole con la mano para despertarle, le dixo al mismo tiempo: *Deo gracias.* Algo vuelto en sí, pero sin acabar de despertar, respondió: *Por siempre.* I añadió la persona: *No tengas miedo, ni se te dé nada, que un dia padecerás, i otro resucitarás.* Oidas estas palabras, acabó de despertar, pero sin saber quien le habia despertado i hablado, i desde luego lo tuvo por aviso del Cielo.

Al mismo tiempo comenzó una nube á despedir rayos, i relámpagos con tan espantosos truenos, que

ensordecian á las gentes de la nave. Levántase despues un recio uracán, que rompiendo las maromas, i maltratando mucha parte de la popa, anunciaba próximo el naufragio. Todo era lástimas, lágrimas, gritos, i confusion, clamando todos á Dios por misericordia. El Varon de Dios, teniendo en las manos un santo Crucifixo exórtaba, i alentaba á todos á verdadero dolor de sus culpas, i á pedir perdon al Señor. En el fervor de esta exórtacion perdió los sentidos del cuerpo, para ver con divina ilustracion las misericordias de Dios, i recibir nuevos favores del Cielo. Vió, pues en espiritu como una multitud innumerable de Santos, los cuales rogaban á su Magestad, para que no naufragase aquel Navio, i que Jesu-Christo Señor nuestro, levantado de su Trono, se disponia á favorecer á los que padecian en aquella recia tormenta. Esta no obstante proseguia con el mismo furor, i todas las maniobras de los marineros daban mui pocas esperanzas de tener buen efec-

G to.

to. Vuelto del rapto el Siervo de Dios, i con firme esperanza de que abonaria el tiempo, oyó de penitencia á muchos, i alentó á todos en aquel conflicto. Al medio dia de la Natividad de nuestra Señora llegaron dos barcos de Alicante, para ir sacando á tierra la gente del navío. Nadie se atrevia á baxar á los barcos, por estar el mar tan levantado, pero los animó el bendito Padre, arrojándose el primero, i siguiendo otros tres, salieron á tierra con algun trabajo. El compañero Frai Estevan quedó en el navío por otro dia i medio, que siguió la borrasca, i entonces salieron todos á tierra, sin lesion alguna.

Aquí fue acometido de tristes pensamientos, representandosele nuevas dificultades sobre el rumbo, que habia de tomar: porque si trataba de seguir el camino de Roma, faltaba dinero, i su salud estaba mui quebrantada: en volver á Valdepeñas hallaba otros muchos inconvenientes, no siendo el menor, el que sabiendo los Prelados

que iba á Roma, le atajarían los pasos, de tal modo, que no pudiese jamás intentar, ni menos poner en execucion tal viage. Propuso á su compañero Frai Estevan, ¿qué podrian hacer en las circunstancias en que se hallaban? Respondió el compañero, que fucsen á Roma. Asi pareció tambien por entonces al Venerable Padre: pero no obstante encargó al compañero, que le acompañas en aquella noche á encomendar el asunto á su Magestad. Hicieron los dos oracion quasi toda la noche; i á la mañana preguntando segunda vez nuestro Padre á Frai Estevan, que adónde habian de ir? le respondió, que á Valdepeñas. Entendió que esta era la voluntad de Dios, i siguiendo el consejo del compañero, volvieron ambos á Valdepeñas, donde fueron bien recibidos; porque disponiendo Dios, nadie entendió adónde habian ido, ni donde habian estado. Fue particular providencia de Dios, que no volviesen á embarcarse, pues la nave en que habian de hacerse á

la

la vela, si lo hubieran re- en los mares de Liguria, suelto, padeció naufragio quasi delante de Génova.



CAPITULO V.

Parte Nro. Venerable Padre segunda vez para Roma, i varios trabajos que padeció en el camino.

DEsde que volvió á su Convento el Siervo de Dios, i aun en sus cercanias antes de llegar á él, no hacia mas que preguntarse á sí mismo: ¿Qué es esto? dónde vuelvo? cómo dexo la Reforma? cómo dexisto de lo comenzado? Era tan lncesante esta batería, que recurriendo aun con mas fervor á la oracion, para comunicarlo con Dios, sacó de ella nuevas luces, i fuertes movimientos de ponerse en viage otra vez para Roma. Ardia su corazon en fuego de amor divino, i habia cobrado con él tal ánimo i fortaleza, que no eran capaces de acobardarle todas las adversidades, i trabajos, que

forzosamente habia de padecer en tan dilatada peregrinacion, caminando pobre, desvalido, i enfermo.

Salió de Valdepeñas el dia de San Francisco de Asis á quatro de Octubre del año de 1597, cinco ó seis dias despues de haber llegado del antecedente viage, con las mismas, i aun mayores incomodidades, porque cada vez se hallaba mas agravado de sus males. Faltóle su virtuoso compañero Frai Estevan, i en su lugar se comhidó un Religioso Sacerdote, bueno sustancialmente, pero del genio raro, i delicado de muchos, que parece están en este mundo solo para ejercicio, i

corona de aquellos, con quienes viven. La primera noche le molestó el enemigo tan á lo sensible, que parecia echar á tierra la casa donde se recogieron. Bramaba el infernal Leon, i hacia terribles estruendos, para atemorizar al bendito Padre, i obligarle á volver á su Convento. Mas cobrando fortaleza con la señal de la Santa Cruz, invocando continuamente el dulcísimo nombre de Jesus, logró burlarse de sus amenazas. El compañero tambien le molestó, i ejercitó bien su paciencia, i sufrimiento, destemplandose á veces tanto contra su santo Prelado, que llegó este á temerle, i á pensar si haria algun desacierto, ó le quitaría la vida. ¿Qué iría oprimido el corazón del Siervo de Dios al principio de un largo camino con tan encontrada compañía, teniendole á su lado á todas horas para contradecirle, sin verle jamás de buen semblante?

En fin, cansado, i mui ejercitado del compañero, llegó á Alicante, donde halló al Excelentísimo Se-

ñor Duque de Maqueda Don Bernardino de Cárdenas, que iba por Virrey de Sicilia, en las Galeras de aquel Reino.

Siendo como era el Duque Príncipe igualmente generoso, que piadoso, i necesitando el Siervo del Señor un Protector de tales prendas, fue luego que pudo á visitarle, i dandole cuenta del fin que llevaba en su viage, pidióle humildemente su favor para un negocio tan del servicio de Dios. cual creía ser la Reforma. Prometióle el Virrey toda su protección, esperando su Excelencia la de nuestro Señor, llevando en su compañía un tan gran Santo, como desde luego conoció por tal al bendito Padre. Veinte i ocho dias se detuvo en Alicante, amparado, i regalado del Duque. igualmente que su compañero: i quando llegaron á entrar en un Esquife, para ir abordo de la Galera, apareció allí un Religioso Trinitario Calzado en busca suya. Quiso seguirlos en un barco, pero le dijeron los del Puerto, que los dos Religiosos Des-

cal-

calzos eran mui favorecidos del Señor Virrey de Sicilia, i que si intentaba seguirlos á la Galera, á cuyo bordo ya estaban, quizá darian con él en Roma, á donde caminaban. Con esto desistió de seguirlos el Religioso Calzado.

Llegaron á Barcelona en poco tiempo, i despues de una detencion de veinte dias en esta Ciudad, i en Badalona, aportaron á Colibre, donde el mal temporal los obligó á detenerse. I aunque en todas partes le persiguió el enemigo, i siempre procuró impedirle el viage, parece, que donde mas descubrió su furor, i rabia, fue en Colibre; tanto, que llegó á decirle varias veces el Duque de Maqueda: "Padre Ministro, este tiempo no es natural, ni puedo entender, sino que de este nuestro viage, quiere Dios sacar algun grande bien, porque pienso, que todo el infierno se ha juntado, para que no pasemos adelante." Lo mismo referia Don Pedro de Leiva, General de las Galeras de Sicilia: i cuando despues de al-

gunos años encontraba á nuestro Padre en España, solia preguntarle, ¿si se acordaba de Colibre? Porque jamás se le pudo borrar de la memoria la multitud de trabajos, que allí sufrieron; i los referia muchas veces al Padre Frai Bartholomé de Christo, alabando al mismo tiempo la gran caridad de nuestro Padre, hablando siempre de él como de un Varon Celestial.

La estacion entonces era la mas rigorosa, por ser en el corazón del invierno, que allí siempre es mui intenso, por estar á la falda de los Pirineos: el mar levantaba sus olas hasta las estrellas; las nubes se desgajaban en copos de nieve, el viento soplabá tan frio, que no habia resistencia contra él, la tierra sobre mojada, estaba helada, sin poder pisarla las personas, sino con evidente peligro de caer, i aun muchas quedaron heladas de la intension del frio. I despues de tanta desgracia que causaba el temporal tan furioso, sobrevino una especie de enfermedad, que mas parecia

recia peste, que otra cosa; pues comunicada de unos á otros, á muchos quitaba la vida en dos dias, aun despues de muchos remedios.

No sufrió el piadoso corazon de nuestro Venerable Padre, i fiel imitador de Jesu-Christo, vér padecer á sus hermanos, sin entrar á padecer, como otro San Pablo, i aun á morir con ellos, si fuese menester: pues aunque estaba enfermo, desabrigado, i del todo descalzo, á todos las horas del dia, i de la noche se hallaba entre los enfermos, pronto para su asistencia, alentandolos con palabras encendidas en amor de Dios á llevar con santa resignacion los trabajos, i tribulaciones, que el Señor les embiaba para su propio bien. A unos confesaba, á otros alentaba con santas exórtaciones, i devotas preces en los últimos vales de la vida, para que lograsen una feliz muerte. Llegaron á quedar solos para estos santos empleos Nro. Padre, i su Compañero, por haber acabado felizmente en ellos su vida

un Religioso Mínimo, i el Capellán del Excelentísimo Señor Virrei de Sicilia, que los acompañaban en tan santos ejercicios, i en tan urgente necesidad. Decia publicamente el Duque de Maqueda, lastimado de tanta desgracia de enfermedades, i muertes, que Dios, cuya piedad es infinita, habia embiado á nuestro Padre, i su Compañero, no á Roma, sino é Colibre, para remedio de tantas necesidades.

Como el enemigo infernal intentaba con estos trabajos, i tribulaciones separar al Varon de Dios del santo fin que llevaba en esta jornada, para que desistiese de ella; viendo despues que con los trabajos doblaba el mérito, se valió de otros medios, i armas, que llegasen á lo interior, con que se persuadia salir con victorias. Acómetióle con una aprehension vivisima, i continua, de que aquel viage no era de la voluntad de Dios; por no serlo de la de sus Superiores, por cuyos órganos hace Dios entender la suya, i que esto se lo habia

bia manifestado bien claro la divina Misericordia en la primera, i desgraciada embarcacion, i se lo declaraba en los contratiempos de este segundo viage, viendo en cada instante tantas imágenes de la muerte, quantos eran los que habian perecido al golpe de los excesivos frios, i de la peste. De estas aprehensiones, como de evidentes premisas, le persuadia el demonio á sacar por consecuencia, que debia volverse luego, ya por no ofender á Dios, ya porque aquel contagio no le quitase quanto antes la vida, como la habia quitado á tantos delante de sus ojos, i que de este modo, sola, i retirado en su Celda podria tratar, como era de su esencial obligacion, de su aprovechamiento espiritual, dejando el arduo negocio, i solicitud de la Reforma; para quien tuviese el grande espíritu de que él carecia.

Affigidísimo se halló el Siervo de Dios con estas tan artíficiosas sugeriones; porque como su único fin en todas sus obras era agra-

dar á Dios, sin separarse en cosa alguna de su santísima voluntad, no podia menos de desconsolarse hasta lo sumo, i desfallecer, aprehendiendo que ofendia gravemente á Dios, cuando por otra parte, ni por todo el mundo cometeria un pecado venial. En llegando aqui el afligido Padre, no hallaba salida á sus penas, ni el menor alivio á sus trabajos; porque eran tantas las tinieblas, tanta la confusion en su interior, que no le permitian usar de su discurso, ni traer á la memoria las prendas que tenia de Dios, i de su Santísima Madre, de ser de su divino agrado la pretension que llevaba, i como le habian ofrecido su amparo para conseguirla.

En este estrêmo de congoja, i perplejidad, sin poder resolverse á abrazar lo uno, ó dejar lo otro, comunicó su interior afliccion con el Confesor del Señor Virrei Duque de Maqueda, que lo era el M. R. P. Fr. Pedro de Santander, del Orden Seráfico, i Secretario que habia sido del Rmo. é Ilmo. General Gon-

zaga, que, despues fue Arzobispo de Mantua, Varon de mucha virtud, letras, i prudencia, de mucha, i larga experiencia en cosas, i gobierno de Religion. Como este grande hombre tenia tantas pruebas de la sólida virtud del afligido Padre, i del buen espíritu que le movia á solicitar la Reforma, conoció al punto, que toda su afliccion, i los pensamientos que la causaban, eran ardid del demonio; i sin pararse á responder á sus argumentos, le hizo ver con breves i eficaces razones, que todo su temor, é irresolucion era astucia de Satanas, i conocida tentacion suya, con que queria enfriar, ó desvanecer del todo sus buenas intenciones.

Con el parecer de un hombre tan sabio, como Religioso, quedó el Siervo de Dios quieto, i alentado; pero aun le quedaban dificultades que vencer, porque no quiso el Señor saliese al refrigerio hasta haber pasado por las pruebas del fuego i del agua. Volvia una noche de oír la

confesion de una enferma, á quien habia salido á asistir, no obstante hallarse indispuerto algo mas de lo ordinario; i siendo el frio tan intenso, como queda dicho, i estando el Siervo de Dios tan debilitado, quedó helado de medio cuerpo abajo, sin que el extraordinario ardor de una calentura, que le sobrevino, pudiese hacerle entrar en calor. Sintiólo por extremo el Señor Virrei, temiendo perder un Varon de Dios, á quien tanto veneraba, i amaba; dió orden que al punto se matase una res bacuna; i que le metiesen en ella el medio cuerpo, pues este era el remedio con que otros habian sanado. Resistiólo el Siervo de Dios, asegurando, que no era menester; i con un nuevo crecimiento, que le entró, quedó sano, admirando todos este suceso, habiendo visto morir á quantos habian adolecido de este mal. En esta ocasion le dió á entender Nuestro Señor, que aquel frio, ó pasmo bastaba para quitarle la vida, pero que se la prolongaba su Magestad para

el

el fin que le habia escogido, de fundar la Descalcez Trinitaria. Asi lo dijo el bendito Padre muchos años despues al Padre Fr. Martin de San Christoval, quien juridicamente lo depone en las informaciones.

Como el Señor Virrei Duque se detenia tanto en Colibre, esperando buen temporal, sugirió el demonio al compañero, persuadiese al Siervo de Dios, á que entrasen en un bastimento, que estaba pronto á salir de este Puerto, aunque con mal temporal. No queriendo el bendito Padre disgustar al compañero, porque temia su terrible condicion, no le replicó, antes bien consintió en ello; pero quiso antes dar parte al Señor Virrei, pidiendole con humildad lo tuviese á bien. Manifestóle su Excelencia el gran disgusto que en ello tenia, i obligóle á desistir de este intento, á pesar de las persuasiones del compañero, i del demonio tentador. Salió el bastimento del Puerto, no obstante el mal temporal, i á su vista se hizo pedazos, salvandose solos

los pocos que sabian nadar. Aqui tuvo el bendito Padre nuevo motivo para alabar al Señor, i darle gracias por la misericordia con que tantas veces le libraba de los riesgos de perder la vida.

Ya llegó el tiempo, que tanto deseaba nuestro Venerable Padre. Quiso el Señor que cesasen las enfermedades, i que se serenase el mar; con cuya bonanza se hicieron á la vela el dia ocho de Marzo de 1598, que era Domingo de Pasion, ó quinto de Quaresma: i á bien el tiempo era favorable, no por eso faltaron trabajos, porque descuidados los Pilotos, se acercaron demasiado en las costas de Francia á las Pomas de Marsella, con peligro de caer en manos de los Franceses, que tenian entonces guerra con España. Habiendo llegado á Génova, fue el Siervo de Dios acometido de terribles dolores en todo el cuerpo: pero asi como de repente adoleció, asi prontamente quiso el Señor se aliviase, sacando nuevo merecimiento en la paciencia, i resignacion,

H

cion,

cion, con que recibia tan repetidos contratiempos. Con breve detencion en Génova, volvieron á hacerse á la vela para Civita-vequia, adonde llegaron al día siguiente; i allí el Señor Duque Virrei, i toda su familia se confesó con el Siervo de Dios, quien despues les dixo Misa, i administró la Sagrada Comunion, dexandolos con esta llenos de espiritual consuelo.

Despidióse á la tarde del Señor Duque, i de su Primogénito el Marqués de Eliche Don Jorge de Cárdenas, i de su familia, con sentimiento de todos, i en particular del Señor Duque, que con lágrimas á los ojos le dixo: *Padre Ministro haya con Dios, i no le digo mas, sino que me tenga por amigo*, Dióle cartas de favor para el Embaxador de España en Roma, que lo era el Duque de Sesá Don Antonio Fernandez de Córdoba, i con ellas partió el Siervo de Dios con su compañero mui alegre, i gozo-

so, por llegar ya á salvar los confines de la santa Ciudad de Roma, en donde esperaba le habia de favorecer el Cielo, para el logro de lo que intentaba. Despues de tantos trabajos i enfermedades, despues de tantas tribulaciones, i aflicciones de espíritu, despues de tantos triunfos conseguidos hasta entonces del común enemigo. Llegó á entrar en esta Ciudad el Sábado Santo á veinte i uno de Marzo de 1598, al mismo tiempo que sonaban alegremente las campanas al Gloria in excelsis, como anuncio feliz de su buena suerte, como él mismo escribe, i pondera con encarecidas palabras: Como quedando el primer paso en Roma en tal día, en tal hora, i toque universal de campanas, todo ello le aseguraba el gozo, i consuelo, que habia de tener despues, consiguiendo el fin de su larga i penosa jornada, que creia ser del agrado de su divina Magestad.

CA-

CAPITULO VI.

Comienza Nro. Venerable Padre su pretension en Roma, i vence con el favor de Dios graves dificultades, hasta conseguir el Breve para la Descalcez.

A Fin de conseguir esta obra de la Reforma, de que se habia de seguir mucha gloria á Dios, movió su Magestad á su fiel Ministro á que fuese á la Corte de Roma; á este fin le libró en el camino de repetidos riesgos de perder la vida, i se la conservó con sucesos milagrosos. Ya pues está dentro de Roma, que ha de ser palestra de otros muchos años i trabajos; pero tambien de muchos merecimientos; i despues, de mucha gloria, como se verá. Habia escrito el Siervo de Dios á un dero snyo, que estaba empleado decentemente en la

Iglesia de Santiago de los Españoles, dándole cuenta de que caminaba á Roma, i de lo que pretendia. Este pariente, aprovechando los instantes, tenia presentado memorial á Nro. Smo. Padre Clemente VIII, exponiéndole como venia á Roma Nro. Venerable Padre á pretendér la Reforma de su Orden, suplicando a su Santidad se le mande, que ningun Religioso del Orden le molestase, ni impidiese su pretension. El Papa habia remitido el memorial á Monseñor Secretario de la Congregacion, que habia instituido para la direccion, i gobierno de

H 2

las

las Reformas. Apenas llegó á Roma el Siervo de Dios, fue á verse con su pariente, i como yá este tenia orden del Secretario, de que en llegando se presentase, lo llevó allá, i el dicho Monseñor Secretario ordenó que fuese á hospedarse al Convento de San Estevan in Trullo, que era de huestros Padres Calzados, que despues pasaron al de Santa Francisca Romana. Allí dió la obediencia al Padre Ministro, sin que éste, ni los demás Religiosos le causasen molestia, segun el orden dado por el Secretario de la Congregacion.

Este Prelado hizo llamar el segundo dia de Pasqua al Padre Ministro de dicho Convento de San Estevan, ordenando que llevase por Compañero al Padre Frai Juan Bautista, que acababa de venir de España. Recibió Monseñor Secretario al bendito Padre con los brazos abiertos, pues aunque no le conocia, su semblante venerable llevaba á primera vista la atencion, i afecto de quantos le miraban. Oyóle con agrado,

i enteróse bien de su pretension, que era para efecto de que en su Orden de la Santissima Trinidad hubiese una Reforma Descalza, en que se guardase estrechamente la Regla primitiva, con nuevas Constituciones de mayor austeridad, i penitencia, á imitacion de otras Reformas, que habia ya en España, i que se gobernase por Prelados propios independientes de los Prelados Calzados, i otras particularidades.

Hizo el Venerable Padre su propuesta con brevedad; con palabras humildes, i de tanto espiritu, que enternecieron al Monseñor; quien le respondió estuviése de buen ánimo, i contento, que yá su Santidad tenia noticia de su llegada á Roma, i que deseaba mucho que todas las Religiones se reformasen á su espiritu primero. Igual agasajo, i cariño recibió del Excmo. Señor Embaxador de España, á quien entregó las cartas del Señor Virrei de Sicilia; le ofreció ayudar con todas veras, i cooperar á sus piadosos inten-

tentos; pero le previno que no se descuidase en las diligencias; porque si recibia cartas de la Corte, para que hiciese oposicion, le seria preciso hacersela, por obedecer al Rei.

Con esta advertencia, i prevencion, volvió sin detencion el Siervo de Dios á ablar á Monseñor Secretario, i éste por orden de su Santidad le dió á leer un Breve despachado para la Reforma de los Menores de Italia; i que si le parecia á proposito, se le despacharia con prontitud otro semejante. Vióle mui despacio el bendito Padre, i aunque le pareció bien, creyó ser necesario mudar muchas cosas, que no podian tener efecto alguno en España; por tanto trató de consultarlo con personas doctas, i zelosas, antes de resolverse.

A este tiempo recibió el Embajador cartas de la Corte contra el Siervo de Dios, é hicieron en él tanta impresion, qual podian desearla sus contrarios, á cuya solicitud se habian dado: pues si procuraba audiencia de su Excelen-

cia, no se la daba; si le hablaba al salir, ó entrar en casa, era con tanto desvio, i desagrado, que podia desanimar al hombre mas resuelto, i generoso. Este golpe era grande á la verdad, por ser el Embajador el medio principal por donde se logra, ó desgracia qualquiera negocio público de España. Al paso que la pretension del Siervo de Dios iba perdiendo las fuerzas, tomaba mayor cuerpo la contradiccion, que le hacian los Padres Calzados, que no dexaban piedra por mover así en España, como en Roma, para impedir el curso de su pretension, hasta dar memoriales contra él en la Congregacion de la Reforma. Nadie debe estrañar esta oposicion, que le hicieron los Prelados de la Orden, ni menos persuadirse á que dejasen de concebir justos motivos para ponerla por obra; pues por una parte el Siervo de Dios se habia ido, i llegado á Roma, sin su licencia, i por un asunto á que no estaba obligado por su profesion; por otra no les cons-

constaba el mandato que tenia de Dios, confirmado con tantas revelaciones, i prodigios para emprender el viage, en sollicitacion del Breve de Reforma. Mas de estrañar fue, i mas sensible la contradiccion del Compañero, que despues de habersele ofrecido voluntariamente, para acompañarle en todo lo que intentaba, de que era sabedor, le hizo mayor guerra, poniéndose de parte de los Padres Calzados, no desdenándose de decirle cara á cara, que habia de contradecir con ellos su pretension. Por la mas mínima cosa se enojaba i alteraba, resistiéndose soberbiamente á salir con su buen Prelado, i Compañero á las diligencias que ocurrían en el asunto pendiente. Decía á los Padres Calzados, que el bendito Padre pretendía quitarles sus Conventos, para agregarlos á la pretendida Reforma; que queria acabar con la Religion que le habia criado, i á este fin daba memoriales á su Santidad en grave deshonor de toda la Religion.

Para que mas se afianza-

se su paciencia con ejercicio repetido, al tiempo que padecia tanta contradiccion de sus hermanos, permitió Dios al demonio le atormentase en el cuerpo con una estraña enfermedad, que ninguna persona pudo entender, qué especie de dolencia fuese. Explicala el Siervo de Dios con estas palabras: *Stiendo una la enfermedad, no creo que habia enfermedad en el cuerpo de un hombre, que yo no sintiese.* I aunque esta enfermedad duró pocos dias, tuvo en ellos bastante en qué exercitar su tolerancia, cumpliéndole Dios los deseos que tenia de padecer por su amor. Sucedió aqui al Siervo de Dios, lo que para enseñanza de muchos dexó escrito, pues tratando de los varios modos de que se vale Dios para levantar un alma á vida perfectísima, hablando de las disposiciones remotas para este fin, dice así: "Es-
"tas las hace Dios por ma-
"nos ajenas, ya de hom-
"bres, ya de demonios;
"por mano de hombres;
"persiguiendo, affligiendo;
"afrentando, injuriando,
mal-

"maltratando, i mortifi-
"cando. Por los demonios,
"atormentando, molestan-
"do, i como ahogando, i
"estrujando, ó exprimién-
"do el cuerpo i alma de la
"persona, para quien trae
"licencia: esto es partir
"la leña, i enjuagarla para
"que el fuego la quemé:::
"De esta licencia que dá
"Dios al demonio para es-
"tas persecuciones, respec-
"to de la persona, que
"quiere disponer para al-
"tísimos fines, se vale la
"astucia infernal, para con
"sagacidad obrar estas co-
"sas, de suerte, que las
"personas pacientes parez-
"can malhechores, pecado-
"res, i gente perdida."

En este concepto procuró poner al Siervo fiel del Señor el Compañero con sus siniestros informes, que confirmaban quanto contra el buen Padre habian dicho los Procuradores contrarios. I llegó á tanto este mal concepto, que no tenia ya á quien volver los ojos, porque la sollicitud de sus contrarios volvieron contra él los que primero le favorecian. Hasta su mismo pariente se volvió contra

él, oponiéndose á quantos pasos daba en continuacion de su pretension, teniéndola ya por perdida, por la poderosa oposicion que le hacia la parte contraria con su Compañero, que los dos se unían á infamar de muchos modos al Siervo del Altísimo.

En solo un mes que estuvo hospedado en el Convento de nuestros Padres Calzados, visitó, i fue visitado algunas veces del M. R. Padre Fr. Pedro de la Madre de Dios, Carmelita Descalzo, natural de la Ciudad de Daroca en el Reino de Aragon, Predicador del Sumo Pontifice Clemente VIII, i uno de los mayores hombres en virtud, i letras, que se conocian en Roma en aquel tiempo. Con este eminente Varon comunicó Nro. Padre sus cuidados, i conociendo desde luego su buen espíritu, le ofreció su Convento para hospedaje, i su persona, i facultades para cooperar á sus santos intentos. I como el Compañero, no le servia sino de estorvo, i mortificación, le obligó, no obstante su gran

gran resistencia, á volverse á España.

Por este tiempo recibió nuestro Padre de la bondad del Señor dos grandes favores, que no quiero omitir, no obstante, que solo escribo un compendio. Estaba un dia mirando con devocion una hermosisima Imagen de nuestro Redentor Jesu-Christo; i encendido en aquel grande amor de Dios, que le habia obligado á entrar en tantos empeños, i dificultades, pidió fervoroso á su Magestad, que pues estaba ya solo, habiendo despachado al Compañero, no se apartase de él, antes bien anduviesen siempre juntos, pues en esta union sola libraba toda su felicidad. El efecto manifestó haber sido mui del divino agrado la petition de su afligido Siervo; pues saliendo á la calle en sollicitacion de su dependencia, aunque como enagenado, i fuera de sí, vió que le acompañaba nuestro Señor Jesu Christo en aquel aspecto en que le habia visto pintado, caminando unas veces delante, i otras á su lado, continuando es-

te favor por tres dias consecutivos. "Vefale (dice el Venerable Padre) en unas tinieblas, que con serlo, se manifestaba mejor al alma, que en la luz lo que se vé á los ojos." Los maravillosos efectos que este divino favor causó en su alma, ni el mismo que los sintió puede darlos á entender. Todo era gozo, todo dulzura, i suavidad interior, con una grande seguridad, de que el Señor no le habia de desamparar. "Ahora (dice) me parece, que pues yo no lo mostré, i pude disimular aquel contento, que era como unos sumideros, que por mucha agua, que les echen, toda cabe; asi me parece estaba mi alma entonces, que le daba Dios á montones el contento, de suerte, que nada se derramaba, sino que iba allá al fondo del alma.

Orando una noche en su Celda, pidiendo al Señor le enseñase el camino de hacer en todo su voluntad santissima, fue arrebatado en espiritu, i vió con los ojos del alma, que era le-

van-

vantado en alto, i puesto delante de Dios, i unido con él mismo con tan estrecha union, suavidad, i consuelo de su alma, que no podia ponderar. No entendia la significacion de la vision, ni pensaba, sino en gozar de aquella consolacion todo el tiempo que duró. Apartandole despues de aquella tan dulce compañia, le bajaron á un lugar obscuro, con mucha pena de su alma, i con ella volvió del raptó, quedando su cuerpo todo dolorido, i como descoyuntados los huesos, como sucede en tales ocasiones á los que el Señor se digna levantar á semejantes visitas, como lo enseña San Juan de la Cruz. Despues recibió conocimiento de aquella vision, dándole Dios á entender, que aquel levantamiento significaba la alteza de la contemplacion, i union con Dios, de que habia de gozar su espiritu en el Convento de los Carmelitas Descalzos; pero que habia de bajar de ella, por los cuidados, i pretension de la Reforma, que era el fin de su venida á Roma.

Cuando llegó al Convento de Santa Maria de la Escala, que es de los dichos Padres Carmelitas, al recibir la bendicion del Prelado, que lo era el ya referido Padre Fr. Pedro de la Madre de Dios, le dixo este: *¿Pensará que viene á ser buesped? Pues no viene sino á ser Novicio. No mereceré yo tal dicha,* respondió el Siervo de Dios. Comenzó desde aquel punto á seguir todo el rigor de aquella Comunidad dia i noche, como el mas observante Religioso, causando á todos mucha edificacion, i nuevos deseos de que se quedase entre ellos, como él mismo lo habia solicitado en su primera vocacion. Quisiera por una parte el bendito Padre abrazar para siempre aquella vida tan conforme á sus fervorosos deseos, para darse con quietud á la santa contemplacion, separado de tantos disgustos, i pesares, como le costaba la Reforma, cuando aun no habia dado paso provechoso en ella, aunque habia dado muchos. Por otra miraba su quebrantada salud, sus

I

mu-

muchos achaques, las incomodidades, i trabajos de la pretension, bastantes para quitarle la vida; además de que aunque su deseo era bueno, no hallaba camino para llevarle á efecto, siendo él uno solo, i desvalido, i los contrarios muchos, i poderosos. Todo esto le estimulaba á abrazar el partido que le hacian aquellos buenos Religiosos, i seguir su santa profesion. Pero luego se le ofrecian otras razones en contrario, acordandose de las dificultades que había vencido con el favor de Dios hasta llegar á Roma, i de las palabras que asi su Divina Magestad, como su Santísima Madre le habian dado, cuantas veces habia implorado su asistencia. Reflexionando sobre esto se decia á sí mismo. "Qué es esto? Estoy fuera de mi? "Qué hago? A qué vine? "A qué salí de España? "Para qué dejé mi Convento, i mis Frailes? Para qué tantos trabajos de caminos, tantos peligros? "Para solo buscarme á mi? Desde esta batería de pensamientos acudia á su co-

mun refugio, que era la santa oracion, pidiendo á Dios le diese luces para conocer qual era su santísima voluntad, i para no ser engañado de su enemigo.

Habiendo empleado toda una tarde en esta oracion, i continuando en ella toda la noche, quedó enagenado de sí, i suspenso el ejercicio de los sentidos, "No sé (dice el Siervo de Dios) si dormia, ó me tenian adormido: el alma bien libre estaba de que los sentidos le impidiesen lo que me querian mostrar."

En este estado vió con los ojos del alma un bulto humano, vestido con el hábito de Carmelita Descalzo, pero no se le descubria el rostro, sino en su lugar tenia una niebla opaca, que no permitia ver mas que una negra obscuridad, i llegandose al Siervo de Dios, le dixo: *Frai Juan, si no tomas este hábito, dentro de treinta dias morirás.* Oidas estas terribles palabras, vió innumerables Religiosos del hábito de la Santísima Trinidad, de venerable aspecto, i tan hermosos, que llegó á pensar

si

si eran venidos del Cielo. este suceso confesóse el Cercábalos una hermosa claridad, mui diferente de la del Sol, i oía que todos á una voz decian O O O, como quien se halla en alguna afliccion de ánimo. Pasmado atendia á la vision, i movido del eco que le hacia, preguntó: *¿Qué es esto, Señor de mi alma?* A que le respondió una persona, que estaba con él, i no veía: *Esto es altercacion.* Volvió entonces en sí, i dijo aquella persona: *Para qué despiertas?* A que respondió: *Pues valgame Dios, no he de saber qué altercacion es esta?*

Con esta vision cesaron sus deseos de abrazar la profesion de Carmelita Descalzo. Conociendo que aquellos Venerables del hábito Trinitario clamaban por la Reforma, i que la altercacion era de ellos con Sathanas, que transformado en Angel de luz con el santo hábito Carmelita, no dejaba de manifestar en la obscuridad de su rostro, que es Principe de las tinieblas, i en la falsedad de su profecía, que es Padre de la mentira. Al dia siguiente á

este suceso confesóse el Siervo de Dios con el Padre Prior, i despues le comunicó las dudas, i perplexidades en que se habia visto de vestir el santo hábito Carmelita, ó proseguir en la pretension de la Reforma. Refirióle la vision tenida el dia antes, i concluyó su narrativa con el siguiente edificativo razonamiento. "Si yo, Padre, "(dice) de esta manera "tomo vuestro hábito, he "de vivir afligido, i des-"consolado, porque es gra-"ve una tentacion, de que "yo pueda ser causa de "que muchos se salven, i "que por buscar mi como-"dididad, he estorbado, i "detenido las misericor-"dias de Dios. I asi para "librarme de esta tenta-"cion, si á V. R. le parece, "en este hábito que tengo "de la Santísima Trinidad "guardaré mi Noviciado, "con los Novicios, acu-"diendo á todo lo que ellos. "I si en algunos meses, ha-"ciendo algunas diligen-"cias con su Santidad, no "saliere el negocio, echaré "de ver, es voluntad de "Dios el que me quede, i

12

po-

»podrá tomarse en cuenta
 »de Noviciado el tiempo
 »que aquí estuviere: con
 »que este no se pierda, i
 »se gana el aquietarme
 »yo.

Pareció mui bien la dicha propuesta del Siervo de Dios al docto, i virtuoso Padre Prior Fr. Pedro de la Madre de Dios, por lo que ordenó, que entrase en el Noviciado; donde con su obediencia, humildad, i puntual observancia de las severas leyes de aquella santa Reforma, dió bien á conocer el fondo de su gran virtud. A todos los Religiosos era un vivo ejemplo, i dechado de perfeccion. Admirábanse, i con razon de ver á un hombre de su edad, i de sus prendas ocupado en los ejercicios propios de los niños principiantes en la Religion, aventajandose á ellos, no solo en la práctica de los ejercicios humildes, sino tambien en la sumision, i rendimiento á su Maestro. I mas es de admirar que toda aquella Comunidad admitiese con tanto gusto en su Noviciado á quien no era de su misma

Religion; mas la santidad que resplandecia en el Siervo de Dios allanó todos los imposibles en una Religion tan zelosa, i observante de sus Estatutos.

Como á los Padres Calzados aun se les ocultase el espiritu extraordinario del Siervo de Dios, igualmente que los repetidos avisos que tenia de su Magestad ya inmediatamente por sí mismo por medio de revelaciones, i prodigios, i ya por medio de personas doctas, i santas, con quienes habia comunicado su espiritu, para llevar adelante sus deseos de la Reforma, procuraron con todo cuidado deshacer, quanto fuese en favor de ella: i aunque sabian que vivia retirado en los Carmelitas Descalzos, i que no estaba fuera de vestir su hábito; con todo siempre creían, que no desistia del santo fin, por el que tenia ya sufrido tantos trabajos, con tantos menoscabos en su honor, i reputacion. Por este motivo los Prelados de España embiaron á Roma un Religioso de graduacion con suficientes po-

de-

deres para esforzar la contradiccion. Con este nuevo Procurador tenian ya tres los Padres Calzados en dicha Curia con un mismo fin, i Nro. Padre era solo, sin dinero, i siguiendo en riguroso retiro la vida austera de un Novicio Carmelita Descalzo, como si no le llamasen otros cuidados.

Las contradicciones que desde aqui empezaron, fueron terribles; pero debo prevenir, que quando hablo de las que hubo de sufrir por parte de los Prelados de la Religion, ni creo, ni es mi animo persuadir, que se le hubiesen opuesto con conocimiento del recto i santo fin con que el bendito Padre procedia. Sería faltar gravemente á la caridad, i justicia. Creo sí, que la grande oposicion, que hombres grandes en doctrina, i santidad hicieron á nuestro Padre, asi para conseguir el Breve de la Reforma, como en los principios de su establecimiento, fue procedida de

buena intencion; fue efecto del juicio que habian formado, de que el Siervo de Dios procedia sin aquel principio, que rectifica las operaciones del Religioso, que es la santa obediencia, i que por lo mismo trazaba un edificio, que no podria perfeccionar; procedió tambien en parte la oposicion de falsas acusaciones, que contra el buen Padre dió alguno, de tan buena índole, como la del Compañero que llevó á Roma, i era Trinitario Recoleta. Todos saben la grande oposicion que San Geronimo, i San Epifanio hicieron á S. Juan Chrisóstomo; porque ambos Santos creyeron á Theophilo Patriarca de Alejandria, que acusó á Chrisóstomo de Protector de los Monges Origenistas, no siendo: i no habrá quien culpe á alguno de estos tres Santos, entonces tan opuestos; porque todos llevaban buen fin. I asi sobre este lance, dice el Cardinal Baronio (1): *Sæpe contingit sapientissimos quos-*
que

(1) Bar. ad an. 400. apud Graves. sæcul. 5.

Vida del V. P. Fr. Juan Bautista
 que falli, eosdem tamen à sapientia, & insita probitate non excidere, cum nimirum ad ea quæ agunt, rectò, sinceroque mentis feruntur intuitu. Fuera de que, queriendo el Señor exercitar á su Siervo, i probarle, para levantarle á un alto grado de perfeccion, conducian mucho las contradicciones, i persecuciones: i á este fin debemos piadosamente creer que el Señor ocultaba muchas cosas á unos, que manifestaba á nuestro Venerable Padre, para que obrando cada cual por los conocimientos que tenia, ninguno perdiese el mérito, antes bien lo aumentase.

Continuando, pues, Nro. Padre en el silencio, i retiro de su Noviciado, tuvo noticia, de que la Parte contraria habia presentado contra él al Papa, que á la sazón estaba en la Ciudad de Ferrara, un memorial, el qual, segun lo nada arreglado que estaba á la verdad, es de creer fuese en todo obra del Procurador secular; que habiendole dado orden de formarle, (como suele suceder cuan-

do se ha de escribir en lengua Toscana) quiso esforzar tanto el partido, i el mérito de su trabajo, que pasó, i mucho, los términos de lo justo, i verdadero. El memorial se presentó en Ferrara, en donde no estaban los Padres Calzados, i decia, que el Padre Fr. Juan Bautista habia ido fugitivo de España á Roma, sin licencia: que habia robado el Convento donde era Ministro, llevandose de él muchos centenares de ducados: que con su fuga habia dejado alborotada la España, i las Provincias del Orden; i que estaban tan turbadas, é inquietas, que si su Santidad no daba orden de que le prendiesen, i volviesen á España, la Religion se perdía en bandos, i parcialidades escandalosas. Añadiendo, que los Recoletos eran unos pocos Frailes ignorantes, i de poca consideracion; por lo que podia conocer su Santidad, que no tenia otra razon el Pretendiente para hacer separacion, i nueva Reforma, mas que la de valer, i mandar; por ser un Fraile de quien

quien no habia echado mano la Religion para cosa alguna. Finalmente, para probar que ayudaban á la Reforma, llevaba el Aporoderado unas Constituciones, hechas imprimir durante la ausencia del bendito Padre de España, las que habia tenido oportunidad de haber antes á las manos, i leído.

No turban el ánimo sereno de los Santos las calumnias; aunque sí hacen poderosa impresion en los imperfectos. I como este Varon fuerte tenia puesta su felicidad, i su gloria en padecer por Jesu-Christo, no inquietaron su tranquilidad semejantes imposturas; conociendo, que si bien la verdad muchas veces es combatida, nunca llega á ser vencida. Bien conocean la sinrazon, i falsedad de la narrativa todos quantos trataban al Venerable Padre, pero deseando todos que se desvaneciesen las perversas impresiones, que podía haber hecho, i aun hacer en adelante contra su sólida virtud, i vida inocente el memorial presentado, fue

aconsejado de muchos, i en particular del ya referido Padre Prior de Carmelitas Fr. Pedro de la Madre de Dios, que hablase á un cierto Monseñor, á quien regularmente se creía cometeria el Papa este espediente. Hízolo así el bendito Padre, i solicitando humilde la audiencia de dicho Prelado, en efecto consiguíola, i recibíendole Monseñor con particular afabilidad, mui natural en aquellos Jueces Eclesiasticos, le abrió puerta para hablarle con las siguientes palabras, que dejó escritas de su mano el Siervo del Altisimo.

“Mucho me pesa, Reverendísimo Señor, que se ofrezca ocasion, de que un pobre Fraile Descalzo vuelva por su honra, pues la honra de los Siervos de Dios es ser deshonorados. Pero quando de la honra de un Fraile pobre ha de resultar honra, i gloria á Dios, i bien de las almas, pareceme que el tal no es señor de su honra, ni la puede dejar perder, sin obligación de restitution á las personas, que parti-

”ci-

»cipan, ó han parte de tal
 »honra. Asi pienso será ne-
 »cesario que V. S. Reve-
 »rendisima me dé licencia
 »para satisfacer, i respon-
 »der á un memorial, que
 »contra mi los Padres Cal-
 »zados han dado en Fer-
 »rara á su Santidad. En lo
 »que dicen me vine fugi-
 »tivo sin su licencia, la
 »causa á que yo venia era
 »contra ellos, mal me da-
 »rían licencia. Yo entré en
 »Roma con licencia de su
 »Santidad, i asi no fugiti-
 »vo. En lo del hurto, toda
 »la casa, hacienda, mue-
 »bles, i raices no valia
 »setecientos ducados. En
 »lo que toca á estar ellos
 »alborotados, sosieguense,
 »que yo no trato cosa con-
 »tra ellos: solo deseo, Dios
 »sea glorificado en este há-
 »bito áspero, i en esta Re-
 »gla rigurosa. En lo que
 »dicen no haber mas que
 »trece Frailes perdidos en
 »la Recoleccion, esto hace
 »por mi, que nadie nos
 »puede ganar, sino la pe-
 »nitencia, i mortificacion,
 »que es la que pretendo,
 »con los medios, que su
 »Santidad viere mas con-
 »venientes. En lo que toca

»á la última clausula, ha
 »sido providencia de Dios,
 »con que se descubre su
 »sabiduría, para nos ayu-
 »dar, i convencerlos con
 »sus propias palabras. Lea
 »V. Rma. estas Constitu-
 »ciones, i verá si del tenor
 »de ellas se colige antes
 »deshacer, que edificar.
 »Aquí hai una que dice:
 »Mandamos á los Minis-
 »tros, i Presidentes so pe-
 »na de pñacion de oficio,
 »no consientan, ni manden
 »por via de mortificacion
 »poner en cruz á ningun
 »Religioso, herirle el ros-
 »tro, ni hacer mortifica-
 »ciones semejantes::: quien
 »esto veda con tan grave
 »pena, ¿qué esperanza pue-
 »de haber que ayudará?»

»No diga mas, Padre,
 »(dixo el Monseñor) nin-
 »gunos recados vendrán
 »de su Santidad, que no
 »vengan á mis manos, i así
 »puede estar seguro no re-
 »cibirá su persona daño al-
 »guno, i yo responderé á
 »su Santidad. En lo que to-
 »ca á su persona, su San-
 »tidad está ya informado,
 »i tiene probados sus in-
 »tentos, aunque V. R. no
 »lo sepa, ni entienda. Vuel-

»vase

»vase á su casa, i prosiga
 »con la vida, i recogimien-
 »to, que ha empezado, que
 »Dios, i los hombres le
 »hemos de ayudar.” De
 la respuesta de este Prela-
 do se infiere que su Santi-
 dad estaba mui informado
 de quanto el Siervo de Dios
 obraba; que sabia sus pa-
 sos, i dónde vivia recoge-
 do. Despedido, pues, del
 Monseñor, volvióse á su
 Noviciado mui consolado,
 continuando sus santos ejer-
 cicios, i con el mismo ol-
 vido que antes de la Re-
 forma.

Persuadianse muchos Cu-
 riales, que el Siervo de Dios
 tenia cantidades de dinero
 á su disposicion; no pu-
 diendo creer, que un Reli-
 gioso pobre esperase buen
 suceso en una pretension
 de tanto empeño, i que te-
 nia tantos contrarios: Qui-
 so uno probar de fortuna,
 i ver como podia engañar-
 le, sacandole algun dinero:
 A este fin le buscó, i disi-
 mulando su codicia, en to-
 no compasivo le dixo, que
 temia viniese á su preten-
 sion un grande contratiem-
 po, i que queria precaver-
 selo: “Ahora, pues, Padre,

»(lo dice) el caso es, que
 »el Procurador contrario
 »embia grandes despachos,
 »é informaciones contra V.
 »R. á España, los cuales
 »están en casa del Correo,
 »i con cuatro escudos que
 »me deis, yo los recogeré,
 »i os los traheré; lo cual
 »es licito, pues con eso re-
 »dimís vuestra vejacion, i
 »descubris los enredos de
 »vuestros contrarios.” Res-
 pondió el buen Padre, que
 aquello no era licito, i
 cuando lo fuera, no lo hi-
 ciera, porque no era Señor
 de dinero para un pliego
 de papel. Que aquella no
 era obra suya, sino de Dios,
 i que asi no hacia diligen-
 cia alguna mas de estarse
 quieto en aquella santa ca-
 sa. Poco despues le acometió
 otro con la misma salva
 que el primero, dicien-
 dole, que por el deseo que
 tenia de que la pretension
 llegase á debido efecto, ha-
 bia hecho algunas diligen-
 cias, i dado pasos á su fa-
 vor: que sabia, que el Pro-
 curador contrario estaba
 disgustado con los Padres
 Calzados de España, i que
 agasajandole con algun di-
 nero desistiria de sus dili-

K

gen-

gencias. I si bien el cándido, i sencillo Padre no entendió la redoblada malicia, i ambicion del consejero, respondió: "Si hubiera de salir nuestro negocio por dar dos reales, me quedára sin él; i así acerca de eso no hai que traharme Vm. mas." Aquí tuvo motivo para acordarse de lo que el Padre Prior de Carmelitas de la Villa de Manzanarés le habia dicho, de que para negociar felizmente en Roma era necesario dinero.

Como el R. P. Prior de Carmelitas Fr. Pedro de la Madre de Dios era tan estimado, i atendido de los Prelados, i Principes de Roma, quiso el Señor Cardenal Emilio Sfrondati tenerle consigo en una Casa de Campo, donde solia ir su Eminencia á pasearse algunos dias. El Padre Prior llevó por compañero á Nro. Padre, con el fin de divertirle el ánimo, viendole tan afligido, i quebrantado de salud. Nada de esto sabia el Procurador contrario; i como no saliese á la Iglesia á decir Misa, bastó para que sospechase que el

Siervo de Dios habla mudado sitio, no pudiendo sufrir el rigor del Noviciado; i sin mas informe que esta infundada sospecha, creyendo malamente hacer mérito para con los Padres de España, dió memorial contra él, diciendo, que ya no estaba en los Carmelitas Descalzos::: que le habian encontrado por Tabernas, i lugares indecentes; pidiendo á su Santidad lo mandase recoger. Pero averiguada la verdad por testigos tan qualificados, cuales eran el Eminentísimo Cardenal, i el Reverendísimo Prior, quedó el Siervo de Dios en su antigua reputacion, i menos espuesto á semejantes imposturas, porque por entonces cesó la oposicion por parte de los contrarios.

Con el motivo dicho de estar en compañía del Señor Cardenal, aficionósele mucho este Purpurado, i manifestó su Eminencia su deseo de que no saliese de Roma; i enterado de la grande inclinacion del bendito Padre á la Reforma de Carmelitas Descalzos, juzgó que si llegaba á abra-

zar-

zarla, sería mui útil para las muchas fundaciones que entonces se ofrecian á aquella nueva Congregacion de Italia, separada de la de España. Confiesa el Siervo de Dios, refiriendo este caso, que no fue esta pequeña tentacion, viendose favorecido, i aun quasi rogado de un Cardenal, é igualmente estimado, i obsequiado de un hombre tan grande como el Padre Prior Fr. Pedro de la Madre de Dios, que habia de ser su Prelado. Pero vuelto á nuestro Señor, por cuya causa habia peregrinado á Roma, le dijo amorosamente: "Es posible mi Dios, que por mi apoyo, por mi gusto, por mi estima, por mi honra, i por mi descanso tengo de trocar lo que tu intentas en esta Reforma? No lo permitas, Señor." Así divertia qualquier plática, que se encaminaba á apartarle de la obra comenzada; i llegó á decir al Padre Prior Fr. Pedro, que si el Señor Cardenal Sfrondati se queria encargar de la Reforma del Orden de la Santísima Trinidad, luego al punto podia

prevenirle un hábito de Donado.

Llegó á tanto la sollicitud de que se quedase entre los Carmelitas Descalzos, que el Padre Procurador general de la Congregacion de España Fral Juan de San Geronimo, que sabia mui bien los cuidados del Siervo de Dios, i el mucho deseo que tenian algunos de que desistiese de la pretension de la Reforma, i se hiciese Carmelita, le dijo estas palabras: *Cierto Padre Fr. Juan, que no sé que me diga, ni qué sea esto, que en mi Orden no se hacen semejantes diligencias por hombre oi en el mundo.* Lo mas particular es, que aunque el comun de aquella sagrada familia le deseaba para sí, muchos particulares le exóttaban á continuar la pretension, i que no tratase de mudar hábito; asegurandole, que si la Reforma era obra de Dios, como creían, saldria á luz á pesar de las mayores oposiciones. Experimentábalas cada dia mas terribles, pero se deshacian en el sufrimiento, i fortaleza invencible del

K 2

Sier-

Siervo fiel, como las olas encrespadas en las rocas.

Tambien un Clérigo Español le aconsejó, que de no conseguir el fin de su pretension, se secularizase, i de ese modo podia huír las burlas, i vejaciones que le harian sus Frailes en España, i consiguiendo una buena Prebenda, como él se lo facilitaba mucho, acabaria una vida descansada. Pero como no deseaba mas descanso, que seguir á Jesu-Christo por el camino de la Cruz, proponerle conveniencias, solo era darle ocasion de despreciarla. *Porque yo (dice el Siervo de Dios) no dejaria el hábito, porque me bisieran Señor del mundo.*

No pudiendo el demonio retraherle de sus santos intentos por medio de los hombres, procuró por sí mismo alcanzar lo que no habia podido por medio de ellos. El combate duró por seis meses, con diferentes ardidés i trazas, con rigor unas veces, otras con blandura, ya en sueños, ya en vigilia; atormentandole en el cuerpo unas veces, otras en el espíritu, de modo, que

á no ser Dios quien le asistia particularmente, hubiera salido con la suya el enemigo tentador. Estaba un dia bien descuidado el bendito Padre, cuando fue avisado del Portero de que le buscaba un personage de mucho respeto, cuya figura habia tomado el demonio. Bajó el Varon de Dios, i sentado con el simulado demonio, comenzó este infernal dragon á proponerle ciertos casos de conciencia, sobre los cuales dijo el bendito Padre su parecer, sin conocer aún, que aquel Personaje fuese el enemigo. Disuelta la consulta, tomó por materia de la conversacion la pretension de la Reforma, i al descuido con cuidado fue ponderando lo arduo del empeño, i lo corto de sus facultades, queriendo hacerle ver, ser negocio imposible, para que desesperanzado de su feliz éxito, lo abandonase. Llenábale al mismo tiempo la imaginacion de especies tristes, i funestas, que le representaban todo el mundo mancomunado contra sí. Pero como el amigo de Dios al-

zase los ojos al Cielo, de donde esperaba los auxilios, conforme á sus bien fundadas esperanzas, quitandose el Personage la máscara, que hasta alli le hacia comparecer hombre de bien, le echó las garras al cuello, queriendo ahogarle. Clamó al Señor su fiel Siervo, i con esto desapareció por entonces, dejandole el cuerpo mui maltratado.

En otra ocasion le dijo una Persona, que se dejase de su pretension, concluyendo su razonamiento con estas palabras: *Avisole, que se desbaga, i acabe ya, que no le importa menos que la vida. A nada estoi asido (le respondió) sino á los Religiosos Carmelitas Descalzos, de quienes por lo mucho que les amo, he menester desusirme, para acudir á las cosas de Dios.* (Asi llamaba el bendito Padre á la suspirada Reforma) I entonces dijo el que le hablaba: *Cuidado con lo que viniere.*

No entendió entonces el Siervo de Dios, por que se le hacia aquella prevenccion; pero fue aviso del

Cielo al parecer, para que se previniese á nuevos combates. Dentro de ocho dias puso el demonio en él sus pesadas manos, de modo que creía se le acababa la vida. Duró por unos ocho dias aquel aprieto, i pasó la furia de sus aflicciones i congojas, dándole nuestro Señor fuerzas, para que sin acabar padeciese, i tuviese mas ejercicio su paciencia. Si hubiera de referir por estenso las angustias de este género, que padeció este amigo de Dios, faltára á lo ceñido del compendio, i pasára mas allá de lo que prometió este Capítulo. Solia decir cuando mas afligido se hallaba, i desamparado de los hombres, estas palabras: "Dios mio, i Señor mio, no me dejes tu, no me desampares, contigo me contento, aunque sea dejado una, i mil veces de todas las criaturas." Favoreciale el Señor con visiones, ya de las penas del Purgatorio, ya de las del Infierno, las que él mismo refiere con todas sus circunstancias, i producian en él buenos efectos. "Con estas cosas (dice) yo
abs-

»abstrahido de qualquier
 »género de vida en mí, so-
 »lo deseaba apartarme de
 »todo lo de la tierra, i lle-
 »garme á Dios: pero la
 »fuerza de la imaginacion
 »de cosas tan sensibles me
 »trahia bien atado, i no
 »tan libre como yo quisie-
 »ra para levantar la consi-
 »deracion á otras cosas de
 »mas peso, porque estas
 »estrechaban mi pobrecito
 »corazon, i le llenaban de
 »miedos::: Yo sé que en-
 »tonces estaba resignado
 »en hacer lo que mas fue-
 »se voluntad de Dios, aun-
 »que el hacerla me costá-
 »ra ir á vivir al lugar que
 »habia visto."

El demonio que estaba á
 la vista de todo, bramaba
 de enojo, i rabiosa cólera
 por las mercedes que el Se-
 ñor hacia á su Siervo, i mu-
 cho mas por los maravillo-
 sos efectos que de ellas sa-
 caba, de rendimiento á la
 voluntad divina, i de santa
 resolucion en llevar ade-
 lante el negocio comenzado
 de la Reforma. Así volvió
 de nuevo á afligirle, apre-
 tando los cordales de tal
 suerte, que el mismo pa-
 ciente duda si acertará á

declarar este tormento. Pon-
 dré sus palabras. "A ratos
 »(dice) era de tal manera
 »atormentado exteriormen-
 »te, que mis dientes á puro
 »apretarlos, pechinaban.
 »Viame como que me for-
 »zaban á grandes culpas
 »contra la Fé: i esto era
 »de suerte, que quel tor-
 »mento exterior era cosa
 »de risa en comparacion
 »de lo que sentia la suges-
 »tion en materia de culpas,
 »i ofender á mi Dios, que
 »no quisiera por mil infer-
 »nos: que los infernos sin
 »culpa en aquella ocasion
 »me fueran descanso, i
 »grande alivio. Cuando es-
 »to acababa de pasar, yo
 »no sabia que habia sido
 »de mí, i tornaba de nuevo
 »á los deseos de mi nego-
 »cio. Pero algunos ratos
 »antes, que aquel aprieto
 »me habia de venir, toma-
 »ba papel i tinta, i escri-
 »bia protestaciones, i con-
 »fesiones en la Fé, i que
 »si en algun tiempo yo di-
 »jése, ó pensáse cosa en
 »contrario, que mentia, i
 »no sabia lo que me decia,
 »i luego lo firmaba de mi
 »nombre. I despues pasado
 »el trabajo que me sobre-

»venia, porque no me tu-
 »viesen por loco, lo rom-
 »pia."

Habla despues de otro
 trabajo interior de los mu-
 chos que padeció en aquel
 tiempo, i dice: "De una
 »sola vez podré decir de
 »un aprieto interior, que
 »tengo por imposible darlo
 »á entender, ni nadie apren-
 »derlo en este mundo; si
 »no fuere que sobre él ven-
 »ga otra semejante mano
 »poderosa, no obstante
 »que los dejos de este tra-
 »bajo interior fueron mu-
 »chos, i duraron mucho
 »tiempo. El cuerpo ator-
 »mentado como digo, la
 »imaginacion vejada con
 »las cosas del Infierno (no
 »se yo quanto me duró)
 »pero cayó sobre mí un
 »aprieto tan grande en la
 »imaginacion, de la eter-
 »nidad, i duracion de las
 »penas del Infierno, i tan
 »grande apretura en mi
 »corazon. (Ruego que no
 »se espanten, que podrá
 »ser, palabra semejante
 »como la que diré, jamás
 »la hayan oído, ni imagi-
 »nado, ni aun por via de
 »encarecimiento: Yo sé
 »decir, que si en la vida

»de Santa Angela de Ful-
 »gino no la hubiéra leído
 »ella, ú otra su semejante,
 »que no me atreviera á
 »decirla, por no saber en
 »qué tiene puesto su fun-
 »damento cosa como esta.)
 »Yo me ví de suerte, que
 »desee estar en el Infierno;
 »no digo enemigo de Dios,
 »ni con pecados; *absit*, que
 »solo voi tratando de la
 »pena: que ví el corazon
 »tan apretado, i la imagi-
 »nacion tan vejada, que
 »desee que mi corazon se
 »revolcára por aquellas
 »brasas, i bronce derreti-
 »do, pareciendome, que
 »con eso descansára, i se
 »le quitáran sus apretu-
 »ras."

De resulta de estos tra-
 bajos, sentia (dice) tanto
 »dolor de haber ofendido
 »á Dios, tanto deseo de
 »salvarme, i de dejar el
 »mundo, que tantico que
 »me dexase llevar de esta
 »ternura, no era luego se-
 ñor de mí." Aliviado un
 poco de estas penas inte-
 riores, yá con repetidas
 consultas con los principa-
 les hombres de Roma, yá
 con el auxilio de la santa
 oracion, conociendose por
 todo

todo obligado á las miserias de Dios, i mas enamorado de su infinita bondad, soltó la rienda á sus afectos, i abrasado su corazón en vivos incendios de divino amor, se le quería salir el alma de las estrecheces del cuerpo. Trahíale esta dolencia amorosa tan enagenado de sí, que no atendia á pagar al cuerpo las pensiones necesarias del preciso alimento, i del sueño. I así, cuando habia de comer, qual otro San Bernardo, sentia grande pena, i se lamentaba de haber de cesar en la contemplacion del sumo bien. *¡O miserables cuerpos (decia) que nos habeis de detener, i estorbar!* I como fuera de esto su sueño era tan limitado, que no llegaba á ser verdadero sueño, llegó por su gran debilidad á ser nuevamente atormentado de sus ahogos, i aperturas antiguas, aumentando mas i mas con la oposición que se le hacia por parte de los contrarios, que deshacian cuantas diligencias conducian á favor de la Reforma. Llegó á tal extremo su poca salud, que

como él mismo confiesa, *yá era mas necesario mirar por su vida, que por la pretension que llevó á Roma. En seis meses enteros no halló haber dormido. "Cada dia (escribe) estaba con calentura, cada dia me moria, cada dia me arrojaba por los suelos: "habia mas de seis meses que no dormia; el comer no sé qual era, que si las lágrimas que derramaba no me sustentáran, qué se yo que fuera de mí. A este Moro muerto no habia Soldado, que no se preciasse de dar buena lanzada; que el tratar de esto fuera nunca acabar."*

Yá con tribulaciones, yá con serenidad, yá con consuelos, i yá con amarguras, estaba siempre resignado en la voluntad de Dios, sin pensar mas que en agradecerle por todos los caminos, por donde fuese servido llevarle. Hablando el bendito Padre de las almas atribuladas, i declarando el por qué el Señor las desnuda de consuelos, dice estas palabras dignas de gran ponderacion: "La Escritura

ra

"ra en varios lugares llama á los Siervos de Dios niños de pecho; niños que están naciendo, i niños en el vientre de su madre: En ninguno de estos estados el niño sabrá otra cosa que conformarse con el querer de su madre: Si ésta le dá de comer, come; si no, ayuna; si lo traen en brazos, anda; i si no, pára. Así el alma ha de sugetarse al querer de Dios; si le dá á beber gustos, i sentimientos, recíbalos; si no de comer, no ayune: Si le diere amarguras, no las deseche, que conviene, que tome alguna purga de cuando en cuando. Estando así sujeta, i rendida á todas estas diferencias de caminos, como niño en los tres estados que dijimos, se hallará cuando menos piense, en estado de perfecto, admirando, i dando gracias al Patron por la infinita Sabiduría, i altísimos consejos con que la ha gobernado, i dirigido." Conforme lo enseñó, así lo practicó en todos los estados diferentes de su vida, sin

que los grandes trabajos, las muchas contradicciones; los favores del Cielo, ni aun las ausencias de su amado, pudiesen apartarle, ni aun divertir el deseo que siempre tuvo de cumplir en todo, i conformarse con la divina voluntad.

No fue contra este santo fin seguir el consejo de los Médicos, i condescender á las instancias de sus apasionados, que atendiendo á su gran debilidad, i á lo quebrantado de su salud, le aconsejaron, es á saber, apartarse por un poco tiempo de Roma, para divertir el ánimo, i templar algun tanto el enojo de sus contrarios. Trató, pues, de retirarse una temporada á la Ciudad de Gaeta en el Reino de Nápoles. A este fin, con el beneplacito, i bendicion del Padre Prior de Padres Carmelitas, salió á la ribera del rio Tiber con solo su Breviario, un panecillo, i un poco de fruta; bien corta provision, para quien estaba tan falto de salud. Entró en un barco, que partia para la Ciudad de Nápoles, concertando con el Patron, que le har-

L

bia

bia de dejar en la Ciudad de Gaeta. Era Obispo de esta Don Juan de Gaeta, antiguo amigo suyo, i que le habia cobrado mayor amor desde que hicieron viaje juntos en las Galeras de Sicilia. Aquella misma noche, persuadiendose los Marineros venian contra ellos los Moros, tuvieron que saltar en tierra arrebatadamente, i trepar por una montaña áspera, escabrosa, i llena de zarzales, i abrojos. Nuestro Padre iba descalzo, porque la priesa no le habia dado lugar á tomar las sandalias. Por esta causa se hirió mucho en los pies, caminando mas de tres quartos de legua; pero volviendo al mar la mañana siguiente, los halló tan sanos, i tan sin lesion alguna, como si los hubiese tenido envueltos en delicados paños.

Llegado á Gaeta, fue con humildad notable á besar la mano al Señor Obispo, i puesto en su presencia le habló en estos precisos términos, segun refiere el mismo Siervo de Dios: "Rmo. Señor: Yo me he salido de Roma por res-

"catar mi vida, que de tra-
"bajos interiores, i extre-
"ridres se me iba acabando. En toda esta tierra á
"nadie conozco sino á V. S.
"Ilma. Suplécele no mire
"mis cortos méritos, sino
"la obligacion que V. S. I.
"tiene de sustentar á los
"pobres. En un rinconcillo
"de casa me pondré, i con
"las migajuelas, que de su
"mesa cayeren me sustenta-
"taré, sin dar, ni hacer
"ruido." Oyendo el piadoso Obispo esta humilde súplica, i viendole tan consumido, i diferente de lo que le habia conocido antes, le dijo con demostraciones de paternal caridad: "Yo me huelgo, Padre mio, que haya venido; yo le serviré, i regalaré en mi mesa; en todo lo que pudiere: descanse, i diviértase." Cumplidamente hizo este buen Prelado lo que prometió, i el bendito Padre libre por entonces de los asaltos del demonio, pudo reparar algun tanto su quebrantada salud.

El zelo que ardia en su pecho de la honra de Dios, no le daba lugar á dejar de emplearse, ó por un cami-

no,

no, ó por otro en solicitar el bien de las almas. "Yo estoy bueno (escribe desde Gaeta al Padre Prior de Carmelitas de Roma) i predico, porque pienso, que el demonio que me atormenta, solo debe de entenderse su jurisdiccion para dentro de las murallas de Roma: no le deben de pagar á este demonio para fuera." Agradaron tanto sus sermones á los muchos Españoles que habia en esta Ciudad, que todos á porfia se empeñaron en atenderle, i obsequiarle, ofreciendole regalos, que no quiso admitir, aunque estaba tan pobre como necesitado.

Habiendo estado en Gaeta como dos meses, volvió á Roma por el mes de Julio del año 1599, i siendo el tiempo que alli llaman de las mutaciones, juzgaron temeridad que se hubiese puesto en camino con gran peligro de la vida. "Decianme (escribe él mismo) era clara, i manifiesta tentacion; que el demonio pretendia quitarme la vida, i que yo no aprovechase á las almas.

"Pero como no era yo el que debiera de hacer aquello, sino Dios, dióme ánimo para quitar todos aquellos miedos, i temores, i determiné de volverme á Roma por fin de Julio de 1599.

Llegado á esta Capital, volvió á hospedarse en los Padres Carmelitas Descalzos, que le recibieron con amor, i con buenas noticias, de que estaba para salir felizmente su pretension. Con esta noticia acaloró sus diligencias, i con el favor del Cielo, consiguió que el dia 20 de Agosto del mismo año, dia consagrado á San Bernardo Abad, el Santísimo Padre Clemente VIII. espidiese el Breve de Institucion de la Descalcez Trinitaria, que comienza: *Ad militantis Ecclesie regimen*, i se halla en el Bulario Romano. Salió amplísimo, i muy conforme á los deseos del Siervo de Dios, con quien se comunicó antes; i á su humilde solicitud, no se nombra al que era primer Padre de la Reforma, sino bajo la comun clausula de algunos piadosos Profesores

L2

res

res del Orden de la Santísima Trinidad: De los cuales no hai duda es el primero el que á costa de tantos trabajos lo consiguió.

Verdad es que como estaba tan desvalido, i pobre, i por otra parte con poderosa oposicion; se tuvo por cosa milagrosa el que se lograra el Breve. I asi escribiendo el bendito

Padre este su deseado triunfo, dice estas palabras: "Fue Dios servido, »por los medios, que su »Magestad sabe, que sabiese, i se hiciese, sin »saber yo cómo, ni quién »con fuerzas, i veras lo »solicitó, de suerte que »tuviese su última execucion."



CAPITULO VII.

Trabajos que padeció antes de salir de Roma, i en su viage á España hasta Madrid.

NO habiendo podido el enemigo impedir la expedicion del Breve de la Reforma, sirvióse nuevamente de sus malignos ardidés i trazas para impedir su ejecucion, haciendo quanto pudo porque se desvaneciesen, i frustrasen los muchos afanes, i cuidados, que el bendito Padre habia empleado para conseguir-

le. Transfigurábase, como sabe hacerlo, en Angel de luz; i asi primero le acometió por blandura, i regalos, dándole algunos gustos, i sentimientos en la parte inferior, i sensible, con una ternura, que claramente la percibia, i por dos veces le dejó el cuerpo como yerto, i ábsorto, de manera que quien le viera, la

lo juzgára elevado en alta contemplacion. Pero como el demonio no las habia con alma flaca, i principiante, sino con fuerte, i mas experimentada en penas, que en dulzuras, no le valió su traza, pues fue luego conocida, i desecha de quien estaba mui asistido de Dios, i acostumbrado á recibir favores del Cielo, i frecuentes luces correspondientes á su mucha necesidad, i aflicciones de su alma. Avisóle entonces el Señor, de que su enemigo andaba suelto contra él; pues llegando despues de la oracion á besar los pies de un santo Crucifijo, que tenia en la Celda, sintió que le tiraban por las espaldas con violencia, como para impedirle aquel acto de adoracion al Señor. Refiriendo el Siervo de Dios estas tentaciones del enemigo, dice asi: "Habíase »como un niño, que quiere »levantar cosa sobre sus »fuerzas, i no sirve mas »que de cansarse, i menearla, i rodarla. Asi me »parece hacia el demonio »conmigo." A estos movimientos, que en su cuerpo

causaba el demonio, se oponia con singular aliento, i espíritu del Cielo, haciendole huír avergonzado, i confuso.

Con todo, como es bestia porfiada, no dejaba de volver á la palestra, llevando la imaginacion de especies tristes i funestas sobre las dificultades, i embarazos, que en España le aguardaban para poner en ejecucion el Breve Pontificio; "de suerte (dice) »que en queriendo probar »á venir, me quedaba tan »helado, i sin pulsos, que »me tenian por muerto." Sobre este particular, i sobre otras sugeriones del demonio, para impedir lleguen á la perfeccion los que van adelantados en la virtud, escribe el experimentado Padre lo siguiente. "Estando yo en Roma, solo la Magestad de Dios »sabe las diferencias de »cosas, con que el demonio me imposibilitaba la »venida á España. Ultimamente, yá que no le valian discursos, imaginaciones, i representaciones, »en echandome en la cama, i adormiendome un

«poco, via claramente
 «sobre mí un peso tan ter-
 «rible, que no digo yo una
 «torre, pero ni un mundo
 «podía pesar tanto. I junto
 «con este peso, me persua-
 «dian, i daban á entender,
 «que era imposible venir-
 «me á España, porque ni
 «Galera, ni Navio me po-
 «drán arrancar del Puerto.
 «Considerábame en la Ga-
 «lera, i que los forzados
 «con sus remos no la po-
 «dian menear. I eran tan
 «grandes las tinieblas con
 «que me sembraba esto,
 «que muchos ratos lo te-
 «nia por cierto, persua-
 «diendome á que me con-
 «venia quedar, porque era
 «imposible que nadie me
 «pudiese traher. I acuer-
 «dome ahora tanto de es-
 «ta sugestión, que algunas
 «veces, por haber sido tan
 «clara tentacion, finge el
 «demonio haber sido mi-
 «lagro grande el haber
 «venido, i otras cosas, que
 «me importa no meterme
 «ahora en ellas, por no le-
 «vantar muchas canteras
 «de este adversario.” De
 estas cláusulas bien se pue-
 den inferir las muchas ase-
 chanzas, i astucias con que

el demonio acometió á este
 Varon de Dios para acor-
 bardarle en sus intentos, i
 aun para aniquilarle, si es-
 tuviera en su mano.

Finalmente, vencido por
 entonces el enemigo com-
 mun, vencidas tan grandes
 dificultades, que al juicio
 humano parecian insupera-
 bles, á los diez i ocho me-
 ses, i dias que habia en-
 trado en Roma, salió para
 España el dia diez i seis
 de Octubre de 1599, lle-
 vando consigo como trofeo,
 i premio de sus fatigas i
 afanes el Breve Pontificio,
 por el que el Vicario de
 Christo Clemente VIII. ins-
 tituía la Descalcez. Despi-
 dióse antes el Siervo de
 Dios de toda la Comuni-
 dad de Padres Carmelitas
 Descalzos, agradeciendos-
 les tanta caridad, como
 con él habian usado, sig-
 nificandose todos recipro-
 camente con demostracio-
 nes de amor, i ternura.
 Hallábase á la sazón nues-
 tro Padre con la salud bas-
 tante quebrantada, i bas-
 tante indispuerto para em-
 prender un viage tan dil-
 latado; pero su espíritu
 alentado con la divina gra-
 cia,

cia, daba las fuerzas, que
 al cuerpo faltaban: A la
 verdad bien las necesitaba,
 esperandole aun nuevos
 empeños, que se requerian
 para perfeccionar la obra.

Caminó por tierra hasta
 Civita-vequia, i allí se em-
 barcó en una Galera con
 el Duque de Sarmoneta, so-
 brino de Monseñor Nuncio
 de su Santidad en España,
 Don Camilo Caetano. Ven-
 ia el Siervo de Dios enco-
 mendado á este Príncipe
 por Don Andrés de Córdo-
 ba, Auditor de la Sagrada
 Rota por España, i por
 parte del Exemo. Señor
 Embajador Duque de Sesa.
 Venia tambien á España
 en las mismas Galeras el
 Señor Cardenal Arzobispo
 de Sevilla Don Fernando
 Niño de Guevara, á quien
 el bendito Padre habia tra-
 tado en Roma. Asi su Emi-
 nencia, como el mencio-
 nado Duque de Sarmoneta
 venian mui contentos, por
 traher en su compañía al
 Siervo de Dios. Pero como
 era el temporal feliz, i el
 Siervo de Dios de espíritu
 retirado, i encogido, des-
 viabase quanto podía de la
 Cámara de popa, donde

era la residencia ordinaria
 de los dos Señores, para
 estar mas desembarazado,
 i pronto á la oracion, que
 era todo el consuelo de su
 alma. Contribuyó mucho
 este retiro para que no le
 echasen menos, permitien-
 dolo asi Dios, estuvo dos, ó
 tres dias sin tomar alimen-
 to. “Nuestro Señor sabe
 «(escribe él mismo) lo que
 «este triste cuerpo pasó
 «por algunos dias: que yo
 «como suspenso con otros
 «trabajos, lo que menos
 «pena me daba era la
 «bambre, i necesidad de
 «comer.”

Habiendo llegado á un
 Puerto de Cataluña, llama-
 do Cadequie, siete leguas
 del Puerto de Rosas, estan-
 do ya para salir á tierra,
 se levantó tan recia tem-
 pestad, que consintieron
 todos perecer en aquella
 noche. No podian socorrer-
 los desde el Puerto, las án-
 coras no aprovechaban,
 trabajaban los miserables
 forzados contra los uraca-
 nes, pero sin fruto, porque
 sucediendose uno á otro, los
 arrojó precipitadamente en
 alta mar con universal an-
 gustia de todos. Sobre el

Varon Apostólico cargaba tanta gente á confesarse, que yá le ahogaban, echándose unos sobre otros por buscar en la Sacramental Confesion el remedio para sus almas, porque yá no le hallaban para las vidas, entendiéndose perderlas mui presto. Hallábase el interior de nuestro santo Padre mui combatido de afficciones, i sin faltar á la debida atencion al Santo Sacramento, que estaba administrando á tantos desconsolados, le parecia oír á sus orejas: *¿No temes tú, estando condenado?* A poco rato le decian: *Echa ese motu proprio en el mar, i luego cesará la tempestad, i serás salvo.* Estas, i semejantes sugestiones repetia el enemigo; pero el esforzado Caudillo del Señor, lejos de dar oídos al demonio tentador, toda la noche estuvo en vela con el Breve en las manos, entendiéndose, que en él tenia su asilo, seguridad, i consuelo.

Cesó la tempestad con la yénida del día, tomó tierra en Cadequié, donde todos procuraron reforzar-

se de los quebrantos de la noche; i recogiendo el Siervo de Dios á tomar un poco de descanso en la siguiente noche, como á cosa de las once despertó mas muerto que vivo: "A mi parecer (dice él mismo) mas en la otra vida, que en esta: porque si alguna conocimiento tuve, no fue de los dolores, i trabajos que padecia, porque de eso nada sentia, como no lo siente el cuerpo muerto. I si no pareciera encarecimiento, i mostrar, que Dios hacia mucho con un hombre tan malo, no sé si diga, que fue resurreccion, i conocimiento el que tuve, de que el cuerpo estaba sin alma, i el alma aguardando su lugar." Vuelto algo en sí de este parasismo, invocó el Santísimo nombre de JESUS, é hizo llamar un Confesor; que si bien, como él dice, no le remordia la conciencia, pero el mas justo vive siempre temeroso, asi como el pecador suele vivir vanamente confiado. Padeció mucho en aquella noche; i aunque hubo consulta de Mé-

Médicos, i le ofrecieron medicinas, no quiso tomarlas, conociendo eran ineficaces para su dolencia: toda su confianza puso en Dios, i esta fue su salud; i á la tarde estuvo ya para embarcarse para Barcelona, donde llegó felizmente. Asi en esta Ciudad, como en la de Zaragoza tuvo precision de mostrar á los Padres Calzados las letras Apostólicas que trahia, i vistas, no pusieron embarazo en su tránsito, ni era regular, viniendo como venian dichas letras.

Llegó yá á Madrid en ocasion que se guardaban con gran rigor las Puertas, á causa de la peste, que infestaba algunas Provincias del Reino; i de esta ocasion se valió el enemigo para mortificarle, estorvandole la entrada por algunos dias en la Corte, i por consiguiente el presentar el Breve, i solicitar su ejecucion. Habia dado orden el Supremo Consejo de Castilla, mandando con todo rigor que no se permitiese la entrada á persona alguna, sin que primero constase á su Alteza de su

viage, i sanidad. Monseñor Nuncio, que por su sobriño sabia la detencion del Siervo de Dios, igualmente que su gran santidad, embió un recado cortés, para que le permitiesen entrar; pero no tuvo efecto; porque el Regidor de la Villa que estaba de guardia, atendió mas como debia, á las órdenes del Consejo, que á la peticion del Señor Nuncio. Entonces el Siervo de Dios pudo avisar á los Padres Carmelitas Descalzos, i estos hablando inmediatamente á los Señores del Consejo, consiguieron el permiso para que entrase en Madrid, con tal que presentase el testimonio de sanidad. Hizose asi, i despues de una detencion de quatro dias fuera de la Puerta de Alcalá, entró, yendo á hospedarse al Convento de dichos Padres Carmelitas.

En estos quatro dias, que estuvo el bendito Padre fuera de las puertas, los Padres Trinitarios le hicieron repetidas instancias, para que fuera á hospedarse á su Convento, ofreciendole toda asistencia, i tiempo,

para que pudiese asistir á sus diligencias , pareciendoles no era decente, ni conveniente vivir fuera de su Orden, i Convento. Agradeció humilde esta oferta, pero sin admitirla ; porque como él dice : aunque le pareció alivio , i descanso de sus trabajos, no le pareció conveniente para el negocio de la Reforma, respondiéndole siempre : " Que en "ejecutandose el Motu proprio , i dando el Señor "Nuncio Prelado á la nueva Reformation, saldria "de cuidados, i podria irse "á su Convento, i recibir "la caridad , que le hacian."

Como el Breve de su Santidad contenia la clausula de que , haciendole saber aquellas Letras, nombrase de la Reforma de los Padres Carmelitas, ó Padres Franciscos Descalzos, un Visitador virtuoso, prudente, i de experiencia en materias de Religion, nombró Monseñor Nuncio al mui Reverendo Padre Frai Elias de San Martin, actual Prior General de la Reforma de Padres Carmelitas, Religioso digno de toda

recomendacion por su mucha virtud , i letras. Sintieron mucho, como era regular, nuestros Padres Calzados este nombramiento, no solo entonces, sino aun despues. Pero pensadas bien todas las circunstancias, que en el asunto concurrían, aun nuestros Padres no dejarían de conocer, que asi convenia. Porque como no ignoraba el Sumo Pontífice la oposicion hecha al Siervo de Dios por el Procurador de los Padres, ni el memorial dado contra él; para evitar qualquiera discordia, que pudiera sobrevenir con dichos Padres, por algun mal Informe, que tuviesen de Roma; tanto en la ejecucion del Breve, como en el modo de gobernarse, i de procurar fundaciones, creyó el Santo Padre mui oportuno, i aun necesario mandar, como mandó, dar á la nueva Reforma un Visitador extraño, entretanto tuviese ocho Conventos, que constituyesen una Provincia, i que entonces, juntandose Capitulo Provincial, se hiciesen Prelados de la Descalcez, i cesase el gobierno del Visitador

tador, en cuya disposicion nada habia contra los Padres Calzados, i por lo mismo no podían darse por sentidos. No obstante creyeron debían oponerse, como se opusieron, aunque en términos propios, á que el Visitador de la Reforma fuese de otra Religion; permitiendolo asi el Señor para ejercicio de todos.

Hallábase á la sazón en Madrid el Rmo. Padre Maestro Fr. Raphaél Diez, sugeto mui distinguido entre nuestros Padres Calzados, de mucho valimiento en la Corte, que despues fue Obispo de Mondoñedo, i de Tui. Estrechóse dicho Reverendísimo con Monseñor Nuncio, i alegó con tanta instancia, i eficacia, para que el Padre Bautista estuviese en el Convento de su Orden, i para que el Padre Visitador no ejerciese el empleo de tal, entretanto se suplicaba á su Santidad, que Monseñor no pudiendo resistirse á tan fuertes alegatos, i poderosos empeños, mandó, que no obstante el nombramiento hecho de Visitador Apostóli-

co en el R. P. Fr. Elias de San Martin, suspendiese éste el ejercicio de su comision, hasta nuevo orden. Sintiólo mucho Nro. Padre; pero como fortalecido su ánimo con la divina gracia, se las apostaba en firmeza al diamante, atropellando con la poca salud que gozaba, i con la mucha debilidad que padecia, tomó el camino para Toledo, en donde se hallaba el Señor Cardenal Arzobispo de Sevilla Don Fernando Niño, para valerse de su autoridad, i empeño para con Monseñor Nuncio, á fin de que permitiese al nombrado Visitador el ejercicio de su Ministerio.

Con la ocasion de esto viage á Toledo, encontró en aquella Ciudad al mui Religioso Padre Fr. Clemente de Santa Maria, Ministro que era del Convento de Recoletos de la Bienparada, que habia ido á tomar los aires de su patria, de consejo de los Médicos, por si podria de este modo desterrar de sí unas porfiadas, i perniciosas quartanas. Holgóse mucho de ver á nuestro Ve-

nerable Padre Bautista, i desde luego se le dió por compañero para cuantas diligencias ocurriesen en el establecimiento, i prosecucion de la Reforma, no obstante que preveía las graves contradicciones que habia de sufrir del comun enemigo: I aunque sus parientes, i deudos procuraron disuadirle de este intento, el Señor le dió animo para mantenerse firme en su resolucion; verdad es, que así él, como nuestro Padre oyeron lo que no merecian de algunos menos prudentes, i arreglados, que sin conocimiento, i exámen de circunstancias, se desmandaron contra ellos en palabras injuriosas, i aun en obras, nada correspondientes al espíritu de la caridad christiana. Pero estando de Dios, que esta obra comenzase á golpe de mazas, i martillos; hizo muy pacientes, i sufridos á sus primeros Profesores, los que vencieron con el escudo de su humildad de resignacion, i paciencia.

Vuelto nuestro Padre á

Madrid de Toledo, sin haberse podido saber lo que habia conseguido del Señor Cardenal, fue aconsejado de partir luego á los tres Conventos, que las Letras Apostólicas agregaban á la Reforma, que eran el de Valdepeñas, de la Bienparada, i de Ronda, á fin de explorar la voluntad de los Recoletos, i saber de cierto, quienes querian perseverar en el rigor de la Reforma, i quiénes volver á la Observancia, consultando de este modo á la paz, i quietud religiosa. Creyó el sencillo Padre á los consejeros, i no obstante su poco, ó ningun descanso, despues de un tan largo, i penoso viage, púsose nuevamente en camino, llevando, como siempre, por fin la honra, i gloria de Dios. Entretanto, los dichos tres Conventos acudieron, por medio de sus Procuradores á Monseñor Nuncio, suplicando del Breve de su Santidad, en particular de la clausula de tener la Reforma Prelado de fuera de la Religion. Nuestro Padre, ó bien que fuese avisado de sus apa-

sio-

sionados, ó bien prevenido por Dios de lo que pasaba, volvió á Madrid, sin haber llegado á Convento alguno de la Releccion, á tiempo, que con todo calor se hacia el recurso. Acababa de llegar por Nuncio de su Santidad Monseñor Dominico Ginnasi, que despues fue ascendido á la Púrpura; el qual comenzó á expedir los negocios con

ardimiento, atropellando todos los respetos humanos; i deseando que el Papa fuese obedecido, sin recursos, ni réplicas; mandó, que luego se diese ejecucion al Breve Pontificio; que los nuevos Descalzos prestasen la obediencia al Padre Visitador Apostólico, i á éste, que no se detuviese en ejercer las funciones, que como á tal le competian.

CAPITULO VIII.

Toma el Siervo de Dios posesion del Convento de Valdepeñas, i se le ofrecen nuevos trabajos.

Vencidas estas últimas oposiciones hechas por los mismos Recoletos, que debian ser los mas favorables, salió el Venerable Padre de Madrid, acompañado del buen Padre Fr. Clemente de Santa Maria, que no cesaba de dar gracias á Dios, por haberle dado salud, para poder

acompañar á nuestro Padre, i asistirle en sus trabajos. Iban á tomar posesion del Convento de Valdepeñas, que era el primero, que se agregaba á la nueva Descalcez. Pasaron por Toledo, para verse con el R. P. Visitador, que á la sazón se hallaba en aquella Imperial Ciudad. Allí dió

dió su Reverendísima licencia al Venerable Padre, para que vistiese el santo Hábito á dos Estudiantes, que fueron los primeros que vinieron del siglo á la Reforma. Ejecutólo el Siervo de Dios en el mismo Convento de Toledo de Carmelitas Descalzos, en presencia del R. P. Visitador, i de toda la Comunidad. Llamáronse Fr. Francisco de los Angeles, i Fr. Pedro de Jesus, i ambos fueron de singulares virtudes, i mui favorecidos del Cielo con revelaciones, i apariciones, como se puede ver en nuestra Crónica. Trató el Padre Visitador con el Siervo de Dios del modo como se habia de haber con los Recoletos de los tres Conventos, interin que llegaba el Capítulo general de su Religión, en el que concluía su Generalato, i podia despues sin otros cuidados atender á los de la Descalcez Trinitaria, que le cometia su Santidad.

Con estas instrucciones partió á Valdepeñas nuestro Venerable en compañía del Padre Fr. Clemente de Santa Maria, i de los

dos Novicios, llevando asi mismo Patente para aquel Padre Ministro, por la que nuevamente le nombraba, i confirmaba en su oficio, si queria entrar en la Descalcez. I por quanto se temia alguna resistencia de parte de la Comunidad de Valdepeñas, respecto de lo que habia pasado en el Tribunal de la Nunciatura, llevaba mandamiento, para que la Justicia ordinaria le diese todo el auxilio que fuese necesario, en el caso de haber alguna resistencia.

Llegado á Valdepeñas, fue luego con la mayor humildad á tomar la bendición del Padre Ministro. Este, no obstante que con grandes ansias deseaba antes la Descalcez, i el Motu proprio; que se lo habia pedido á Dios con fervorosas oraciones, i cada dia que tardaba en venir, le parecia un siglo: no obstante, digo, que habla sido mui favorecido del bendito Padre, i que quando partió á Roma era su Vicario; le habló con suma sequedad, de que no era merecedor un Religioso,

cu-

cuya gran virtud no se le podia ocultar, ni menos las grandes fatigas, i penalidades, que para gloria de Dios, i aumento de la Religión de la Santísima Trinidad, habia padecido por tan largo tiempo. Preguntóle cuyos eran los despachos que trahia, i respondió por el Varon de Dios, que del Padre Visitador Apostólico; le mandó salir luego del Convento, diciendo, no conocia otro Prelado, que los de su Orden. Recibió el humilde Padre con invicta paciencia este desapego, no esperado de los Recoletos; que no estarian ignorantes de las repetidas instancias con que los Padres Calzados de Madrid habian ofrecido al Siervo de Dios su Convento para descansar, i hacer con comodidad las diligencias necesarias, para poner en egecucion el Breve. Pero él, sin perder la igualdad de ánimo, que siempre le acompañaba, suplicó al Padre Ministro con humilde rendimiento, que no lo echase en la calle, i que asi á él, como á sus compañeros les diese

alvergue hasta la mañana siguiente. Valióse de este medio sin faltar á la verdad, pues aunque le haria poca fuerza quedarse toda la noche al Sereno, lo sentia, por el escándalo, que se daría en el Pueblo, i por sus compañeros, á quienes deseaba gozasen de algun descanso en aquella noche.

En la mañana pasó el Siervo de Dios á verse con el Doctor Don Gregorio Lopez, que era Gobernador de la Villa, mui Christiano, i de mucha resolucion en materias de justicia; i enterado de los despachos, vino luego al Convento, i el Siervo de Dios mandó al punto tocar á Capítulo, i despues de varios encuentros sobre oír, ó no los despachos, "Persuadieronse á ello (escribe el Venerable) aunque viendo iban enderezados á les quitar la Casa, ó que fuesen Descalzos, al modo que su Santidad mandaba. Aiborotaronse, i maltratandome de palabra, alzaron un palo para me dar de palos." Quien fuese este descomedido, que cometió esta

esta

esta irreverencia (que despues fue mui castigada por los Superiores) lo calla el Siervo de Dios; pero lo dice en las informaciones el hijo del mismo Gobernador, al mismo tiempo que depone de la mansedumbre con que en aquel lance se hubo nuestro Padre: "Levantó, dice, un báculo, que tenia en la mano, para dar con él al Venerable Padre, i él se estuvo sin alterarse, ni moverse, ni darse por ofendido, ni agraviado, sino con una paz, i tranquilidad del alma, como si no fuera él por quien aquello pasaba."

Leidas las Letras solo un hermano Lego llamado Fr. Pedro de la Santissima Trinidad, gran Siervo de Dios, dió la obediencia á Nro. Venerable Padre; en cuyo supuesto les ordenó, que saliesen luego del Convento, ya que no querian permanecer en la Descalcez. Pidieron, que primero se les diesen hábitos de Calzados, i despues de varias demandas, i respuestas lo mas se fueron aquella noche con el hábito de Reco-

letos, que actualmente vestian.

Tomada, pues, posesion del Convento el dia diez i nueve de Marzo de 1600, dia consagrado al Patriarca San Joséph, Esposo de la Madre de Dios, de quien nuestro Padre era mui devoto, i desembarazado de los antiguos Recoletos, quedó Nro. Venerable Padre con sus solos quatro hijos en una tranquilidad del Cielo, no cesando de dar gracias á la Santissima Trinidad, por verse, como siempre habia deseado, donde pudiese libremente darse todo al Señor, libre de los cuidados, que le habia costado el establecimiento de la Reforma. Su oracion era continua, su penitencia, i austeridad competia con aquella de los Padres del Yermo, que nos sirven de confusion á los poco, ó nada fervorosos: El exercicio de las virtudes Monásticas era un perfecto dechado, donde aprendian Religion aquellos pocos hijos, que le habian quedado, que todos estaban mui deseosos de seguir á nuestro Señor Jesu-Christo por el verdadero

i seguro camino de la Cruz. Alimentaba aquella pequeña; pero escogida grei de corderos con los saludables pastos de su celestial doctrina, acompañada de sus admirables ejemplos, mirando cada uno de ellos en su buen Pastor la forma de rectificar sus almas hasta lo heroico de la perfeccion. Fue nuestro Señor servido de aumentar el consuelo que gozaba el bendito Padre en esta tranquilidad, embiandole luego algunos Novicios, unos que venian inmediatamente del siglo, i otros Recoletos, que vinieron del Convento de la Bienparada, que deseosos del aprovechamiento de sus almas se acogieron á salvarlas en aquel pequeño Convento de Valdepeñas, juntandose en mui pocos dias hasta diez i seis. Asi podian celebrar con mas solemnidad los divinos Oficios dia i noche; lo que llenaba de gozo espiritual al corazon de Nro. Padre, que tanto se complacia en las divinas alabanzas.

Todo este consuelo fue necesario para fortalecer mas i mas el ánimo del Sol-

dado de Jesu-Christo; i prepararlo para nuevas penas, i aflicciones. Algunos de los Recoletos, que habian salido de Valdepeñas, despues de haber hecho recurso al Nuncio, quejandose de Nro. Padre, fino haber hallado abrigo, volvieronse á Valdepeñas contra la voluntad de sus Superiores, i hospedados en casas particulares, ni procedieron bien, ni hablaron mejor acerca del Siervo de Dios, i de su pequeña, pero bien formada grei, que mui sosegada en el Convento estaba padeciendo por amor de Dios los trabajos, que llovian sobre ella. A los tales se agregaron algunos Demandantes de otras Religiones, pareciendoles que el nuevo Convento perjudicaba á sus limosnas; i unos, i otros encontrando al Varon de Dios, no dejaban de insultarle de que siendo sugeto de tan inferiores circunstancias, emprendiese obrar tan sobre sus pocas fuerzas. "Llamábanme loco (escribe nuestro Padre) desatinado, ambicioso, i otras cosas; que si viendo lo

que veía, i estando libre, no lo dejara, creo dijera bien: pero no podia, por tenerme Dios atado, i como á yunque de hierro, ó blanco, para que diesen en mi."

De todo esto resultó en muchos del Pueblo un gran desafecto á los Descalzos, que no los distinguian de aquellos dos, ó tres antiguos Recoletos, que aunque estaban con el hábito de Descalzos, no eran ya de su compañía. Los pobres Novicios, pues todos lo eran de la nueva Religión, estaban avergonzados, encerrados no solo en el Convento, sino tambien en su propio encogimiento; sin salir á pedir limosna; llegando por lo mismo su pobreza á lo sumo. Todo aquel verano se mantuvieron con yervas, i coles de la huerta, pasando por todos caminos una vida mui penosa, pero con mucho contento, i regalo en Jesu-Christo. Quiso este Señor labrarles aun mas rica corona de paciencia i sufrimiento, i permitió, que quasi todos cayesen enfermos, transformandose el

Convento en un Hospital i Asistialos el caritativo Padre con notable amor, i cariño, consolabalos con sus santas palabras, alentábalos con su devota conversacion, compadecendose con afecto de madre de sus dolencias, i sintiendo en extremo los cortos posibles del Convento para asistirlos. Mas ellos, aunque plantas tiernas en la Casa del Señor, asistidos con oportuno riego de la divina gracia, toleraban todo como verdaderos Discipulos del Señor, con raro sufrimiento, i conformidad.

Creció su pena, con la de ver poco despues enfermo á su santo Prelado; bien que pasaba su dolencia en la ordinaria tarea de asistir á sus amados hijos. Trahia nuestro Padre el color mui quebrado; i en la apariencia mostraba estar mas enfermo, que los que se curaban por tales; originado quizá de alguna particular pena interior que entonces padeciese. Vióle un dia el Médico, i preguntandole, si estaba enfermo, i respondíndole no tenia cosa especial; tomóle el pulso, i al

al punto le dijo, que se echase en cama, que se estaba acabando. No hizo caso el Siervo de Dios, i el Médico desde su casa le embió á decir lo mismo por un Religioso Carmelita, añadiendo, que asi descargaba su conciencia. Bien conoció el iluminado Padre, que todo esto era originado del infernal dragon. Ya que él veía (escribe nuestro Padre) que los tiros que me tiraba contra mi salud, no acertaban; i si acertaban, no empedian, quisiera él, que como necio me muriera de solo imaginacion, como ha acontecido á otros" No obstante con este segundo aviso, radújose á tratarse algo como enfermo: "Fuí (dice con gracia) al Cocinero, i le dije, que me pusiera un puchero de carnero, porque decian que me moria. Aquel dia comí carne, i como ví, que no me morí, ni tenia mas con la carne, que sin ella, dije otro dia, que no me diesen mas que mis coles, ó yerbas."

Dos grandes trabajos sucedieron entonces á la pe-

queña Descalcez, los que encarece nuestro Venerable Padre con las siguientes palabras: "El cuello es lo mas flaco de los animales, pues vemos que en la pelea, i lucha, que tiene uno con otro, lo primero echa mano al cuello, como se vé en en las aves de rapiña, en el lobo, i en el oso para con el perro, i por eso se le ponen á éste hierros, i carlinas para su defensa. Esto proprio hizo el Esposo con su Esposa: que siendo el cuello parte flaca, i por donde pasa la vida, né influencias de la cabeza al cuerpo, le fortaleció de suerte, que era como torre de David, pertrechada para su defensa con mil escudos, que no son armas ofensivas, sino broqueles donde se reciben los golpes." I, acomodando este lugar al intento, sigue: "Pero aunque esta Casa era mui flaca, era el cuello por donde habian de pasar influencias de su Cabeza Dios á las demás partes del cuerpo, i de donde le dependia la vida, i el ser:

«i así el demonio acudia
«con tantas veras á echar-
«le la mano al cuello para
«ahogarla. Pero nuestro
«buen Dios acordó de po-
«nerle unas fuertes carlan-
«cas, i hacerla torre de
«David, pertrechada con
«escudos, que recibiesen
«los golpes: que estas eran
«las armas, con que aque-
«lla pobre casita se defen-
«dia, con callar, i sufrir
«golpes, i afrentas.»

El primer golpe, i tiro del demonio fue el traer á esta Casa un lobo carnicero, aunque revestido de piel de oveja. Entre los Novicios primeros que vinieron de Madrid al Convento de Valdepeñas, uno fue el Padre Fr. Joseph de la Santísima Trinidad, fidelísimo Compañero de Nro. Venerable Padre, i perfecto hijo suyo en la imitacion de sus virtudes, de las quales se trata en la primera parte de de nuestras Crónicas. El otro fue un Judas, de quien se apoderó Satánás para quitar la vida, si hubiera podido, á la pequeña Descalcez. Este era un Clérigo ignorante, embustero, famosa hipócrisi-

ta, aunque tenido en la Corte por virtuoso. Comenzó con aparente espíritu, i fervor los ejercicios Monásticos. Tuvo maña para hacer cosas extraordinarias, por las quales consiguió aun de sus mismos compañeros, tanta opinion de grande espíritu, que se tenia por dichoso el que conseguia licencia para reconciliarse con él. A poco tiempo conoció Nro. Venerable Padre, que á aquel Novicio lo animaba un mal espíritu, que este nunca puede ser bueno, quando no hai obediencia, en la qual le encontró mui falto el santo Prelado, i desde luego empezó á observarle con gran cuidado; i hechas las evidentes pruebas de su grande hipocresía, trató de despojarle del santo hábito, i echarle de aquella casa i compañía. Detúvose algún dia nuestro Padre en hacerlo, por no escandalizar tan presto á los demás Novicios; i porque adoleció su Reverencia de unas tercianas. I viéndole en cama el lobo carnicero, como tenia tan buena opinion para con los Novicios, pudo

pudo seducirlos, persuadiéndolos, que aquella no era Religión; que aquellas penitencias, i oracion eran cosa de risa; que nuestro Padre era un grande Herege, que sabia por mui cierto pararia en la Inquisicion. Ya tenia resueltos los mas de aquellos inocentes corderos á escapar aquella noche; pero nuestro Venerable, que velaba sobre su pequeña grei, aun pudo precaver el golpe intentado para aquella noche, i en la mañana siguiente quitó el hábito al hipócrita, que despues paró en la Inquisicion de Llerena.

Ya tenia nuestro Padre en la mayor tranquilidad su Convento, ejerciendo inviolable observancia dia i noche en los oficios divinos, i demás empleos Monásticos, quando de repente se vió hecho blanco de otro aun mas terrible, i desatentado golpe. Es el caso: algunos de los Recoletos, que no quisieron abrazar la Descalcez, i contra la voluntad de sus Prelados permanecian con hábitos de Recoletos, vi- viendo fuera de los claus-

tros, supieron, que dos de los que habian venido del Convento de la Bienparada, i estaban Novicios, vivian mui disgustados, i arrepentidos de su resolucion. Cartearonse mutuamente, i á la sombra de los que estaban dentro, los que estaban fuera saltaron las cercas del Convento en la noche del dia siete de Noviembre del mismo año de 1600: entraron en la clausura, i juntandose los unos con los otros mal contentos, se enderezaron á la Celda del Siervo de Dios; que velando, qual vigilante Pastor, salió á la puerta, para informarse de la causa del ruido en hora de tanto silencio. Apenas asomó el inocente discipulo de Christo, dos ó tres de los agresores echaron mano en su persona, i tapan-dole prontamente la boca, para que no llamára, le llevaron á un lugar retirado, andando el paciente Padre mas á violencia de empellones, que á paso regular, i natural.

Llenaronle de oprobrios, i vilipendios, tratandole de embustero, i ambi-

cioso, teniendole asido al mismo tiempo tres de ellos; "Como si yo me defendiese (dice el Siervo de Dios, refiriendo este lance) "ó fuera mio, ó no me tuviera ya Dios enagenado, ni hecho escudo para sufrir, i callar: porque yo entonces ni fui libre, ni señor de mí, ni de mi lengua, ni palabras, ni acciones, sino que otro me regia, i gobernaba, dando consentimiento en mi persona, para que las extrañas hiciesen en mí lo que quisiesen." Finalmente, un Lego llamado Fr. Francisco, le ató fuertemente las manos á tras con cordeles, i así maniatado lo encerraron con el Padre Fr. Joseph de la Santísima Trinidad en un aposentillo muy estrecho, cerrando la puerta con llave, i la ventana á piedra y lodo. Herido, i encerrado el buen Pastor, trataron de desviar á los inocentes corderos. Mostraronles unos pliegos cerrados, diciendoles eran mandamientos de Monseñor Nuncio, para que desamparasen el Convento: i pa-

sando la noche en estas, i otras tropelias, á la mañana, conociendo ya su locura, i atrevimiento, escaparon.

Luego que con el día huyeron los agresores, oyendo ruido nuestro Padre, llamó; abrieron la puerta, i para entonces ya el Padre Fr. Joseph de la Santísima Trinidad tenia desatado al Siervo de Dios, i ambos salieron á reconocer los estragos, que podía haber padecido aquella pequeña grei, i á consolarla de la gran pena, i desconsuelo, de que era muy natural estuviese penetrada. La paciencia, i mansedumbre con que el ofendido Prelado se hubo en lance tan afrentoso, como apretado, causa admiración, i dá nuevos motivos para alabar á Dios, por la gran fortaleza que comunicaba á su Siervo. Deponen los testigos en las informaciones de su Beatificación, que el paciente Padre estaba en medio de las injurias alegre i placentero, dando gracias á Dios, porque permitía lo tratasen así. I quando le

le acordaban este suceso, acriminando el sacrilego procedimiento, que con él habían usado aquellos atrevidos, respondía solo: *Gracias al Señor, que así lo dispone todo.* Los agresores anduvieron huidos mucho tiempo, temiendo el riguroso castigo de los Superiores, que sintieron sumamente la tropelia: i al cabo los infelices se presentaron á nuestro Padre, i no habiendole querido antes dar la obediencia por grado, despues con no poca confusión, i vergüenza se le sugetaron, i reconocieron por Prelado. La tarde siguiente á aquella triste noche dejó esta vida mortal el hermano Novicio Fr. Pedro de Jesus, que mereció en su penosa enfermedad ser visitado, i regalado de la Reina del Cielo; i fueron las primicias que la heredad de la Reforma dió á su Dueño i Señor.

Ordenaba el Sumo Pontífice en su Breve, que así los que hubiesen profesado en la Observancia, como los que venían del siglo á la Descalcez, hicie-

sen al año su profesión solemne; i habiendo nuestro Venerable Padre cumplido ya el año, hízola con toda solemnidad el día diez de Diciembre del mismo año de 1600, despues de Visperas en el Coro, en manos del Padre Fr. Pedro de Santa Maria, de comisión del R. P. Visitador, que por hallarse enfermo, no pudo pasar á Valdepeñas. Celebróse en la Villa este acto con públicos regocijos, dando todo el pueblo señales de su gozo, movidos sin duda alguna de nuestro Señor. Unos daban voces alegres, i cantaban, otros bailaban, i tañían instrumentos músicos, i unos, i otros, andaban como sin concierto, para hacer mas plausible demostración de su placer, i contento.

Por este mismo tiempo hizo nuestro Señor una singular merced á su fiel Siervo, para consolarle de la grande aflicción pasada, i encenderle mas en su divino amor, para que hiciese con mas fervor su deseada profesión. Orando un día, según su costumbre; vió/cabé sí á la Santa Ma-

dre Teresa de Jesus, que le consoló, i recreó con su vista, por los trabajos que habia padecido, i le alentó para los que le restaban que padecer por amor de Dios, haciendole presente lo que ella habia sufrido en la fundacion de San Joseph de Avila. De las oraciones de la Santa Madre fió mucho el bendito Padre, i como él mismo escribe, vivió siempre persuadido, que la intercesion de esta Santa con Dios, le ayudó mucho, i le aprovechó en gran manera en la obra de la Reforma.

Su propagacion deseaba con ansia el Siervo de Dios, i se la pedia con oraciones, porque queria tener Casas en que fuese adorada, i alabada la divina Magestad. La primera fundacion que se le ofreció despues de la de Valdepeñas, fue la del Convento de Socuellamos, Villa en el Priorato de Uclés, del Orden de Santiago. Habia ya venido al Convento de Valdepeñas el Padre Visitador, trahiendo para Maestro de Novicios al Padre Fr. Joseph de Jesus Maria, Va-

ron eminente en virtud, i letras, como publican sus muchos escritos. Tambien era sobrino del Eminentísimo Señor Cardenal Don Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo. Pidió la Villa de Socuellamos á N. Venerable Padre, que le embiase Religiosos, i que fuesen del Convento de Valdepeñas, de cuya regular observancia habia llegado allá la fama, i buen olor. Partió á dicha Villa nuestro Padre con la licencia del Padre Visitador. Hicieronse las Escrituras á satisfaccion de ambas partes: con ellas marchó el Siervo de Dios á Valladolid, á donde se habia mudado la Corte, para sacar las licencias necesarias. Iba bastante receloso, porque acordandose del encuentro pasado, temia todavia algun enredo del comun enemigo, i esta consideracion i temor le hacia caminar tan afligido, i desconsolado, que siendo ya por el mes de Julio, tenia el cuerpo helado sin poder entrar en calor. "No es encarecimiento (dice) que hasta oi me ha durado el ca-

mi-

"minar el verano muy de ordinario descubierta la cabeza, i no hacerme mal, por la gran resistencia, que el frio de adentro hacia."

A este trabajo se agregó otro tanto mas pesado, quanto que procedia inmediatamente del demonio. Temiendo éste, que de la ida del bendito Padre á la Corte, habia de resultar algun gran bien, procuró impedirlo, i á este fin infundió en su delicado, i quebrantado cuerpo, sobre los muchos achaques de que continuamente adolecia, una nueva enfermedad, que en sus sintomas, aparatos, i efectos era el mal de la peste, que aun corria por mucha parte de Castilla. Solo le faltaba la malignidad de contagiosa. Era el mismo mal para la mortificacion, i penalidad; pero no para el efecto de comunicarse á otros. Sabia esto el Siervo de Dios, i estaba seguro, de que á ninguno habia de infestar, pero temia, i mucho, que por los otros efectos fuese conocido su mal, i teniendo por apestado, le impi-

diesen (i con razon) la entrada en la Corte, i el paso para sus diligencias. Este temor le trahia mas afligido, que el mismo mal, que no poco le atormentaba. No obstante, confiando en el Médico celestial, que lo sanaria, ó daria fuerzas para sufrir la enfermedad, i trabajar con ella, se resolvió á padecer para sí solo, sin descubrir á persona alguna su dolencia, ni aun á su mismo compañero. Con esta confianza, que no fue defraudada, entró en la Corte de Valladolid, i fue á hospedarse al Convento de Carmelitas Descalzos, media legua distante de la Ciudad.

Encontróse aqui con el Rmo. General de dichos Padres, que le trató con demostraciones de singular afecto i cariño; las que fueron de suma pena para el Siervo de Dios, que conoció el blanco á que miraban, que era á que desistiese de lo comenzado, i mudase el hábito en el de Carmelita; ponderando á este fin lo grande de la obra, en comparacion de su pequenez, i pocas fuer-

O zas.

zas. Todo lo refiere el bendito Padre con las siguientes palabras. "Habia grandes fiestas (escribe) entre aquellos Padres , mirando estas cosas con ojos de carne. ¿Cómo era posible, decian, que Fr. Juan Bautista quisiese abarcar cosas tan fuertes , tan grandes?::: I asi mui de ordinario se decia entre unos, i otros: ¿Quién es Fr. Juan Bautista , que esto empieza? En cuya comparacion resucitaban la vida, i obras de la Santa Madre Teresa , para con un opuesto sacar la bajeza del otro, no considerando, que quando se trata de estas obras , no se han de poner los ojos en lo que son los que las tratan, sino en lo que pueden ser, i en Dios que las hace. I habiendo hecho Dios de una Monja Calzada á la Santa Madre, podria de un tan grande peccador como yo, Fraile Calzado, hacer un hombre á su gusto. Pero como no miraban sino á lo que yo era , volvíame yo entremés , i nuestra Reforma comedia, pare-

ciendoles disparate. Que no era pequeño golpe para sobre mis tentaciones, olér que gente tan santa, i tan siervos de Dios, les pareciese ocioso tratar lo que yo trataba." I poco despues añade: "Empezaron á despertar el amor que me tenian, i habian tenido en Roma, i que cómo era posible no tener gana de tomar su hábito, i volverme con ellos, i con su prudencia tiraban la piedra, i escondian la mano."

Finalmente, desembarazado de estas tentaciones con solo responder: *Padre nuestro: ahora haré lo que pudiere, i en cansandome lo dejaré; basta entonces, no tiene remedio*, empezó á practicar diligencias á fin de conseguir la licencia para la fundacion de Socuellamos. Reparaban muchos en lo macilento de su color, i en las pocas fuerzas con que caminaba, i preguntandole, si tenia algun otro mal, fuera del ordinario, respondia sin faltar á la verdad: *No tengo oi mas que ayer*. Continuó sus diligencias, i habien-

biendo el Consejo de Ordenes condescendido á su peticion, ocurrió antes de despachar la licencia, que, proponiendo uno de los Señores Ministros no sé qué inconveniente, que encontraba en su despacho, bastó esto para que le fuese negado, lo que antes le estaba concedido. Afigióse sobremanera el buen Padre, viendose quasi desahuciado de conseguir lo que pretendia, despues de tantos trabajos, i sustos. "I yo como era nuevo en estos negocios (escribe el mismo) dije por conclusión, aunque no persuadido que se hubiese de dejar de hacer." Aconsejábase de personas de inteligencia, para tomar algun medio útil, i todos lo acobardaban, diciendole, que no lo estrañase, porque estaba el mundo tan lleno de Religiones, i Reformas, i al mismo tiempo de demandas, que no se podia vivir. Aqui dice el Siervo de Dios: "Pero como esto era tocar, i querer disputar de la Providencia de Dios, respondia yo entre mi: no dicen bien, no es

esa la causa; que no es Dios tan apocado, que quatro Frailes mas habian de alcanzar de cuenta un poder tan inmenso. Antes me parecia, que el que aquello me decia, se ahogaba en poca agua."

En medio de todos estos discursos, que demuestran la gran confianza que tenia en Dios el siervo fiel, las criaturas le desanimaban en vez de alentarle. Salió una noche de la Celda para la de su compañero, que estaba inmediata, i le encontró llorando, siendo un hombre robusto, de mucho valor i ánimo, joven, i de grande estatura. Preguntóle, por qué lloraba? A que respondió secamente: Pues vé qual ando, i lo que padecemos, i me pregunta qué tengo? "Confieso (dice en este lugar el Venerable Padre) que entonces volví sobre mí, i dije: Señor, mucho debe ser lo que yo padezco, ó el mal que tengo, pues no siento lo que un hombre tan hombre, i fuerte."

Con todo eso no se amilanó, ni intimidó, conociendo, que si no porfiaba,

i replicaba, negada esta primera licencia, mejor le negarian la segunda. I asi presentando á la mañana siguiente al Consejo una peticion con mayor instancia, se movieron los Ministros, i dentro de muy pocos dias dieron la licencia para fundar en Socuellamos.

Despachada felizmente su pretension, i despedido de la Comunidad, que lo habia benignamente hospedado, tomó su camino para Valdepeñas, i con cinco ó seis Religiosos de este Convento, partió luego para la Villa de Socuellamos, en donde sus vecinos le esperaban con mucha ansia, i así fue de ellos recibido con el gozo, i placer correspondiente al deseo que tenían. Entretanto que se disponia una pobre, i acomodada Iglesia, se colocó el Santísimo Sacramento en una casa pequeña, aderezandola lo mas decente, i mejor que se pudo, i fue el

dia treinta de Septiembre de 1601. Nuestro Señor Jesu-Christo, que escogió tan pobre, i despreciado alvergue, cuando vino al mundo, no desdeñaria aquella pobre casita, en donde después de las alabanzas, i adoraciones de sus Angeles, tenia la adoracion de aquellos humildes Religiosos Descalzos. Entre todos ellos, el zeloso Padre era el que mas ardía en afectos de encendida caridad, rindiendo gracias á nuestro Señor, porque veía ya comenzar á propagarse su pequeña Reforma, la qual le habia costado tantos trabajos, diligencias, i tribulaciones, i costaria mas i más. Admirábase el Venerable Padre, i se alegraba en el Señor al ver el placer i contento de todo aquel Pueblo con sus Religiosos; siendo asi, que por entonces no les podian servir en Confesionario, ni en Púlpito, por ser todos Cristos, i jóvenes.

CAPITULO IX.

Funda el Siervo de Dios el Colegio de Alcalá; i tribulaciones de aquel tiempo.

HEcha la fundacion del Convento de Socuellamos, no descansaba el bendito Padre, ni podia aquietar su ánimo, sin volver á solicitar otra nueva Casa á su Reforma. Pensó procurarla en la Universidad de Alcalá de Henares, con el fin de que los nuevos Descalzos pudiesen darse al estudio de la Sagrada Theologia, tan propio de su profesion. "Pasado ese dia (dice) no era posible poder estar un instante: ni sé si Dios apretaba para lo por venir, ó si el demonio me afligia por lo pasado. Lo que sé decir es, que pasado aquel dia, ni para mí habia mas dormir, ni mas sosegar." Para esto escribió al Padre Visitador, dándole noticia de sus deseos, i pidiendole

su bendicion, i licencia para ejecutarlos, pasando á Alcalá. Pero el Padre Visitador, ó ya por las dificultades que se le ofrecian en aquella fundacion, ó bien porque temía que estando tan debil, i fatigado nuestro Venerable Padre podia fallecer en la nueva empresa, i cargar entonces sobre sus ombros todo el cuidado de la Descalcez, le respondió: *Vayase V. R. un poco mas despacio, i no se dé mas prieta, que la que Dios se da. No tiene Frailes para una Casa, i ya quiere Colegio? Esta respuesta, muy conforme á la prudencia humana, le sirvió de mucho desconsuelo. Verdad es que la misma le daban algunos de sus hijos, con igual mortificacion suya,*

por parecerle círculo vicioso el decir, que quando pretendia Conventos, no tenia Frailes, i quando admitia Frailes, no tenia casas en que ponerlos. A este proposito decia el Siervo de Dios: *Esto se ha de empezar: ó tengo de empezar Casas sin Frailes, ó Frailes sin casas; que no me han de dar Casas con Frailes.*

Ocurrió entonces cierto asunto á la Reforma, i para su desempeño, el Padre Visitador, habiendo llamado antes á nuestro Padre á Valdepeñas, le embió desde allí á Madrid, diciendole, que pasase por Alcalá, i de allí volviese, evacuado el encargo que le daba. Púsose al punto en camino el perfecto obediente, llevando por compañero á un Corista de los que habian de estudiar, por si llegaba á efectuarse la fundacion en esta Universidad. Salió con este motivo, pero no era ese en la disposicion de Dios, sino: "Sa-

"carme á mi de Valdepe-

"ñas (dice el Siervo de Dios) i dar á entender á

"nuestro Fr. Elias, que no

"habia de guiar las cosas

"por su acuerdo, sino por el de Dios, i que si le atañan al dedo la cuerda del pájaro, que habia de volar á hacer caza, no era para traba le, ni tirarle, sino para dar cuerda."

Habiendo desempeñado el encargo, porque habia sido embiado á Madrid, pasó á Alcalá, adonde le llamaba Dios con repetidas inspiraciones: i tomada una casita de alquiler plantó su Hospicio. Para aderezar i adornar el Oratorio le dió una buena limosna la Señora Duquesa de Gandia, i otras personas devotas, siendo de todas la principal la Señora Condesa de Castellar Doña Beatriz Ramirez de Mendoza, Señora de singulares virtudes, fundadora de muchos Conventos de diferentes Religiones. Esta devota Señora le dió varios damascos, i otras telas de seda de su propio Oratorio, para que adornase el de su hospicio de Alcalá. Asi lo executó el Siervo de Dios, acomodando la casita lo mejor que pudo; i embiandole el Padre Visitador cinco ó seis Religiosos, tres de ellos empezaron á cur-

sar

sar en la Universidad. Aqui lo pasaron con mucho trabajo, i extremada pobreza; viviendo con tanto recogimiento, que apenas eran conocidos de los hombres. Pero ellos pasaban sus trabajos, i soledad con grande placer, i alegría, observando la regla primitiva, i demás estatutos, que habia entonces, con tanta severidad, como si fuese una Comunidad numerosa, i bien asistida de todo lo temporal. ¡Pero qué mucho! si eran favorecidos á manos llenas de aquel Señor, que asiste con particulares auxilios de gracia, á los que por su amor se priban de los de la tierra, i de las humanas consolaciones!

El Venerable Padre, que por sí no sentia la pobreza, ni las penalidades corporales, era entonces mui combatido de internas aflicciones; pero por no contristar á sus hijos, que amaba tiernamente, se veía precisado á violentarse, manifestandose á todos mui gozoso i placentero, no obstante que su corazon se hallaba oprimido entre congojas, i

penas. El Demonio no dejaba de mostrar su odio infernal; pues no contentandose con asustar frecuentemente aquellos jóvenes, pero alentados soldados de Jesu-Christo; puso sus garras una noche en el santo Prelado, con rabiosa crueldad, maltratandole mucho, con el fin de que quejandose, i dando voces, se asustasen aquellos inocentes Coristas, i abandonasen el sitio. Pero qual experimentado Capitan en las contiendas con el inferno, peleó, i venció al enemigo con paciencia, oracion, silencio, i penitencia; confiando asi que el Señor estaria con él en la tribulacion, i por lo mismo no le podria ofender el enemigo. Otra noche acometió esta furia infernal á solos los jóvenes, á tiempo, que estaban ya recogidos, i comenzó á hacer tan extraño ruido, contra las tablas de las tarimas, en que estaban echados, que los precisó á levantarse, llenos de pavor, i espanto. Quiso uno ir en busca de su santo Prelado, creyendose todos

libres, quando lo tuviesen

en

en su presencia; pero el enemigo tiró á arrojarle por una ventana; i no teniendo licencia de Dios para ejecutarlo, lo dejó atravesado en ella. No obstante, armandose otro con la señal de la santa Cruz, i con la invocacion de los Santísimos nombres de Jesus, i de Maria, corrió á dar parte al Siervo de Dios, con cuya vista quedaron todos consolados, i fortalecidos, para unos combates, que como experimentaban, quedaban siempre en amagos.

A este tiempo de tanta tribulacion, i en que su presencia en la pobre Casa de Alcalá era tan necesaria, para consuelo de aquellos perseguidos principiantes, se halló el Siervo de Dios con una notificacion, citandole á comparecer ante Monseñor Nuncio, para dar razon de haber mudado la forma de Cruz en el hábito, dejando la forma que usaban nuestros Padres Calzados, no conociendose otra del hábito del Orden de la Santísima Trinidad. Sobre este lance algo se ha escrito, fundado mas en

congetura, que en realidad de hechos. Lo que sucedió, es lo que dejó escrito Nro. Venerable Padre, en que sólo se manifiesta un zelo discreto i santo en cada una de las partes para defender su derecho. Dice pues el Siervo de Dios:

»Lo segundo que me llamaba á Valladolid, era el pleito de las Cruces, porque pedian trujesemos las que ellos trahian, i no éstas, alegando ser aquellas las Cruces de la Santísima Trinidad, i estas invencion mia: no tenían con qué probar, si no era la costumbre, que habia mas de ducientos años, que en la pintura se reconocia aquella forma, i decian que si éramos reformados de la Santísima Trinidad, i toda una Orden, que trujeramos sus Cruces, porque no nos conocian ser Frailes de la Santísima Trinidad. Finalmente todo lo que allí se alegó, no fue de consideracion, ni me acuerdo alegasen otra cosa. A lo que yo respondí, que de suerte ninguna debiamos traher aquellas: lo primero me-

»mero por ser estas las primeras, como consta del primer Monasterio, que hubo en Roma de la Religion, donde se guardó la regla primitiva, i en el frontispicio de la puerta está á lo mosaico un Escudo, i en él un Salvador con dos Cautivos, i una Cruz en medio de esta manera, con un rótulo á la redonda que dice: *Signum Ordinis Sanctae Trinitatis, & Captivorum*: i si aquel no fuera el verdadero i propio donde se empezó la Religion en Roma, no se habia de consentir pintar contra la verdad::: Sobre ello se causó proceso, el qual quedó en poder del Procurador de Padres Carmelitas Descalzos. Concluyóse con mandarme el Cardenal Dominico Ginnasio no hiciese caso de ello, sino que me viniese á mi Convento. I por concluir esto de las Cruces, &c." Sigue aqui nuestro Padre hablando con veneracion de la forma de la Cruz triangular, que usan nuestros Padres Calzados, discurriendo con

agudeza varias significaciones, i misterios, que en ella puede haber; como es el significar sus puntas los rayos, i resplandores que de sí despedia la que trahia en el pecho el Angel, que se apareció á N. P. S. Juan de Mata, en la primera Misa, i despues al Sumo Pontifice Inocencio Tercero; su curiosidad, i hermosura, la que tiene en el Cielo, i otras muchas. Verdad es, que extrajudicialmente hubo sobre este particular algun debate con uno, ó dos menos prudentes, que reprimió el Siervo de Dios, diciendoles: »No escandalicemos á los seneglares en la calle: el Señor Nuncio está en esta Corte, él determinará lo que se ha de hacer.

Vuelto nuestro Venerable Padre á Alcalá, como se lo habia mandado el Señor Nuncio, fue recibido de sus hijos con el gozo correspondiente al gran deseo, que tenían de gozar de su amable presencia: pero no pudieron menos de significarle el sumo desconuelo que padecian, en carecer de la presencia

del Santísimo Sacramento, que era todo su aliento, i esfuerzo para vencer todos los obstáculos de caminar á Dios. Pero aquel Señor Clementísimo, que oye los deseos de los justos, i atiende á la preparacion de sus corazones dispuestos á servirle, les favoreció, dándoles bienhechores, que les franqueasen con que comprar la casita en que vivian, que era el primer paso para poder pedir licencia al Cardenal Arzobispo de Toledo, para lo que tanto deseaban. i necesitaban. Empezóse luego la pretension por el Siervo de Dios, i dice de ella: "Empezáronse á hacer las diligencias, ir, i venir á Toledo, que sabe nuestro Señor los caminos, las molestias, i los trabajos, que en eso se pasaron." Quando el bendito Padre no tuviera otros trabajos, i fatigas, que hacer tantos viages, era sobrada prueba de su alentado espíritu, i gran fortaleza, á pesar de la gran debilidad de su cuerpo, i de sus continuas dolencias. Acaba de venir de Valladolid, i apenas lle-

ga á Alcalá, pasa á Toledo, vá, i viene repetidas veces, segun que lo piden las circunstancias.

En el último de estos viages, sentido el demonio de la mucha gloria que procuraba á Dios, quiso acabar con él. Caminaba el Siervo de Dios en una mula, vieja ya, i sin malos resabios: i habiendose adelantado al compañero, para vacar á la contemplacion del Señor, llegando muy cerca de la Villa de Loeches, vióse combatido de dos furiosas perras, que criaban; i acometiendole cada una por su lado, le causaron no menos asombro que espanto, porque conoció desde luego, que era el demonio, ó que tenia poseídas aquellas dos perras. La mula que hasta entonces habia sido tan docil, se inquietó sobremañera, i puesta en dos pies, se negaba á todo gobierno, convertida toda en furor. Al mismo tiempo el afligido Padre se sentia amenazar con la muerte, por haber quistado los cachorritos á aquellas perras. I aunque todo era inven-

cion

cion de Satanás, al Siervo de Dios hacia tal impresion, que le precisaba á decir entre sí: *¿No cuándo? ¿No que soi enemigo de perras? ¿No que no los puedo ver? ¿Qué es esto?* Finalmente, siguiendo la mula en su inquietud, le arrojó de sí con tal violencia, que quedó en tierra como muerto. Al punto desaparecieron las perras, i la mula volvió á su antigua docilidad, sin moverse del sitio. Quiso el compañero, que al primer lugar se sangrase, para evitar las malas resultas del golpe, pero no lo consintió el bendito Padre, i siguió bueno su camino. Despues le dió el Señor á conocer, que el enojo que habian manifestado aquellas perras era solo del demonio, por los muchos que habian abrazado el rigor de la Reforma, pues el mismo Venerable afirma, que en cosa de dos años se habian dado mas de ciento i quarenta hábitos en la Descalcez, bien que no todos perseveraron; i como á muchos de ellos tenia el demonio por u yos, mostraba su furor,

i sentimiento, viendolos ser conducidos al puerto seguro de la Religion.

Dióse nuestro Señor por servido de las repetidas fatigas de su fiel Siervo: i en primero de Octubre del año de 1602, se obtuvo del Señor Cardenal Arzobispo de Toledo Don Bernardo de Rojas i Sandoval, la licencia para la fundacion del Colegio de Alcalá. A la vuelta para dicho Colegio, aunque tomó diferente camino, tuvo el mismo encuentro de las dos perras, ó dos demonios, pero alzando los ojos al Cielo, i diciendo el *Psalmo Exurgat Deus, & dissipentur inimici ejus*, ni le hicieron daño, ni aun se le acercaron. Llegó á Alcalá, i sin dejar pasar tiempo, se colocó el Santísimo Sacramento.

Sucedieron en esta Casa varios prodigios; siendo uno el que estando nuestro Venerable Padre en oracion, vió claramente con los ojos del alma hecha ya toda la Casa, Iglesia, Sacristía, claustros, todo en la misma forma, que con el tiempo se habia de edi-

ficar, i que todo este edificio estaba lleno de Dios, por los muchos templos vivos, que en él tenia, i por las muchas gracias con que los asistia. Conocióse esto por los efectos, que desde luego se experimentaron, en la particular providencia, con que nuestro Señor asistia á sus fieles siervos, proveyendolos en todas sus necesidades, porque se dejaban en sus liberales manos. Escribiendo esto el bendito Padre, dice estas palabras: »Yo confieso que »nos sustentaba Dios, i »provehia, como á los pájaros del nido, que los »padres vuelan, i buscan, »i los hijuelos no hacen »mas que abrir los piquillos: asi era nuestra Casa, »que por muchos que venian, muchos comian, i »para todos habia, sin saber de qué, ni cómo. I »confieso, que preguntandome un Caballero en »aquel Pueblo, de qué gastaba, ó comia, ó provehia lo necesario, no supe »decir cosa de qué.« Al paso que sus fieles hijos descuidaban tanto de lo temporal, hacian por ca-

minar de virtud en virtud, creciendo en la humildad, i caridad, en la mortificacion, i desprecio de sí mismos; i fundando todo el espiritual edificio en la mas exácta regular observancia, aprovechaban felizmente no menos en el estudio de la Theologia Mistica, que en el de la Escolastica.

En medio de tantos cuidados, i desvelos en que estaba metido este Varon de Dios, no cesaba de implorar, i pedir fervorosamente al Cielo luces para dirigirse segun lo que fuese del divino agrado. Sintióse inspirado á atajar desde el principio los graves daños que el deseo de mayorías suele causar aun en las personas consagradas á Dios: i á consecuencia de esta tan santa inspiracion, dispuso discretamente, que los Coristas, despues de los tres votos esenciales en su profesion, hiciesen otro de no pretender Prelacias en la Religion, ni fuera de ella otras qualquiera Dignidades Eclesiasticas. Entendió con luz celestiál, que este voto era

re-

remedio mui eficaz, i el mas á propósito para ocurrir á la peste de la ambicion, con que el demonio pudiese en adelante acometerles. Pues si bien se hiciesen leyes severas, i se establecieran rigurosas penas contra los contraventores, podia no ser esto el mas oportuno remedio, i eficaz preservativo á tan comun achaque, porque las leyes, i penas tienen su principal fuerza contra los delitos públicos, i la codicia, i ambicion de mandar no siempre se manifiesta en público; regularmente se insinúa con mucho secreto, para dar el golpe mas seguro.

Verdad es, que esta prevencion, i diligencia parece escusada en unos pobres Religiosos Descalzos, retirados, i desconocidos en el mundo; pero con todo la juzgó necesaria el Siervo de Dios, atendiendo á lo fragil de nuestra naturaleza, i á repetidas experiencias de que está lleno el mundo. Aun en el Colegio Apostólico hubo contienda sobre quien habia de ser preferido á los demás:

i podia haberla mucho mejor entre pobres Religiosos, no tan adornados de gracia como los Discipulos del Señor. Por lo mismo quiso cerrar la puerta al desorden con el fuerte cerrojo de un voto hecho á Dios.

El primero que lo hizo fue el ejemplar Maestro, á presencia de toda la Comunidad: siguieronse sucesivamente los demás Religiosos profesos. Fue este solemne acto en primeró de Diciembre de mil seiscientos i tres, i fue siguiendo en fuerza de costumbre santa hasta el año de 1610, en que queriendo afianzarla mas la misma Religion, recurrió á la Santidad de Paulo V. de feliz memoria, quien por su Breve, que empieza: *Quæ piet, ac sancte*, mandó que en adelante hiciesen este voto todos los Profesores de la Descalcez Trinitaria. Despues en el año de 1663 N. M. Santo Padre Alejandro VII, por un Breve, que comienza *Pastor alis officii*, ordenó que los hermanos legos hiciesen tambien quarto voto de no pasar jamás al

es-

estado Clerical, ni Ordenes sagrados, i de no pretender directa, ó indirectamente este tránsito. Todo se ejecuta así en el día doce de Noviembre, en que repetimos nuestros votos cada año.

I porque se vea quanto agrada á Dios este acto, por lo mucho que lo aborrece el enemigo de toda humildad, refero el lance siguiente. Un año despues, estando un Religioso puesto ya de rodillas delante de nuestro Venerable Padre, para hacer dicho voto, turbó el demonio su imaginacion de tal modo, que hablando por él, dijo repentinamente: *No quiero hacer el quarto voto.* Preguntado, por qué no queria hacerle, respondió con mucha altivéz, i sequedad: *Porque no hai para que. Es*

te quarto voto es mas que humildad? i si es humildad, no hai para que meterme en eso, que no es otra cosa, sino ponerme tropiezos; i pues es humildad, no lo tengo de hacer. Bien se manifestó en estas últimas palabras el soberbio que hablaba, pues tan furiosamente se oponia al voto de no pretender Prelacias; que otras Religiones, que igualmente le hacen, llaman voto de humildad. En vista de esto, tuvo nuestro Venerable por conveniente dejar por entonces al Religioso, i mandó hacer fervorosas oraciones por él, que son las armas contra Satanás. Redújose al fin, é hizo despues con mucho fervor el voto de no pretender, á que antes, instigado del demonio, se habia tanto resistido:

CA-

CAPITULO X.

Funda el Siervo de Dios otros Conventos, y ocurren nuevas dificultades y contradicciones.

EL principio de la fundacion del Convento de Villanueva de los Infantes, tuvo el débil apoyo de un Novicio, pequeño en la edad, i tambien en el cuerpo. Por ser tan pequeño, i al parecer, incapaz de poder llevar el rigor de la Religion, no quiso nuestro Venerable Padre admitirle al santo hábito. Un día, que despues de pedir con repetidas instancias el hábito, i fue igualmente repelido; dijo mui fervoroso, i alegre: *Ya nada se me dá, porque ya sé del Niño Jesús, que para el día del Santísimo Sacramento he de tener el hábito.* Efectivamente así sucedió, i el día del Corpus de aquel año le fue vestido el santo hábito en Alcalá,

i dado el nombre de Fr. Antonio del Santísimo Sacramento. Era natural de Villanueva de los Infantes, i estudiaba Súmulas en Alcalá, quando solicitó entrar en nuestra sagrada Religion.

Sucedió, pues, que estando ya Novicio en Valdepeñas, un priadoso Clerigo de Villanueva fue á decir Misa á nuestra Iglesia, i por casualidad le ayudó este Novicio su paisano. Prendóse tanto de la compostura, i modestia del Novicio, que acabada la Misa, comenzó á hacerle algunas preguntas, con ánimo de seguir conversacion con él. El Novicio, cumpliendo con su obligacion, retiróse compuestamente de aquel lu-

lugar, sin responderle una palabra. Hallábase á la sazón nuestro Venerable Padre en la Sacristía, i advirtiendo el deseo del buen Clérigo, llamó al Novicio, i le mandó respondiese á quanto aquel Sacerdote le preguntase. Despues de haber respondido á varias preguntas, con mucho juicio, i circunspección, dijo le el Sacerdote: *Niño, pídemelo lo que quisieres, Señor, respondió, yo no he menester nada.* Replicó el Sacerdote: *Pues véngase vuesa Caridad conmigo.* Respondió el Novicio: *No Señor, no puedo ir.* Por qué? dijo el Clérigo. *Porque yo, respondió, no puedo ir sin mis compañeros, que se quedan acá.* Con esta respuesta, i por el gran cariño, que el buen Sacerdote cobró al Novicio, volvióse á Villanueva con el pensamiento, de hacer por llevar allá Religiosos del Orden. I aunque desde luego le pareció negocio arduo el pretender, i hacer un nuevo Convento, no obstante habló al Señor Gobernador, Regidores, i demás Repúblicos, i Personas

de autoridad, haciendoles presente la mucha observancia, i austeridad, que habia admirado en los Descalzos de Valdepeñas, el fruto saludable que hacian en las almas, la rara modestia, i humildad de sus Novicios, i la mucha inocencia, i gracia de aquel paisanito Fr. Antonio, á quien habia hablado, que le parecia un Angel. Rindieronse todos los Señores, i sin haberles pasado antes por el pensamiento, ni reparar en que habia ya en el Pueblo quatro Conventos, dos de Religiosos, i dos de Monjas, se convinieron todos en que se fundase el nuevo Convento de Descalzos.

Avísado que fue por el piadoso Clerigo nuestro Venerable Padre, partió al punto con un compañero á Villanueva de los Infantes, i hechos los tratados, i condiciones de una, i otra parte, muy á gusto, i satisfacción de ambas; embió un Religioso á Valladolid, á solicitar la licencia del Real Consejo de Ordenes, por pertenecer á la de Santiago Villanueva de los Infan-

fantes. Obtenida la licencia, en cuya consecucion no hubo dificultad alguna, por las buenas noticias que tenian los Señores Ministros de la nueva Reforma. Volvió el Siervo de Dios á dicha Villa, llevándolo consigo los Religiosos, que debian formar la nueva Comunidad. Buscó luego una casa de prestado, i dispuesto un Oratorio con la posible decencia, se colocó en él el Santísimo Sacramento, con sumo consuelo de nuestro Padre, i extraordinaria alegría de todo el Pueblo, el día octavo de la Asuncion de Maria Santísima, año de 1603, i allí permanecieron hasta el mes de Julio del año siguiente de 1604, en que pasaron los Religiosos á sitio propio, i es el mismo en donde se edificó el Convento, que existe oi.

No dejó el demonio de hacer de las suyas en esta fundacion, como las habia hecho en las demás, pues luego que el Siervo de Dios entró en aquella Casa con los Religiosos, comenzó á perseguirlos. La tormenta que allí levantó no fue vis-

ta, pero fue bien sentida, dice nuestro Padre, i muy grave en lo interior. No declara individualmente lo que allí padeció, ni lo que padecieron sus hijos; pero dice por mayor, que el demonio procuró deshonorarlos, aunque no lo consiguió. "Lo que yo se decir (concluye el Siervo de Dios) es, que aunque di simulé algunos días, sabe nuestro Señor lo que allí se padeció." Al cabo de algun tiempo, fue Dios servido de darles descanso; dándose por vencido el demonio, i los Ministros que busca en este mundo, para ejercitar, i aniquilar si pudiera, á quantos procuran la mayor honra, i gloria de Dios.

Todas las astucias de que usa el inferno, i toda la guerra que declara contra las Reformas, igualmente que contra todas las Religiones, son por impedir los frutos espirituales, que han de recoger los fieles de las ocupaciones, i ministerios sagrados de los Religiosos. Los experimentaron desde luego los vecinos de Villanueva, con la

aplicacion de los nuevos Descalzos á Confesonario, i Púlpito, al culto de la Iglesia, i asistencia á enfermos, i moribundos; i en reconocimiento de ello festejaron publicamente la profesion de su paisano Fr. Antonio del Santísimo Sacramento; que fue la ocasion para pedir la fundacion del Convento. Por este respeto le habia llevado nuestro Venerable Padre á esta fundacion, i quando llegó el tiempo de profesar, hicieron grandes fiestas, i regocijos públicos, con grandes demostraciones de placer, i júbilo de toda clase de gentes. La noche antecedente previno la funcion del dia con fuegos artificiales, luminarias, i toque de campanas: i para el sagrado acto de la profesion, que habia de hacerse en la Iglesia Parroquial, fue conducido el Novicio del mas lucido concurso de todo el Pueblo, i con instrumentos músicos. Predicó el Párroco, é hizo grandes elogios de la Descalcez, haciendo ver al auditorio, que semejantes señales de placer en

tan numerosa multitud de gentes de todas gerarquias, no podia ser, sin particular movimiento del Señor en obsequio de aquella Sagrada Reforma.

Quando nuestro Venerable Padre estaba tratando las cosas de la fundacion de Villanueva de los Infantes, con la ocasion de pasar por la Villa de la Solana dos Religiosos Descalzos, i agradar sobremanera su rara modestia á los vecinos, estos, que estaban ya bien informados de la singular edificacion, que causaban á los Pueblos los de Valdepeñas, se encendieron en vivos deseos de tenerlos tambien en su patria, i á fin de conseguirlo, hablaron al Padre Visitador Fr. Elias de San Martin, que se hallaba entonces en Valdepeñas, quatro leguas distante de la Solana, pidiendole con encarecimiento les embiase algunos Religiosos Trinitarios de Valdepeñas, pues querian fundarles un Convento en dicha Villa. El Padre Visitador dió parte de esta fundacion á nuestro Venerable Padre, i éste, dando se

se priesa á evacuar las diligencias de la de Villanueva, pasó en persona á Valladolid, á pedir licencia al Real Consejo de Ordenes, estando tambien la Villa de la Solana en el territorio de la de Santiago.

Habló al Presidente del Consejo, i al oír su pretension le dijo admirado, segun refiere el Siervo de Dios: "¿Pues cómo Padre? "Dímosle ayer licencia para Villanueva, i ahora quiere para la Solana, que está quatro leguas el uno del otro? No tiene razon, porque no se podrán sustentar dos Conventos de una Orden tan cercanos, habiendo de vivir de limosna, que no tendrán Pueblos adonde pedir." Quería satisfacer el Siervo de Dios al Presidente, i uno de los Consejeros, que estaba allí, tomó la mano, i dijo: "Bueno es eso, Señor: V. S. pues eso dice; no sabe quan pobres son estos Padres, i quan estrecha regla guardan. "Son tan pobres en su comer, i vestir, que en cada Pueblo, por pequeño que sea, i por juntos que

"estén los Monasterios, pueden hacer fundacion." Despues habló el Siervo de Dios, i á consecuencia del peso de razones, en que fundó su pretension, no solo el Real Consejo dió licencia para la fundacion, sino que todos los Señores se ofrecieron á ayudar al Venerable Padre en quanto le ocurriese para asunto de la Reforma.

Mui gozoso el zeloso Padre con la licencia para erigir otra Casa en honor, i gloria de la Santísima Trinidad, salió de la Corte, para poner quanto antes en ejecucion sus deseos, i los de la Villa, que con tantas instancias pedia los Religiosos. Pasó por lo de Socuellamos, i si bien apenas llegó, tuvo una recia calentura, ni ésta, ni las súplicas de sus hijos, de que ficiera allí alguna mansion para su necesario descanso, fueron bastantes, para que dejase de tomar el camino para la Solana. En la noche de su llegada á este Pueblo, le asaltó el demonio, queriendo ahogarle, i acabar con él con crueles tormentos, de modo, que

su buen compañero el Padre Fr. Francisco de los Angeles, tuvo que estarle leyendo los Evangelios toda la noche, i rociándole con agua bendita, para rendir al enemigo, que tanto le atormentaba.

Restablecido algun tanto de las graves aflicciones de esta mala noche, dió luego las disposiciones precisas para colocar el Santísimo Sacramento; lo que se ejecutó el día nueve de Marzo del año de 1604, con mucha solemnidad, i concurso, no solo del pueblo de la Solana, sino tambien de las Villas de Manzanares, i de la Membrilla. Predicó nuestro Venerable Padre sobre el Evangelio de la feria de aquel día, Martes primero de Quaresma, i era el Capitulo veinte i uno de San Mateo, que dice: *Entrando Jesus en Jerusalem, se conmovió toda la Ciudad, diciendo, quién es este?* I oró con aquel grande, i fervoroso espíritu, que siempre le daba nuestro Señor, i le aumentaba, segun pedian las circunstancias; i ejerció varias veces este sagra-

do ministerio en el tiempo que allí permaneció.

Pasando de esta fundación á referir la de Madrid, debo prevenir, que aunque no tuvo su cumplimiento, i pacífica posesion antes que la de Valladolid, de que hablaré despues, tuvo sus principios antes que las pasadas, i se tuvo por Casa suficiente para completar el número necesario para la celebracion del Capitulo Provincial, segun mandaba el Breve Pontificio de la ereccion de la Reforma Descalza. A pocos días que nuestro Venerable Padre habia llegado á Madrid á su vuelta de Roma, sucedió, que hallándole en la calle un Regidor de la misma Villa, igualmente noble, que piadoso, llamado Don Diego de Henao, de solo verle, i que respiraba modestia, i humildad, quedó al punto tan prendado de él, que apenas supo trataba de establecer la Reforma, segun letras que trahia de Roma, le ofreció graciosamente para principio de un Convento una casa, que tenia en el barrio que llaman del Barquillo.

Ho. No creyó el Siervo de Dios convenir por entonces admitirla, hasta mejor ocasion; pero agradeció al Caballero su buena voluntad. Estando despues nuestro Padre en Valdepeñas, i ocurriendo cierto negocio á la Reforma, fue embiado á Madrid para desempeñarle el Padre Fr. Clemente de Santa Maria; i encontrándose tambien con el dicho Regidor, este volvió á ofrecer su casa, i admitiéndola el Religioso en nombre de la Reforma, hizo el Caballero la Escritura de donacion, i desde entonces quedó por hospedería, en donde los Religiosos, que viniesen á Madrid, tuviesen posada segura, i viviesen con mas decencia, i recogimiento.

En este hospicio vivian de asiento algunos, i asi ellos, como los huéspedes que solian venir, lo pasaban con mucha pobreza, apoyándose todas sus rentas, i facultades en lo poco que un hermano Donado recogia de limosna. I como por aquel tiempo habian vestido el hábito muchos estudiantes, i no ca-

bian en Valdepeñas los Novicios, fue preciso poner algunos en la hospedería de Madrid, dándoles por Presidente al virtuoso Padre Fr. Joseph de la Santísima Trinidad; i con todo que no era Convento formado, sino una informe hospedería, se observaba en ella todo el tenor, i rigor de vida, que en el Noviciado de Valdepeñas, con una alegría santa, aunque no completa, por no tener en el hospicio el Santísimo Sacramento. Pero aquel gran Padre Celestial, que los miraba con amor, i queria satisfacer los deseos de sus siervos, los consoló presto del modo que voi á referir.

Por aquel tiempo tuvo noticia el Nuncio Don Domingo Ginnasio, de que el Papa Clemente VIII le habia creado Cardenal de la Santa Iglesia; i estando nuestro Padre reconocido á los muchos favores, que habia recibido de este Prelado, juzgó ser de su obligacion cumplirle á su Eminencia, i á este fin embió á la Corte de Valladolid dos Religiosos, para que

que diesen el parabien á este Purpurado á nombre de la Reforma. Admitió este Eminentísimo con mucho amor, i agasajo á los mensajeros, i la enhorabuena, con demostraciones de agradecer la atencion. Al despedirlos, preguntóles si se les ofrecia alguna cosa, pues deseaba complacerlos. No habian pensado los dos Religiosos en hacerle peticion alguna, pero encontrando tan fino al Cardenal, cobró ánimo el mas antiguo para pedirle, como le pidió, licencia para colocar el Santísimo Sacramento en un Oratorio secreto del Hospicio de Madrid. Condescendió con la súplica el nuevo Cardenal, sin hacerse mucho de rogar; i aunque al despachar el decreto, dijese el Abreviador, que podia quejarse con razon el Ordinario de Toledo, á quien pertenecia dar dicha licencia, el Señor Cardenal no quiso desistir de la gracia, que tenia ya concedida.

Mui gozosos volvieron á Madrid los dos Religiosos, con un indulto, en que no habian pensado, i que sa-

bian habia de ser de mucho consuelo par sus hermanos. Llegaron á la hospederia en la Vigilia del Nacimiento de nuestro Señor Jesu-Christo; i á la alegría espiritual que este santo tiempo ofrece á los verdaderos, i fieles Christianos, se les juntó el grande gozo de tener sacramentado en aquella pobre casilla aquel gran Señor, que en aquel tiempo se habia dignado nacer temporalmente en un pobre, i desabrigado Portal de Belen; i á imitacion de los espíritus celestiales, que entonces cantaron gloria á Dios en las alturas, i paz en la tierra á los hombres de buena voluntad; los agradecidos, i humildes Religiosos rendian al Señor fervorosas alabanzas, por la grande misericordia, que de su liberal mano acababan de recibir.

Aunque pasaron las Pascuas con tanta alegría, i consuelo espiritual, i algun tiempo despues con mucha quietud i sosiego, levantóse luego una terrible borrasca, sobre la suma pobreza en que vivían; así

nues-

nuestro Venerable Padre, como ellos tuvieron que mantenerse por algunos meses con el pan de la tribulacion. Sentia el comun enemigo los felices progresos de la Reforma, i para impedirlos, comenzó á alterar los ánimos de los propios, i de los estráños. El Padre Visitador Fr. Elias de San Martin hallábase en la Villa de la Solana, i apenas supo lo que pasaba en Madrid, i que se habia colocado en la Hospederia el Santísimo Sacramento sin licencia del Ordinario, no obstante, que siendo él General en su Orden (escribe nuestro Venerable Padre) pienso fundó mas de treinta Monasterios de Monjas, i Frailes, sintiólo por extremo. Juntó la Comunidad, que quasi toda era de Coristas, para determinar lo que se habia de hacer en aquel caso; como si unos jóvenes sin experiencia alguna, pudieran subministrar algunas luces á un hombre tan docto, que acababa de ser General de su Religion. En la junta de recién profesos los mas, hubo muchos que di-

jeron, que nuestro Venerable Padre destruía la Religion, multiplicando Conventos; que la accion de colocar el Santísimo Sacramento en el Hospicio era sin licencia del Padre Visitador, i por lo mismo ilícita, i sin obediencia.

No es de estrañar que así pensasen, i hablasen unos jóvenes nada experimentados; ni tenían culpa en no serlo, pero bien sí en carecer de humildad, resignacion, i respeto á su santo Padre, i Maestro, cuya ejemplar vida, i zelo de la gloria de Dios, les era bien patente. Bien es, que el Padre Visitador, que los oía, pudo haberlos disuadido de aquella falsa opinion, i concepto, que habian formado del bendito Padre; i mas constándole, que quando los Religiosos de Madrid habian colocado el Santísimo Sacramento en la Hospederia, estaba el Siervo de Dios en Alcalá, ignarante de lo que en el asunto pasaba en el Hospicio de Madrid, pues así lo habia escrito al mismo Padre Visitado. Ni el Sa-

cer-

cerdote, que colocó á su Magestad fue culpado, porque no advirtió, á que fuese necesario para hacerlo licitamente, tener la licencia del Padre Visitador, temiendo la del Señor Nuncio. Ni parece ser necesaria tal licencia, pues *al Visitador* (dice nuestro Padre) *nos le habian dado para ayudarnos, i hacernos bien, i el mayor, que se podia imaginar era venirse nos Dios á casa.* En suma, las resultas de aquella Junta escribe el mismo Siervo de Dios por estas palabras: "Desde aquí se comenzó á imaginar, que sería bien atarme las manos, i quitarme el poder que tenía, pues tan sin orden, ni concierto, yo hacia fundaciones, i multiplicaba Conventos. Daban por excusa el haber pocos Frailes, i otras cosas, en que no se podía disimular era tentacion del demonio: que él gustara desde el primer dia haberme atado las manos, para que yo no obrara: i no consideraba el miserable, que eran las de Dios, ni no las mias, que estaban

"hartó mancas. I asi esta contradiccion solo se quedó en mormuracion."

No fue asi lo que sufrió por parte de los estraños esta misma fundacion. Apenas tuvo noticia de ella el Vicario de la Villa., hizo animo de deshacerla, dando por razon el que era sin su licencia; la que nunca concederia, por ser suma la pobreza de aquella casilla; siendo del mismo parecer el Corregidor. Prosiguiendo el Vicario en su intento, pasó al Barquillo, i obligó á los Religiosos á consumir el Santísimo Sacramento, i á desamparar la casa. Llevaron este golpe con humildad, resignacion, i paciencia, i creiendo que el motivo de la contradiccion era la estrechez, é incomodidad de la casa, tomaron otra mas decente en la calle de Atocha. Sabido por el Vicario, fue allá con sus Ministros, i los del Corregidor, de quien iba acompañado; bien escusado aparato para hacer mudar de sitio á unos pobres Religiosos. Las palabras del Vicario en aquella ocasion, i del Corregidor, eran

eran buenas, bañadas todas de afectos compasivos; pero las obras de los Ministros fueron malas, pues usaron de empellones, i otras violencias, quando á nada de lo mandado resistieron aquellos desvalidos Frailes: los quales con la paciencia, i humildad con que salieron de la casa del Barquillo, volvieron á ella, i colocando ocultamente el Santísimo Sacramento, alli permanecieron, con mucho retiro, i secreto, sin atreverse á rezar alto, por no ser oidos de la vecindad.

Hicieronse las mas vivas diligencias, buscaronse los mas poderosos empeños para con el Señor Cardenal Arzobispo de Toledo Don Bernardo de Sandoval; i nada fue bastante para conseguir licencia de poner en público el Santísimo Sacramento; pues el Señor Arzobispo, que decia deseaba consolarlos, cometia el asunto á su Vicario, i este no los dejaba parar en parte alguna. Qual sería el desconsuelo de los Religiosos, i qual su mérito, dice nuestro Venerable Padre por estas palabras de tan-

ta enseñanza: "De parte nuestra en estos trabajos cion de grande consideracion, i en nada parecen podian padecerla los Religiosos, que alli estaban, como en esta dilacion. Porque quando Dios los mortificaba en la falta de sustento, viendo su provecho en aquella necesidad, se holgaban, i lo mesmo en todos los trabajos, que se les ofrecian; pero tardarse su Magestad en dárselos en público, i al descubierto, i que fuese necesario esconder aquel fuego divino, i que de esto no sabian las causas, si acaso eran sus pecados, i poco merecimiento, si acaso enojos de Dios, ó algunos estorvos, que de parte de ellos mismos hubiese; esta era la mortificacion, esta la tribulacion. Aqui donde se ejercita la paciencia, aqui otros nuevos provechos del alma, á quien Dios dilata cosa de tanto gusto, i consuelo suyo, Aqui es donde en esta mortificacion, como en peñasco se quieren

»brahan las olas de las ver-
 »tientes de los deseos de
 »los justos, para que estos
 »deseos sean mas puros, i
 »como agua quebrada mas
 »delgada: que es Dios mui
 »amigo de que estos deseos
 »sean solo por él." Hasta
 aqui nuestro Padre hablan-
 do de la pena i afliccion
 de sus hijos; i no seria me-
 nor la suya, pues no le ex-
 cedian en el encendido
 amor de Dios, i del pró-
 gimo, i de los aumentos
 de la Religion.

Finalmente, dejandose ya
 de medios humanos aquellos
 perseguidos pobres Reli-
 giosos, trataron de recur-
 rir unicamente á Dios au-
 mentando los ejercicios pe-
 nales, continuando en fer-
 vorosas súplicas, para que
 se complaciese de cumplir
 sus deseos. Dióse el Señor
 por servido, i obligado á
 los humildes ruegos de sus
 siervos, i los consoló por
 un camino, que nunca ha-
 bían pensado. Hallábase
 nuestro Venerable Padre
 en este tiempo en la Ciu-
 dad, i entonces Corte, de
 Valladolid, solicitando fun-
 dacion en ella. A este fin
 tenia ya comprada una ca-

sita con su huerta á alguna
 distancia de la Ciudad, en
 donde los ratos que le so-
 braban de sus diligencias
 pasaba en ejercicios san-
 tos. Estando un dia en ellos,
 i quizá pidiendo á Dios le
 abriese camino para esten-
 der su Religion, entró im-
 pensadamente en aquella
 pobre casa el Excelentísi-
 mo Señor Don Francisco
 Sandoval i Rojas, Duque
 de Lerma, gran Privado
 del Rei Don Felipe Terce-
 ro. Discurrió con nuestro
 Padre sobre varios asuntos,
 i sobre el estado en que
 tenia la Reforma. Edificó-
 se de las humildes palabras
 del Siervo de Dios, de su
 zelo, i paciencia en medio
 de tantos trabajos; i ofre-
 ciendo favorecerle, i ayu-
 darle por todos los medios,
 que pudiese, le dijo al des-
 pedirse estas palabras, se-
 ñalando su brazo derecho:
*Esté cierto Padre Minis-
 tro, que si fuere necesario
 darle este brazo, se le da-
 ré, para ayudar á lo que
 hace.* Promesa digna de tan
 piadoso, i generoso Princi-
 pe, la que ratificó muchas
 veces, i desempeñó con
 obras, mas de lo que pode-
 mos

mos ponderar.

Agradeció el humilde
 Padre tan singular favor,
 ofreciendole en recompen-
 sa las oraciones de toda
 la Reforma. A pocos meses
 volvió la Corte á Ma-
 drid,
 i el Señor Duque fue luego
 á visitar los Religiosos que
 bien retirados, i desconsol-
 lados estaban en la casa
 del Barquillo. Admiró su
 modestia, i humildad; com-
 padeciéndose de sus trabajos,
 é incomodidad, i querien-
 do poner por obra su digna
 promesa, embió á llamar
 á nuestro Padre, que era
 ya Provincial, i se hallaba
 en Alcalá. Vino luego á la
 Corte, i viendole el Duque,
 renovó sus intenciones con
 estas palabras: *Creame Pa-
 dre Provincial, que le he
 da ayudar á vanderas des-
 plegadas, que lo sepa todo
 el mundo.* Llamóle despues
 á sus jardines; mostróle
 unas casas junto á ellos,
 donde podían acomodarse
 los Religiosos, i una Igle-
 sia decente, aunque de
 prestado, mientras nos la-
 braba el Convento en la
 forma conveniente. El buen
 Señor esperaba el consen-
 timiento de nuestro Padre:

»Como si yo fuera algo
 (dice el mismo) ó mere-
 »ciera lo que se me daba:
 »que si nos metiera en
 »casilla de veinte
 »pies, me
 »era por mui dichoso.
 »Pero su Excelencia tenia
 »muchos respetos á aguar-
 »dar mi contento: lo uno,
 »porque para su generoso
 »animo esto le parecia po-
 »co: i lo otro, porque es
 »efecto de la voluntad
 »prendada de Dios, estar
 »temerosa hasta alcanzar
 »el cumplimiento de sus
 »deseos"

Agradeció, i aceptó Nro.
 Padre la oferta, i el Señor
 Arzobispo, que era Tio del
 Duque, concedió la licen-
 cia, que tanto antes se le
 habia suplicado. Concluída
 la obra, en que trabajaban
 quotidianamente mas de
 doscientos hombres, á es-
 pensas del mismo Duque,
 que no dejaba pasar dia al-
 guno, sin vér como traba-
 jaban, i adornada la Iglesia
 con alhajas, i colgaduras
 de casa de su Excelencia,
 se hizo la colocacion del
 Santísimo Sacramento, con
 una solemne procesion, á
 la que asistió el Señor Du-
 que, i por su respeto, lo

mas lucido, i autorizado de la Corte. I queriendo manifestar aun mas su Excelencia el amor que profesaba á sus Religiosos Descalzos, tuvo la benignidad de comer con ellos en el Refectorio, edificandolos al mismo tiempo por las demostraciones de Religion, i piedad, con que se significó todo el tiempo que estuvo en su compañía. Quiso asimismo dotar el Convento con suficientes rentas, i enriquecer la Sacristía de preciosos ornamentos; pero nuestro Padre, amante siempre de la santa pobreza, solo admitió una corta pensión para subsidio de la misma Sacristía, i unos Damascos para la decencia del divino culto.

Antes de que el Convento de Madrid estuviese en el pie que se acaba de referir; quando estaban los Religiosos en la casa del Barquillo, teniendo ocultamente el Santísimo Sacramento con licencia del Señor Nuncio, ya se juzgó por Convento formado, i con él habia ya siete, i consiguientemente faltaba

uno solo, para que segun el Breve de ereccion, se convocase á Capitulo Provincial, en el que se eligiesen Prelados propios, i asi cesase la comision Pontificia del Padre Visitador Fr.

Elias de San Martin. Esta

octava Casa que faltaba se la proporcionó, sin buscarla, Don Juan Pacheco de Alarcon, Sacerdote ilustre, i piadoso, el qual por el afecto que profesaba al Siervo de Dios, i á su Reforma Descalza, le ofreció una fundacion en Buenarche de Alarcón, Pueblo de un sobriño suyo en la Mancha, i del Obispado de Cuenca. Agradeció, i aceptó la oferta el humilde Padre; i previendo los grandes trabajos, i molestias, que habian de ocurrir, i las muchas dificultades, i embarazos, que se habian de objetar, quiso desde luego tomar á su cargo una tan ardua empresa. Partió á Valladolid desde Alcalá, á sacar provision de sus diligencias, en virtud del poder general, que tenia para acudir á los aumentos de la Religion.

Llegado que fue á Vallado-

dolid, dió parte de todo al Padre Visitador Fr. Elias, á fin de que su Reverendísima, en vista de ser esta que iba á fundar la octava casa, fuese disponiendo las cosas para el Capitulo Provincial; i obtenido el despacho, que pretendia de

Valladolid, tomó el camino para Buenarche en seguimiento de la nueva fundacion. Quales serian los trabajos de esta jornada declara el mismo Siervo de Dios, diciendo, que tuvo por grande milagro haber quedado con vida. Su pobreza, i desnudéz, grande, sus fuerzas pocas, su salud quebrantada, i por lo mismo, i por la no interrumpida penitencia, su cuerpo extenuado, i como caminaba en el rigor del invierno, en el principio del año, fue necesario sacarlo muchas veces en brazos de los lodazales, i pantanos; i á no llevar compañero, hubiera sin duda perecido. Pero á la valentia de su espiritu confortado con la gracia del Señor todo era poco, porque excedia en mucho el deseo que tenia de padecer, i de

ver perfeccionada, i del todo concluida la obra de su Reforma.

Llegó á Buenarche, i empezó á practicar diligencias. Para este tiempo ya el Padre Visitador habia recibido la carta de nuestro Padre, además que

dos Religiosos, que habian ido de Alcalá á Valdepeñas, habian dado á su Rma. razon por estenso de la nueva fundacion. ¿Quién diria que esta noticia no les habia de servir de sumo gozo, i consuelo, por ser tan en favor de la Religion? Pues fue muy al contrario; porque el desabrimiento, inquietud, i desazon que en unos, i en otros causó esta nueva, fue increíble, permitiendolo asi Dios, para que tuviera mayor ejercicio la paciencia del bendito Padre, i admirasen todos lo que podia con la divina gracia. Los que debian condolerse con el Siervo de Dios, por las extraordinarias fatigas, que tomaba por el bien de la Religion, i darle repetidas gracias, estos mismos, encendidos sus corazones con el fuego de algunos chismes,

mes, se volvieron contra su Padre, contra su Bienhechor, i contra un Varon, cuyas grandes virtudes, i zelo de la gloria de Dios, á no querer ser ciegos, debian admirar, i alabar. Comenzaron á decir, que el Vene-

radie padre se carteaba secretamente con los Padres Calzados, tomando ideas para el Capitulo, con el intento de quedar Provincial, i luego afligir, i perseguir á los que habian venido del siglo á la Descalcez, por no tenerles aficion alguna.

El Padre Visitador, que sin duda habria querido aquietar los ánimos de aquellos pocos inconsiderados Religiosos, sin poder conseguirlo, mandó tocar á junta, para oír sus sentimientos en particular, i ver qué resolucion con vendria tomar en el caso. Uno de los mas favorecidos del Siervo de Dios, i que le habia desengañado de muchas ilusiones de Satanás, que él tenia por revelaciones, dijo atrevidamente, que el Padre Visitador hacia mui mal, en no embiar por el Padre Fr.

Juan Bautista, meterle en una celda, i castigarle con rigor, porque sin haberse lo mandado, se entrometia en hacer Conventos. Otros, pretendiendo ser mas benignos, no pidieron castigo para el buen Padre: se

contentaron con decir, que era un Fraile inobediente, que por su gusto, i antojo, movido solo de la ambicion de ser Provincial, queria hacer Conventos, para eximirse de la dependencia del Padre Visitador, i apartarle de la Reforma. El motivo de esta oposicion á nuestro Padre, declara el mismo por estas palabras: "Como yo habia siempre ocupadome en tantos caminos, i con tantas incomodidades de mi persona, todos los Frailes, en la Provincia me tenian por un hombre rínguroso, áspero, i terrible. I como entraba poco en los Conventos, no tenia lugar de poder acudir á regalarlos, para que por así me tuviesen alguna aficion; antes como yo veia lo mucho que debian á algunos trabajos, que habia padecido, me parecia

» te-

»tenia mas licencia para castigar, i reprehender qualquiera defecto, ó falta, que hubiese en los Religiosos. I quando iba á la Mancha, me estaban aguardando para que yo riñese los defectos que hubiese, i para que quitase los hábitos, que no convenia:: Sabe nuestro Señor quanto quisiera hablar con la claridad, que sé, i siento; pero no hai sino dejarlo á Dios, que conoce los corazones, i pesa la gravedad de las cosas."

La resulta de aquella Junta, i de los pareceres de sus Vocales acerca de nuestro Padre, fue la determinacion, de que al punto se embiase por su Reverencia, donde quiera que estuviese, i por no exponer á la contingencia de la Estafeta un asunto, cuya pronta ejecucion creian ser de tanta importancia, despacharon un Religioso á Buenarche con la carta del Padre Visitador, en la que le decia, segun dejó escrito nuestro Padre: *Conviene que luego al punto V. R. se venga, i llegue aqui*

á Valdepeñas, antes que eso pase adelante, ni se vea con el Obispo. No obstante, que su resignacion en las tribulaciones era grande, i el deseo de padecer por Jesu-Christo insaciable, no dejó de causarle notable sentimiento hallarse al improviso intimado, i precisado con rigor á desistir enteramente de la prosecucion de una obra, que habia empezado, i seguido para gloria de la Santissima Trinidad, i bien de su Religion, i que ya le habia costado tan prolijos, penosos, i peligrosos viages.

Lesda por el Siervo de Dios la carta de su Superior, i dandose por intimado de lo que por ella se le ordenaba, inmediatamente desmintió con la obra el concepto en que le tenian de desobediente; pues sin reparar en el viage, que acababa de hacer, ni en el buen estado en que tenia la fundacion, se puso al instante en camino para Valdepeñas. Pasó por los Conventos de la Mancha, i advirtió que los Religiosos de ellos eran del mismo

sen-

sentir, que el Padre Visitador, i los de Valdepeñas. No obstante, como buen Pastor, que atendia al bien comun, i que zelaba la gloria de Dios, se revisió de su espíritu para volver por ella con aliento, i sin temor; conociendo que no tenia aquella oposicion mas fundamento, que el propio antojo de los opo- sitores, i el huír de los rigores de la lei. Llegó á Valdepeñas: i ¿quién se persuadiria, que no habia de tener malos tratamien- tos, i recibir mil pesares de aquellos ánimos tan desafectos, i contrarios? Pues no hubo quien le di- jese *mal haces, mal has hecho*. Sin duda porque tiene tanta fuerza la razon, que aun los que la aborrecen no hallan palabra para impugnarla. Es bien digno de ponderacion, que con todo aquel enojo, i desazon que contra el Varon de Dios habian concebido, todos á vista suya se quedasen suspensos, sin oponersele en cosa alguna.

Viendo pues, que ni el Superior, que le habia llama- do, ni los demás, que

se lo habian aconsejado le decian, ni ordenaban la menor cosa, significó sus deseos de volverse á Alcalá: i como nadie le contradijese, salió luego para aquella Universidad con la misma comodidad, i preven- cion que en los demás viages. Tenia la Reforma una casa de campo en Toledo; pareció á nuestro Padre pasar allá, i solicitar del Señor Arzobispo licencia para llevar alli aquel Verano los Estudiantes de Alcalá, con dictamen, i asenso de que el Señor Nuncio daría por octava aque- lla Casa. Pasó en efecto á Toledo; habló al Señor Arzobispo; i aunque su Emi- nencia le recibió con seña- les de amor, i dió bastan- tes muestras de querer fa- vorécerle en lo que pedia, al dia siguiente, en que volvió el Siervo de Dios á estar con el Cardenal, en- contró á dicho Prelado de mui contrario parecer, por- que "ya debiera (escri- be nuestro Padre) de ha- ber venido otro mensa- jero peor, que el que fue á Buenarche, porque me respondió palabras, " que

"que llevé bien que ru- "todo por amor de Dios." "miar, i que sentir. Sea



CAPITULO XI.

Funda nuestro Padre el Convento de Valladolid, padece tribulaciones, ce- lebrase el primer Capitulo, i es elegido en Provincial.

LAS injurias, i contra- dicciones, que acaba- ba de experimentar nues- tro Venerable Padre por la fundacion de Buenarche, si bien le obligaron á desistir de ella, no fueron de es- torvo á su valeroso espiri- tu para que procurase otra, persuadido á que esta octa- va Casa, si la conseguia, era todo el ser, i seguri- dad de su Reforma. Para este fin tiró las lineas á Valladolid, i pasó allá con el mui Religioso Padre Fr. Joseph de la Santissima Trinidad, con esperanza de que el Señor Nuncio in- terpondria su autoridad, para que no le impidiesen

lo que tanto deseaba, por juzgarlo muy del agrado de Dios. Hospedóse en el Convento de los Padres Carmelitas Descalzos, i desde alli, aunque media legua distante, iba, i venia á la Ciudad. Hallábase ausente el Señor Nuncio, i trató sus asuntos con el sobrino de dicho Prelado, que ha- cia sus veces, i con su Au- ditor: hizo otras varias diligencias; i tuvo el des- consuelo de que quantos pasos daba en su preten- sion; se volvian contra ella. Asi por esto, como por haber sido tantas veces huesped en los Pa- dres Carmelitas, no todos

le miraban con igual semblante, determinó volverse á Alcalá; pero el Señor, cuyos consejos son profundos, i admirables sus disposiciones, lo detuvo en Valladolid, por medió de una grande tribulacion.

Estando pues con este ánimo de partir, fue unta al Convento de nuestros Padres Calzados: llegóse á su Compañero un Religioso joven de los Padres, tan virtuoso, i dado á la oracion, que era mui favorecido de Dios con éxtasis, i raptos; i conferenciando ambos sobre el modo de vivir de los Descalzos; pareciéndole al joven este rigor mas á proposito para seguir su fervor; determinó mudar el hábito, i hacerse Descalzo: i nuestro Padre, que vino en ello, sacó luego licencia del Vices-gerente del Señor Nuncio, para evitar algun disturbio, del que se recelaba. El Religioso, con el fuego del Espíritu Santo, que ardia en su pecho, no quiso dilatar la respuesta á su vocacion, i en aquella misma noche, siguiéndole otro compañero, fue

en busca de nuestro Venerable Padre; quien en la mañana dió el hábito á uno, esperando á que se hiciese el hábito, para vestirse al otro. Hecha esta funcion, salió nuestro Padre de casa, dirigiéndose á la Iglesia del Colegio de los Ingleses, para celebrar el santo sacrificio de la Misa.

Luego que los Padres echaron menos á sus dos Religiosos, que tanto estimaban, por sus singulares virtudes, creyeron se habian ido con los Descalzos, con quienes los habian visto hablar la tarde antes; i persuadidos con leve fundamento, de que nuestro Padre, i su Compañero los habian solicitado para su Reforma, al punto salieron en seguimiento suyo el Padre Ministro, i varios Religiosos, con el fin de recuperar sus Religiosos, tan señalados en santidad. Encontraron al Siervo de Dios en la puerta de dicha Iglesia el Padre Ministro, i su Compañero; i como iban recien acalorados, sin haber tenido tiempo de templar su grande senti-

mien-

miento, ni de mudar aquel primer juicio, que formaron, de que sus Religiosos habian sido solicitados, ó quizá seducidos por nuestro Padre, que tenian á la vista, al mismo tiempo que el Padre Ministro le mandó traer alli prontamente sus Religiosos, dieron tambien no pequeña ocasion de que el Siervo Dios tuviese un sentimiento tan grande, qual lo significan estas palabras escritas por el mismo paciente Padre: *No sé si en mi vida he tenido semejante aprieto interior, i exterior, como entonces.* I preguntado despues por el Padre Prior de Carmelitas Descalzos de lo que habia sucedido, solo dijo, segun tambien dejó escrito: "Dióme Dios interiormente tal apretura, que si al Inferno me lleváran, entienda que era grande misericordia suya, porque fue tanta esta afliccion interior, i conocimiento de mis pecados, que además que yo no tenia boca, ni lengua para le responder, echaba de ver, que en las injurias que me decia, decia verdad, i tenia razon,

»i como un hombre vencido, que enmudece, »á todo callaba, i le dejaba que hablase, i hiciese lo que quisiese." De este modo sienten de sí los verdaderos siervos del Altísimo, asi imitan á su gran Maestro, Jesu-Christo, i asi avergüenzan á los poco sufridos.

Sosegado ya aquel primer movimiento de cólera, hubo lugar, para que á las repetidas instancias del Padre Ministro pudiese decir el Siervo de Dios: *Téngase V. P. que yo le ofrezco entregárselos, i trabárselos aqui.* En cumplimiento de lo que ofrecia, quedándose alli el Compañero, fue nuestro Padre á buscar los dos Religiosos, i los entregó al Padre Ministro, uno con su hábito de Calzado, i el otro vestido ya de Descalzo. Mui contento volvió á su Convento el Padre Ministro con sus dos ovejas, que creía haber perdido; pero poco tiempo estuvieron á su cuidado; pues perseverando ambos en su vocacion de hacerse Descalzos, por orden superior fueron entregados á nues-

S 2

tro

tro Padre, quien los embió luego á Madrid, i perseveraron en la Reforma con grande ejemplo de santidad, i perfeccion. Sabido despues por los Religiosos el aprieto, en que se habia visto, le dijo uno, que ¿ cómo no se habia defendido? i le respondió: *Calle hijo, no diga eso: que yo esto no lo tengo por agravio; sino por limosna singular, que me hizo Dios.* Asi lo depone el mismo Religioso con juramento en las informaciones, añadiendo, que al referirle esto nuestro Padre, daba gracias al Señor por las ocasiones en que le habia puesto de padecer por su amor.

Todos estos golpes le encendieron mas en el deseo de trabajar por la gloria del Señor en la octava fundacion, i como él mismo dice, púsole Dios en el corazon, que acabase ya de hacerla, sin salir de Valladolid. Consultó sus Intentos con los Padres Carmelitas, en cuyo Convento estaba: estos procuraron disuadirle de ello, ponderándole los grandes inconvenientes de vivir en la Cor-

te: " Pero á mi (dice el Siervo de Dios) no me hicieron fuerza, por parecerme ellos eran Santos, i vivian en la Corte, i no hallaban inconvenientes; que tampoco los habria para mi." I como no habia de seguir el parecer de dichos Padres, no le pareció conveniente estar mas alli, i mudó de posada, para poder menos embarazado buscar en la Corte la casa que deseaba para su Reforma. Tardó poco á encontrarla: " porque dentro de mui pocos dias (escribe el Siervo de Dios) hallé un hombre honrado, que me vendió una mui buena casa, fiada á censo sin fiador; que parece era una cosa de milagro, á un Frailecillo de tan poca consideracion, sin ser conocido, fiarle quatro mil ducados en unas casas, que pudiera yo desbaratarlas, i dejarselas á su dueño. En nada reparó mi buen hombre, sino no me las dió: i quando se supo, ya estaban hechas las Escrituras." De estas palabras del Siervo de Dios se infiere claramente

la

la gran providencia, i misericordia que el Señor usaba con él, i la gran confianza que él tenia en su infinita bondad; pues solo fiado en ella se cargó con un censo tan considerable, sin tener ni un real.

Despues de varias altercaciones con los que habitaban la casa, que no querian evacuarla, finalmente entró en ella el Venerable Padre con dos compañeros, que ya tenia, i como si tuviera rentas con que mantener una Comunidad, embió por Religiosos de otros Conventos; pero no vinieron mas que dos. Las incomodidades que padecian eran grandes, pues aunque la vivienda no era mala, el caudal era ninguno; las alhajas se resumian en dos frazadas sobre unas puertas viejas, que servian de camas para cinco personas: el sustento consistia en acelgas de la huerta con agua de la noria, i algun pedazo de pan, que alcanzaban de limosna. Quien mas padecia era nuestro Padre, que sobre las incomodidades referidas, por espacio de quatro meses de

calor, tuvo que salir los mas de los dias en solitacion de las licencias necesarias del Obispo, Ciudad, i Consejo para la fundacion; i estando el hospicio, ó casa distante de la Ciudad, era su fatiga mucho mas de lo regular.

No fueron estos solos los trabajos de esta fundacion. Mayores sobrevinieron; porque habiendo escrito el Siervo de Dios al Padre Visitador, dando parte, asi á su Reverendísima, como á los Religiosos del buen estado de aquella fundacion, i de las esperanzas que le acompañaban, de que en breve fuese Convento, cuando pensaba causarles sumo gozo, i alegría, halló que les habia sido ocasion del mayor disgusto, i desabrimiento. Nuestro Padre anda discurrendo razones para escusarlos de culpa; i puede ser no la tuviesen, i que fuese su oposicion solo de entendimiento, i no de voluntad. Levantóse nueva, i terrible tempestad contra el Siervo de Dios: el Padre Visitador se puso de parte de los Religiosos, disintien-

tiendo con ellos de hacerse la octava Casa; sin duda, que por el mucho amor que profesaba á la Reforma, le era de grande pena desasirse de ella, como era preciso en el caso de verificarse los ocho Conventos.

Volvió á tener junta en Valdepeñas: tratóse en ella, que se embiase por nuestro Padre, por ser Fraile desobediente, que asolaba la Religion. "Pusieron-se tales (dice el Siervo de Dios) mis propios Frailes, i los que mas me habian de querer, por aquellos nuevos trabajos, que hubo Frailecito, que me escribió una carta con tales razones, que cierto, si yo hubiera hecho un mal recado, no se atreviera á hablar, i decir lo que me escribió. Embióme á decir diera un dedo de la mano por verse conmigo; i que no sería tarde; pero que él me diría por tarde que fuese su sentimiento: que ya él (aunqui niño) hacía pinitos, para volver por su madre la Religion; i que habian ido á tomar pa-

recer, i consulta sobre el castigo, que me habian de dar, por haberme ido á Valladolid." No fue esta carta sola: tuvo otras mas de igual mortificacion, i pena. Ni el Padre Visitador se contentó con la consulta de Valdepeñas: embió tambien su compañero á los Conventos de la Mancha, para inquirir de los Religiosos si convenia, ó no, se hiciese la octava Casa. Pero ni los dictámenes contrarios, ni las amenazas tuvieron efecto, para llamar al pacientísimo Padre, ni para impedir la fundacion: pues el Padre Visitador le embió la licencia en forma para seguirla.

En ella tuvo bastante en que merecer, pues asegura el Siervo de Dios, que muchas veces tuvo dadas, i concedidas las licencias necesarias, asi del Obispo, como del Consejo, i al dia siguiente ya las tenia negadas, i perdidas, sin poder averiguar el principio de donde nacia aquella mutacion. Quiso el Señor al fin consolarle por medio del Excelentísimo Señor Du-

Duque de Lerma, gran Privado del Rei Don Felipe Tercero, como queda dicho; que no sin particular impulso de Dios entró un dia en la casa, ú hospicio, en que con sus quatro compañeros estaba nuestro Padre Fundador, i enterado de la pretension, i dificultades de ella, con su poderoso valimiento todo lo facilitó. Conseguidas por esta mediacion las licencias necesarias, se hizo la colocacion del Santísimo Sacramento el dia veinte de Septiembre del año 1605, con el posible aparato, i solemnidad, con mucho concurso de la Corte, que aun permanecia allí. Asistieron á esta funcion nuestros Padres Calzados, aun sin haberselo suplicado; lo que causó notable edificacion á todo el Pueblo, i mucho consuelo, i gozo espiritual en nuestro Venerable Padre.

El regocijo de este zeloso Padre, cuando vió ya cumplidos sus deseos de propagar la nueva Descalcez, no se puede referir dignamente; pues vió mas que premiados sus grandes

trabajos, fatigas, i persecuciones. Daba al Señor continuadas gracias, adorandole, i bendiciendole como Autor de todo don perfecto, con cuya asistencia habia vencido tantas dificultades, i por caminos mui extraordinarios. Por eso decia: "No le faltan á su Magestad trazas, i medios extraordinarios para hacer sus obras, aunque sean las que el demonio toma para deshacerlas, i acabarlas de todo punto." El nuevo Convento era despues visitado de los Cortesanos de mayor gerarquía, i de Religiosos de otras Religiones, alabando todos á la Santísima Trinidad, que habia llevado allí aquellos pobres Descalzos, i á su Venerable Padre, para comun edificacion, i ejemplo de toda la Ciudad. Fue esto de manera, que hasta la Señora Reina Catholica Doña Margarita de Austria tomo tanta devocion á aquella casa de la Santísima Trinidad, que aderezaba, i componia por sus manos los santos Corporales, que habian de servir

al Altar, i socorria las necesidades del Convento con copiosas limosnas.

Yá pareció á nuestro Padre deber tratar de perfeccionar la obra con tanta fatiga comenzada, i con no menor pena proseguida. A este fin habló á Monseñor Nuncio sobre las disposiciones, que se debian dar para la celebracion del Capitulo Provincial; i su Señoría Ilma. despachó sus letras, en virtud de las que ordenaba, que el Padre Fr. Juan Bautista de la Concepcion hiciese la eleccion de los Ministros, i Procuradores de los ocho Conventos, á los quales, segun la disposicion de Clemente VIII, convocaba desde entonces para el Capitulo Provincial, que se habia de celebrar en el mismo Convento de Valladolid, dentro de un mes. Hizo dicha eleccion en Valladolid; pasó despues á hacerla en Madrid, i el Señor le regaló con una recia calentura, que aumentandose con grandes crecimientos, le puso en grave peligro. Por este motivo embió al Padre Fr. Jo-

seph de la Santisima Trinidad para que hiciese las elecciones de los Conventos de la Mancha.

Algo recuperado nuestro Padre, volvió sin detencion á Valladolid, por que era bastante limitado el tiempo para el Capitulo. Pasó por Tordesillas, donde á la sazón estaba el Duque de Lerma, para dar cuenta á su Excelencia por estenso de todo; i este Príncipe bienhechor manifestó su gran placer en que los asuntos de la reforma fuesen en tan buen estado. I habiendo llegado los Vocales al tiempo preciso, se celebró el Capitulo, presidiendole Monseñor Nuncio Don Juan Garcia Milini, i fue el dia ocho del mes de Noviembre del año 1605. Llegando á la eleccion de Provincial, no la hubo en el primer escrutinio: procedióse al segundo, i salió nuestro Padre Fr. Juan Bautista de la Concepcion electo en Ministro Provincial; no por todos votos, sino por sola la pluralidad, que basta para la eleccion. No obstante, que entre todos los vocales des-

collaba el mérito de su primer Padre, i Ereñor, sobre todos, con todo no tuvo mas que los votos precisos para salir electo. Ya lo sabia el Venerable Padre por luz divina, como que no habia de salir electo en el primer escrutinio; i se lo dijo antes á un confidente suyo.

Aceptó el Siervo de Dios esta pesada carga (que mas lo es que honor la Prelacia) entendiendole, que esta era la voluntad del Señor; que no le daba aquel empleo por premio de sus muchas tareas, ni para descanso de sus pasados trabajos, sino para sufrir otros de nuevo por amor de Jesu-Christo, i por la propagacion de la Reforma, que tantos sudores le habia costado, i en que tanto le habia favorecido la divina Diestra. Confirmó el Nuncio la eleccion, conforme lo disponia el Breve de Clemente VIII.

Deseaba el Venerable Padre, que todas las obras de los Profesores de su Reforma respirasen desengaño, i total desprecio de las cosas temporales; acompa-

ñandolas siempre la humildad, i mortificacion. Con esta santa idéa, concluido el Capitulo, dispuso que se hiciese una Procecion de penitencia por la Ciudad, asistiendo á ella todos los Vocales, sin reparar en los vanos juicios de los hombres, porque conocia mui bien, que si á unos pareceria locura extravagante este espectáculo, á muchos serviria de ejemplo, i desengaño. Iba el nuevo Provincial capitaneando á sus amados hijos, con una pesada Cruz á cuevas, cubierta la cabeza de ceniza, con una sogá al cuello, i sin capilla; i en esta forma le seguian los demás Religiosos de dos en dos, unos con sogas al cuello, otros con calaveras en las manos, otros con un hueso de un difunto en la boca por mordaza, i asi los restantes con otros instrumentos propios de penitencia: i llegandole la Procecion á la Plateria, subió un Religioso sobre una mesa, i predicó con eficacia sobre la vanidad de los cosas de esta miserable vida, del

fin de ella, que es la muerte, preciosa para los justos, i pésima para los pecadores. Admiró, i edificó igualmente al numeroso Pueblo esta accion tan humilde, que dejó á todos compungidos. Quien mas movió á edificacion fue el que por tantos títulos era Padre, i Maestro de todos: porque en su modesta compostura, en su apacible semblante manifestaba un fondo de verdadera humildad, que le obligaba á la exterioridad de aquella penitencia, i mortificacion.

No la dispuso el bendito Padre por solo su parecer: tuvo para hacerla particular inspiracion de Dios, que gobernaba todas sus acciones, aun aquellas, que parecían de poco momento. Fue el caso, que enterrando á un Caballero de Valladolid, pocos dias antes del Capitulo, en la Iglesia del Convento, le inspiró el Señor, i excitó un pensa-

miento tan vivo de la tierra, de que somos todos, que le parecía, que no era mas que un poco de ceniza sin alma. En fuerza de este vivo pensamiento, andaba el bendito Padre tan triste, tan absorto, i oprimido, que no sabia de sí mismo; ni estaba en su arbitrio apartar de sí aquella vivisima imaginacion. En medio de esta turbacion, obgetósele al pensamiento el Capitulo, que estaba proximo á celebrarse, i con esta ocurrencia se sintió movido interiormente de nuestro Señor á disponer, i á ejecutar á su tiempo la referida Procesion; con cuya resolucion cesó instantaneamente aquella vehemente imaginacion, que no le dexaba atender á cosa alguna; quedando sereno, i tranquilo para continuar despues en sus internos ejercicios, i en el ánimo de seguir á su Magestad por el camino de la Cruz.

CA-

CAPITULO XII.

Funda el Siervo de Dios el Colegio de Salamanca, i el Convento de Torrejón: padece grandes aflicciones, i cumple con las obligaciones de su Oficio.

CONcluído el Capitulo, en el que el mismo Venerable Padre confiesa haber tenido mucho que padecer, i ofrecer á Dios; persuadido con evidencia, que Dios no habia puesto el oficio en sus manos para ocio, i descanso, sino para mayores trabajos, i fatigas, para gloria del mismo Señor, i acrecentamiento de la Religion, que habia fiado á su cuidado, empezó desde luego á poner en ejecucion los designios de Dios, poniéndose en camino para Salamanca, con el fin de procurar fundacion en aquella célebre, i antigua Universidad. Pa-

só por Medina del Campo; i como en Valladolid nuestros Padres Calzados se habian mostrado tan finos con nuestro Venerable Padre, asistiendo en Comunidad á la funcion de la colocacion del Santisimo en aquella nueva Iglesia, creyó se hubiesen desvanecido enteramente todos los motivos de desavenencias, i discordias, i que por lo mismo podia ir á hospedarse á sus Conventos con toda satisfaccion: en efecto lo hizo, i encontró el mayor agasajo, asi en el Padre Ministro, como en todos los Religiosos. Asistió luego con la Comunidad

T 2

dad

dad á las Vísperas de Santa Catalina Virgen, i Martir, Patrona de la Orden: en cuyo tiempo llegó al Convento el Reverendo Padre Provincial. Sabedor este Reverendísimo de que estaba allí el Venerable Padre, bien porque quisiese probarle, bien porque no había aun decaído de aquel primer concepto, que con otros habria formado, de que nuestro Padre era contrario á la Religion, dió orden á su Secretario, para que al salir de Vísperas le diese este recado: "Nuestro Padre Provincial dice, que está espantado, que habiendo V. R. hecho las cosas que ha hecho, se atreva á entrar por nuestras puertas: que luego al punto se salga del Convento." A este recado, que todos los Religiosos sintieron mucho, respondió con la acostumbrada mansedumbre el Siervo de Dios: "Diga V. R. á su Paternidad, que me pesa de haberle dado disgusto: que no entendia yo haber hecho algunos males contra la Religion; pero que Dios es tan bueno, i está

esta obra tan á su cargo, que siempre que yo voi descaminado, me encamina, i endereza, i asi ha hecho oí su Magestad conmigo." Despidióse con humildad, i agradecimiento de todos los Religiosos, que estaban allí presentes, porque todos salian de Vísperas, i buscó en donde estár las pocas horas, que allí se detuvo.

Al llegar á Salamanca, encontró con un Regidor de la Ciudad, que saludandole cortesmente le preguntó á qué venia? i habiendole respondido, que á ciertos negocios, que estaban á su cuidado, repuso el Regidor: "Digo, porque esta Ciudad habrá mas de quince dias, que tiene noticia, que V. P. quiere venir á fundar ella, i tiene diputados dos Regidores, i yo soi el uno de ellos, para que no demos á V. P. entrada en el Pueblo; i asi no tiene que tratar de fundacion, que hartos Religiosos hai acá, sino volverse luego; porque de suerte ninguna se le ha de consentir tal cosa." Pocos dias

dias despues encontró con el otro Regidor Diputado, que aunque con diversa manera, le insinuó, i significó bastante el fin de su comision. Aunque el Siervo de Dios le oyó con mucha atencion, i humildad, como tenia puesta en Dios toda su confianza, no desistió de su intento, i sin perder tiempo, pasó á besar la mano al Ilustrísimo Señor Obispo, i al Corregidor, entregandole las Cartas de favor que le habian dado los Excelentísimos Señores Duque de Lerma, i Marqués de Cea su primogénito: ambos empeños superiores. Asi el Ilmo. como el Señor Corregidor respondieron afables, pero en un tono indiferente, diciendo, que aunque no le protegerian á cara descubierta, que no le harian contradiccion alguna; i que prosiguiese en su pretension, armandose antes de paciencia.

Tomó casa alquilada en la Plazuela de San Juan de Alcazar, fiado en la providencia del Señor, que le daria con que pagarla. Entróse en ella con los dos

compañeros, i lo pasaban con tanto trabajo, i extremada pobreza, qual indican estas palabras del Siervo de Dios: "Hubo dia, que tomára yo un pedazo de pan, porque dineros no se alcanzaban, limosna no pediamos: si saliamos á hacer alguna visita, no nos atreviamos á publicar necesidad, respecto de las muchas, que en cada parte nos publicaban, i decian. Asi nos pasábamos, como Dios era servido." Luego que uno de los Comisionados supo que tenian casa alquilada, les notificó, no tratasen de pedir limosna alguna, porque se mandaria, que ni un bocado de pan les diesen en toda la Ciudad. No obstante el bendito Padre embió por Coristas estudiantes á Alcalá, para ponerlos en esta casa, como si ya tuviese un Convento formado, i mucho con que mantenerlos.

Llegó la Víspera de la festividad del Nacimiento de Nro. Señor Jesu-Christo, i estaba ya la casa llena de Religiosos, i falta de todo lo necesario para su ma-

manutención: pero como aquel santo tiempo mueve á las piadosas almas á usar de misericordia con los pobres menesterosos, determinó el bendito Padre salir con un compañero á pedir limosna por las casas, persuadido á que en un tiempo, en que los Cielos destilaron miel, i dulzuras, i nuestro gran Dios se comunicó á los hombres; no serian tan duros los Fieles de Salamanca, que por amor del mismo Señor dejasen de darles alguna limosna. Tomó su alforja, i por compañero á un hermano Corista estudiante, i de inculpable vida, que despues fue el segundo General de la Descalcez, llamado Frai Francisco de la Cruz. Pidieron ambos mucho trecho de casas, pero sin recibir cosa alguna. Vióle al pensamiento á Nro. Padre llegar á pedir á la casa del Regidor comisionado, que le habia hecho tanta oposición; previniendo primero su ánimo para llevar con mansedumbre, i por amor de Dios, quanto quisiese decirle. Pero el Señor movió el corazon de

aquel Caballero, hasta entonces contrario suyo; el qual admirado, no menos que edificado de ver tanta humildad en un Religioso tan venerable, i al mismo tiempo Superior de una Provincia, infiriendo de aquí que Dios habitaba en aquel su Siervo, lo recibió con mucha reverencia, amor, i afabilidad, i dió una grande limosna. Visitandole despues el Venerable Padre, asi él como su consorte quedaron tan edificados de su conversacion, i tan aficionados á su doctrina, i santidad, que en adelante fue su casa la mas afeíta, i bienhechora de este Colegio.

Con este páso quedó allanado el pedir limosna, i estando mas formalizado el Hospicio, despidióse el bendito Padre, para atender á otras cosas de su oficio, dejandolos antes bien instruidos en la observancia, que debian llevar, i en la resignacion con que habian de sufrir la mucha pobreza, i otros trabajos consiguientes á la situacion en que se hallaban. Acudian los Coristas estudian-

diantes á la Universidad á sus horas, con satisfaccion de sus Maestros, i edificacion de los demás concurrentes, que admiraban la rara humildad, i modestia de aquellos pobres Descalzos. Despues de algun tiempo el Señor Obispo Don Luis Fernandez de Córdoba dió su licencia para la fundacion, i para colocar el Santísimo Sacramento; lo que no se pudo efectuar hasta el día diez del mes de Diciembre del año de 1611.

Aunque el Venerable Padre desde que fue electo Prelado del primer Convento de Valdepeñas, siendo aun Recoletos, habia procurado establecer un orden uniforme en las divinas alabanzas, encendióse mas en este deseo, despues que se vió Padre de una Provincia, aunque de solos ocho Conventos. Esta obra necesitaba de algun tiempo, pedía mucha atención, i consulta, pues debia formarse un Ritual de ceremonias, arreglado segun el Romano, como lo previene la santa Regla. Aplicó á ella todo su cui-

dado, quando desgranaba de otros muchos, que le circundaban; i habiendolo concluido felizmente, lo dió á la prensa en Madrid.

Este cuidado no le desviaba del grande, i principal que tenia: del aprovechamiento espiritual de sus hijos: queria que todos fuesen muy perfectos; i hallando algunos defectuosos, i tibios, se afligia sobre manera. Confiesa el mismo en sus escritos, que estando durmiendo, sentia muchas veces, que le despertaba alguna persona, sin saber quien era, para que presenciase los defectos de algunos Religiosos tibios, i descuidados en el cumplimiento de sus obligaciones. Como su espíritu era tan severo, i rigoroso en orden á sí; las faltas, i defectos de sus Religiosos le ocasionaban grande temor, i desconfianza; pensando, que pues sus Religiosos no eran todos perfectos, la Reforma no sería del agrado de Dios. En fuerza de su grande humildad, i temor santo de Dios, que lo tenía todo poseído, consultó sus aflicciones con el

el Padre Visitador Fr. Elias; i éste, como tan experimentado, le respondió: "Padre mio: la desconfianza es causada de Satán; el despertar en semejantes ocasiones, es de Dios, para que vea los defectos que hai, i los remedie."

Así piadosamente provehía el Señor, i atendía á las necesidades espirituales de la Reforma, aun quando estaba en embrion. Durmiendo este zeloso Pastor, velaba; i dando el preciso reposo á la vida, estaba alerta para atender á sus amados súbditos, i á la gran carga de su empleo de Prelado, porque Dios velaba por él; i quando era necesario, ó conveniente, le avisaba. Tal como esta era la vigilancia del solícito Pastor, para el gobierno de sus ovejas; enseñando con vivas obras, mas que con palabras á los presentes, alentando á los pusilánimes, i tímidos, confortando á los flacos, corrigiendo con blandura á los humildes i con severidad á los soberbios; i usando los mismos oficios por escrito para con los ausentes.

Zelaba con gran teson la regular observancia, siendo siempre el alma de sus exortaciones, i mandatos su vida irreprehensible; no pudiendo menos sus súbditos de admirar en ella un continuo egemplar de penitencia, humildad, i pobreza; una gran paciencia en llevar los trabajos, en tolerar las injurias, i aun en sufrir los defectos, i miserias de todos; porque su heroica caridad daba el mejor temple á su gobierno.

Dijole en cierta ocasion un Religioso; que por qué era tan humano, i afable para con todos; pues algunos menos prudentes podian perderle el respeto? y le respondió el humilde Padre: "Yo hermano comunico á todos, i me doi á todos, porque todos se me dén á mi; porque la mucha aspereza i desabrimiento en el Prelado causa desamor en los súbditos. Ni quiere Dios ni lo permiten las leyes, ni lo sufre la Religion, que los Prelados sean superiores de muchos, i se comuniquen á pocos. El amor de los súbditos es la seguridad,

dad de los Prelados, i la autoridad de la Religion la conservan los Prelados, no con extremada esquivéz, sino con la agradable conversacion, que con todos tienen, porque amor se paga con amor; i desdichada es la Religion donde los súbditos no sirven por amor." Con tan santas, i eficaces razones quedó aquel Religioso satisfecho, i enseñado al mismo tiempo de como habia de tratar á los súbditos, si llegaba con el tiempo á ser Prelado.

Por este tiempo fundó Nro. Padre el Convento de Torrejón de Velasco, i fue en veinte de Agosto de 1606. En esta fundacion no padeció aquellos grandes trabajos, que en otras; porque á petición, i súplicas de la misma Villa la protegieron los Excelentísimos Señores Don Francisco Arias de Bobadilla, i su Esposa Doña Hipólita de Leiba, Condes de Puñonrostro, Marqueses de Casasola, y Señores de Torrejon de Velasco. Por entonces embió tambien á la Ciudad de Pamplona, Capí-

tal del Reino de Navarra, al virtuoso Padre Fr. Josef de la Santísima Trinidad, acompañado de otros dos Religiosos muy ejemplares, como convenia para entrar en un Reino, en donde no eran conocidos, i para llevar con paciencia los muchos, i dilatados trabajos, que se siguieron á la poderosa contradiccion, que desde luego se les presentó; pero su mucho sufrimiento, i su grande constancia en llevar adelante la obra de Dios, los hizo superiores á todas las contradicciones, hasta salir con la empresa.

Desembarazado Nro. Padre de la impresion del Ritual, para la direccion de sus súbditos en Altar, i Coro, determinó salir á visitar los Conventos de la Mancha. Al querer ponerlo por obra procuró el comun enemigo impedirle la jornada, por un medio muy extraordinario, i lo significa el mismo Siervo de Dios por estas palabras: *To no sé que ojeriza trabe conmigo el Demonio, que pudiera ser, otro biciera mas provecho, i él lo sintiera menos.* sin duda, que el grande zelo de

la gloria de Dios, que animaba á Nro. Padre en todas sus empresas, i sus singulares virtudes servian de gran tormento al demonio, i éste por lo mismo se encendia mas en su obstinacion, para perseguirle, i acabarle, si le fuera dable. En la tarde, en que habia de caminar se sintió de repente tan malo, i postrado, *que es imposible (escribe el mismo) poderlo yo decir, ni los mismos, que me vieron padecer.* Se veía morir, pero sin saber de qué. Estaba como helado de frio, de modo, que para quitarle una sandalia, era necesario, que uno le sustentase el pie con ambas manos, i otro se la hechase fuera. Lloraba, sin poderse contener, pues no estaba en su arbitrio: decia que se moria, i que estaba acabandose. En medio de estas afliciones, i congojas tan mortales sentia en su interior una gran confianza, i seguridad en Dios, de que habia de salir á su Visita: pero los que estaban presentes se persuadian, segun estaba, á que era llegada su ultima hora, i le lloraban como pró-

ximo á morir.

Así estuvo padeciendo por espacio de tres horas, complaciendose el Señor en la resignacion con que toleraba tan mortales congojas. Pero como su Magestad permitió esta pena en su fiel Siervo para purificarle mas, i no para que dejase de vivir, pasado aquel tiempo, en que quiso que padeciese; de repente se halló sano, i bueno, quando temian los Religiosos, que se estaba acabando. Libre de esta afliccion, resolvió salir para su Visita en aquella misma noche, porque ni el amor de Dios le dejaba descansar, ni la pena corporal ponía horror á los trabajos, que conocia se le habian de ofrecer. "En el cuerpo (dice el Siervo de Dios) no sentia yo de esto contradiccion para las cosas de trabajo, que de alli adelante se me ofrecian, antes me parece quedaba mas agil, i dispuesto para ofrecerme á aquello, que fuese mas voluntad de Dios. Verdad es que me cansaba mas presto, i queria lo que puesto en ejecucion

no

"no podia, porque las fuerzas no alcanzaban á lo que antes." En este estado se puso en camino aquella misma noche: "Bien dispuesto (dice) para padecer, i querer todo aquello, que yo sintiese ser mayor gloria de Dios, i bien de nuestra sagrada Religion, aunque fuese menester morir muchas veces.

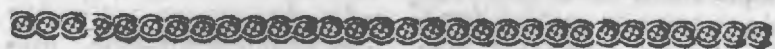
No solo llevaba el ánimo de visitar los referidos Conventos de la Mancha, sino tambien de pasar desde alli á la Andalucia, con el fin de procurar alguna fundacion en aquellas partes; inspirandole Dios para todo lo que intentaba. "No quiero en esto (escribeme hablando de este su intento) alabar mi ánimo, pues, el hacer yo lo que hacia, no nacia de mi, que todo yo soi mas apocado que una hormiga, sino del que me guia, ba por aquel camino, sin ser yo mas señor de mi. "Si esto era causado de los temores, que algunas cosas contrarias á lo que yo hacia, me podian causar; si era nacido del ze-

"lo que tenia de ver las cosas de la Religion puestas en orden; ó si procedia de alguna particular inspiracion interior, que por alli me abria camino, i me cerraba los demás, no lo sé. Pudo ser que todo se juntase: i todo junto, bien se deja entender, que á una hormiga le pusiera animo, i le hiciera cerrar los ojos á cualesquier penas, i peligros, que se le pusieran delante." Estas palabras manifiestan á un mismo tiempo la grande humildad de este Siervo del Señor, los muchos, i particulares auxilios con que le asistia, i la docilidad de su ánimo, con que correspondia á los llamamientos interiores con que el mismo Señor le enderezaba para los asuntos de su mayor gloria. Todo lo que repentinamente se le representó de pena interior, i exterior, quando quiso emprender el viage, pudo ser ensayo para lo que le restaba de padecer, como se verá adelante. Aunque verdaderamente poco necesitaba de estas prevenciones, quien

V 2

tan

tan experimentado estaba dido en caridad, para su-
en trabajos, i tan encen- frir mas por amor de Dios.



CAPITULO XIII.

*Prosigue la Visita, i pide á Dios le
conceda padecer las enfermedades
que padecian sus súbditos.*

Legó el Venerable Pa-
dre al Convento de
Socuellamos, i le halló he-
cho un hospital; pues to-
dos los Religiosos estaban
enfermos, unos mas, i otros
menos. Los mas eran des-
afectos á su buen Prelado,
porque le consideraban de-
masiado austéro, i con este
error temian usaria con
ellos de la mayor severi-
dad, aun por los mas leves
defectos. Tal era la idea
que tenian formada de su
zeloso Provincial, i cono-
ciendo el Discipulo de Je-
su-Christo quan fuera de
camino iban en su modo
de pensar, procuró acre-
ditar con obras el mucho
amor que les profesaba.

«Quando yo entré (dice)
«en aquella enfermería, i
«los ví de aquella manera,
«interiormente me pareció
«buena ocasion para con-
«obras mostrar el amor,
«que les debia tener, i te-
«nia sobre mis fuerzas, i
«natural, i asi, verlos, i
«desear que Dios me die-
«ra la enfermedad de to-
«dos, i que todos estuvie-
«ran buenos, i tuvieran
«salud, todo fue uno. Bien
«es verdad, que se me
«ofreció, que como pedia,
«ó deseaba aquello en tiem-
«po, que llevaba tantas
«cosas de trabajo, que ha-
«cer; pero en nada reparé,
«rindiendome á Dios, que
«todo lo puede, i hace, sin
que

que un contrario estorve
los efectos del otro.” Bien
declaran estas palabras de
nuestro Venerable Padre
los subidos quilates del oro
de su caridad, á que solo
se puede llegar con extra-
ordinarios auxilios de la
divina gracia.

Ejecutado este acto tan
heroico de caridad, á imi-
tacion de Jesu-Christo Se-
ñor nuestro, que por su
gran benignidad tuvo á
bien recibir en sí nuestras
enfermedades, i sufrir las
penas debidas á nuestras
culpas, hizo la Visita, pero
con tanto amor, i afabili-
dad, como correspondia al
grande sacrificio, que aca-
baba de hacer por sus
amados hijos. Exórtólos en-
carecidamente á la obser-
vancia Religiosa, i para
atraherlos mas á la práctica
de sus exórtaciones, i á que
perdiesen aquel infundado
temor que tenian, les dixo
quasi indeliberadamente, lo
mucho que los amaba en
el Señor, quanto deseaba
todo su bien, i acrecenta-
miento en las virtudes, po-
niendo á Dios por testigo
de este su buen deseo, i de
como con toda su voluntad

le habia pedido trasladase
á él todas las enfermeda-
des, que ellos padecian,
para que quedasen sanos.
Asi logró el que le oyese
con gran consuelo de sus
almas, con vivos deseos de
seguirle en la regular ob-
servancia; conociendo al
mismo tiempo que debian
haber formado otro con-
cepto mui diferente de su
santo Prelado, que los
atendia con excesivo amor,
qual ellos no merecian.
Pronto se confirmaron en
lo que su amoroso Padre
les habia asegurado, pues
apenas hizo la platica exórt-
atoria para cerrar la Visita,
ya le vieron amagado de los
escalafrios, que eran pre-
sagios ciertos de la calen-
tura, que luego le acometió.
Mas como él habia pe-
dido con instancia al Se-
ñor aquéllos males, no obs-
tante las muchas súplicas
de sus amados súbditos,
para que mirase por su sa-
lud, i se cuidase, no dejó
de tomar el camino para
el Convento de la Villa de
la Solana, á donde llegó
con un trabajo inexplica-
ble, i con el mismo hizo
la visita. “La enfermedad
(dice

(dice el mismo) primero
 «fueron quartanas dobles;
 «que así acudieron los pri-
 «meros frios, luego calen-
 «tura continua, con tres, ó
 «quatro crecimientos en-
 «tre noche, i dia. Siempre
 «tuve la imaginación, que
 «aquellas eran las diferen-
 «cias de enfermedades de
 «los Religiosos de Socue-
 «llamos.

No siendo natural esta
 enfermedad que padecía el
 Siervo de Dios, tampoco lo
 era el que la conociesen los
 Médicos, i así con las me-
 dicinas que le aplicaron,
 lejos de darle algun alivio,
 le causaron mayor descom-
 posición, i decaimiento.
 Por no poder tomar ali-
 mento, llegó á ponerse tan
 flaco, que parecía un vivo
 esqueleto, pero su *espíritu*
 (confiesa el mismo) *siem-
 pre se estaba aferrado, i
 fijó en lo que Dios era ser-
 vido.* Estos maravillosos
 efectos causaban las enfer-
 medades en este amigo
 de Dios, perfeccionándose
 en ellas cada dia mas su
 grande virtud.

Concluida la Visita con
 el trabajo que de su mu-
 cho decaimiento se puede

inferir, determinó nuestro
 Padre proseguir su Visita;
 i pasar á este fin al Con-
 vento de Valdepeñas, pri-
 mera cuna de la Reforma
 Descalza. Sentian en gran
 manera su ausencia los Re-
 ligiosos; ya por las circuns-
 tancias de su enfermedad,
 ya porque deseaban tener
 presente, i oír á aquel
 vivo ejemplar de todas las
 virtudes. No dando oídos
 á las muchas súplicas que
 le hicieron para detenerle,
 le acomodaron los Religio-
 sos en un carro, pues de
 otra modo era imposible
 poder dar un paso; i aun
 así fue su viaje tan peno-
 so, qual indican estas sus
 expresiones: "En el camino
 «no fui tal, que ya me
 «contentaba con llegar á
 «morir delante del Santi-
 «simo Sacramento, i al-
 «canzar la Extrema-Un-
 «cion. I esto sabe Dios,
 «que uno es decirlo, i
 «otro el acordarme de la
 «manera que me vi. Pero
 «yo no me entiendo, que
 «en llegando á hacer qual-
 «quiera cosa de mi oficio,
 «ni me acordaba de en-
 «fermedad, ni de cosa,
 «que me diese pena." Bien

es

es de creer todo esto de un
 corazon abrasado en amor
 de Dios, i de las almas de
 sus proximos. Llegó al
 Convento de Valdepeñas;
 i si bien debilitado su cuer-
 po por el continuo pade-
 cer, su espíritu cada vez
 mas alentado, i fervoroso.
 En aquella noche creció
 la calentura, i doblaronse
 las accesiones, porque no
 habia llegado la hora, en
 que el Señor queria darle
 algun alivio.

En la mañana siguiente,
 por la solicitud debida de
 sus hijos, fue visitado del
 Médico, á quien obedeció,
 tomando las medicinas
 que le ordenó, no obs-
 tante que estaba cierto, de
 que no le habian de cau-
 sar alivio alguno. Proce-
 diendo en parte su mucho
 quebranto de la continua-
 da inapetencia que pade-
 cia, pidieronle los Reli-
 giosos, que comiese algu-
 na cosa de carne; pero no
 condescendió á sus ruegos,
 aunque piadosos, dando
 por excusa la grande re-
 pugnanza que tenia en
 comer cosa de carne, no
 siendo en los Domingos,
 en cuyos dias lo permite

la Regla del Orden. Pidió
 despues al Médico le per-
 mitiese comer un poco de
 pescado abadejo: convino
 el Médico, aunque con di-
 ficultad, viendole tan en-
 fermo; pero luego conoció,
 que en esto consistia su
 notable mejoría, pues al
 dia siguiente le halló sin
 calentura, i pudo decir Mi-
 sa, como lo hizo, dando
 repetidas gracias al Señor,
 por el beneficio recibido.
 Hizo la visita del Convento,
 dejando á sus amados
 hijos, aunque reprehendi-
 dos, pero muy contentos,
 i animosos á seguir, i abra-
 zar los documentos de su
 santo Prelado. I continuán-
 do el bendito Padre en las
 tareas, que estaban de su
 cargo, puso en camino
 para Villanueva de los In-
 fantes.

Concluida la Visita de
 este Convento, salió para
 la Ciudad de Baeza, lle-
 vando consigo tres Reli-
 giosos. Tomó el camino
 por Almodovar del Campo,
 su Patria, para dar
 á su virtuosa, i anciana
 Madre el consuelo de
 que le viera con el nuevo
 hábito, porque tanto ha-
 bia

bia suspirado: juzgó nuestro Padre muy debido condescender en esto á las repetidas instancias de su Madre, i mas conociendo el santo fin, con que deseaba ver, i oír á su hijo antes de morir. I no hai duda, de que el Señor le movió tambien á esta resolucion, á fin de que muchos de su Pueblo se edificasen, viendo su penitencia, su gran modestia, i compostura, su extremada pobreza, i humildad, oyendo sus palabras tan santas, devotas, i fervorosas, que cada una era una saeta, que hería, i penetraba los corazones, encendiendolos en el amor de Dios. El efecto mostró haber sido asi, pues muchos Estudiantes siguieron á nuestro Padre, recibieron el santo hábito, i fueron Religiosos muy ejemplares; i uno fue el muy Religioso Padre Fr. Felipe de Santiago, cuya prodigiosa vida se halla escrita en la primera parte de la Crónica del Orden.

Habiendo consolado á su piadosa Madre, i dádola saludables documentos para disponerse á morir, pro-

siguió el santo Prelado su viage para Baeza, falto de fuerzas corporales, i lleno de una grande confianza en Dios, de que habia de prosperar las fundaciones, que pretendia. Los tiernos afectos que en este viage exhalaba su alma, i la excesiva pena, que padecia su cuerpo, expone el bendito Padre con las siguientes palabras: "Yo
"salí (dice) de la Mancha
"para Baeza, i Granada,
"qual la Magestad de Dios
"sabe, i mis compañeros
"pueden decir, tan nada,
"que ni aun para que me
"subieran en brazos en un
"pollino estaba: un hombre
"mas muerto, que vivo,
"retrato de vivo, i
"vivo retrato de muerto.
"Pero como era enfermedad,
"que Dios me daba,
"en realidad de verdad no
"me distrahia de los deseos
"interiores, antes asi
"adelgazado el cuerpo, me
"parece estaban mas puros,
"i en su punto, deseando
"agradar á Dios.
"El contento tambien de
"que entraba en nueva Provincia,
"i el parecerme
"era voluntad de Dios, que
"aque-

"aquello se hiciese, i otros
"pensamientos semejantes
"á estos, causaban en mi
"un gozo, que levantaba
"mas el alma, i la perdía
"mas el cuerpo de vista.
"Despues, como á esta flaqueza
"se le llegó el trabajo del camino
(que me parece en mi vida yo tal
"he sentido) caminé hasta una
"legua de Baeza con harto pleito
"entre el cuerpo, i el alma. El alma
"peleaba, i se defendia del cuerpo
"con sus deseos de hacer aquel nuevo
"empleo para Dios; el cuerpo peleaba
"con sus dolores, trabajos, inquietud,
"i desasosiego, que trahia por camino
"tan trabajoso como el de Sierra-Morena.
"Con este pleito digo, que yo me acosté,
"ó me eché en el suelo aquella noche,
"que dormí en el Marmol, una legua
"de Baeza, harto malo con calentura,
"vencida la naturaleza. Estuve asi toda
"la noche. A la mañana fue tan grande
"el quebrantamiento, que sentí me daban
"un crugido todos los huesos, i que me
"descendian, i bajaban á

"un ser mas amigable del cuerpo,
"en que yo me vi mas de carne,
"mas sensible, i mas para las cosas
"exteriores."

No necesita de ponderacion la narrativa que hace nuestro Padre de sus intenciones hácia Dios en este camino de Andalucía, ni de la penas de su humanidad, para que conozcamos la valentia grande de su espíritu, que venció en pública batalla á su cuerpo, haciendo que éste le sirviese, no obstante sus muchas enfermedades, i la mucha fatiga, i molestia de tan penoso viage: bien se deja entender la grande conformidad, que este fiel Siervo tenia con la voluntad de su Señor, i la íntima union de su alma con el Sumo Bien, que como si estuviera apartada del cuerpo, la perdía éste de vista.

Entró en Baeza en la mañana siguiente, i no hallando allí al Señor Obispo, partió, sin descansar, en busca suya á la Ciudad de Jaen; i recibida la bendicion de su Ilustrisima, le pidió permiso, para tomar

una casa en la Ciudad, i Universidad de Baeza, desde donde pudiesen los Estudiantes acudir á las Aulas á oír las lecciones. Hizo su propuesta con la humildad, que acostumbraba; significando al mismo tiempo, que el no tratar desde luego de fundacion, dependia de las cortas facultades temporales de la Reforma, pues siendo aun recién nacida en el mundo, valia en él muy poco: pero que en el caso, que franqueándole la divina Providencia algunos medios, la pretendiese, esperaba que su Señoría Ilustrísima aplicase su favor, i valimiento, recibiendo á los Religiosos Descalzos bajo de su proteccion. El Señor Obispo, que era Don Sancho Dávila, i Toledo, i aunque muy virtuoso tenia resabios de Señor, le respondió con no poca sequedad, diciendo, que aquel era pretexto para engañarle, i despues hacer Colegio sin su licencia. *No me pasa Señor (respondió el Siervo de Dios) por el pensamiento tratar con dobléz á un Prelado de la Iglesia,*

como lo es V. S. Uma. Así será, replicó el Señor Obispo; *pero yo soi obligado á entender esto, i no dar lugar á tal entrada.* Despidióse pues nuestro Padre con humildad, i cortesía, sin conseguir cosa alguna.

En vista de esta repulsa áspera del Señor Obispo, no obstante que en Jaen habia sido acometido de un grave accidente, que le minoró en gran manera las pocas fuerzas que tenia, determinó pasar á la Ciudad de Granada, dejando para otro tiempo la pretension de Baeza. En Granada se hospedó con sus compañeros en los Padres Trinitarios Calzados, que los recibieron con las mayores demostraciones de amor, i caridad religiosa. Así pudieron descansar, i tomar algun aliento, i recobrase algun tanto de las muchas fatigas del camino. Llevaba nuestro Venerable Padre carta de recomendacion de su grande afecto el Señor Duque de Lerma, para el Señor Arzobispo, que lo era entonces el Señor Don Pedro de Castro i Quiñones. Yendo

pues

pues á entregar dicha carta, i recibir la bendicion de su Ilustrísima, le significó al mismo tiempo los fines de su ida, que eran fundar un Convento para la Descalcez Trinitaria: i aunque el Prelado le dió buenas palabras, no dejó de manifestarle su repugnancia á nueva fundacion: por cuyo motivo, desesperanzado de conseguir por entonces cosa alguna, volvió á Jaen, á solicitar segunda vez del Señor Obispo licencia, para tomar una casa alquilada, donde se recogiesen los Colegiales, que habian de asistir á escuelas. A la segunda súplica, siguió la segunda repulsa, porque hai sugetos, que juzgan ser en menoscabo de su autoridad el desistir de sus primeras resoluciones, aunque en ellas hubiesen padecido algun engaño.

Viendo pues el Siervo de Dios por una parte la entereza del Señor Obispo en su primera resolucion, i por otra que no era necesaria su licencia para que los Religiosos viviesen en una casa alquilada para

concurrir á escuelas, pues á este fin están instituidas en los Reinos las Universidades, alquiló una casa en el barrio, que llaman de la Platería, en donde nadie quería habitar, por ser voz pública en el Pueblo, de que habia duende en ella, que atemorizaba á los que la habitaban. I así quando nuestro Padre la pidió al dueño, dió este muchas gracias á Dios, porque le hubiese embiado tales moradores, donde nadie queria entrar.

Recogidos en esta casa los Religiosos, acudian desde ella los jóvenes á la Universidad á oír las lecciones de los Catedráticos, edificando á los demás estudiantes con su modestia, i compostura: i advirtiendo nuestro Venerable Padre bastante aprovechamiento en sus hijos, pensó en hacer las primeras diligencias para fundar un Colegio en aquella Universidad: para cuyo efecto se valió del favor, i valimiento de Don Alvaro de Benavides, que á la sazón se hallaba en Jaen, Tio del Excelentísimo Señor Marqués

X 2

qués

qués de Santa Cruz: i estimando en gran manera este Caballero á nuestro Venerable Padre, igualmente que el Marqués su sobrino, habló con toda eficacia al Señor Obispo á favor de la pretension de nuestro Padre. No obstante este poderoso empeño, el Señor Obispo se mantuvo firme en negar la licencia, pues aunque dió su permiso para la fundacion, puso por condicion, que los Religiosos tuviesen primero casa, i congrua, con que sustentarse; que fue lo mismo, que negarse á lo que se le pedia. Sobre esta condicion que puso su Ilustrisima para la fundacion, usa el Siervo de Dios de estas exclamaciones hablando con Dios: "Si eso hicieramos, Señor, ¿dónde se hallará la confianza, que en tí, sola, i puramente se debe tener? ¿Dónde la ocasion de merecer los ricos, á quien Dios obliga con la extrema necesidad de sus siervos? ¿Dónde el vivir desasidos de todo lo de acá?:: Si es gusto del Señor, que sus Siervos todo lo que

"hubieren menester, se lo pidan, i esto tantas veces, quantas la necesidad les compeliere á ello, ¿por qué se han de prevenir de antemano de congrua sustentacion? No comenzaron las demás Religiones; ni las levantó Dios con el seguro de ella, sino con pobreza, estrechura, i desnudéz.

El motivo que tuvo el Señor Obispo para la dicha condicion, fue el que en aquella Ciudad residian otras Comunidades pobres; i entrando la nuestra, todas perecerian, por no poder haber limosna para tantos. Esta razon habian expuesto aquellas Comunidades para hacer su contradiccion, i por ella juzgaba el Señor Obispo, i afirmaba ser obligacion de su oficio, i Dignidad defender el derecho de las antiguas, impidiendo el que entrase otra comunidad de nuevo. Contra las quales razones discurre asi el Apostolico Varon: "Yo me escandalizo, quando oigo decir, tal Religion repugna, que entremos en la Andalucia á fundar, hace contradiccion

"cion que entremos en tal Ciudad. Digo yo: Valgame Dios, ¿fué manda de testamento la que se hizo, quando á tales Frailes se les entregó tal tierra, ó la entrada en tal Ciudad? No por cierto: que no dió tal poder Dios á sus Fundadores, ni los hizo sus Testamentarios, sino que por pobres les dió allí una parte en aquella tierra, guardando lugar para los que viniesen mas tarde. Que no es Dios tan corto como Isaac, que porque le cogió la bendicion á Esau su hermano Jacob, se vió confuso donde le señalaría su mayorazgo á aquél. I sabe su Magestad, i puede, i quiere repartir igual jornal á los que llevó á su viña tarde, i á los que llevó temprano, sin reparar en los que le murmuran. I pudo ser que le obligase á aquella largueza la buena codicia, i diligencia, que pusieron los postreros en cavar á priesa su viña." Todas son palabras del Siervo de Dios, que si bien las ponderasen todos, no padecerian tantas contradicciones las fundaciones

de casas Regulares, por solos respetos, é intereses temporales.

No pudiendo Nro. Padre hacer impresion con sus razones en el animo del Señor Obispo, pensó hacerla en el de los Señores Veintiquatros, i Jurados de la Ciudad, i hablóles, primero á cada uno en particular, i despues á todos juntos en Ayuntamiento. Hízoles un razonamiento prudente, discreto, i humilde. Luego le opusieron la pobreza de la tierra, i los muchos pobres, que habia en la Ciudad; á cuya objecion dixo el Siervo de Dios entre otras cosas: "Si la pobreza hubiera de ser causa para estorvar nuestra entrada, porque entramos doce Frailes pobres, que hemos de tener necesidad de las limosnas del Pueblo, obligacion tiene V. S. á hacer guardar las puertas de la Ciudad, para que no entren pobres, porque serán docenas los que cada día entran sin oficio, ni beneficio, solo á comer de la buena ventura, i caridad grande, que en esta Ciudad hallan. Y si para ellos

«ellos hai entrada; por qué
 «se ha de vedar á los que
 «vienen con tantos oficios
 «espirituales, que ejercita-
 «rán en beneficio de la mis-
 «ma Ciudad, i que profesan
 «ser verdaderos pobres de
 «espíritu, imitadores del
 «mismo Christo? El cual
 «dixo, que siempre habia-
 «mos de tener pobres en-
 «tre nosotros. Luego no se-
 «rá razon enmendar lo que
 «Christo tiene dicho, i es-
 «cusarnos de lo que nos
 «promete.»

Con estas, i otras efica-
 ces razones, que el bendi-
 to Padre dejó escritas, i
 omito por la brevedad del
 compendio, asi movió los
 corazones de aquellos Capi-
 tulares, que antes de salir
 de la sala le dieron bien
 fundadas esperanzas de la
 fundacion; ponderando en-
 tre sí el grande beneficio,
 que recibian de Dios, em-
 biando á aquella Ciudad ta-
 les operarios Evangelicos, i
 tan ejemplares Religiosos.
 Ofrecieron desde luego con
 mucha liberalidad acudir
 al hospedage de aquellos
 Religiosos, i acomodarles
 las pobres celdillas. Pero el
 espíritu de pobreza de

nuestro Padre no quiso re-
 cibir mas que una estera,
 i una frazada para cada
 uno, creyendo que asi
 quedaban todos bastante-
 mente acomodados, i pro-
 vistos. Por no indisponer
 mas al Señor Obispo, no
 dió lugar á que se pidiese
 limosna; pero los dichos
 Caballeros Veintiquatros, i
 Jurados de la Ciudad sa-
 lian por las casas princi-
 pales, i la pedian, i lleva-
 ban á los Religiosos, con
 solo el piadoso interés de
 que los encomendasen á
 Dios.

Entre los muchos Bien-
 hechores que tuvo esta
 fundacion, se singularizó
 una ilustre Señora, llama-
 da Doña Catalina Valdés,
 la qual, viendo que los Re-
 ligiosos, por no tener con
 qué aderezar un Oratorio,
 iban á decir Misa fuera de
 casa, i los que no eran
 Sacerdotes, á oirla, les em-
 bió lo necesario, asi para
 componer el Oratorio, como
 para celebrar el santo sa-
 crificio del Altar. Fue cre-
 ciendo la aficion de los veci-
 nos á los nuevos Descal-
 zos, respetandolos como á
 amigos de Dios, admirando

do en ellos tanta resigna-
 cion, contento, i modesta
 alegría en medio de tanta
 pobreza, incomodidad, i
 penitencia, que no podia
 ocultarse. Estendióse tanto
 el olor de las virtudes de
 aquella primera Comuni-
 dad, que los Predicadores
 de mas crédito ponian
 por vivo ejemplar de ellas
 aquellos Colegiales Trini-
 tarios Descalzos, para afi-
 cionar á sus oyentes á se-
 guir el camino estrecho
 del Cielo, por las sendas
 seguras de la humildad, i
 penitencia. Con este mo-
 tivo era bastante frecuen-
 tado el hospicio, i con-
 currian muchas personas
 á oír Misa en su Orato-
 rio.

Llegó esto á noticia del
 Señor Obispo, i fue tal su
 sentimiento, i enojó, que
 procuró por los modos
 posibles mortificar aque-
 llos pobres Religiosos, que
 no tenian culpa en recibir
 los favores, i mercedes que
 les hacian los nobles Ci-
 dadanos. Tratábalos de in-
 obedientes, soberbios, i
 engañadores, i con espe-
 cialidad al Padre Provin-
 cial. Los Catedráticos, ad-

virtiendo que muchos de
 sus discipulos se aficiona-
 ban á los Colegiales, i ves-
 tian el santo habito, usa-
 ban de las mismas frases,
 no hallando otra para ha-
 blar del Presidente del hos-
 picio, que la del *Engaña-
 dor*. El Presidente era el
 Padre Fr. Alonso de la Pu-
 rificacion, hombre ya he-
 cho, i docto, que habia
 venido de nuestros Padres
 Calzados á la Descalcez: i
 en un dia de la Quaresma,
 i lo era del Angélico Doc-
 tor Santo Tomás, dispuso
 hacer una mortificacion
 pública por las calles, i
 llegando á la plaza, hizo
 una platica fervorosa, i
 concluída, volvió con su
 Comunidad al Hospicio,
 con el mismo ejemplo que
 habia salido de él. Esto
 mitigó algo el enojo del
 Señor Obispo, el qual, al-
 gunos dias despues, yendo
 á visitarle el Presidente, le
 recibió con los brazos
 abiertos, i otras señales
 de cariño, i le dió licen-
 cias de predicar.

Pero poco duró esta bo-
 nanza; pues receloso de
 ella el comun enemigo,
 buscó nuevos medios con
 que

que indisponer los ánimos de los mas apasionados, i enfurecerlos contra los Religiosos, sin esto yá bastante afligidos. Hasta una mugerzuela, cuando iban un Domingo por las calles con la Doctrina Christiana, fue tras ellos dando voces, i diciendo; *los diablos llevan quien aqui os trajo*. El mayor enojo fue el del Ilustrisimo Prelado, que por razones, que á su Ilustrisima parecieron justas (pues no debemos persuadirnos á otra cosa) volvió á perseguirlos con tanto empeño, que llegando á decir, que á costa de su Mitra los habia de desalojar de la Ciudad, i Obispado, dió orden á su Vicario general usase con ellos de todo su poder. Ejecutólo asi, haciendoles causa, formando proceso, i en el dia de Pascua del Espiritu Santo, fulminó censuras contra ellos, i prendió á su Presidente, dándole la casa por cárcel, i haciendole ir todos los dias al Tribunal á recibirle la confesion. En vista de estas estorsiones, fue preciso recurrir al Señor Nuncio, quien se sir-

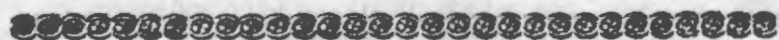
vió sentenciar á favor de los Religiosos, como injustamente atropellados; i desde entonces se tuvo Oratorio abierto para decir i oír Misa.

En el mayor calor del pleito, sucedieron dos prodigios, con que quiso el Señor templar las amargas penas de sus Siervos. El primero fue, que como estaban inhibidos de pedir limosna, todos los Sábados por la tarde llegaba una muger anciana á la porteria, i dejaba una esportilla con cincuenta reales, sin querer jamás decir quién era, ni quién la embiaba. Duró este socorro todo el tiempo de la mayor contradiccion del Señor Obispo; i despues, ni la limosna, ni la limosnera parecieron mas. El segundo fue, que encaminandose al Oratorio á oír Misa Doña Clara de Benavides, Señora de singulares virtudes, como hija espiritual, que habia sido de San Juan de la Cruz, vió que á la puerta del Oratorio estaba sentado en una grada nuestro Señor Jesu-Christo. Conoció á su Magestad con luz in-

interior, i con afecto amoroso, i reverencial le preguntó: *Señor, ¿cómo estáis tan triste?* A que respondió el Señor: *Hija, porque no me dejan estar aqui dentro*. Supóse esta vision maravillosa algun tiempo despues, por el Padre Ambrosio de Torres, de la Compañia, hombre de mucho espíritu, i doctrina, Confesor que era entonces de esta Sierva de Dios: cuyo divino favor, para obligar los Religiosos á perpetuo reconocimiento, i alabanza de las misericordias de Dios, está registrado en el principio del Protocolo de aquel Colegio.

Finalmente, segun tenia profetizado nuestro Venerable Padre; enterado de

la buena conducta, i ejemplar vida de los Religiosos el Señor Obispo Don Sancho Dávila, dió con mucho gusto su licencia para fundar Colegio de la Descalcez en Baeza, sin restricciones, ni condicion alguna. Sin duda, que entonces llegó la hora en que el Señor habia determinado poner fin á las angustias de aquellos sus Siervos. Hablando de esta fundacion, entre otros saludables consejos, dá éste á sus hijos nuestro Padre: "Procuren siempre sauear la intencion en las fundaciones, que en ellas no busquen sino la honra, i gloria de Dios: que en cosas que á él le vá su gloria, no quiere que nadie se la defraude."



CAPITULO XIV.

Funda nuestro Venerable Padre los Conventos de Córdoba, i Sevilla, i toma posesion del de Ronda, i padece una grande tribulacion.

Luego que nuestro Venerable Padre tomó la casa alquilada en Baeza, i puso en ella los Religiosos, que debian concurrir á escuelas, conociendo, que aun tardaria bastante aquel Señor Obispo en dar su licencia para la fundacion, dejando los estudiantes bien enterados de sus respectivas obligaciones, i sujetos á la direccion, i obediencia del Padre Presidente Fr. Alonso de la Purificacion, tuvo por conveniente retirarse á Madrid, i entretanto llegaba el tiempo oportuno para solicitar nuevas fundaciones en Andalucia, se entregó todo

al mejor gobierno de la Provincia. Este era verdaderamente Pastoral, suavemente humilde, i gravemente modesto. Ocultaba dentro de sí mismo sus muchas, i graves dolencias, presentandose siempre con el semblante agradable, i apacible, por amor de sus hijos. Inclínabase al amor, mucho mas que á la severidad, i reservando para sí todos los rigores, usaba con sus amados súbditos de toda afabilidad, i dulzura. Jamás dió lugar á la ira en su mansísimo corazón, no obstante haber sido tan perseguido de los propios, i de los estraños,

i

i para mayor mortificacion suya, aun de sus mismos hijos los Descalzos. Además de las abundantes luces sobrenaturales, que continuamente le comunicaba el Señor, estaba muy instruído en Santos Padres, é Historias sagradas, i por ellas sabia muy bien, que es grande yerro de la voluntad el querer que en Gremios, ó Congregaciones, todos los individuos sean perfectos. Con este conocimiento, cuando notaba algunos de sus súbditos tristes, desabridos, ó malcontentos, llamábalos á parte, i preguntandoles la causa de su disgusto, i tristeza, deciales con palabras suaves el poco, ó ningún motivo que tenian para dejarse llevar de aquellas pasiones, que les impedian caminar á la perfeccion. Consolábalos cariñosamente, causando en ellos este paternal amor, i afabilidad un ánimo pronto, i resignado á llevar adelante la suave cruz de la Religion, i á padecer trabajos por la gloria del Señor. Si estaban enfermos, deseaba padecer las enfer-

medades de todos, para aliviarlos, como lo ejecutó en Socuellamos.

Mas como no fuesen estas sus únicas atenciones, procuró dirigirlas tambien á la dilatacion de su familia. Para esto embió á la Ciudad de Córdoba al muy Religioso Padre Fr. Antonio del Espiritu Santo (cuya ejemplar vida está escrita en nuestra Cronica) i algunos compañeros, con cartas de mucha recomendacion del Excelentísimo Señor Duque de Lerma, tan público favorecedor de nuestro Venerable Padre, i de su Reforma. Gobernaba entonces la Iglesia de Córdoba el Ilustrísimo Señor Don Fr. Diego Mardones, Confesor, que habia sido de la Magestad Católica de Don Felipe III, i muy afecto á nuestro Venerable Padre. Las cartas del Duque tuvieron tan buen efecto, que presentadas á los Señores, respectivos por el Corregidor Don Diego Lopez de Zúñiga, que quiso tomar por suyo el asunto, *nemine discrepante* fueron admitidos los Religiosos: añadiendose á este favor el de

Y 2

ha-

haber señalado el Consistorio tres Señores, para que en su nombre fuesen á solicitar la licencia del Señor Obispo. Algo retardó la licencia de este Prelado la oposicion que hicieron los Padres Agustinos, porque queriendo darnos el Obispo i Ciudad la Ermita de nuestra Señora de Gracia, creyeron aquellos Padres recibir en esto algun perjuicio con esta donacion, por estar contigüo su Convento á dicha Ermita. Nuestro Venerable Padre, que estaba en la Corte, solicitando las licencias necesarias del Real Consejo, tuvo que pasar á Córdoba, caminando mas con las fuerzas de su grande zelo por el aumento de la Religion, que con las que tenia su debilitada humanidad. Habló al Señor Obispo, en cuyo Tribunal pusieron aquellos Padres la contradiccion; habló al Padre Prior, i aun con su permiso expuso sus razones en pleno Capitulo de toda la Comunidad; i habló tan eficaz, i doctamente, que conociendo aquellos Religiosos, que Dios

hablaba por su boca, desistieron luego de la instancia, i fue concedida á la Religion la Ermita de nuestra Señora de Gracia, con todo lo á ella perteneciente, especialmente con su milagrosa, i sacratissima Imagen.

Por el mismo tiempo, con pocos meses de diferencia embió nuestro Padre Religioso á la Ciudad de Sevilla, con las correspondientes instrucciones, i suficientes poderes para solicitar en ella fundacion, llevando consigo á este efecto iguales cartas de favor del comun Protector de la Descalcez el Excelentissimo Duque de Lerma. Hallábase gobernando aquella Iglesia el Eminentissimo Señor Cardenal Don Fernando Niño de Guevara, que en Roma, i en la vuelta á España habia tratado mucho al Siervo de Dios, i conocido á fondo su grande espíritu, i por lo mismo era un continuo panegirista de sus muchas virtudes. Con tan especial Protector tuvieron poco que vencer los Fundadores; i así á poco tiempo

po que habian llegado á Sevilla, favorecidos de todos los Ciudadanos por respeto á su Prelado, pudieron conseguir colocar el Santissimo Sacramento con mucha solemnidad, i aclamaciones de todo el numeroso Pueblo.

En medio de estas continuas ocupaciones, i trabajos, no dejaba nuestro Padre de pensar en el Convento de Ronda, que en el Breve de ereccion de la Reforma agregaba á ella la Santidad de Clemente VIII. Tratando pues de entrar en posesion de él, los Padres Calzados de ningun modo asentian á entregarle, si los Descalzos no les cedian otro Convento, ó un equivalente. Condescendió nuestro Padre, por huír de pleitos, ofreciendoles el Convento de Socuellamos; i conviniendo gustosos en este trueque los Padres Calzados, tomaron los nuestros posesion del de Ronda, i los Padres Calzados del de Socuellamos; bien que dos años despues le desampararon, i vencidos algunos pleitos volvió á ser de los

Descalzos. Para todo esto tuvo el Siervo de Dios que pasar á la Ciudad de Málaga con el Padre Fr. Justo de Jesus, para tratar con el Señor Obispo del cambio del Convento, por estar la Ciudad de Ronda dentro de su Obispado: volvió á Ronda, i quando estaba efectuando la posesion; un dia al volver por la tarde al Convento, se halló tan debilitado, i sin fuerzas, porque ni aquel dia se habia desayunado, ni el antecedente tomado mas alimento que unas yerbas del campo cocidas, que desmayado tuvo precision de sentarse en un poyo, sin poder pasar adelante. Advirtiolo un Sacerdote devoto, que al punto fue á su casa, i de ella llevó lo que pudo para alimentar al Siervo de Dios, i á su compañero.

De Ronda pasó á la Ciudad de Granada con el fin de fundar alli. Era su Arzobispo el Señor Don Pedro de Castro i Quiñones, que si bien respetaba á nuestro Padre, i aplaudia sus grandes virtudes, que no podian ocultarse, no tuvo por con-

veniente entonces dar la licencia que le pedia para la fundacion. Viendo el Siervo de Dios al Señor Arzobispo de dictamen contrario á sus designios, despedido de su Señoría Ilustrisima, volvióse á Madrid, donde le esperaban bastantes penas, que debian de ejercitar bien su paciencia.

Habiendo escogido Dios á nuestro Venerable Padre para Padre, i Fundador de una Reforma, i comunicandole un fervoroso espíritu de rigor, i penitencia, era consiguiente procurase entablar en ella unas leyes rigurosas, i penales, para que por su puntual práctica caminasen sus hijos á la perfeccion; pues si en los principios empezára con suavidades, é interpretaciones, poco á poco pasarían á anchuras, i vendrían á parar en inobservancias, i relajaciones. Este rigor con que este buen Pastor se trataba, i con que queria se observase la Regla primitiva, i las santas costumbres, que prudentemente habia introducido en la Reforma, fue ocasion para que

algunos, i en particular uno, se opusiesen al Siervo de Dios, sintiendose sin ánimo para tolerar tanta austeridad, i penitencia, que juzgaban sobre sus fuerzas, i puro efecto del imprudente zelo de su Prelado, i Fundador. Para mejor contradecirle, i salir con la suya, se valieron de un medio mas áspero de lo que, como nada experimentados, creían. Todo su fin era, que el Siervo de Dios dejase el gobierno; i para conseguirlo, pidieron al Nuncio un Visitador contra nuestro Padre, i despues de muchas instancias nombró su Señoría Ilustrisima al mui Reverendo Padre Fr. Andres de Velasco, del Orden de San Francisco, Comisario general de Indias.

Afligió en gran manera al Venerable Padre este inopinado golpe, que descargó sobre él, quando llegó á Madrid, para descanso de sus largos viajes de Andalucía. Su grande pena era por la Religion, que era la niña de sus ojos, i con tan deshecha tormenta la veía en pe-

peligro de ir á pique; bien que siempre confió en el Padre de las misericordias, i estuvo seguro en su interior de la proteccion del Altisimo, con entera resignacion en su santisima voluntad. Ofrecióle su grande valido el Duque de Lerma impedir la Visita: no lo consintió nuestro Padre, esperando que de ella resultaria mas honor, que infamia á la Religion. Antes de que el R. P. Visitador empezase su comision, juntó nuestro Venerable Padre la Comunidad en Capitulo, i con mucha tranquilidad, i paz de su alma hizo una fervorosa platica, significandoles con tiernas razones, i humildes palabras la grande pena que le atormentaba, no por su persona, sino por el comun de la Religion, por su riesgo, i por el escándalo que se daba á las demás, i por el desdoro que habia de padecer, dándole un Visitador de fuera tan á los principios. I con lágrimas á los ojos nacidas del fondo de su corazon, descubrió la espalda, i poniendose de rodillas á

los pies de todos, con extraordinaria humildad dijo cual otro Jonás: *Hijos, si por mi se ha levantado esta tempestad, aqui estoy, tomen de mi la satisfaccion que quisieren: descarguen sobre mí el golpe, i no sobre la Religion.*

Aunque hizo notable impresion en los Religiosos este hecho tan edificativo, no faltó un hijo adulterino, é ingrato, que ciego de la pasion, no menos que atrevido, dijo: *¿Para qué son ahora esas invenciones? No le crean, que todo es ficcion, i embuste.* Sufrió este desacato el buen Padre con paciencia invencible: i uno de los presentes que fue el Padre Frai Martin de San Christoval, quitandose su capa, cubrió con ella á su santo Prelado, i queriendo tomar por su mano venganza del agravio, el santo Provincial le asió de la mano, diciendole: *Hijo repórtese, que esto no lo ha hecho este Religioso: permission de Dios ha sido, para que yo padezca.* De este modo escuchó, i defendió á su agresor el verdadero discipulo de

de Jesu-Christo.

Empezó su Visita el R. P. Velasco, i aunque al principio se mostró de algun modo contra nuestro Padre, minorando, i aun prohibiendo muchas de las penitencias, i mortificaciones que se usaban; al fin no pudo menos de conocer, i admirar la santidad, i perfeccion del Padre Provincial, su zelo, i prudencia en el gobierno, i su extraordinaria paciencia en sufrir las injurias, particularmente la que se acaba de referir; i prorumpiendo en alabanzas del Siervo de Dios, aprobó, i confirmó todo quanto habia establecido en la Descalcez: castigó al que habia sido descomedido con su santo Prelado, i que habia solicitado la Visita; i á otro que en este tiempo escribió cosas injuriosas tambien al Venerable Padre, despues de hacerle una áspera reprehension, le dió rigurosa disciplina, i encendida ya la carta, para quemarsela en las espaldas, nuestro Padre acudió pronto, i poniendo por medio sus manos, pi-

dió, i consiguió misericordia á favor de quien tanto le habia ofendido.

Finalmente, queriendo el R. P. Visitador concluir su comision, examinado todo quanto tenia que examinar en cumplimiento de ella, hallandose ya acometido de la enfermedad de que murió, haciendo justicia, i dando á cada uno lo que le pertenecia, pronunció su sentencia, declarando que el Padre Fr. Juan Bautista de la Concepcion, Provincial que era de la Provincia de la Reforma Trinitaria, era Varon Apostólico, Siervo verdadero del Altísimo, de vida inculpable, como escogido de su Magestad para obra tan grande, en que hubo tanta contradiccion. I estando ya muy proximo á morir, declaró, que en la Descalcez, que acababa de visitar, no habia encontrado pecado venial conocido, i que en ella se trataba de perfeccion. Verdad es que habia encontrado los pecados de aquellos dos atrevidos contra nuestro Padre; pero los defectos de estos dos no im-

impiden la perfeccion del cuerpo de la Religion, que acusaron. Este glorioso fin tuvo la Visita; bien que á no haber protegido la Santísima Trinidad á su Reli-

gion por la intercesion de su Siervo, estuviera en gran peligro de perderse, ó á lo menos de decaer mucho de su buena opinion.



CAPITULO XV.

Renuncia Nro. Padre el empleo de Provincial, i de Ministro de Córdoba, i procura fundaciones.

Cumplido el trienio, por el que fue elegido el Venerable Padre en Provincial, i no pudiendo celebrarse Capitulo entonces, por impedirle varias ocurrencias, hizo ánimo de hacer dejacion del empleo. Sabido por los Religiosos, procuraron de todos modos persuadirle esperase hasta el Capitulo, que podia tardar muy poco; pero su profunda humildad, i el deseo grande que tenia de ser mandado, i ponerse á los pies de todos, no consintió tanta espera, i

asi acudió al Señor Nuncio; i exponiendo sus motivos con razones bien fundadas, suplicó le admitiese la renuncia, informandole al mismo tiempo de la religiosidad, i talentos del que podia elegir en su lugar. En efecto, por informe, i aun á petición del Siervo de Dios, el Señor Nuncio eligió en Vicario Provincial al Padre Fr. Francisco de Santa Ana, Religioso docto, i de mucha virtud, que habia pasado de los Padres Calzados á la Reforma, i despues en el Ca-

Z

pi-

pitulo celebrado en Febrero de 1609 fue electo en Ministro Provincial. Bien conocia nuestro Padre, que el nuevo Provincial le habia de dar en que merecer, por no convenir los dos en los dictámenes, el de nuestro Venerable era de estender la Religion, el del electo Prelado era mui al contrario, como se vió por los efectos: pero siendo virtuoso como lo era, i de mucha suficiencia, no dió cuidado, ni pena al verdadero humilde el que su sucesor le ejercitase la paciencia, i ayudase á labrar la corona; que así proceden los que de veras siguen á Jesu-Christo. Teniendo ya sucesor en su empleo el Siervo del Señor, retiróse gozoso al Convento de la Solana, en donde vivió algunos meses, abstraído de las criaturas, entregado á la oracion, i contemplacion, pero con un rendimiento, humildad, i obediencia, mas que de un perfecto Novicio.

En este tiempo se sintió con bastantes impulsos de volver á Roma, con el fin de fundar un Convento,

ó á lo menos Hospicio en aquella Corte, en donde necesariamente habian de ocurrir asuntos á la Religion, los que pedian la continua asistencia de un Procurador Religioso, el que no estaria con la decencia propia del estado, no teniendo la Religion alli alguna casa propia. Consultó sus pensamientos con una persona de alto espíritu, i oracion, i le fue respondido, era voluntad de Dios se quedase en España, que su Magestad se contentaba con los buenos deseos, que tenia en esta parte. Sobre este particular dice el Siervo de Dios: "El acertar en esta obra solo consiste en buscar solamente la gloria de Dios, i que el hombre por ninguna parte sienta interés, ni busque provecho, ó comodidad suya, como fin propio de la obra. Con esto en qualquiera evento que en la obra haya, es de provecho, i consideracion, cuando de la obra no haya mas que los amagos, ó principios: porque á nadie pide Dios mas de lo

que

que sus fuerzas, i vida alcanzaren."

Pero aunque conoció no ser voluntad de Dios que él fuese á Roma en persona, solicitó, é instó al Provincial su sucesor embiase allá Religiosos, que procurasen dicha fundacion. Conformóse el Superior con los deseos de nuestro Padre, que no fue poco, segun el diverso modo de pensar de ambos en asunto de fundaciones; i embió á Roma al Padre Fr. Gabriel de la Asuncion, (que despues fue el primer Vicario general, i primer General de la Descalcez) con el oficio de Procurador general, i facultad de solicitar un Hospicio para Religiosos Españoles. Acompañaron el nuevo Procurador tres Religiosos de los mas ejemplares. En los principios allaron poco abrigo, padecieron mucha estrechez, pobreza: No obstante, con el favor de algunas devotas personas, (que en todas partes tiene Dios sujetos que patrocinan, i ayudan las Religiones, i nas alli, donde está la

Cabeza de toda la Iglesia) compraron una casita, en donde vivian con retiro, i observancia, como si estuvieran en Convento bien formado. A poco tiempo un Principe de la Iglesia, cual es un Cardenal, movido interiormente de Dios, les hizo un pequeño, i hermosísimo Convento, con Iglesia, Sacristia, i demás piezas, i oficinas, para habitacion de diez i seis Religiosos Españoles, donde residiese tambien el Procurador general: i corrió tan felizmente esta fundacion, que el dia tres de Junio de 1612, se hizo la colocacion del Santísimo Sacramento, viviendo aun nuestro Venerable Padre, que dió muchas gracias al Señor, por haberle dado un nuevo Templo en que sus hijos le rindiesen alabanzas, i adoraciones, que siempre fue el fin que tuvo en todas las fundaciones, que intentó, i procuró.

Mui poco tiempo estuvo el Siervo de Dios en el Convento de la Solana: porque el Padre Provincial, sin darle motivo, ni particular destino, le dió

patente para mudarse al Convento de Valladolid. Abrazó mui gustoso este ejercicio, sacrificandose enteramente á la obediencia, i permisiones de Dios, por sus altísimos fines, que sabe Dios valerse de buenos, i santos, para ejercitar, i dar en que merecer á otros mejores. Tampoco fue larga su mansion en Valladolid, porque vacando el Ministerio del Convento de Córdoba, fue electo por el Difinitorio en Ministro de él. Admitió el oficio solo por obedecer, i por padecer en un viaje tan largo, que su poca salud, i estremada pobreza habian de hacer mui penoso. A pocos meses, que gobernaba el Convento con la prudencia, i santidad, hijas de su grande espíritu, conociendo que Dios queria servirse de él para dilatacion de su Reforma, renunció humildemente el oficio, en el que fue substituido el Padre Fr. Alonso de San Geronimo; i hallándose ya libre de gobiernos, i nuevamente súbdito, suplicó encarecidamente al Padre Pro-

vincial le permitiese ir á pretender fundacion en la Ciudad de Toledo.

Muchos motivos asistian á nuestro Siervo de Dios para desear hubiese Convento en esta Ciudad, en donde habia sido llamado á la Religion de la Santísima Trinidad, i que hacia diez años que los Señores habian dado licencia para la fundacion, i la Religion habia comprado sitio para ella; i le alentaba no poco á pretenderla, con esperanzas de conseguirla, el haberle manifestado la Magestad Católica del Señor Rei Don Felipe Tercero (quando estaba en Madrid el santo Padre) "que estrañaba mucho que no hiciese Convento en la Ciudad de Toledo, en donde por lo regular habian de concurrir muchos Religiosos á ordenarse, i nó era bien visto, que anduviesen por mesones, ó casas particulares unos Religiosos Descalzos" De esto nada sabia el Padre Provincial, ni el Siervo de Dios creyó necesario el manifestarselo: pero aunque

que con alguna repugnancia, ó ninguna señal de gusto, le permitió pasar desde Córdoba á Toledo, para el fin que le proponia.

Habló antes en Madrid al Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo, que halló mui propicio. El Señor Duque de Lerma, continuando cada vez mas en hacer buenos oficios para la Reforma Descalza, le dió cartas de favor para aquella Imperial Ciudad, en las que le significaba lo mucho que el Rei favorecia á las Religiones Reformadas, i con especialidad á la de la Santísima Trinidad, i que por lo mismo sería mui del Real agrado, i del de su Excelencia, diese su licencia para que fundase en ella un Convento. Con esta, i otras cartas partió el zeloso Fundador á Toledo, llevando en su compañía al Padre Fr. Antonio del Santísimo Sacramento, de quien se trató cuando se habló de la fundacion de Villanueva de los Infantes. Luego que el Siervo de Dios habló á los Señores Corre-

gidor, i Regidores, i les entregó las cartas del Duque, se mostraron mui inclinados á la fundacion, i procuraron buscar sitio á proposito para fabricar el Convento. Este buen principio hizo aqui suspension; pues mui prontamente se levantó una tormenta tan recia, que pudo hacer desmayar al ánimo mas alentado; i á no serlo tanto el de nuestro Venerable Padre, hubiera desamparado del todo la pretension. Pero como quando emprendia algun asunto por la gloria de Dios, nunca le acobardaban aun las mayores oposiciones, se mantuvo siempre firme, i mui esperanzado; i á cada repulsa que tenia de los que le contradecian, respondia con mucha paz, i serenidad de ánimo: "Yo confio en su divina Magestad, que Vm. lo mirará mejor, i que se dignará de dar á Dios una casa en su Ciudad, donde sea alabado; que aunque tiene muchas, quiere mas; asi se la dará á Vmd. en su Cielo." Decia esto con tanto fervor,

i espíritu, que poco á poco consiguió ablandar á los que se habian vuelto mas contrarios.

Entre estos era el mayor, i mas temible Don Gabriel Suarez, Presidente del Consejo de la Gobernacion de Toledo, que no contento con contradecir por sí, pudo traher á su partido al Eminentísimo Cardenal, su Señor, i Arzobispo. Encontrandose un dia con el Siervo de Dios, admirandose de que aun se detuviese en Toledo, é insistiese en la pretension, le despidió con palabras bastante agrias, asegurandole que se cansaba en vano, pues de ningun modo habia de fundar. Respondióle nuestro Padre con la acostumbrada paz: *Señor Don Gabriel, si es voluntad de Dios, i servicio suyo que yo funde este Convento, por demas será que las criaturas lo contradigan.* Como Dios suele hablar por la boca de sus fieles Ministros, tuvieron tal eficacia estas palabras, i así trocaron el ánimo del Presidente, que habiendo sido hasta allí tan opuesto

al Siervo de Dios, i á su pretension, comenzó desde este laço á tratarlo con familiaridad, con amor, i veneracion, conociendo que habia en él un gran fondo de santidad. Llegó á tal extremo esta mudanza, que habiendole escrito el Cardenal Arzobispo, que desengañase al Venerable Padre, i le dijese en su nombre, que por el presente desistiese, hasta que calmase algun tanto la oposicion, que era mui grande; no solo no lo hizo, sino que tambien le daba arbitrios, por donde volver á grangear la voluntad del Prelado Arzobispo, ayudando él por su parte á disuadirle de lo que antes habia escrito á su Eminencia contra la pretension.

Admirandose varias veces el bendito Padre de la mudanza, i contradiccion de los que en el principio habian favorecido, i fomentado la fundacion, no faltó quien respondiese así por el Cardenal, como por la Ciudad, de quienes hablaba, i se admiraba: *Que es de prudentes el mudar consejo, i mejor miradas las*

cosas, desbacer lo ya hecho. Como se vé en la Suprema Cabeza de la Iglesia, que despachadas sus Letras, suele despues mejor informado, i suplicado, dar otras en contrario. A esta escusa dió nuestro Padre la siguiente respuesta: "Esto suele suceder en los bienes temporales, i cuando ha intervenido petition de lo hombres, que suelen informar siniestramente, pero no en lo que los Sumos Pontifices hacen, i disponen en orden al bien, i aumento de la Iglesia, cuando bien mirado, i consultado con los Eminentísimos Señores Cardenales dan sus Letras Apóstólicas, como se ha visto en nuestra santa Reforma, que despues de haber expedido su Santidad el Motu proprio de su ereccion, acudieron grandísimas contradicciones de España, i de Francia, interponiéndose su grandeza, i poder un Ref de Francia por su Embajador en la Corte de Roma, para que no pasase adelante; pero toda ella no fue bastante,

"sin haber de nuestra parte siquiera un Procurador en Roma, que nos defendiese. I pues el Convento que se pretende hacer en Toledo es parte de aquel todo, i de aquella obra, lo propio debe hacer V. S. aun cuando los que contradicen fueran los mas poderosos del mundo. En especial no siendo esto temporal, en que puede haber engaño; sino espiritual, i una obra de caridad, como lo es la fundacion de un Convento. I como Dios es caridad, i Dios siempre es uno, que no se muda, lo debe ser la caridad, por quien V. S. se movió á hacer su determinacion, i dar su decreto á favor de dicha fundacion. Ni este se debe mudar, por decir no hubo verdadera relacion, pues de nuestra parte no hubo mas que una simple manifestacion, i demostracion, que por carta hacia el Señor Duque de Lerma del deseo, que tenia de ayudar á las Religiones Reformadas."

Despues de este sólido

razonamiento, pidió nuestro Padre á los contrarios le diesen las razones porque le negaban la licencia para fundar, pues de otro modo mal podia satisfacer á ellos. Estando en estas repetidas instancias le acometieron con mas rigor los dolores de piedra que ya padecia, resultando de ellos efectos mui perjudiciales á su vida. Avisaron á un Medico los compañeros, i habiendole éste ordenado estuviese quieto sin hacer ejercicio, si no queria morir pronto, entendiendo que otra era la voluntad de Dios, á la mañana siguiente salió á seguir en sus humildes, i justas instancias, i por ellas consiguió diesen por escrito los contrarios los motivos que tenían para hacer tan fuerte oposicion. Respondió tambien por escrito, persuadiendo con razones santas, i sólidas la justicia de su pretension. Finalmente, queriendo Dios dar eficacia á las razones de su Siervo, i moviendo los corazones de los que estaban opuestos, se consigüeron todas las

licencias necesarias, asi del Eminentísimo Arzobispo, como de los Ilustrísimos Cabildos Eclesiástico, i Secular, i con asistencia de estos, i de un numeroso concurso se hizo la colocacion del Santísimo Sacramento el día ocho de Octubre del año de 1611. Predicó aquel día el Venerable Padre, pero con tanto espíritu del Cielo, que todas las personas asi eclesiasticas, como seglares no cesaban de alabar al santo Predicador, publicándole por un Varon Apostólico, de los que nuestro Señor embia de cuando en cuando al mundo por especiales Ministros de su gloria, i operarios zelosos de su viña la Santa Iglesia. Por efecto de su sermón le concedió el Señor tres Estudiantes, que vistieron el hábito de la Reforma; pues heridos, i penetrados de la divina eloqüencia del Varon de Dios, desprendiéndose de todas las vanidades del siglo, que hasta allí habían seguido, sin reparar en cosa alguna, unánimes se resolvieron á abrazar la cruz de Jesu-Christo

to

to en nuestra Descalcez.

Fundóse este Convento, como todos los demás, en suma pobreza, i se padecian por lo mismo grandes incomodidades, i trabajos; no teniendo que comer muchos dias mas que un poco de pan, i tal vez alguna fruta. En una de estas ocasiones, viendo uno de sus compañeros, que no habia mas cena, que unos mendrugos de pan, i este duro, pareciendole, que era demasiado rigor, i penitencia, dijo á su santo Padre, que pues no habia que cenar mas que pan á secas, seria bien darlo del bueno, ó mejor que se hacia en Toledo: á que respondió el Siervo de Dios: *Ai hijo, á fundaciones viene á pedir galletas? bien puede volverse á Madrid, que yo no le he menester aqui.* I asi le embió luego. Con la ocasion de hacerse un poco de fábrica forzosa para la habitacion de los Religiosos, le dijo uno, que con qué habia de pagar aquello, pues en el Convento no habia un cuarto? i el Siervo de Dios respondió con grande confianza: *Hi-*

jo fia en Dios:: que él como Padre lo remediará. Dicho esto le ordenó que fuese á estar con el Alcalde mayor, i con Don Francisco de las Barcenas, i les manifestase la grande necesidad en que se hallaba el Convento. Obedeció prontamente el Religioso, i aquellos tomaron el socorro tan de su cuenta, que pidiendo á personas piadosas, en poco tiempo juntaron mas de trescientos ducados; i pagado el importe de la obra hecha, aun sobró algun dinero para atender á otras necesidades.

Establecido ya el Convento en Toledo, despues de algunos meses de detencion en él, determinó volverse á Madrid en compañía del Padre Fr. Valeriano de la Resurreccion. Siendo camino la Villa de Torrejón de Velasco, fue á hospedarse al Convento, i el agasajo que hizo el Padre Ministro á su santo Padre, fue mandar á sus Religiosos, que ninguno le hablase, ni hiciese caso de él. Qué motivos pudo tener este Ministro para

Aa

un

un procedimiento tan indiscreto, tan grosero, i tan tirano, nadie pudo saberlo; aunque el Padre Fr. Valeriano, compañero del Siervo de Dios declaró, que el tal Prelado creyó con aquella inhumana accion obsequiar al Padre Provincial, que era desafecto al Venerable Padre; pero como tenia tan mortificados todos sus sentidos, supo llevar con perfecta mansedumbre una accion tan fuera de razon, como de la piedad, debida á un tal Padre. No obstante que todos quedaron sin accion para contravenir á un mandato tan irracional; uno mas determinado, i prudente, tomando á su santo Padre de la mano, le llevó donde se enjugára, i calentára, pues siendo tiempo de invierno, i caminando siempre á pie, ó á lo mas en un pollinejo, necesariamente habia de llegar mojado, i frio. Creyó aquel buen Religioso, i persuadió á los demás, que no obligaba aquel mandato, por ser contra piedad, contra caridad, i contra las muchas obligaciones que á tal

Padre tenian todos sus hijos. Pero este imitador de Jesu-Christo llevó este golpe con igualdad de ánimo, i apacible semblante, como depone el compañero; i aun escusó al Ministro, queriendo persuadir, que su intencion habia sido buena.

Vino á Madrid: ¿I quién no creería que el Padre Provincial le habia de recibir, no solo con amor, respeto, i veneracion, á que era acreedor por su notoria virtud, i recomendable circunstancia de Padre de todos, sino tambien con las mas expresivas significaciones de agradecimiento, por los muchos triunfos conseguidos por él á fuerza de trabajos, i cuidados por el aumento de la Religion, i por el que acababa de alcanzar en la fundacion de un Convento tan necesario, i en que habia habido tanta oposicion? ¿I quién se imaginaria por el contrario, que el dicho Provincial lo habia de tratar con desapego, i sequedad, con palabras desatentas, i tratamientos ásperos, i aun provocativos, hasta querer

fer ponerle en una carcel? Pues tanto fue: i si no hizo ejecutar la prision, fue por conocer á los Religiosos de mui contrario sentir. Calló el pacientisimo Padre, i sufrió con mucha resignacion; pero sintiendo al mismo tiempo en lo mas profundo de su interior una pena extraordinaria, procedida del vivo conocimiento que tenia de sus pecados, i gravedad de ellos, i de que fuèsen tan notorios, que mereciesen tan público castigo. Sin duda que por lo que experimentó en sí mismo en esta, i otras ocasiones, que quedan referidas, hablando el Siervo de Dios de la gran pena, que recibe un alma, quando en medio de su quietud se le ofrece de repente alguna ocasion exterior, i del provecho, que de esa pena saca, escribe asi:

“¿Quién, pues, podrá explicar la mortificacion interior, que recibirá esta alma, cuando se vé sentenciar exteriormente de cosas, que ella de sí interiormente siente, i juzga? Un alma, que aun-

que bajamente sentia de sus pensamientos interiores, no obstante se consolaba con pensar, que á solos los juicios de Dios estaban sujetos, que por ser Tribunal de misericordia, confiaba, que su vida torcida se enderezaria, i sería mejorada en sus costumbres: ¿cuál será su pena, cuando vea, que estos sus pensamientos, como: que trabe engañado el mundo, que toda su vida es falsa. i aparente; no solo están sujetos á los juicios de Dios, sino tambien á los de los hombres, que á nadie perdonan, que al instante sentencian, pronuncian, i vomitan lo que se les antoja?:: Aumentase el dolor de esta alma por ver no está en su mano el remediar, ni quitar la causa para que no digan aquello: considera, que el motivo de aquella conversacion es su vida, de quien ella por entonces presume, i es de la misma opinion de aquellos, que entonces hablan mal de ella: quisiera por entonces no tener esta vi-

»da, porque no fuera mo-
 »tivo del escarnio, i burla
 »que al presente se hace:
 »quisiera tambien pregun-
 »tar á los que asi hablan,
 »le dijeran claro el funda-
 »mento, que para ello te-
 »nían, i se sujetaria de
 »buena gana, á que le en-
 »señáran otra vida, otros
 »medios, i modos de bus-
 »car á Dios, pareciéndole,
 »que como gente, que ha
 »visto, i conocido sus fal-
 »tas, se las sabrán reme-
 »diar, curar, i guiar por
 »camino mas cierto, i ver-
 »dadero: pero en aquella
 »ocasion se halla tan es-
 »torbada para hablar, ó
 »preguntar, que aunque
 »fuera la vida, no diría
 »ni aun una sola palabra,
 »que indique haber enten-
 »dido la conversacion; pe-
 »ro no podrá decir que no
 »lo siente, porque es cer-
 »tisimo, que recibe una
 »gran pena, i viste una
 »cruz, que si Dios, que
 »en aquella ocasion se la
 »hace pesada, no la ali-

»gerára, en breve daría
 »con el soldado en tierra;
 »porque es terrible cosa
 »ser muchos contra uno;
 »i este uno no solo no hu-
 »ye el golpe que le tiran,
 »sino que los tiros, que
 »vienen torcidos, los en-
 »dereza, i todos los sien-
 »te, aplica, explica de sí
 »propio."

De estas palabras de tan
 ilustrado, i experimentado
 Padre, se infiere sin vio-
 lencia la terrible pena que
 en los lances referidos pa-
 decería su interior, tenien-
 dose por tan pecador, é in-
 digno. Quizá por tenerle
 por tal el Padre Provincial,
 i apartarle de su presen-
 dia, no contento con los
 hechos anteriores, le man-
 dó fuese al Convento de
 Ronda; á lo que obedeció
 prontamente el humilde
 Padre, emprendiendo un
 camino de ochenta leguas,
 con tanta serenidad, i re-
 signacion, como si no tu-
 viera la menor pena.

CA-

CAPITULO XVI.

*Otros trabajos del Siervo de Dios.
 Padece una grave dolencia, i rigu-
 rosa cura de ella, i efectúa la
 fundacion de Granada.*

EN el Convento de Ron-
 da vivió el Siervo de
 Dios pocos meses; pero
 mui mortificado; no pre-
 cisamente por los acervi-
 simos dolores, i otras in-
 comodidades, que se le
 aumentaron por tan largo
 camino, sino por contem-
 plarse con las manos ata-
 das para emplearse en la
 propagacion de la Reli-
 gion. Era Ministro el Pa-
 dre Fr. Martin de S. Chris-
 toval, mui apasionado, i
 venerador justo del santo
 Padre, i viéndole tan affi-
 gido, i como desterrado,
 le dijo para consolarle, que
 avisase de quanto apetecía
 para su alivio, pues le
 queria asistir con todo de
 buena voluntad: á que

respondió nuestro Padre:
 "Hijo, yo estimo eso, pero
 "quiero que sepa, que na-
 "da de cuantos regalos hai
 "en el mundo, me satisfa-
 "ce, sino es el andar ocu-
 "pado en la obra, que
 "Dios por su misericordia,
 "me ha encomendado, que
 "es la propagacion de la
 "Religion. Ni estimo la
 "vida como mia, porque la
 "natural que yo tenia, cuan-
 "do iba á Roma á procu-
 "rar la ereccion de la Re-
 "forma, en el accidente
 "que tuve cuando se me
 "heló el medio cuerpo, co-
 "nocí haberseme acabado,
 "i Dios me la prolongó
 "para esta obra: i asi no
 "es mia, sino suya por
 "muchos titulos, i la teni-

»go

»go de ocupar siempre en
»servicio de su Magestad,
»i aumento de esta obra,
»que me encomendó.”

Celebróse en Valdepeñas el tercer Capitulo de la Descalcez á doce de Mayo del año de 1612, i salió electo en Provincial Nro. P. Fr. Gabriel de la Asumpcion, i porque estaba actualmente en Roma fue electo en Vicario Provincial interino el P. Fr. Francisco de los Angeles. Ningun oficio hubo en este Capitulo, como ni en el antecedente para el pobre desterrado, i mui digno Padre de todos: pero ganó Capitulo, en cuanto que asi el nuevo Provincial, como el Vicario Provincial eran entonces apasionados suyos, i bien sea el uno, bien fuese el otro, alzó aquel como destierro á su Venerable Padre, trahiendo á Madrid.

Estando aun en Ronda habia sido mui afligido del mal de piedra, pues escribiendo desde allí al P. Provincial anterior, pidiendo licencia para ir á fundar á Italia, ya que no se lo permitian en España, concluye así la Carta de su puño:

Estos dias he echado tantas piedras, que los Médicos se admiran como vivo. Pero en Madrid creció tanto el mal, que fue necesario abrirle, para sacarle una piedra atravesada: ¡Cura rigurosa, en la cual muchos, estando fuertes, i robustos, acabaron con la vida! Antes de hacerle la operacion, advirtióle el Profesor el riesgo á que se esponia, para que se dispusiese, pues si acertaba, podia vivir algunos años; si erraba, como era facil, no duraria dos dias. Oida esta sentencia, dixo el Siervo de Dios: “Si muero parará todo, que ni trabajaremos en la vida del Señor, ni habrá mas ocasion de merecer. “Si me sujeto al remedio, que me ordenan, cruel es, ni áspero, pero su merecimiento se tiene, pues manda Dios que usemos de los medios, que los Médicos ordenaren, para conservar la salud, i servirte con ella, i la obediencia no carece del merito del martirio. Su Magestad me ofrece esta ocasion, en que imite yo algo á los Martires; i pues
»es

»es tan rigurosa, bien será
»recibirla por el Señor, que
»él puede suavizar los dolores, i darme fuerzas
»para llevarlos, pues yo
»por su amor quiero sufrirlos.”

Para haberle de abrir ordenó el Cirujano le tuviesen fijo: á que respondió el paciente: “Haga Usted su oficio sin temor, ni recelo, que yo fio en Dios me dará fortaleza para estarme quedo, sin que nadie me tenga.” Estuvo tan quieto, é inmóvil en aquel martirio, que temeroso el Cirujano de que se le quedase entre las manos, le dixo: “Padre mio, quejese V. P. que estoi con cuidado, entendiendo que se muere, como no lo veo moverse, ni quejarse.” Quedó con esta cura aunque dolorido, i fatigado, pero sin aquellos recios dolores, que antes tanto le atormentaban. I como por el gran deseo que tenia de padecer por Jesu-Christo, no se hallase contento sin ellos, quejandose amorosamente con su Magestad, decia: *Pues Señor, ¿dónde están aquellos dolores, que*

me prometisteis en Roma?

A que el Señor respondió: *No te gloríes Juan, que con un rasguño en un pié te puedo quitar la vida. I desde entonces le volvieron los dolores igualmente intensos, i le duraron todo el tiempo que le quedó de vida.*

Vivia en este tiempo recogida en su casa con otras Señoras Doña Francisca Romero, viuda de Don Francisco Dávalos i Guzman. Todas tenian intento de ser Religiosas Descalzas, pasando algun tiempo. Por estar cerca de nuestro Convento la casa en donde vivian, concurrían á él á oír Misa, i recibir los Santos Sacramentos. Con esta ocasion trataron á nuestro Venerable Padre, comunicarle sus santos pensamientos, proponiendole, que en el supuesto de haber de ser Descalzas, podian ser Trinitarias, si á su Reverendísima parecia, descendió el santo Padre, no solo á lo que proponian, sino tambien á los vivos deseos que todas manifestaron de vestir cuanto antes el santo hábito, pues se lo vis-

vistió con sus manos, quedando desde entonces Beatas Descalzas Trinitarias, entretanto se obtenian las licencias necesarias, para formar Convento con clausura.

Llegó de Roma á la ocasion el nuevo Provincial Fr. Gabriel de la Asumpcion, i reusando admitir el gobierno espiritual de dichas Beatas, quisieron mudar de hábito encendiendo no poco su sentimiento un hermano de la dicha Doña Francisca, que acababa de dejar nuestro hábito, bien que con dispensacion Pontificia. Cuando mas determinadas estaban á vestir otro hábito, al entrar por la mañana en el Oratorio, advirtieron, que estaba vestido enteramente de Trinitario Descalzo un Niño Jesus, que tenian pintado en un cuadro, el cual sabian con evidencia estaba antes con túnica morada, sin cosa alguna de Trinitario. La novedad causó admiracion, i voces, á las que concurren Personas de fuera, que habiendo visto antes la pintura mui diversa de lo que ahora esta-

ba, fueron tambien testigos oculares de la milagrosa transformacion. En vista de este prodijio, perseveraron dichas Señoras con el Hábito que ya vestian: dieron la obediencia al Señor Arzobispo de Toledo, i hecha ya aquella casa formal Convento de Trinitarias Descalzas, se colocó el Santisimo Sacramento el dia nueve de Noviembre del año de 1612. Poco despues volvió el cuadro á su antiguo ser, i las Religiosas conocieron de nuevo la voluntad del Señor en aquel estupendo prodijio. Refiere tambien este caso en la Crónica de Padres Franciscos Descalzos, en la vida del Siervo de Dios el Padre Fr. Martin Belzunce á quien igualmente se le apareció el Niño Jesus vestido de Descalzo Trinitario.

Habia determinado el Difinitorio, que se procurase efectuar la Fundacion de Granada, que ya nuestro Venerable habia dejado en buen estado, i se introdujese la de S. Lucar de Barrameda, distante de Madrid cien leguas. Dió el P. Pro-

vin-

vincial esta comision á nuestro Padre, que quanto mas cercado de enfermedades, i penas, tanto mas animoso se sentia para emprender viages para gloria de la Santisima Trinidad, en la extension de su Religion. Sin reflexionar pues, á los gravisimos dolores que sufría, ni á que aun tenia abierta la llaga hecha para sacarle la piedra, vertiendo todavia sangre, salió gozoso de Madrid en compañía del P. Fr. Ambrosio de Jesus; quien, compadeciendose de ver tan incomodado á su santo Padre, pues aun con mucho trabajo iba sentado en un jumentillo, le suplicó tomase algun alivio mas: á que respondió el Varon de Dios: "Hermano, llamóme Dios para entender en esta su obra de su Religion, i Descalcez, i asi no hago caso de tormentos, i dolores." I aunque en los Conventos por donde pasó, procuraron detenerlo sus hijos, lastimados de verle tan quebrantado, i temerosos de que acabase su vida en el camino, no adhirió á sus instançias, res-

pondiendoles: "Impórtame apresurar estas diligencias por dos motivos: porque se me acaba la vida, i no quiero ser arguido de perezoso en la ultima cuenta; i por no perder la buena ocasion, que ahora nos ofrece Dios: porque despues rara, ó ninguna fundacion se conseguirá, aunque se pretenda." Prosiguió su camino con continuos dolores, i trabajos, i mui consolado en Jesu-Christo por cuio amor los padecia; i llegado á Granada, continuó con extraordinario zelo en las diligencias que antes habia empezado, i con tanta felicidad, que en pocos dias venció todas las dificultades, que hasta entonces habian impedido la fundacion. Colocóse el Santisimo Sacramento el dia quince de Noviembre de 1612, con aclamaciones comunes, i mucho concurso de toda la Ciudad asi de Eclesiasticos, como de Seculares.

En continuacion de la comision, dejando ya Nro. Venerable Padre bien asentadas las regulares observançias de esta fundacion; co-

Bb

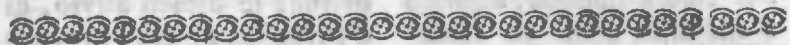
mo

mo si no adoleciera de mal alguno; siendo así que cada día se aumentaban más los dolores; partió sin detención alguna para San Lucar de Barrameda. Empezó á solicitar la fundación, pero sin dejar de tratarse con la mayor austeridad. Estando más muerto que vivo, su comida ordinaria era un poco de pan de limosna, y unas yerbas; su cama el duro suelo de una Hermita, en donde tenía el alvergue. Halló desde luego muy propicios á los Ciudadanos, é inclinados á darle la fundación, y tanto, que estaba ya para tomar posesión de la dicha Hermita, y del terreno que también le ofrecían para la habitación. En estas tan favorables circunstancias, es obligado el Siervo de Dios por el Provincial á dejarlo todo, y retirarse.

El mismo Prelado, á cuyo arbitrio había dejado el Difinitorio el nombramiento de la persona que fuese á dicha fundación, había escogido á Nro. Padre, no obstante sus enfermedades, para el desempeño de ella; pero, ó bien porque no estaba gustoso con la deter-

minación del Difinitorio, ni con los Difinidores, ó bien por no querer más fundaciones en Andalucía, ó bien porque las ideas de nuestro Venerable Padre eran contrarias á las suyas; pocos meses después de dada la comisión, escribe al Ministro de Córdoba, mandándole, que al pasar por allí el Padre Fr. Juan Bautista para San Lucar, lo detenga, sin dejarlo seguir adelante; y en caso de resistirse, le ponga unos grillos. No era esta mucha penitencia, dado el caso de la resistencia, pues un Religioso desobediente merecía mucha más; pero que el Provincial diese por factible el caso de que resistiese á su mandato el Padre Fr. Juan Bautista, un Padre de tan elevado espíritu, de virtud tan grande, y tan notoria, es lo que hai que admirar. La Carta llegó á Córdoba después que el Siervo de Dios estaba en San Lucar, á donde le escribió el Padre Ministro intimándole el mandato del Padre Provincial; al cual sin la menor detención, ni replica obedeció, poniéndose en camino para Córdoba.

CA-



CAPITULO XVII.

Ultima enfermedad, y dichoso tránsito de Nro. Venerable Padre.

Legado á Córdoba el obediente súbdito, y Padre de todos, penetrado de dolores, y sumamente flaco, y debilitado, por los trabajos del camino; tomando nuevo incremento sus males, llegaron sus pocas fuerzas á postrarse del todo. Y para que tuviese más que ofrecer á su Maestro Jesu Christo, por último le sobrevino un recio dolor de costado con ardientes calenturas, y otros molestos accidentes. Todo lo toleró el Siervo del Altísimo con rara paciencia, igualdad de ánimo, y resignación, pues de la manera que se iba consumiendo el hombre exterior, para dar fin á esta vida temporal, se renovaba su interior cada día más con nueva gracia, para disponerse á empezar una vida eterna.

El Padre Ministro Fr. Juan de San Miguel atendiendo á todos los respetos que debía á tal Padre, y tal enfermo, procuró asistirle con toda puntualidad, y con todos los oficios que caben en caridad, y justicia, destinando para su servicio y cuidado á los Padres Frai Ambrosio de Jesus, y Frai Bartholomé de Christo. Poco sirvió este cuidado, y el de los Médicos, porque desde luego se manifestó la voluntad de Dios, que quería llevar aquella pura alma á su eterno descanso. Y conociendo el bendito Padre que era la última la enfermedad en que se hallaba, manifestó en ella con mayor esplendor sus muchas virtudes, y el alto grado de perfección, á que con la poderosa gracia del Se-

Bb 2

ñor

nior habia llegado, dejando á sus hijos como en testamento admirables exemplos de Fé, Esperanza, i Caridad, de mortificacion, i obediencia. Fue en esta tan exácto aun en los últimos dias, que para que el Padre Fr. Bartholomé le cortase las uñas de las manos que las habia dejado crecer bastante, fue preciso pedir licencia al P. Ministro, i hasta obtenida, no consintió aquel acto de caridad. Por la mucha que con el usaba el P. Fr. Bartholomé, quiso darle un poco de fruta, que le habian trahido, pero antes pidió para ello la licencia al Superior. Tan nimia como esta fue la obediencia de este gran Padre de espíritu, de quien su Provincial presumió pocos dias antes faltaria al cumplimiento de un mandato suyo. A vista de estos ejemplos, i otros innumerables, que el Siervo de Dios dió por todo el espacio de su vida, bien se podrá decir tuvo mui poco fundamento la presuncion de dicho Superior.

Agravábase cada instante el mal, sin que las me-

dicinas le diesen alivio, ni esperanzas de él; i creyendo los Médicos, que no habia ya remedio para el enfermo, uno de ellos, que era el Doctor Anzueta, lleno de pena, i sentimiento le dijo, que se hallaba en gran peligro, pues no se encontraba remedio en lo humano para su enfermedad, i así que se dispusiese para morir. Recibió el fiel Siervo del Señor esta noticia con tanto júbilo de su alma, que sin poder contenerse, alzando ojos, i i manos al Cielo, dijo con el Santo Rei David: *Heme alegrado en lo que se me ha dicho, irémos á la Casa del Señor, donde su Magestad habita.* I volviéndose despues al Médico, que se habia valido de preámbulos para darle aquella nueva, creyendo le serviria de sentimiento, le habló así: "Pues hermano, esta nueva retardaba Vm. en darme? Muchos años ha que con grandes ansias la deseo, porque tengo firmé esperanza, que Dios me ha de llevar á su santa gloria." Así los Religiosos, como los dos Médicos que-

quedaron edificados todos de esta paz interior del Siervo de Dios, i enternecidos, no pudieron contener las lágrimas. *El verdadero Religioso, escribe él mismo, dá su vida por su Dios, para mas le amar, por no le ofender, i por satisfacer por sus culpas; i concluye: No tengo yo por buena señal, cuando el hombre dá de mala gana su vida, cuando le pesa morir, i es necesario sacarle el alma como por fuerza.*

El Presidente del santo Tribunal de la Inquisicion de Córdoba (cuyo nombre omitieron los primitivos Padres, contentándose con solo decir su apellido, que era *Palomino*) mui apasionado del Siervo de Dios; visitandole en esta ocasion, le significó con expresiones mui cordiales la gran pena que le causaba su peligrosa enfermedad; á que le respondió el enfermo: *Que por lo mismo, siendo su verdadero amigo, debia alegrarse, porque se iba á la gloria, i desde allá le serviria mejor.* Encomendóle á sus hijos para que

los favoreciese, en las ocasiones en que necesitasen de su valimiento, i ofreció dicho Señor hacerlo así, lo que cumplió con mucho esmero. Al despedirse pidió al santo enfermo le echase su bendicion, i negándose á ello por su profunda humildad, le tomó la mano, i besandosela con mucha devocion, i deshecho en lágrimas, se retiró.

No obstante que su vida habia sido inculpable, i que á juicio de los Confesores no habia perdido la gracia del santo Bautismo, se confesó generalmente, con tanto dolor, i lágrimas de arrepentimiento, como si hubiera sido el mayor escandaloso. Apenas sintió venia la Comunidad con el Señor para administrarsele por Viatico, se arrojó de la camilla para adorar, i recibir á su amado Dueño, i Rei del Cielo; pues aunque postrado, i sin fuerzas corporales, las tenia su vigoroso, i constante espíritu para hacer este acto de Religion, i fé christiana. Volvieronle á la cama, i por condescender con su encendida devocion, le permiti-

mitió el Prelado, que sosteniéndole por los brazos dos Religiosos, estuviese arrodillado sobre el mismo lecho. De este modo á presencia de Jesus Sacramentado hizo pública protesta de la Fé Católica con tanto fervor, i afecto tan encendido, que sus palabras parecian fuego, i que tras ellas se le salía el corazón. Estaban los circunstantes por una parte suspensos, oyendo cosas tan altas como decia, viendo las heroicas obras de piedad christiana que practicaba, i detramando por otra copiosas lágrimas de ternura, i devoción. Concluyó su protesta, diciendo, como verdadero hijo de la Iglesia, que si en lo que habia predicado, hablado, i escrito habia alguna expresion, que no fuese conforme á las verdades infalibles de la Santa Iglesia Católica, desde luego se retractaba de ella, i la sujetaba á su justa censura, i correccion.

Recibió luego aquel Sagrado Pan, que dá vida á los que dignamente le reciben; i estando su alma

tan bien dispuesta, la llenó sin duda de bienes celestiales, de copiosos dones de gracia, en prendas de la cercana posesion de la gloria. Pidió humildemente le dejasen solo, para dar gracias al Señor por el sumo beneficio que acababa de hacerle. Entrando poco despues el Padre Fr. Ambrosio á ver como estaba, le despidió con agrado, diciéndole, que no era ya hora de tratar con las criaturas, sino con Dios solamente. Asi lo executó el bendito Padre, ocupándose hasta que espiró en altísima contemplacion, en dulces coloquios con Dios, diciendo muchos versos oportunos de los Psalmos de David: i el rato que en esto hacia alguna suspensión, era para consolar á sus amados hijos, que los veía llorosos por la grande afliccion que padecian. En aquel tiempo que estuvo recogido despues de haber recibido al Señor, estaban algunos Religiosos escuchando con curiosidad por las aberturas de la puerta lo que hablaba: i entre otros muchos coloquios con

Dios,

Dios, le oyeron este: *Bien sabeis, Señor, que he hecho quanto he podido. Feliz mil veces, el que en aquella hora pudo decir al Supremo Juez, á quien son patentes los secretos del corazón, que habia trabajado todo lo que habia podido, siendo Fundador de una Reforma, que tiene tanto en que entender.*

Entraron despues los Religiosos, i mandándose el Ministro, que no quiso admitir excusas, refirió á los Religiosos muchos de los trabajos que habia padecido por la Reforma, que ya dejaba escritos, mandado asimismo de la obediencia, i algunos señalados favores que habia recibido del Señor, i de su Santísima Madre. Dijo por último la promesa que le habia hecho de darle dolores hasta la muerte, como se lo habia suplicado despues de la rigurosa operacion, para quitarle la piedra: i alzando los ojos al santo Crucifijo, concluyó diciendo: *I ahora Señor muero de los dolores de orina, i del dolor de costado, que padezca con sumo gusto,*

i consuelo, por verme perseguido por nuestro amor.

Acercándose por instantes su última hora, á petición suya recibió el Santo Sacramento de la Extrema-Uncion, repitiendo actos intensísimos de dolor de sus culpas, i de esperanza en las divinas misericordias. Pidió le leyesen en alta voz la Pasion de Christo Señor nuestro, que estuvo oyendo, i contemplando con singular atención, ternura, i consuelo de su alma, teniendo en las manos un santo Crucifijo, que habia sido su inseparable compañero en todas sus muchas peregrinaciones. Inmediatamente pidió al Padre Fr. Ambrosio de Jesus le ayudase á rezar las Completas, i las alternó con él con tanto reposo, i atención, que daba bien á entender la interior tranquilidad de que gozaba. Viéndole ya fatigado el compañero, le suplicó no rezase mas, contentándose con oírselas á él, que las acabaría, como lo hizo.

No acertaban los Religiosos á apartarse de su lado, deseando por la des-

pe-

pedida recibir la última bendición en la tierra de tan santo Padre. Pidió-sela el Prelado de rodillas: escusóse el humilde enfermo: pero diciendo el Superior, que *en cuanto podía se lo mandaba*, hubo de condescender con los demás votos deseos del Padre Ministro, i demás Religiosos; dióles á todos su mano, empezando por el Padre Ministro, i besandosela cada uno de por sí, llenos todos de ternura, i lágrimas, les echó su bendición. Luego los fue abrazando á todos, pidiéndoles juntamente perdón con profunda humildad, como si les hubiera sido ocasion de algun pernicioso escándalo. Esta tan humilde accion enterneció mas á sus hijos, i viendo que no podian contener las lágrimas, les dijo aquellas palabras de Jesu-Christo: *Pequeñito rebaño, no temais, porque agradó á vuestro Padre Celestial haceros participantes de su Reino.* Mas para esto debeis tener mucha union, i caridad fraternal, observancia regular, i zelo de la salud de las almas. Quedóse un

tanto suspenso encomendando á Dios á sus hijos, i luego empezó á decir el *Psalmo treinta i nueve de David Expectans expectavi Dominum*; con vehemente deseo esperé largo tiempo al Señor, i benigno, i misericordioso atendió á mis ansias, i suspiros; i siguió hasta el último verso que dice: *Adjutor meus, & protector meus es tu: Deus meus ne tardaveris.* Tu eres Señor quien me ayuda, i me protege: Dios mio no tardes.

Proseguian los Religiosos en continuos sollozos, i volviendose ultimamente á ellos, los consoló diciendo: *Hijos míos, no se afligjan, que en el Cielo les serviré mas.* Uno de ellos, manifestando mas su dolor, i sentimiento, tuvo animo para decirle lo que á San Martin sus discipulos: *Padre amantísimo por qué nos desamparas? i á esta amorosa queja del discipulo, correspondió el moribundo diciendo lo que aquel grande Obispo: Señor si todavía soi necesario para tu obra, i Religion, no rebuso el trabajo; en tus manos me pongo; hágase en mi tu voluntad.*

luntad. Fue este un acto de resignacion mui heroico, ofreciendose á carecer por el tiempo que fuese del agrado de Dios, de su clara vista, que tan firmemente esperaba, solo por atender á la utilidad, i provecho de sus hijos.

Preguntó luego qué hora era? i habiendosele respondido, dijo con amorosa exclamacion: ¡O que largas horas! lamentandose con el Real Profeta de que se prolongase su destierro, i retardase ver á Dios en la Patria Celestial. Esto hizo creer á los Religiosos, que el Señor le habia revelado la hora de su muerte. Llegó pues esta, que fue á las tres de la tarde, en que observandose en su apacible rostro alguna mutacion, comenzaron á cantar el Credo, i el Venerable Agonizante lo iba rezando con lenta pronunciacion, abrazado con el Santo Crucifijo; i al llegar la Comunidad á cantar aquellas palabras: *Et incarnatus est*, con gran serenidad de ánimo, i de semblante, quedó su cuerpo muerto, i su inocente

alma voló al Cielo á gozar los eternos premios. Su dichoso transito á la hora dicha, fue el dia catorce de Febrero de 1613, á los cincuenta i dos años de su edad, i treinta i tres de Religion; de los que los diez i siete vivió en nuestros Padres Calzados, i los diez i seis justos en la Reforma; pues en el dia catorce de Febrero de 1597 habia vestido el hábito de Recolecto.

Quedó el Venerable difunto con el rostro apacible, i modesto, cual lo habia tenido en vida, causando su vista mucha veneracion á todos. I temiendo el Padre Ministró el concurso, i ruido, que precisamente causa una vniversal conmocion, dispuso prontamente el entierro. Accion tan imprudente, como justamente vituperada de todos; i ni aun con ella pudo impedir el numeroso concurso de toda clase de personas. Concurrieron, i sin ser avisados, los Prelados, i Comunidades de nuestros Padres Calzados, de San Agustin, i nuestra Señora de la Mer

ced; clamando todos por reliquias del Santo, hasta que se apuraron sus disciplinas, cilicio, i Rosario, i tambien pedazos de sus hábitos, por cuyas alajas se experimentaron despues varios prodigios, como se dirá en adelante.

Pasados algunos días, el Padre Provincial para desagrarivar á su santo Padre, i darle la debida satisfaccion por el grande agravio que poco antes le habia hecho con la infundada presuncion de que desobedecería á sas órdenes, reprehendió al Padre Ministro por su imprudente apresuracion en el entierro del Venerable Fundador, i mandó se le hiciesen públicas honras, i predicasen sus muchas virtudes. I divulgado por toda la Ciu-

dad de Córdoba el dia destinado para esta piadosa funcion, concurrió á ella el Cabildo Eclesiastico, i Secular con muchos Caballeros particulares, i Religiosos de todas las Ordenes. Pero las tres Comunidades de Agustinos, Trinitarios, i Mercenarios vinieron formadas con sus Prelados. El Predicador manifestó con ternura, i llanto mas que con palabras i razones la pérdida grande de la Religion en habersele puesto aquel Sol, que con la luz, i resplandor de su doctrina la ilustraba, i las virtudes heroicas en que habia resplandecido. Sobre el sepulcro se escribió el siguiente epitafio en lengua latina, que vertido en castellano, dice:

A DIOS OMNIPOTENTE MAXIMO LA GLORIA.

EL VENERABLE PADRE FR. JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION, ELEGIDO DE DIOS PARA FUNDADOR DE LOS DESCALZOS, QUE PROFESAN LA REGLA PRIMITIVA DEL ORDEN DE LA SANTISIMA TRINIDAD. HOMBRE CELESTIAL, Y DIGNO DE SER CONTADO ENTRE LOS VARONES APOSTOLICOS. EN LA ORACION, VIGILIAS, ABSTINENCIA, Y MORTIFICACION ILUSTRE. EN PADECER, Y VENCER TRABAJOS MAS ILUSTRE. EN LA OBEDIENCIA, POBREZA, CARIDAD, Y ZELO DE LAS ALMAS ILUSTRISIMO. EN LA MANSEDUMBRE, Y CASTIDAD ANGEL. AUNQUE MURIÓ, NO MURIÓ: PASÓ DE ESTA VIDA MISERABLE A LA ETERNA, DONDE SE HALLA EL VERDADERO GOZO, ALEGRIA, Y FELICIDAD, A 14 DE FEBRERO DE 1613.

Desde su feliz tránsito de 1780, aprobé sus virtudes en grado heroico, i ha conservado Dios en los ánimos de los Fieles la fama constante de su santidad, hasta nuestros dias, en los que nuestro Santísimo Padre Clemente XIII en diez del mes de Agosto de 1780, aprobó sus virtudes en grado heroico, i esperamos que la Santidad de Pio VI, felizmente reinante, apruebe sus milagros, para lograr venerarle sobre los Altares.

LIBRO II.

DE LAS EMINENTES VIRTUDES, i gracias de Nro. Venerable Padre Fr. Juan Bautista de la Concepcion; i milagros en vida, i despues de muerto.

POR cuanto cuidado hayan puesto los Santos, viviendo en este mundo, en ocultar sus virtudes, el Señor, que quiere sean luz sus discipulos, las ha sabido haer manifestas á los mortales, para que admiren todos lo que el hombre puede con la divina gracia, i se exciten á procurar los medios por donde los Santos la consiguieron. Todos los hombres veneran la virtud, rinden los debidos respetos al que la posee, i creen que es digno de veneracion hasta de sus mismos contrarios. Tal cons-

tituyeron á nuestro Padre sus muchas virtudes: todas las poseyó, i ejercitó con tanto esmero, como si cada una de ellas fuese todo el objeto de su cuidado, resultando grande alabanza á Dios; porque en este valle de lágrimas, en donde los tropiezos son tan obvios, i las caidas tan fáciles, i frecuentes; le conservó en la primera gracia, que recibió en el Bautismo. I no es pequeña prueba de su gran virtud, el que habiendo tenido muchos contrarios en la Religion, por ser de opuesto dictamen en el gobierno,

i dilatacion de la Reforma, ninguno se atrevió á poner el mas minimo dolo en su vida religiosissima, en la rectitud, i pureza de sus intenciones (exceptuando uno, ú otro por poco tiempo): i esto fue sin duda porque resplandecia tanto su virtud, que el mas

ciego, no podia dejar de conocerla. Todas las virtudes de nuestro Héroe están tan encadenadas entre sí, que no se puede hablar de unas, sin tocar en otras. No obstante hablaré, aunque sucintamente, de todas en particular en los Capítulos siguientes.



CAPITULO I.

Viva Fé, i firme Esperanza del Venerable Padre Fr. Juan Bautista de la Concepcion.

Nadie puede dudar, que la Fé es el fundamento de la salud eterna, puerta del Cielo, manantial de buenas obras, i raiz de toda virtud christiana. Crece el hombre en la virtud, á proporcion de los aumentos que tiene en la fé. Esta es la que hace conocer el digno objeto de las virtudes, para que por ellas el hombre á el se encamine, le busque, i le posea. De aqui es, que todo el cúmulo de buenas obras, en que han resplandecido los Santos, el desprecio de sí mismos, del mundo, i sus vanidades, el zelo de la gloria de Dios, i del bien de las almas, todo el ejercicio de estas virtudes procede de la Fé, como de su principio, del vivo, i firme conocimiento que tienen de Dios, i de sus divinas perfecciones. Son las obras

el verdadero testimonio de la fé, i por las maravillosas de nuestro Apostolico Varon, i Venerable Padre Fr. Juan Bautista, tendremos noticia de su viva fé, del alto conocimiento que tuvo de Dios, i de sus infinitos atributos, i de la fidelidad de sus promesas.

Desde que abrió los ojos de la razon, desde su tierna edad empezó, i continuó hasta morir, á despreciar al mundo, á sus honras, i placeres, porque la viva fé, que ya desde entonces tenia altas raíces en su alma, el conocimiento, que prevenido del Cielo, tenia de su Dios, i su eterno Reino, cerraba las puertas de su corazón, para que no admitiese otro dueño. Este conocimiento le hizo abrazar desde luego la pobreza Evangelica, la abstinencia, i vigiliias, la mortificación de los sentidos, proponiendose solo el seguir con teson por los medios que Dios le diese á entender el real camino de la Cruz, que es el que va derecho á la celestial Corte de Dios. Excitado de este mismo conocimien-

to, emprendió fervoroso el camino de la perfeccion christiana, i religiosa, sin que los grandes obstáculos, que el demonio, mundo, i carne ponen á la virtud, hiciesen la menor impresion en su recto corazón. Con la fé viva de Dios pudo perseverar constante en todas sus aflicciones, asi interiores, como exteriores, que fueron terribles, sufriendo con igualdad de ánimo tribulaciones, i persecuciones del demonio, i de los hombres. En su viva, i firme fé se afianzó aquella fortaleza de espíritu, con que siempre atento, i fijo en Dios, como se dice en el decreto de sus virtudes, venció gravísimas dificultades, que ocurrieron en la fundacion de la Reforma, en su rigurosa disciplina, i observancia.

En fuerza de esta viva fé se ofrecia contiaguamente al Señor, i dirigia á su Magestad todas sus operaciones; i encargaba mucho á sus hijos, que en todos sus asuntos rectificasen primero su intencion, mirando, i atendien-

do

do en todo á solo Dios. En sus escritos á cada linea confiesa á Dios por Autor de cuanto bueno pudo haber obrado, por único erector, propagador, i conservador de la Reforma, como si él ni aun la menor parte tuviera en ella. Todo esto confirman unas palabras, con que hizo una salva para lo que empezaba á escribir: *Mas quiero (dice) á mi Religion, i la honra de mi buen Dios, que los tesoros del mundo.*

Este zelo, que ardia en su pecho de la honra de su Señor le hacia sentir amargamente, i llorar con lágrimas de sangre sus ofensas; i para templar este sentimiento aconsejaba á los que trataba con mas frecuencia, que pidiesen á Dios por la conversion de los pecadores, para que no pereciesen almas redimidas con la preciosa sangre de nuestro Redentor Jesu-Christo, i siendo asi que el perverso abuso de jurar su Santísimo nombre está tan arraigado, en los rústicos principalmente, en las gentes

de poca crianza, i en los poco temerosos de Dios, movido del horror santo que le causaba esta abominable costumbre, i de un piadoso deseo de desagraviar á Dios ultrajado, hizo voto de besar la tierra cuantas veces oyese jurar en vano el Santísimo nombre de Dios, de Jesus, i de su Santísima Madre, ó decir alguna blasfemia.

Este santo voto le ocasionó una continua mortificación en su cumplimiento; porque como hizo tantos, i tan largos viages, i es ya tan universal esta costumbre en caminos, i en posadas, se veía precisado á estar besando quasi continuamente la tierra. Esto no obstante cumplia religiosamente lo prometido, sucediendo muchas veces acabar de levantarse de haber ejercitado este acto de adoracion, i volver á postrarse en tierra para repetirlo, haciendo asi mas largo, i mucho mas penoso el camino. Por esta razon el Confesor le conmutó este voto, ordenándole un acto interior de adoracion, por aquel

ex-

exterior de besar la tierra. Parece no obstante que el Señor mas se agradaba del voto primero, que del segundo: pues estando en cierta ocasion el Venerable Padre bien olvidado del voto, i licita conmutacion, i mui afligido, i triste por otras cosas, hablando el Señor á su interior le hizo una fuerte i áspera reprehension, por haber echado de sí la carga de aquel voto, que libremente habia hecho, volviendo por la honra de su Santísimo Nombre. Porque á los que el Señor escoge tan señaladamente para sí, qualquiera imperfeccion, aunque mui leve, reprende, i castiga severamente. Asi lo reconocia su fidelísimo Siervo, cuando confiesa de sí mismo, pero con mucha humildad: *Que despues que se hizo Descalzo, nunca hizo cosa menos ajustada, que no se la corrigiese su Magestad.*

Su viva, i fervorosa fé se hizo notoria á todos en la devocion, i espíritu con que aun siendo niño recibia con frecuencia los Santos Sacramentos, oía, i

servia á las Misas, visitaba las Iglesias; i en todo lo que entendia ser acto de Religion, i servicio de Dios, causando edificacion en cuantos lo advertian, como todo consta de los procesos hechos sobre sus virtudes en Almodovar del Campo, su patria. Ya mayor en la Religion, avivandose mas su fé, despedía mayores luces; exortando en sus conversaciones, platicas, i sermones al santo temor de Dios, á la estrecha observancia de su santísima Lei, i á los ejercicios de la caridad, alma, i vida de las virtudes. Esta viva fé le excitaba, siendo Trinitario Calzado en Sevilla, á solicitar con todas veras pasar al Africa á predicarla á los Mahometanos, i á ponerse en ocasion de dar su sangre en testimonio de su verdad.

Pero si no consiguió verter de una vez su sangre en defensa de la Fé, vertió continuamente su fé como sangre en todas las operaciones de su vida, segun el consejo que á todos los Fieles daba San

Cle-

Clemente Alejandrino. No le permitieron los Superiores la ejecucion de sus piadosos intentos, pero procuró compensarlos, suplicando á los Caballeros de Sevilla, que tenian Moros esclavos, se los embiasen en ciertas ocasiones al Convento, para catequizarlos, i habiendolo conseguido, venian aquellos infelices violentados á la presencia del bendito Padre. Conocia su groseria, i rusticidad, i usando de una santa simulacion, i de aquella buena astucia con que el Apostol dice captaba á los de Corinto, procuró primero hacer que se le aficionasen, i viniesen á él con gusto. Conseguido esto, poco á poco, segun que el divino Maestro le daba á entender, los fue instruyendo en los Misterios de la Religion, esplicandoles sus verdades, confutando al mismo tiempo los errores torpes del Mahometismo: i en premio de este ardiente zelo le concedió el Señor la conversion de muchos de ellos, que celebró la Ciudad de Sevilla con accion de gra-

cias al Todo-Poderoso, por la eficacia que habia dado á las palabras del zeloso Catequista.

No descansaba un punto en este, i otros semejantes empleos, pronto siempre á dar la vida, i mil vidas, que tuviera por el aumento, i exáltacion de la Santa Fé de Jesu-Christo. De esta su grande fé procedia aquella inclinacion, que despues quedó en hábito, de estudiar en la Sagrada Escritura, i con tan feliz suceso, que la usaba continuamente con tanto espíritu, distincion, claridad, i prontitud, que causaba admiracion aun á los mas sabios. De esto nos dejó una evidente prueba en lo mucho que escribió. Escribia prontamente, sin prevencion, ni particular estudio. Hubo dia que escribió seis pliegos, pero sin faltar en la mas minima cosa de la observancia regular. Quando iba de camino llevaba á prevencion su tintero, i por las noches, teniendo comodidad en la posada, se ponía á escribir; i confiesa el mismo Siervo de Dios, que en algunas ocasiones, pues-

Dd

to

to ya á escribir, no sabia que habia de decir; i deteniendose un poco, á pensarlo, le ocurrían tantas especies, que á manera de agua detenida en una represa, querian salir todas de golpe; y entonces su mayor trabajo era determinar, i segregar entre muchas, las que le habian de servir para lo que hacia animo de tratar.

Es argumento grande de su fé viva la firme esperanza, que tuvo en Dios. Jamás dudó, ni cabiló sobre el seguro de las divinas promesas, creyendo firmemente, que no serian confundidos, ni defraudados de sus santos deseos, los que ponen en Dios su confianza. Pero no dejaba por eso de aplicar los medios humanos para la obra, que esperaba conseguir de Dios. Habiendole asegurado el Señor por revelacion divina, i su Santisima Madre el buen fin que habia de tener la ida á Roma á pretender la Reforma, no obstante no dejó piedra por mover, no omitió diligencia, que juzgase tener conexión con el logro de su intento: porque

el Señor que le reveló, que la Reforma se habia de efectuar, no le reveló por qué medios; para que así él trabajase en buscarlos. En orden á esto, tratando de los varios conocimientos que dá Dios á algunas almas dice así:

“Otras veces dá Dios conocimiento claro de los fines, dejando en tinieblas el entendimiento acerca de los medios: Ala Beata Madre Teresa de Jesus le mandaba Dios, que fuese á una Ciudad á tratar de una Fundacion: le manifestaba los felices sucesos, i fines de ella, i no sabia los medios, de que se habia de valer, antes si, hablabá grandisimas dificultades, i contradicciones. Pretendia Dios en este modo de manifestar ala Beata Madre, en la certeza del buen éxito, el aumento de su confianza en medio de las dificultades, en la dificultad de los medios la paciencia, i sufrimiento en los trabajos, que se ofreciesen, i como hija de obediencia gran rendimiento en lo que se le mandase, i merecer en
”la

”la obscuridad de los medios, lo que pudiera merecer en la incerteza de los Fines. Lo mismo se puede decir del Patriarca Abraham. Prométele Dios, que su linaje se multiplicará como las estrellas: créelo el santo certisimamente, como palabra de Dios: mándale sacrificar á un hijo solo, que tenia, de donde podia esperar el cumplimiento de aquella palabra: aqui de las dudas, aqui de la incerteza de los medios, con que aquella revelacion se habia de verificar. Pretendia Dios probar á Abraham en los dolores, i aflicciones de su corazon, en el sacrificio de su hijo, en su grande fé, en su obediencia, en su confianza, de que la palabra de Dios no se habia de defraudar. Todos estos meritos perderia Abraham, si Dios le hubiera manifestado, que el Angel le habia de detener el brazo para ejecutar el sacrificio.” Todas son palabras del Siervo de Dios, que por su grande humildad no comprueba consigo mismo esta gran doctrina; i

pudiera mui bien, por la semejanza con Santa Teresa no menos en el oficio de Reformador, que en los favores recibidos del Cielo.

Quanto mas poderosas eran las contradicciones en los asuntos, que emprehendia por la gloria del Señor, obraba entonces con mayor seguridad, fiado solo en las promesas de Dios: i así dejó aconsejado á sus Religiosos que en tales empresas, procedan siempre con confianza, i teson, aun quando parezca que Dios se retira, i dá lugar á las obras de Satanás. Hablaba por larga experiencia; pues destituido de todo favor humano, i en competencia de poderosos contrarios, como lo eran dos Embajadores de dos coronas, solicitó, i obtuvo el Breve para la Reforma Descalza, i la puso por obra. Pudo tambien en pocos años, i á pesar de dificultades, que se juzgaban insuperables hacer veinte i dos Fundaciones de Conventos, poniendo siempre en Dios toda su confianza; i al paso que las dificultades, i oposiciones crecian, el mismo confiesa, le

comunicaba el Señor mas valor, ánimo, i confianza. La falta de lo temporal para el alimento de sus hijos, i otras cosas precisas, jamás le causó pena; porque en las mayores necesidades (que en aquellos principios llegaron á ser extremas) estava mui cierto le habia de asistir el Señor con liberalidad, quanto menos se desvelase, buscando auxilios humanos. Pretendiendo fundar en Valladolid, le preguntó un Oidor, *de qué habian de sustentarse?* A que respondió: *De lo que V. S. i otras personas nos dieren por amor de Dios.* Pero antes de dar esta respuesta, volvió los ojos á un Santo Crucifijo, i en alta voz exclamó diciendo: " Señor, á tanta gente como entra en esta Corte no se les pregunta de qué han de sustentarse, i á vuestros siervos, que están debajo de vuestra protección, se les pide cuenta de qué han de sustentarse." Quedó edificado aquel Juez de la grande confianza, que tenia en Dios aquel su fiel Siervo, i en el mismo dia

le embió una buena limosna, siendo desde entonces mui afecto al bendito Padre.

Estando en la fundacion del Colegio de Alcalá faltó un Domingo del todo que comer. Sintió el Siervo de Dios esta falta, por ser en día en que por la Regla primitiva de la Orden se podia comer de carne, i dar aquel alivio á sus Religiosos. Mandó disponer unas yerbas, i con ellas se resignaron todos, porque no les daba Dios mas. Acabada esta pobre comida, les habló en estos términos: " Carisimos hermanos, estemos mui contentos con lo que Dios nos ha dado al medio dia; i esperémos firmemente en él, que á la noche nos socorrerá con su divina providencia." Asi fue, pero por un camino mui extraordinario. Fue el caso, que el Canonigo Magistral de aquella santa Iglesia, mui afecto á los Padres Franciscos Descalzos, que llaman del Angel, les embió en aquella tarde una tabla de cubiteres, i un frasco de vino; pero el criado portador, en vez de ir al Con-

ven-

vento del Angel, fue al nuestro; i preguntando por el Prelado, dió á nuestro Padre aquella limosna de parte de su Amo, para que cenasen los Religiosos aquella noche. A la mañana siguiente fue nuestro Padre á dar las gracias al bienhechor, que no conocia; i este le respondió: " Verdaderamente Padre, la limosna de ayer yo le ordené á mi criado la llevase al Padre Guardian del Angel; pero Dios con su providencia acudió á la mayor necesidad, i así me mandó la llevase á V. P. lo qual luego que lo supe, como le ví venir tan presto, no solo no lo sentí, pero di gracias á Dios, i juzgué ser cierto padecer ese Colegio, como nueva pen su fundacion, i gran pobreza, i necesidad."

Otra vez faltó pan para cenar. Embió el Venerable Padre por quatro panes prestados á los Padres Clerigos Menores. Hicieronse raciones, i despues de haber cenado toda la Comunidad, sobtaron aun mas; de las que habian dado de sí los quatro panes. Lo

mismo sucedió con un frasco de vino, que habiéndose concluido con los de primera mesa, se halló otra vez lleno, quando fueron á servir á los de segunda. Admirandose los Religiosos de estos prodigios, les dijo el Siervo de Dios: " Hermanos, fien mucho de Dios, i tengan en su divina Magestad grande fé, i persuadanse, que si tuvieren de fé viva, tanto como un grano de mostaza, traspasarán montes de una parte á otra, i no harán cosa dificultosa."

Salió el Venerable Padre de Alcalá para Valladolid, quando fue llamado para dar razon de la forma de las Cruces llanas, que usaba. Salió sin un ochavo, pero en Madrid le dieron treinta i siete reales de limosna. Púsolos en una bolsa: de ellos gastó en el viage, en el tiempo que se detuvo en Valladolid, en la vuelta á Alcalá, i en dos viages mas á Toledo, sin acabarse los treinta i siete reales, i aun con gastar lo que ocurría para la Comunidad de Alcalá: hasta que un dia, dandole mucha pri-

prisa un oficial por el importe de su trabajo, vació la bolsa, i aun encontró bastante con que pagarle: "Que si no fuera esto, (dice el Venerable) creo llevaría Dios traza de proveernos nuestras necesidades con la pobre bolsa: Cierito á mi me dá ahora vergüenza el decirlo: que entonces yo andaba tan abobado, que no sentía lo uno ni lo otro, ni reparaba en ello" I si bien el Siervo de Dios habla en estos términos por su acostumbrada humildad, ninguno de sus hijos dudó de que todos estos prodigios fuesen fruto de su grande fé, i firme esperanza en Dios, como lo deponen testigos oculares de estos sucesos.

En sus enfermedades ponía su confianza mas en Dios, que en las medicinas, i remedios humanos, cortespondiendo el Señor á esta viva fé de su Siervo, cuando convenia para su servicio. Hallandose cuando Calzado, tan flaco, i enfermo, como queda referido, pasando á la Releccion (dice

él mismo) " fue Dios servido que arrecié, sané, i cobré fuerzas, para hacer lo que no sé, quien pudiera, sino aquel, en quien Dios quiere probar la virtud, que este santo hábito tiene. Que quien me conoció podrá decir, es un epilogo de milagros los que Dios ha usando conmigo."

A esta misma fé, i confianza en Dios en orden á la salud corporal, exórtaba, i animaba á sus Religiosos. En una ocasion estaban seis bastante enfermos en el Colegio de Alcalá, con fiebres tan ardientes, que pusieron en mucho cuidado al Médico, que era Catedrático de Prima en aquella Universidad. Supo el bendito Padre el cuidado, i recelo del Médico; fue luego á visitar los enfermos, i con afecto de Padre, i una viva fé, les dijo: "Hijos, no hagan caso de nada de esto, sino tengan mucha fé, i coman un poco de pescado abadejo, que es lo que come la Comunidad, i fíen en su Magestad, que estarán con eso buenos, por que

que para dar salud no está Dios atado al regalo de los cuerpos." Teniendo ya los Religiosos tan conocida, i experimentada la virtud de su santo Padre, nada recelaron seguir su consejo: comieron del abadejo, i hallandolos á la tarde el Médico libres de calentura, admirado de mudanza tan repentina, i extraordinaria, dijo: Padres, qué es esto, que tal mudanza halló en tan breve tiempo? Refiriósele el caso, i formando aun mayor concepto del que ya tenía, del Venerable Fundador, publicó por Alcalá el prodigio, i por toda su vida socorrió con limosnas á aquel Colegio.

Enfermaron grayemente en la misma Universidad de Alcalá el Maestro Tapia, Cura de la Parroquial de San Justo, i el Marqués de Ladrada. Llamó el primero al Siervo de Dios; i no obstante que los Médicos le habian dicho se moria de aquella enfermedad, el bendito Padre, ofreciéndole oraciones particulares de toda su Comunidad, le dió ciertas esperanzas

de recobrar la salud, como si la tuviera en su mano, ó Dios se la hubiera revelado; De aqui pasó á casa del Marqués, i ofreció lo mismo, poniendo siempre á Dios por delante. Luego que llegó al Colegio, encargó con instancia á los Religiosos, hiciesen oracion fervorosa por aquellos dos enfermos, acompañandolos el santo Prelado; el qual dice: *Yo siempre tenía confianza, que habian de sanar.* Asi sucedió; pues ambos enfermos se hallaron buenos al dia siguiente, atribuyendo todos la milagrosa sanacion á la fervorosa oracion, i á la grande confianza, que tenia en Dios el Venerable Padre.

Cuando, siendo Trinitario Calzado, convirtió los Moros, segun queda dicho; los que obstinados permanecieron en su ceguedad, intentaron darle la muerte con un activo veneno, que mezclaron en una exquisita fruta, que le regalaron. Recibióla el bendito Padre, esperando en Dios, que si contenia alguna cosa nociva, no se la dejaria gustar. Sintióse lue-

luego impleado á retirar de sí aquella fruta, i ponerla en donde nadie la pudiese tocar. Hizo despues, lleno de confianza, la Cruz sobre dicha fruta, i al punto se convirtió en feisimos gusanos. Advirtiendo los agresores, que su malvada intencion no habia tenido el efecto deseado, sabiendo que el Venerable Padre salia á predicar á Alcalá de Guadaíra, dos leguas de Sevilla, fueron prevenidos con armas á esperarle en sitio oculto, por donde debia pasar: vieronle, pero al pasar por junto á ellos, quedaron deslumbrados, sin poder verle, ni aun sentirle, hasta que ya estaba distante, i fuera del término, á que podian alcanzar sus armas. Súpolo despues el Siervo de Dios, i dió gracias á su Magestad, por haberle preservado de tan próximo peligro.



CAPÍTULO II.

Encendida Caridad del Venerable Padre para con Dios, i con los prógimos.

EL amor de Dios es el que hace al hombre bueno, justo, i agradable á los divinos ojos. Buena es la Fé, i sin ella no hai salvacion; buena es la Esperanza, pero faltando la Caridad, están estos hábitos informes, i muertos: quien los informa, i dá vida es el amor, i caridad para con Dios. Fuerte como la muerte es el amor: asi fue la caridad de nuestro Héroe, i al parecer aun mas, pues tantas veces en obsequio de Dios puso á riesgo su vida, des-

pre-

preciandola, i no haciendo de ella estimacion alguna, sino en quanto podia sacrificarse al amor de Dios, que ardia en su pecho. Sentia gran pena, cuando retirandosele la luz del Señor, no sabia cual era su santissima voluntad en algun asunto, que estaba para emprender; porque el que de veras ama, desea con ansia saber el gusto del amado, para seguirle. "Si un hombre conociera (dice el Siervo de Dios) claramente, qual era la voluntad de Dios, i mayor honra, i gloria suya, pareceme á mi, que ahi no habria dificultad en abrazar dificultades, en perseverar, i sufrir." En las quales palabras dá bien á entender el discipulo de Jesu-Christo, cuan preparado estaba su ánimo para sufrir trabajos, i muertes, siempre que le constara ser asi la voluntad de Dios.

A esta prontitud de animo exórtaba con frecuencia á sus hijos, haciendoles ver claramente, que toda la perfeccion christiana, i religiosa consiste en hacer la divina voluntad. A este

proposito decia muchas veces: "O buen Dios, i si yo pudiera persuadir á los Religiosos de toda nuestra Religion, cuan breve camino es para todo lo que desean, i quieren alcanzar, una verdadera resignacion en Dios, un confiar de veras en él, un arrojarse con grandes ansias en sus manos, un no querer mas de lo que él quisiere, un estar indiferente de la salud, ó la enfermedad, de la muerte, ó la vida! ;Cómo si le dejásemos hacer á él, qué de veces nos veriamos remedios, i curados!" En otra ocasion, habiendo dado su sentir sobre una cuestion que se ventilaba, acerca de aceptar un sujeto un oficio, ó renunciarle, por juzgarse indigno, concluyó diciendo: "Haga Dios lo que fuere servido en mi, i de mi, que para eso me crió, i me tiene en el mundo, para que acuda á su voluntad, i querer."

Todos los Religiosos que le trataron, i fueron testigos en los procesos, conspiran unánimes en deponer, que el Venerable Padre es-

Ee tu-

tuvo invidiablemente unido á la voluntad de Dios; que todos sus deseos, obras, i palabras no respiraban mas que amor de Dios: que tenia particular gracia del Señor para tratar estas materias, de modo, que en sus familiares conversaciones, ó exórtaciones espirituales tenia suspensos, i admirados á todos; i deponie el Padre Fr. Gregorio de San Matheo, que cuantas veces le oía hablar, se encendía en el amor de Dios, porque sus palabras, salidas del volcan de su pecho, abrazaban los corazones de sus oyentes. ; Pero qué mucho que sus palabras causasen estos admirables efectos, si sola su presencia, deponie el Padre Fr. Basilio de San Juan, parecía que arrojaba llamas á cuantos le miraban, pues con solo verle, ya se sentian con vivos deseos de imitar las virtudes, que en él admiraban!

Su caridad tenia todas las propiedades con que la explica San Pablo; porque era paciente en tolerar las injurias, benigna con todos; carecia de emulación, obraba con fruto, i con

buen suceso, ni era hinchada, ni ambiciosa, no atendia á las conveniencias propias, cuidaba solo de las ajenas. Su abrasado corazon le hacia cumplir gloriosamente todos los ministerios de una perfecta caridad. En el de la predicacion del santo Evangelio puso su atencion, i cuidado en los primeros años, con solo el recto fin de atraer almas á Dios, i asi daba el Señor tanta fuerza á sus palabras, que á veces con un solo ay! ó semejante exclamacion, hacia temblar los oyentes, i al parecer de estos, aun las paredes del templo. Otras veces templaba los afectos, acomodandose siempre á la urgencia, i capacidad de los concurrentes, pues al mismo tiempo, que atormentaba á los rebeldes, i obstinados, dilatava tambien los corazones de los pusilánimes, i afligidos.

Doce años estuvo empleado en el ministerio de la predicacion por las Andalucias, siendo Calzado. Aunque hizo mayor mansion en Sevilla, pasó tambien á esparcir la semilla evan-

evangélica á las Ciudades, i Villas de Ronda, Ecija, Loja, Córdoba, Lucena, Montilla, Andujar, Baeza, i Jaen, empleando en estas Apostólicas tareas lo mas florido de su vida, pero cogiendo copiosísimos frutos para Dios en la conversion de innumerables pecadores. De las muchas que refieren los testigos en los procesos, diremos uno, ú otro.

En la Villa de Utrera vivia un poderoso Comerciante, de nacion Portugués, tan sobrado de conveniencias, i bienes temporales, como pobre, i mui necesitado de los espirituales. La mayor parte de sus riquezas eran fruto iniquo de la pública usura. No se veía en concurrencias de piedad christiana, ni asistir á un sermón. Pero como el Pastor divino mira por sus ovejas perdidas, tuvo á bien de tocar vivamente al corazon de este Rico usurero, para que asistiese á un sermón de nuestro Venerable Padre. Este redujo su oracion á descubrir la fealdad, i malas consecuencias del pecado

de la codicia, i á ponderar cuan necesario es el desprecio de los bienes de la tierra, para encontrar el camino derecho del Cielo. Quiso Dios prendiese la saeta de la divina gracia en el corazon del Avaro; pues amedrentado de lo que habia oido, conociendo que con él habian hablado, todo temblando, buscó al punto al Médico, que le habia descubierto la peligrosa enfermedad de su alma. Encontróle, i disponiendole para una Confesion general, la hizo tan á satisfaccion, i con tanto fruto, que no solo restituyó los bienes mal habidos, sino que lo restante repartió á los pobres; i abrazando despues el estado Religioso, perseveró en él con mucho ejemplo de humildad, i penitencia.

En la Villa de Marchena vivian escandalosamente dos jóvenes hermosas, que empezando por necesidad, sin serlo, convirtiéronse despues en vicio. Ni ellas, ni sus perdidos amantes parecian por las Iglesias á oír la divina palabra, i asi buyendo de la

medicina, i del Médico que la administraba, hacian mas dificultosa la cura de sus almas. Movido nuestro Padre de la caridad que ardia en su pecho, entró en su casa; saludólas con agrado, pero con seriedad religiosa; i aunque ellas no esperaban sermones, el zeloso Padre con tal viveza, i eficacia les afeó sus culpas, i escándalos, que confusas, i avergonzadas empezaron á llorar amargamente: i como hubiesen escusado su pernicioso empleo con su grande pobreza, tomó á su cuenta el bendito Padre socorrerlas: juntó crecidas limosnas, i con ellas, i los saludables consejos que les dió, mudaron de vida, i perseveraron con opinion de buenas Christianas.

Aun pasó á mas su caridad, i zelo de la conversion de las almas, usando de medios extraordinarios para el intento. Siendo ya Provincial, i estando en Madrid, dispuso que un Domingo de Quaresma llevasen á la Iglesia de nuestro Convento las mugeres de la casa públi-

ca, con el santo fin de que predicandoles con fervor, se convirtiesen. Hízose asi, con concurso de innumerable pueblo, que ni aun pudo entrar en la Iglesia. Concedióle el Señor mucha parte de lo que deseaba, pues antes de concluirse el sermón, quatro de aquellas infelices, de catorce que eran, se levantaron del sitio, pidiendo á Dios misericordia; i siguiendo despues el zeloso Padre las restantes á la casa, en donde aquel dia las colocaron, armado con un santo Crucifijo, le concedió la infinita piedad de Dios otras quatro de las diez que habian quedado obstinadas. Con la gran ganancia, de estas ovejas recuperadas, determinó hacer una procesion para dar gracias al Señor por la misericordia usada con aquellas almas; yendo delante nuestro Venerable Padre con un santo Crucifijo coronado de flores; seguian los Religiosos, i despues las ocho felices pecadoras, á las cuales, al volver al Convento la procesion se agregó otra, i todas, dice

to-

nuestro Venerable Padre, vivieron despues, i perseveraron christianamente.

Al mismo tiempo que atendia al remedio espiritual de las almas, procuraba tambien remediar las necesidades corporales. Por el año de 1590 fueron muy continuas las enfermedades en estos Reinos de España, tanto que concluyeron en peste, muriendo mucha gente de ella. Estando entonces el Siervo de Dios en Sevilla, aprovechó esta ocasion, para ocuparse en los ejercicios de caridad: porque saliendo á predicar á la Villa de Arcos, á los pocos que no estaban postrados en cama, desocupado de los ministerios sagrados, acudia á las casas de los enfermos para servirlos, i consolarlos, sin apartarse de unos, sino para cuidar de los otros, segun lo pedia la necesidad, perdido ya el temor á la muerte. Quarenta dias perseveró en estos piadosos ejercicios, hasta que sabiendo que en Morales, tres leguas distante, estaban quasi todos los vecinos

enfermos, i en grave necesidad espiritual, por falta de Ministros Ecclesiasticos, hubo de ausentarse de la Villa de Arcos, para ir á Morales, en donde habia mayor necesidad.

De doscientos vecinos que tenia el Pueblo, raro era el que no adolecia del universal contagio: i penetrado nuestro Padre del fuego de la caridad de sus proximos, entró á servirlos con tal amor, cual podria usar una piadosa madre con sus hijos. Andaba de casa en casa, á unos llevando el sustento corporal, á otros el alimento del alma, administrandoles los santos Sacramentos, auxiliando á los que estaban para morir; asistiendole tanto el Señor, que el mismo santo Padre dijo despues, que nunca se habia hallado con mas ánimos, i fuerzas, que entonces: dandole tambien tanta eficacia á sus palabras, i exórtaciones, para auxiliar á los moribundos, que llegó á tener quasi una cierta seguridad de haberse salvado cuantos habian muerto alli de aquel contagio.

Pero

¿Pero qué mayor prueba de su encendido amor á Dios, i á sus prójimos, que verle emprender tan fargas, i penosas jornadas, con suma pobreza, i desnudéz, por dar gloria á Dios en la multiplicacion de Templos, en donde fuese adorado, i de nuevos Ministros, que dia i noche le ofreciesen cánticos de alabanza? atropellando á este fin por calores, aires, nieves, yelos, i aguas, lleno siempre de males, i dolores, tan flaco, i extenuado, que mas parecia esqueleto, que hombre vivo: puesto muchas veces á riesgo de perder la vida, sufriendo afrentas, i malos tratamientos de muchos, i aun de los que menos los esperaba, que eran sus hijos? Ni todas estas contradicciones fueron bastante, no ya para apagar, pero ni aun para entiviar el fervor de caridad que animaba su espíritu; pues á no haberle impedido los Superiores, jamás hubiera desistido de vencer imposibles para amplificar la Casa de Dios, i aumentarle adoradores, que en es-

piritu, i verdad rindiesen á Dios Padre los debidos cultos.

Efecto de este zelo de la honra de la Casa de Dios fue tambien el deseo que tuvo de las dos Reformas de Agustinos, i Mercenarios. Por esta última se ofrecia él mismo á servir en lo poco que pudiese, aun yendo á Roma segunda vez, como habia ido la primera por la suya. I cuando despues supo que se habia efectuado, significó su gran gozo por estas palabras: "Confieso, que el dia primero, que se pusieron el hábito, de mis aprietos interiores se me quitaron á mi hartas arrobas, por ver que lo que interiormente padecía por nuestra Reforma, i las demás, no era mentira, pues ya las veía reformadas." Hablando poco antes de la Reforma de los Padres Agustinos, dice lo siguiente, que todo manifiesta su ardiente zelo por la gloria de Dios: "Confieso delante de mi Señor Jesu Christo esta verdad::: demás de la certidumbre evidente que

"en

"en mi alma estaba del bien de nuestra Reforma, i Religion, puso Dios en esa mesma balanza, que si yo perseveraba, los Padres Agustinos, que en Roma estaban negociando tambien su Reforma, no se cansarian, antes con la perseverancia de un hombre tan flaco, ellos se animarian. I asi fue: que cuando me vieron venir de Roma con nuestro Motu proprio, se animaron, i encendieron en fervor, i nuevos deseos, i embiaron dineros, i que vos Religiosos, para que de nuevo trabajasen::: i con este ejemplo de ver un hombrecillo, solo, sin dineros, i que ni aun figura de hombre creo que tenia, i que trahia Letras, en que venia todo lo que se podia desear, perseveraron; i si no fue el todo, fue parte para que concluyesen, i alcanzasen su separacion." De todo lo qual se infiere el mui dilatado término, á que alcanzó su caridad, i su ardiente deseo de que Dios mas, i mas fuese obsequiado, i adorado; no respi-

randó mas que caridad, i amor de Dios en sus familiares conversaciones, pláticas, i sermones. Esto era lo que trataba, i aconsejaba, i lo que debemos tratar, i aconsejar los Religiosos, que para esto solo nos necesitan los Seculares, i por este solo fin nos deben buscar, i nosotros tratarlos.

Todos los testigos en sus informaciones jurídicas, que le conocieron, i gozaron de su compañía, declaran unánimes, que jamás le oyeron palabra, que aun de mui lejos oiese á murmuracion; i que reprehendia, i castigaba severamente en sus súbditos el menor defecto de esta naturaleza. Si alguno á su presencia hablaba contra los que se le habian opuesto, que bien conocidos fueron, lo hacia al punto callar, i tomaba por su cuenta disculpar á aquellos, persuadiendo que habia sido recta su intencion; ó atribuyendo á tentacion del comun enemigo, el desacierto con que podian haber obrado, como se advierte en varias partes de

sus

sus escritos. Tampoco culpaba á los que en las fundaciones se le oponian con tanto esfuerzo; diciendo solo, que era permision de Dios para probarle, i hacerle ver, que el conseguirse alguna, era todo obra del mismo Señor. I tan lejos estuuo de indignarse, ó resentirse contra los opositores, que antes bien con obras, i palabras procuró hacerles el bien posible.

Era de condicion blanda, i apacible, i de corazon mui tierno; i sentia por lo mismo tener que reprehender, ó castigar á sus súbditos: i precisandole á ello algunas veces la obligacion de Prelado, lo hacia con tal amor, i entrañas de verdadero Padre, que todos llevaban resignados la reprehension, i sacaba el fruto deseado. Condoliase igualmente de los trabajos ajenos, como si fueran propios, i procuraba remediarlos por todos los medios posibles. Tal gracia tenia en sus palabras, i consejos, que ninguno le oyó triste, i desconsolado, que no quedase

resignado, i contento; i por esta causa todos los atribulados, i afligidos acudian á él como á su único consuelo en sus congojas. Sabiendo que habia pleiuros, discordias, ó disgustos entre los Seculares, al punto se les entraba por las puertas de sus casas, i aun de sus corazones, ofreciendose por medianero; i ejecutaba el oficio con tanta gracia, prudencia, i caridad, que haciendose dueño de sus voluntades, los dejaba amigos, contentos, i conformes.

Con igual amor, procedido del que tenia á Dios, deseaba la paz, i union fraternal en los Conventos, i su alivio; i apenas era sabedor de que en algund ocurrian trabajos, ó bien de espiritu en sus hijos, ó bien temporales en los Conventos, aunque se hallase enfermo, i debilitado por sus muchos, i continuos achaques; al punto se levantaba, i ponía en camino, sin reparar en el mal temporal, por acudir á remediar el daño, que en sus hijos podia causar aquella tribulacion. Compasivos, i las-

lastimados los Religiosos, i admirados los Médicos, procuraban detenerle, poniendole á la vista el peligro, á que exponia su vida, que debia conservarla para otros fines, que Dios tuviese determinados; á que respondia con alentado espíritu: "El vencer, i
"sosegar lo que puede im-
"pedir el servir mas á Dios,
"es donde resplandece mas
"la caridad. Esta nos guar-
"dará. Dicen que nos va-
"mos á morir: vamos, va-
"mos, que moriremos cum-
"pliendo con lo que debe-
"mos." Ocurriendo algun trabajo corporal, en que debian ocuparse los Religiosos, se incorporaba con ellos, para que por su ayuda, les tocase menos fatiga; valiendose de esta industria, para mas ejercitar su caridad.

¿I cómo la ejercitaria con los pobres enfermos, necesitado estos de mayor consuelo, i asistencia? Miraba en ellos á Jesu-Christo, i así les tenia un singular afecto. Cuidaba que en todos los Conventos, no obstante sus pocas facultades, se dispusiese olla pa-

ra los pobres, i que fuese con aseo, i limpieza. Asistia en persona á repartirla, rezando primero con los mismos pobres, i exórtandolos á la paciencia, i conformidad en sus necesidades. Instruía los en la Doctrina Christiana, haciendosela decir á unos, preguntandola á otros, corrigiendo, i enseñando á todos con amor, suavidad, i zelo de amoroso Padre, que atendia al bien de sus almas.

Predicando una Quaresma en Valdepeñas, antes de ir á Roma, en el ultimo sermón convidó á comer para el Domingo primero despues de Pascua á todos los pobres de la Villa. Para esto pidió á su Auditorio le socorriese, cada uno segun su posibilidad, pues no queria otro estipendio, ni agasajo por su trabajo de Quaresma, que el poder cumplir con el combite hecho á sus pobres. Movieronse tanto los vecinos con este ejemplo de caridad, que socorriendole con abundancia, dió de comer á mas de doscientos pobres, que se jun-

tañon, i sobró bastante, para socorrer á otros en sus casas. Para los pobres del santo Hospital tambien procuraba limosnas de los poderosas, i ricos, i de este modo los socorria. En el de Toledo hizo esta obra de misericordia muchas veces; yentose otras al que llaman de los incurables, i á horas escuadras, para asistir á los pobres, asi en lo corporal, como en lo espiritual, sin que nadie lo entendiese mas que su compañero, que lo era el Padre Fr. Basilio del Santísimo Sacramento.

Un Novicio de pocos años estaba enfermo en el Convento de Madrid, de unas ardientes calenturas. Visitábale á menudo nuestro Venerable Padre con su acostumbrada gracia, afabilidad, i amor. El enfermo, como mui principiante en la Religion, era tambien poco mortificado, i llevaba con poca resignacion sus males, mostrando mucho deseo de su salud, i ninguno de padecer con sufrimiento por amor de Dios. Conolábale el bendito Padre con palabras

amorosas: pero advirtiendole que ni sus visitas, ni palabras le hacian adelantar un paso en la resignacion, i paciencia; arrebatado del fuego de caridad, que tanto asiento tenia en su pecho, le dijo fervoroso: *Hijo, tenga paciencia, i no le dé cuidado su enfermedad; que mañana querá Dios, que esté bueno, i que yo esté malo.* Asi sucedió, porque á la mañana siguiente amaneció nuestro Padre con la enfermedad del Novicio, i éste sano del todo; pero confundido, i avergonzado de su poca paciencia, no menos que admirado, de la mucha caridad de su santo Padre.

Era grande su desvelo, porque á los enfermos nada faltase de cuanto disponian los Médicos, asi para recuperar la salud, como para su convalecencia. I siendo asi que en sus quasi continuas enfermedades se trataba con severidad, i rigor, era sumamente suave, i benigno para con los otros enfermos, sin que la gran pobreza de los Conventos, por recienfundados, fuese im-

im-

impedimento, para que se omitiese aun la cosa mas minima, que se dirigiese á su alivio. Decia frecuentemente, que cuando para la debida asistencia de los necesitados, i enfermos faltasen otros medios, se debia echar mano de las aljar de Iglesia, i Sacristía; verdad es, que nunca se halló el bendito Padre en estos extremos, porque en premio de su caritativo zelo, le provehia el Señor en todos los aprietos, i faltas de lo necesario, por unos medios extraordinarios: conociendo claramente sus hijos ser todo efecto de la gran confianza que tenia en Dios el Venerable Prelado.

I Pero al mismo tiempo que con tanto esmero, i amor procuraba la puntual asistencia, i alivio de los verdaderamente enfermos, i necesitados; cuando advertia que la enfermedad de otros era de pura aprehension, ó procedida de demasiado amor propio, que se quejan mucho, padeciendo poco; á estos tales curaba con públicas reprehensiones en los Capi-

tulos, convenciendolos de su mucha delicadeza, i poca mortificacion. Consiguiente á esta práctica dice el Apostólico Varone "No porque duele el dedo, »han de querer cama; no »porque se romadizan; carne; no porque el pulso »se altera, Médico. Con »estos tales es necesario »traiga el Prelado grande »advertencia, que si no, le »destruirán la Religion mui »en breve: porque como »es gente que desea vivir, »teme la muerte, i busca »la salud. Con estos temores sueña de noche que »está enfermo, i imagina »de dia, que le duele la »cabeza, i luego quiere »que le curen por enfermo, i no guardar su Regla, ni seguir la Comunidad, i ocupar un enfermero. Para estos tales »hai necesidad de un Prelado resuelto, fuerte, i »mui desengañado, que les »quite sus imaginaciones, »i les haga seguir con rigor la Comunidad."

Vivia en el Convento de Madrid un Religioso, que andaba por lo comun tan melancólico, que juzgaba

Ff 2

no

no poder seguir la Comunidad. Habla de este tal el Siervo de Dios, i dice de él: "Esta melancolia debierale de causar en la imaginacion alguna ficcion de enfermedad, para poder tener excusa con el Prelado, si le embiase á llamar." Vino el Médico á ver este Religioso, i ordenóle que comiese de carne; pero preguntando el Venerable Padre al Médico, ¿por qué le mandaba comer carne? respondió éste: que aunque no habia reconocido en el pulso enfermedad alguna, habia dado aquella disposicion unicamente por el informe del Religioso melancólico, i por precaverle de la enfermedad, que podia tener. Mas el bendito Padre, previniendo al Médico para que en adelante no curase á los Religiosos con precauciones, que son propias de seculares, dijo despues con gracia: "Gentil modo de Fraile Descalzo! curar la melancolia voluntaria por enfermedad imaginaria, i la enfermedad imaginaria, porque tenia necesi-

dad de prevenirse, que no le viniese lo que imaginaba." Mandó luego al Religioso siguiese á la Comunidad en todo, comiendo lo que comian los demás, i obedeciendo como debia, quedó sano, contento, mui alegre, i desengañado de sus aprehensiones.

Los efectos de este gobierno del santo Prelado para con sus hijos, eran felices, i aun prodigiosos, en los que ciegameute obedecian: por lo qual uno de los Médicos de Valladolid dixo á Nro. Venerable Padre: "Padre, yo no sé con que preserva á sus Religiosos de enfermedades, que veo que se mueren infinitos en la Ciudad, i no hai hombre que tenga salud; i en esta casa todos están sanos, i si alguno enferma, sin Médico se cura, i sin medicina, sana." Respondió el Siervo de Dios, que *Su Magestad, como Médico de saber infinito, los sanaba.* Bien es, que en tales ocasiones aconsejaba á sus hijos, que el no hacer caso de las dolencias, acudir al Coro, i

no

no comer de carne, no habia de ser porque Dios les diese salud, que esto seria propio interés, i obligarian poco á su Magestad, queriendo la paga de contado: sino que habian de proceder asi, solo por amor de Dios, i por hacer su santissima voluntad, resignandose en lo que graciosamente quisiese darles, ó la enfermedad, ó la salud, ó la vida, ó la muerte.

En aquellos principios de la Descalcez, cayeron enfermos quasi todos los Religiosos, que vivian en Valdepeñas; entre ellos tambien lo estaban el Padre Visitador Apostolico Fr. Elias de San Martín, i su compañero, que á la ocasion hacia de Maestro de mas de cincuenta Novicios; que como empezaba la Religion, se recibian quantos Dios llamaba á ella. Fue avisado nuestro Padre de esta fatal situacion de aquella Comunidad, de la qual se hallaba entonces ausente; voló luego en alas de su encendida caridad, para asistir á sus enfermos. Halló toda la casa hecha un lastimoso hospital, con

poca asistencia, i con ninguna esperanza, de que los Médicos acertasen en la cura. Condolióse en gran manera el caritativo Padre, i movido de Dios, á quien encomendaba esta gravissima afliccion, dejando quien asistiese al Padre Visitador, i á su compañero, mandó se levantasen de sus camillas todos los Novicios, i llevando cada qual su manta, i esterilla, en que consistia toda la cama, marchó con ellos á la Hermita de San Christoval, que está en lo elevado de un cerro, á corta distancia del Pueblo; entendiendo, que respirando aires mas puros por la elevacion del sitio, podrian recuperar la salud, i convalecer mas pronto: i aunque parecia á algunos, no poder salir de casa, ni tenerse en pie, i menos subir al cerro, no obstante, animandolos Nro. Padre, llegaron por su pie á la Hermita, la barrieron, i en ella acomodaron sus desacomodadas camas. Fue cosa bien particular, que estando todos con calentura, algunos, á juicio de los Médicos, héticos, i todos

tan

tan débiles, i postrados, que quedaban los corazones de quantos los miraban, con pobre asistencia, sin Médicos, sin Cirujanos, sin medicinas, con admiracion comun, todos estaban ya enteramente resobrados á los veinte dias; i algunos á los ocho dias de estar en

la Ermita, ya bajaron al Convento, i se quedaron allí para asistir al Padre Visitador, cuya enfermedad fue mas larga. Asi tuvo fin aquella lastimosa epidemia; atribuyendo todos el prodigio á los méritos i caridad de Nro. Venerable Padre.



CAPITULO III.

Rigor con que nuestro Venerable Padre observó los Votos del estado Religioso.

LA obediencia, dicen los Santos Padres, es la propia madre de todas las virtudes, porque las produce, las cria, las alimenta, las fomenta; i las conserva; de modo que faltando la obediencia; faltan todas las virtudes, i todas se verifican donde hai obediencia perfecta. Por eso dice el Espíritu Santo, que el Varon obediente conseguirá muchas victorias. Bien enten-

dida tenia Nro. Venerable Padre, i bien guardada en su corazon esta tan necesaria doctrina, pues fue tan obediente á Dios, observó con tanta exactitud asi los preceptos del Señor, como los votos del estado Religioso, i sus estatutos, que jamás manchó su alma con pecado mortal alguno. Asi lo testificó por escrito, i de palabra el muy religioso Padre Fr. Josef de la Santissima

Tri-

Trinidad, que repetidas veces le habia confesado particular, i generalmente. En esto igualmente concuerdan todos los testigos en las informaciones para su Beatificacion, alabando, i engrandeciendo la grande vigilancia, i desvelo, que tuvo el Siervo de Dios, de agrada le, resignandose enteramente en su santissima voluntad, sin tener otra meta, ni otro fin, en todas sus acciones, i empresas que el cumplimiento de la voluntad divina.

Este mismo santo, i unico fin tuvo en la rigurosa puntualidad con que observó la santa Regla, i demas leyes de la Religion; asegurando todos no haberle visto jamás quebrantar ni aun la mas minima ceremonia de la Orden; por lo que era tenido por un vivo exemplar de la mas exacta observancia de quanto prescribe, todo el conjunto de las Leyes propias del estado. Pidióle un dia con bastante instancia un Personage de autoridad, i grandeza, que en atencion á sus muchos achagues, i á que quasi siempre estaba

con calentura, comiese de una vianda compuesta con grasa, pero en dia prohibido por la Regla, de que podia dispensarse, pues era Prelado. Escusóse el Siervo de Dios con cortesia, i humildad; pero como insistiese el personaje en sus ruegos, le dijo con espíritu, i entereza: "que no se cansase, que no haria cosa contra la Regla, que habia profesado, aunque muriese mil muertes." Respuesta digna de un Prelado, que al mismo tiempo es Fundador de una Reforma rigurosa. Quedó edificada aquella Persona, i mas aficionada que antes al santo Padre. No faltaron algunos, que se oponian al rigor con que queria se observasen aun las leyes mas menudas; pero tambien le dió Dios una superior fortaleza, con que á los tales les obligó á guardar todo quanto habian profesado.

Agradabase el Señor de esta observancia de su Siervo, dandosele su Magestad á entender, segun refiere el mismo Padre por estas palabras: "Advierto, que

que este rigor, su Magestad por su mano lo ha puesto, i le quieré, i si alguno ha pretendido menos, su Magestad no lo ha consentido." Estando pues cierto, que aquel rigor, i reparo, aun en las mas leves observancias, era del agrado de Dios, no es de estrañar pudiese tanto cuidado en ellas. Queriale el Señor mui perfecto, qual convenia para Padre de una Religion reformada; i para que ni por descuido cayese en alguna inobservancia, le avisaba, i prevenia, i aun castigaba, si por inadvertencia intentaba alguna cosa, que no fuese del divino agrado, como lo declaró el caso siguiente, que sucedió en el Convento de Valdepeñas.

Un dia tenia la Comunidad por única comida unas lentejas: estas no las comia nuestro Padre, i pidió al cocinero, que en la misma olla de las lentejas echase á cocer una col para su Reverencia, por hallarse aquel dia mui debil, para quedarse con solo pan, i agua. Sirvieron-

le en Refectorio la col, cuando á los demás las lentejas. Lo que le sucedió, refiere el bendito Padre por las siguientes palabras: "Dióme escrúpulo de comerlo, i vínome al pensamiento, ¡Válgame Dios, si aqui hubiese alguna cosa mala, por particularizarme yo, qué burlado me hallaria! Tómome el cuchillo, pártolo, i hállome en él un gusano largo, seco, asqueroso. Yo cuando lo vi, callé, porque me pareció, aquello era castigo para mi, porque me queria particularizar, i que si entonces lo confesaba publicamente, todos, ó algunos habian de comer la escudilla con escrúpulo, i la imaginacion hace el caso. Díjelo despues, i pedí encarecidamente, que nadie en nuestra Orden se atreviese á pedir, ni comer cosa, que todos desde el chico hasta el grande no la coman." Todas son palabras de nuestro Venerable Padre, por las cuales se conoce que Dios le queria mui observante, pues un defecto tan ligero no

se

se le disimuló, ni toleró su Magestad.

En una de las Aftas que el Padre Visitador habia hecho, cuando gobernaba la Descalcez, permitia, que los que iban de camino, i los achacosos pudiesen usar unas calcetas de sayal, que llegasen á los tobillos. Ninguno se valia de esta permission. Tenia nuestro Padre que hacer un viage: "I como tan cansado (dice el mismo) flaco, i de pocas carnes, i en medio del invierno, i unos habitos bien sin pelo, i yo harto helado, i aun me dio cojeando de una pierna de helada que estaba, parecieronme tantas causas, que alguna de ellas, ó todas juntas serian bastantes para unas medias calzas." Púsosele, é hizo su viage con ellas, pero luego conoció por los efectos, que no era del agrado de Dios abrazase aquel permitido alivio: pues á poco rato empezaron las piernas á llenarse de lepra, i llagas, que iban subiendo á los muslos, i advirtiendo qual era el principio de su daño, arro-

jó de sí las dichas calzas, i en el mismo momento empezaron las llagas á secarse, i á caerse aquellas costuras que parecian lepra. Púsosele un hermano Corista, que pasaba á Socuellamos, i al punto le empezó un frio, á que siguió calentura, que le duró todo el tiempo que tuvo puestas las calzas, ó medio calzas.

Pocos dias despues estando nuestro Venerable Padre en el Colegio de Alcalá, refirió á la Comunidad en la hora de recreacion estos ejemplos, para que conociesen todas las malas consecuencias que tiene la desobediencia. A este tiempo, un Religioso, á quien no debieron hacer mucha impresion los lances referidos, tornó la bendicion para salir del acto de Comunidad, en ademan de que iba á cosa precisa: siguióle Nro. Padre; i hallandole bebiendo en el Refectorio, le dijo con gravedad, i cariño: "Pues, hijo, de eso le ha servido el ejemplo del hermano, que ahora les he referido, para que conozcan los daños, que

Gg

"tra-

¿trata consigo el hacer alguna cosa, sin licencia? «yáyas con Dios, i téngase lo que Dios le embiáre.» En el mismo instante adoleció aquel Religioso de unas cuartanas, que le duraron todo el año, conoció este Religioso que su enfermedad era manifiesto castigo de la culpa, que habia cometido en haber sido livencencia, acabando del oír unas lámparas de tanto ejemplo, para proceder en todo con la santa obediencia. Confesó toda su vida la culpa cometida, i habiendo vivido muchos años, al cabo del tiempo en que se hicieron las primeras informaciones, (que se dicen ordinarias, por ser por autoridad del Ordinario) en la causa de Beatificación del Siervo de Dios: en ellas depuso sobre las virtudes de su santo Padre, i refiriendo este lance, atribuye su enfermedad á la dicha desobediencia.

De estos, i otras escarmientos tomaba el Siervo de Dios ocasión para hacer á sus hijos frecuentes exortaciones sobre la virtud santa de la obediencia, en

cargandoles la dependencia en un todo de la voluntad de los Superiores, pues este era el medio de estar unidos á la voluntad de Dios. Todas sus obras, i palabras conspiraban al ejercicio santo de la obediencia, i al cumplimiento de la divina voluntad, á la qual la suya estaba rendida, i aun por lo mismo el Señor lo llevaba insensiblemente á su ejecución segun lo que él mismo escribe por estas palabras: «Yo soi tan flaco, que pocas veces tengo fortaleza para seguir mis pensamientos; pero como Dios es santo, i bueno, i conoce mi flaqueza, él busca caminos, por donde yo no pueda hacer otra cosa, mas de lo que su Magestad ordena.» De aquí le nacia el estar tan negado á su propio juicio, que no queria regirse por él, aun cuando era Prelado, á no ser que claramente conociese ser aquello del agrado de Dios. *En nada quiero (dice) ni es licito regirme por mi parecer, por no padecer algun escarmiento, ó que sea tentación.*

¿Cuál,

¿Cuál, pues, sería su rendimiento, i resignacion con la voluntad de los Superiores, cuando era súbdito? Aun siendo Padre de todos, habiendo sido el primer Provincial, i pudiendo serlo, segun el Breve de ereccion de la Descalcez, mientras viviese, obedecia con la sumision de un Novicio. Buena prueba de esto nos ofrece aquella prontitud, con que desistió de las fundaciones, que tenia ya al concluir, cuando recibió orden del Provincial, para que suspendiese toda pretension, i se retirase. No se le pudo ofrecer al Siervo de Dios mortificacion igual, porque todos sus anhelos eran á dilatar la Reforma, para que hubiese mas Ministros que mirasen por las almas, i mas Templos, i Casas en que se diese alabanza á la Santísima Trinidad. Pero á la voz de la obediencia calmaron todos sus anhelos, i consagrandose enteramente á la voluntad de Dios, vino al Convento que le destinaron.

Al paso que se acercaba al fin de su vida, deseaba

mas, i mas sacrificarse á la obediencia santa, i cuando sus pertinaces achaques le imposibilitaban al rigor de la observancia, i le conducian apresuradamente á la muerte, entonces era mayor el empeño, que hacia de negarse á su propia voluntad, hasta morir obedeciendo. Retirado de la fundacion de San Lucar de Barrameda, i colocado en el Convento de Córdoba, en donde de allí á pocos meses murió, el Padre Ministro, usando con su buen Padre de alguna demostracion de respeto, i atencion, le dió licencia en cuanto podia para todas las cosas que le ocurriesen, para que no tuviese que pedirle á cada paso: pero el humilde Padre, aunque estimó religiosamente la atencion de su Prelado, i la agradeció, no quiso usar de ella, por tener mas que merecer.

Habiendo este fiel siervo de Jesu-Christo vivido siempre tan rendido, i conforme á la divina voluntad, era consiguiente vivir tambien superior á todas las inclinaciones de la carne;

Gg 2

sien-

siendo doctrina de S. Agustín, que quando el espíritu sirve, i obedece al Señor, la carne se riende, i obedece á las leyes del espíritu. Su pureza fue como de hombre celestial, i mas como de Angel, que de hombre vestido de las miserias de este fragil barro. Ya se dijo que teniendo solos nueve años de edad habia hecho vota de perpetua castidad, el que renovó estudiando en Toledo, antes de ser Religioso. Hecho cargo de las obligaciones que en sí encierra esta consagracion de su cuerpo, i alma á Dios, cerró desde luego las puertas de sus sentidos, á fin de que por ninguno entrase el enemigo á manchar su pureza con la menor imperfeccion. I el Señor se sirvió de asistirle tan copiosamente con su gracia, que jamás perdió la irreparable joya de la virginitad, como lo deponen los Religiosos, que le confesaron generalmente para morir, i aun antes.

I no obstante que segun sentencia del Espiritu Santo toda ponderacion es in-

ferior á los meritos de una alma continente, i casta, no pudo menos de admirar en nuestro Padre un mérito mui singular en esta Angélica virtud, quando veo, que para conservarla no pudo valerse de todos aquellos eficacos medios que señalan los Santos, i Padres de espíritu. Para la conservacion de este feliz estado, despues de los especiales auxilios del Señor, es necesario el retiro, la soledad, la abstraccion de las criaturas, que todo es ocasion de perder la pureza del corazon. Vuelva pues los ojos el piadoso Lector á lo que quedá escrito de este Varon Apostólico; considérele en tanta variedad de viages por mar, i por tierra, por Italia, por España, entrando, i saliendo por mesones, i casas de posada, tratando con hombres i mugeres, con poderosos, i con pobres, con malos, i con buenos, i con tantas clases de gentes, como era necesario, para servir el empleo para que Dios le habia destinado, i viendo que entre tantos peligros, conservó

su

su virginal pureza, no podrá menos de alabar, i bendecir al Señor, que con tan abundante gracia socorrió á su fiel Siervo, para ponernos por ejemplar de perfecta continencia, i para que creamos firmemente, que el hombre puede con la divina gracia vencer los mas poderosos enemigos del alma.

Bien conocia el Siervo de Dios la singular proteccion con que le asistia el Cielo; pero no por eso dejaba de desconfiar de sí mismo, i procuraba poner en práctica todos aquellos medios, que para conservar la castidad le enseñaron los libros, i los Confesores desde su tierna edad. Ni de secular, ni de Religioso dejó el retiro sino ó por obedecer, ó por empleos de caridad, ó por cosas mui precisas, en que conocia haber mayor perfeccion que en la soledad; i asi, quando dejaba el retiro de su casa, de su Convento, i de su celda, i se dejaba ver, i tratar con las gentes, las ocasiones, que se le ofrecian, i en que otros suelen peli-

grar, no eran de peligro, ni menos trópiezo al bendito Padre, porque poniendole el Señor en ellas, era su proteccion, i defensa.

En saliendo de casa, iba siempre prevenido con la continua presencia de Dios, ocupado en santas meditaciones, ofreciendo repetidas veces sus pasos, acciones, é intentos á honra, i gloria del Señor. Esta continua atencion á Dios, que tan de asiento residia en el corazon de nuestro Venerable Padre, se dejaba conocer bien en su rara, i extraordinaria compostura, i exterior modestia. Su aspecto parecia de un Angel: sus ojos clavados siempre en la tierra, ó por mejor decir, en el escapulario; apartandolos perpetuamente de mugeres, pues aun á su propia madre, siendo niño, miraba con vergüenza, i rara modestia. Sus palabras pocas, graves, ajustadas, i medidas á lo que queria explicar: de modo que todas sus acciones estaban indicando una alma libre, i expedita de afectos desordenados de carne, i sangre,

i

i absorta siempre en la contemplacion de las cosas de Dios.

Pero toda esta compostura, i cautela no fue bastante para impedir los arrojados desvergonzados de una muger libiana, poseída del espíritu de lujuria. Son muchas las que su malignidad prepara para hacer víctimas de la suciedad aun á los mas castos hijos de Jacob. Reconocióse asi en un lance que aconteció á nuestro Venerable Padre, predicando en la Ciudad de Jaen, pues ni su modestia, ni la palidez de su rostro, ni la mortaja en que estaba envuelto, ni el no dejarse ver los ojos, arredraron á una muger, de las principales, para que no pusiese en él la vista con una desenfrenada aficion. Manifestóla con palabras, i expresiones equívocas; pero ageno el Siervo de Dios de este lenguaje, aunque tan usado en el mundo, no se dió por entendido: mas, luchando en la desordenada muger la pasion contra la virtud, atropellando por todas las leyes de la modestia, i

compostura tan propia de su sexo, se explicó claramente con voces, i acciones tan descompuestas, i provocativas, que no se distinguió en ellas de la mas pública ramera. Entendido por el casto Predicador el arrojado, i peligro, invocó con fervor el santísimo nombre de Jesus, para auventar al demonio, que tomaba á aquella muger por instrumento para tan fuerte asechanza, i al punto se ausentó de su presencia sin hacer extremos, ni dar indicios de lo sucedido, mirando á la fama de la delincente.

Cuando secular estudiaba en Toledo, fue acometido de una mugerzuela de las que infamemente buscan el sustento por el medio de la incontinencia: buscó al inocente estudiante en sitio retirado, i apenas le saludó con sus familiares desahogos, sin responderla palabra, la escupió en la cara, i huyó. Asi venció felizmente el casto soldado en estos, i otros muchos acometimientos del demonio lascivo: i cuando despues referia á

sus

sus Confesores estos lances, que llamaba trabajos, debía haber estado entonces tan de su parte el favor, i poder de la divina gracia, que habia tenido muy poco que vencer en huír de aquellas ocasiones, i que lejos de haberle servido de algun aliciente á la torpeza, le habian causado notable horror, i espanto.

Agradó tanto al Señor el gran cuidado, i vigilancia, con que este su Siervo procuró conservar la pureza, que le habia ofrecido, que derromando sobre él mas copiosa gracia, lo elevó con ella á un superior grado de castidad, que es el de no padecer jamás representaciones sucias en los sueños; ni los efectos que ellas suelen causar aun en los Varones santos, i perfectos. Sobre haber declarado esto mismo sus Confesores despues de su dichoso tránsito, él mismo lo habia dicho aun confidente, reconociendo siempre la particular misericordia de nuestro Señor, que tan liberal habia querido ser con él sin merecerlo.

En la realidad, fue muy

grande esta virtud de la castidad con que el benig-nísimo Señor quiso honrar á su Siervo; porque vivir en esta carne humana, i mortal sin resabios de la misma carne, no es vida de la tierra, sino del Cielo. Es cosa muy especial, i particular misericordia de Dios el no dar consentimiento á la concupiscencia desordenada de la carne; pero el no experimentar sus efectos, es aun mucho mayor, porque es vivir una vida de Angel en carne de hombre. Indicio es este, que aunque no tuvieramos otro, bastaba para prueba eficaz de su heroica virtud. No solo la poseía, como particularísimo don de Dios, sino que la amaba en extremo, i exortaba á sus hijos á que la amasen, i con instancia la pidiesen á Dios; haciéndoles ver con fervorosas, i eficaces razones, lo muy agradable que es esta preciosa joya á los ojos de la divina Magestad: poniéndoles á la vista los medios conducentes para conservarla, como son la oracion, el retiró, abstraccion de las criaturas, i con especialidad

dad

dad de las mugeres, i el mayor reparo, i circunspeccion en obras, i palabras.

Aunque con tanto esmero procuró la virtud de la obediencia, i la de la castidad; si cabe, parece que aun con mayor procuró la de la santa pobreza, de quien dice Santo Tomas es el principio de la perfeccion Evangelica. Desde los primeros años, que la profesó, fue aficionadísimo á esta poderosa virtud; i no fue la que menos le estimuló para pasar á la Recoleccion, i despues para solicitar la Descalcez. I asi lo primero á que aplicó su atencion, i cuidado, quando llegó á Valdepeñas por Ministro de aquella primera Casa de la Recoleccion, fue á establecer, i zanjar con toda estrechez esta virtud Evangelica. "Porque deseaba de tal modo la pobreza (escribe de sí mismo el bendito Padre) que cuando en medio de mis pecados, me volvía á Dios, lo que mas á mano siempre me hallaba, cuando me hincaba de rodillas, era decirle á Dios: Señor, ámete yo,

"i sea pobre, i tan pobre, que solo tenga un Breviario. I esto lo decia muchas veces. I como era inclinado á esta santa pobreza, quise desde luego introducirla."

Su vestido era solo un hábito de jerga, ó de sayal grosero á raíz de las carnes, sin haber querido usar jamás una túnica de estameña. Sentia notablemente ponerse cosa nueva, ni era facil reducirle á ello, sino por medio de la obediencia, á la que se sujetaba rendido, despues de haber suplicado á los Prelados no le obligasen á ello. Cuando no era admitida su peticion en orden á esto, andaba como corrido, i avergonzado, por no estar vestido tan pobremente, como deseaba: no obstante que su corazon siempre lo conservaba desnudo de todo afecto terreno. Ceñia su cuerpo con una soga de esparto, i si bien á su ejemplo la usaban todos, despues los Prelados dispusieron se usase de correas.

Al paso que todos sus hijos se edificaban de la gran-

grande austeridad de su santo Padre, se lastimaban, i compadecian igualmente, suplicandole, que en atencion á sus muchos accidentes, minorase algun tanto aquel rigor de pobreza, i desnudez. Pero, despues de agradecerles la gran caridad que con él usaban, les decia, no tuviesen pena alguna, que para pobres Descalzos bastaba qualquiera cosa: que nuestra naturaleza no necesitaba de otras comodidades, que pide comunmente mas el amor propio, que la necesidad verdadera. Para que le lavasen el hábito, que trahia puesto, pedia otro como de prestado en la roperia; i esto ejecutaba aun siendo Provincial, i yendo de camino, por ajustarse asi mas al consejo de Jesu-Christo, cuando previno á sus Apóstoles, que en los viages no usasen de dos túnicas.

Igual rigor de pobreza observó en la celda, i tarima, en que despues de sus continuas, i diarias tareas, se recostaba, para dar á sus miembros algun

ligero alivio; pues no podian dar otro dos tablas, i dos mantas mui raídas, á un cuerpo tan extenuado, cargado de silicios, i penetrado de dolores, causados de sus enfermedades habituales. En los caminos jamás entró en las camas que solia encontrar en las posadas, ó en otras casas, en donde le recogian; acomodábase en un rincón retirado, sin mas cobertor, que la ropa que llevaba sobre sí; aunque fuese en tiempo de rigurosos frios. Muchas veces en los Conventos dejaba la tarima, i se recostaba sobre una esterilla. I á los que le suplicaban no fuese tan riguroso con su extenuado cuerpo, decia con gracejo: *Al pobre bástale dormir; no ha menester cama blanda, ni mas-comodidad que el sueño.* Esta respuesta se conformaba mui bien con la sentençia del Espiritu Santo, que dice, que el sueño es dulce, i apacible para el que está cansado del trabajo, coma mucho, ó coma poco: pero la hartura de los ricos comilones no les deja des-

cansar, ni tomar sueño, aunque tengan camas blancas.

En el mismo espíritu de pobreza Evangélica quiso nuestro Venerable Padre se fundasen los Conventos. En los que por sí mismo fundó, no permitió que por título alguno se admitiesen rentas, ó haciendas. Ni jamás trató de los aumentos temporales de los Conventos; no obstante ser tan zeloso, como fue; i decía: "Que cuando mas pobres, i necesitados estaban los Religiosos, estaban mas dispuestos para tratar de lo eterno, i ser enriquecidos de los dones celestiales." La misma repugnancia mostró á que las fabricas de los Conventos fuesen grandes, i suntuosas; siempre las quiso, i procuró pequeñas, i pobres, como lo deben ser los que han de habitar en ellas. Sobre este particular

era muy eficaces sus razones, haciendo ver á todos, cuan ageno es de pobres, i cuan indecoroso á Religiosos Reformados, que viven de la limosna, que graciosamente les dan los Fieles, el que vivan en casas costosas, i acomodadas. Cuando en los edificios, que se hacían en los nuevos Conventos advertía alguna cosa sobresaliente, ó de vana ostentacion, no conducente, ni conforme al espíritu de pobreza, lo reprehendía con severidad, i no contentándose con esto, lo hacía deshacer, ó demoler, diciendo con zelo santo: "Que casas grandes, i celdas espaciosas, no dactan bien con los que viven amortajados en un estrecho saco, i que sobre ser deformidad muy grande, que detragaba á Dios, sirve de poca edificacion á nuestros prógimos.

CAPITULO IV.

De su continua fervorosa oracion, i asistencia al Coro.

Habiendo experimentado Nro. Venerable Padre desde sus primeras años, quan suave, i delicioso es el trato, i comunicacion con Dios; reconociéndole cada dia mas con el continuo ejercicio, llegó á un sublime grado de oracion. Todo el tiempo le parecia poco para este sagrado ejercicio: i cuando por sus ocupaciones fuera del Convento no podia entre dia vacar á Dios con la quietud, i atencion que deseaba, en retirandose al Convento, ó bien fuese en el Coro, ó bien en la celda, todo el tiempo, que le quedaba libre, empleaba orando. En estos sitios, i empleo enriquecía su entendimiento de superiores ilustraciones, comunicándole el Señor mas copiosamente las luces de su

Divinidad: en su voluntad se encendian mas los deseos de amar al sumo Bien, con el cual intimamente se usia, por medio de amorosos afectos, i de una insaciable sed de hacer en todo su santísima voluntad, i de sacrificarse mas, i mas por su gloria.

Aconteció muchas veces dejarle algun Religioso en la celda afligido, i muy penoso con recios dolores en todo su cuerpo, pues para todo él habia bastantes males, i volviendo de allí á poco tiempo con este cuidado, ya no le hallaba en la celda, porque se habia ido al coro, donde á la presencia de Jesu-Christo, ó se mitigaban los dolores, ó no se los dejaba sentir el fuego del amor de Dios, en que ardía, contemplando

do en las divinas perfecciones. El tiempo que ocupaba en negocios exteriores estaba como fuera de su centro, i aunque fuese mui breve, se le hacia largo, porque suspirando con ansias por los brazos de su amado, se le hacian intolerables las mas breves dilaciones.

En la noche resarcía sumplidamente lo que decia haber perdido por el dia. Era lo mas comun tomar un ligero descanso al principio de la noche, i dos horas antes de Maitines irse al coro á orar: i concluidos, perseverar hasta la mañana, continuando la oracion que habia empezado la noche antes: i cuando por algun mayor insulto de sus males, le obligaban á mayor descanso, lo tomaba hasta la media noche, que era la hora de Maitines; pero despues de estos, siempre quedaba en el coro, esperando á la Comunidad, que volvía á entrar á las cinco, para salir con ella cerca de las siete.

Los regalos, i dones del Cielo que este Amigo de Dios recibia frecuentemen-

te en tan continuado, é íntimo trato, i union con Dios, eran grandes sin duda: i si bien su cautelosa humildad procuraba ocultarlos, el Señor, que en todo mira á su mayor gloria, se dignó manifestarlos con públicas, i exteriores señales varias veces. Una noche entre otras se quedaron dos Religiosos en el coro despues de Maitines, haciendo ánimo de acompañar hasta la mañana al bendito Padre: i sintiendo ambos un ligero ruido hacia la parte donde estaba nuestro Padre, vieron, que era arrebatado por el aire hasta el medio del coro, i allí en donde se detuvo, le vieron levantado mas de media vara de la tierra, rodeado de un resplandor, que les hacia ver claramente la elevacion de su cuerpo, sobre el pavimento del Coro. Percibieron al mismo tiempo una suavissima fragancia, nada semejante á los arómas de la tierra. Estando en Cordova, i siendo hora de que bajase á decir Misa, fue á llamarle el Sacristan, i le halló arrobado, a ido, i abrazado con un santo Crucifi-

co, levantado del suelo, i todo circundado de resplandores. A las voces en que prorumpió el Sacristan vinieron los Religiosos, que todos fueron testigos de este prodigio: todo ello indicio manifesto de la alta contemplacion á que el Señor habia elevado á su fiel Siervo, de las soberanas ilustraciones que recibia su entendimiento, i de los encendidos afectos de su abrasado corazon. Fue grande mortificacion para el humilde Padre el haber tenido testigos de estos favores, i para ocultarlos, les suplicó encarecidamente los callasen.

Pero dado caso que estos testigos tuviesen ocultos estos singulares prodigios, i el mismo Siervo de Dios reservase para sí los innumerables que en otras ocasiones le hubiesen sucedido, no podia encubrir, quando salia de la oracion, lo mui ilustrado, i regalado, que habia sido en ella; porque del trato, i familiaridad que habia tenido con Dios, salia tan fervoroso, i abrasado del divino amor, que parecia arrojaba fuego

de su rostro, deseando llegase á todos aquel incendio de caridad. Entonces no habia que tratarle de negocio alguno, mas que del amor de Dios, de la abstraccion de las criaturas, i del desprecio del mundo. Entonces, i siempre que habia ocasion, declaraba los puntos mas arduos, i dificultosos de la oracion, que solo pudiera comprender, i darlos á entender, quien estuviese mui experimentado. Exórtaba frecuentemente á este santo ejercicio, ponderando la necesidad grande que hai de este remedio eficaz en este valle de lágrimas, i las medras, i bienes espirituales que por medio de ella se grangean. En consecuencia de esta su doctrina, en sus mayores aprietos, i aflicciones, asi espirituales, como temporales, luego se iba al Coro, á representar al Señor sus necesidades, i decia á los demás: *Hijos, acudamos á Dios, que él es nuestro Padre, i nuestro remedidor.* Bien se demostraba en los efectos que se seguian de este recurso.

Ya se dijo que este ilustrado Padre escribió varios libros de Theologia Mystica, que dan bien á entender su elevado espíritu, i las abundantes luces que recibia del Cielo; pero en estas horas que estudiaba, i escribia, no dejaba de orar fervorosamente; porque meditando en los divinos libros, tejia como diestro Artifice una prodigiosa cadena, en la que con admiracion se eslavonaba la divina contemplacion, con el resplandor de su ejemplar vida. Depones en las informaciones el Padre Fr. Ambrosio de Jesus, que entrando una tarde despues de puesto el Sol en la celda del bendito Padre, le halló leyendo en la sagrada Biblia, i como la luz del dia fuese ya remisa, vió delante del Siervo de Dios una luz con muchos resplandores, con lo que se iluminaba toda la circunferencia. Este Religioso declara con juramento, que tuvo esta luz por sobrenatural, persuadiendose, á que procedia de la contemplacion, i trato intimo que tenia con Dios

este su Siervo, no solo orando, mas tambien leyendo, i estudiando. Por esta causa aprovechaba tanto en el estudio de las Sagradas Escrituras; porque viniendo de Dios toda sabiduría, el Señor la comunica mas copiosamente á quien mas le ama.

Podemos decir sin asomos de exageracion, que siguiendo á la letra el consejo del Apostol, oraba sin intermision, en todo tiempo, en todo lugar, i en toda ocasion; hermanando providamente la accion con la contemplacion: pues aunque fuera del Coro, i del Convento tratase los asuntos de su ministerio, i otros que ocurrían, ninguno de ellos era bastante para divertir asi su interior, que le hiciese perder la presencia de Dios, é impedir levantar frecuentemente su corazon al Soberano Dueño, á quien dirigia todas sus acciones. En los viajes, i en medio de rigurosos temporales observaba la misma constancia de orar; i decia á su compañero: "Hermano, para que no sienta tanto el trabajo
"del

"del camino, piense en Dios, ó en algun paso de la Pasion de nuestro Redentor, i piense, que cuantos pasos dá, los dá para el Cielo, donde ha de hallar el eterno descanso." Asi examinaba el go apartado del compañero, orando en silencio, poniendo por obra aquello mismo, á que exhortaba.

Cuan continuo fue este trato interior, que con Dios tuvo este Varon celestial, sin que le pudiesen apartar de él, ni los negocios, que siempre tuvo pendientes, ni su muy quebrantada salud, se deja ver en la perfeccion de su vida, i en las visiones, é ilustraciones con que le favoreció el Señor, asi en sueños, como en vigilia, segun queda referido. La atencion, fervor, i reverencia con que oraba en las horas determinadas, infundia devocion á todos, i asi le miraban como á un Angel, que tenia su conversacion en el Cielo. De aqui procedió en muchos una santa emulacion de seguir con lesón los ejemplos de su santo Padre en las sagradas vi-

gias de la oracion: i así en aquellos felices principios de la Reforma florecieron Varones muy ilustrados, i Maestros grandes en Theologia Mystica, i Directores de espíritus señalados en virtud.

A su continuo trato interior con Dios, correspondia su gran devocion i puntualidad en la oracion vocal (que tambien es mental, si es devota, como enseña Santa Teresa de Jesus) Aun quando sus habituales enfermedades le tuviesen oprimido de dolores, al sonar la campana, que llamaba al Coro, era el primero que entraba en él, i el último que despues salia. Disponia los negocios exteriores de tal modo, que á la hora del Coro estuviese desembarazado de ellos; i de no poder estarlo, los dejaba así, anteponiendo las alabanzas de Dios á otra cualquiera ocupacion. Solia llegar de camino, cansado siempre, unas veces mojado, otras penetrado del frio, i su descanso, i reparo era en el Coro con la Comunidad, aunque acabase de llegar
ni

ni aquella misma noche se excusaba de asistir á Matines, i continuar, despues de ellos, sus acostumbradas vigili- as. En los caminos observaba el mismo orden de rezar, repartiendo las horas de dia, i noche, como en los Conventos.

Su modestia, i exterior compostura cuando rezaba, era de suma edificacion, dando bien á entender su interior atencion á Dios. Considerábase á la presencia de aquella Suprema Magestad, ante quien se postran con veneracion

los espíritus celestiales, i así rezaba con gran reverencia, i temor, con el solo fin de adorar á su Dios, i de tributarle los obsequios de alabanza, que le son debidos, i acreditar con ellas su grande amor á su infinita bondad. Pues conservandose, i aumentando la amistad con el ejercicio amigable de las buenas obras, que hace un amigo por otro, así en nuestro Padre crecía, i se fomentaba su amor hácia Dios con su devocion, i su devocion con la caridad, i amor de Dios.



CAPITULO V.

Devocion que Nro. Venerable Padre tuvo al Santisimo Sacramento del Altar, i á Maria Santisima.

LA tierna devocion al Santisimo Sacramento, comenzó en nuestro Venerable Padre luego que en teniendo uso de razon fue

instruído en los Misterios de la Religion Catholica, i con los años fue creciendo por los grados de su fé, caridad, i demás virtudes.

Des-

Desde niño empezó á frecuentar los santos Sacramentos, i cada dia era mayor su aficion á participar de esta mesa celestial. Este es el maravilloso efecto de este soberano Pan de vida, que quien mas le come (comiendole debidamente) mas le desea, i quien mas con este deseo le frecuenta, mas le reverencia, mas le adora. Esta devocion al Santisimo Sacramento le arrebatava dulcemente á asistir en su real presencia, i nunca por fatigado, i dolorido que estuviese, se dispensaba, orando, de estar de rodillas, i sintiendose con alguna pena fuera de lo regular, se ponía en pie. Hallando algun Religioso, que con menos compostura estuviese en el Coro, ó Iglesia, ó sin necesidad, sentado, lo reprehendia, bien que con palabras benignas, pero con mucho zelo, acordandole el respeto, i veneracion, con que los Angeles asisten ante la infinita Magestad. Procuraba que todo lo que servia inmediatamente al culto del Señor en el Al-

tar, fuese aseado, curioso, i limpio, aplicando á esto un particular desvelo.

Celebraba todos los dias el Santo Sacrificio de la Misa, sin que las calenturas, i frecuentes dolores fuesen bastante á impedirselo, á no ser que del todo lo tuviesen postrado en la cama. No se contentaba con las santas operaciones, en que dia, i noche se ocupaba, siendo todas ellas una continua preparacion para recibir á Dios; pues además de esto, se disponía para tan alto ministerio con particular, é inmediata oracion, con ansias, i suspiros por aquel sagrado Pan de Angeles. Comunmente servía á una Misa, antes de decir la: previniendose tambien con el santo Sacramento de la Penitencia; juzgandose siempre menos dispuesto de lo que debía, para recibir al Señor de los Cielos i tierra; i con un vivo sentimiento; que le salía del fondo de su corazon, decia muchas veces: ¡O, i quién se dispusiera para decir bien una Misa!

La compostura, i pausa
li con

con que celebraba, correspondia á la veneracion con que atendia al Señor: á la verdad la falta de pausa en ejercicio tan elevado, lo es seguramente tambien de veneracion. Los efectos exteriores, que entonces se observaban en este fiel Ministro del Señor, daban bien á conocer lo mui regalado que era en su alma de aquella infinita Magestad, i el alto conocimiento que recibia de las infinitas perfecciones. Celebrando el Santo Sacrificio una vez en la Ciudad de Jaen, le vió clara, i distintamente un Siervo de Dios llamado Fr. Lope Montañés, cercado de resplandores, que salian de una hermosísima diadema, que tenia sobre su cabeza. De este admirable prodigio, concibió el referido Frai Lope tal respeto, i veneracion á nuestro Padre, que se arrojaba cuantas veces lo encontrabz, para besarle las manos, aunque las mas de las veces no podia conseguirlo, por retirarle el humilde Padre.

Todo el tiempo que empleaba en el Altar consi-

denábase cercado de Espíritus Angélicos, que átonitos de la humildad, benignidad, i grandeza de su Dueño, i Criador, postredos le veneraban, bendecian, i alababan; como lo vió antes de ahora un Venerable Anciano, i mui siervo de Dios, segun refiere San Juan Chrisóstomo) Penetrado de esta consideracion procuraba unir sus encendidos afectos con los de los Angeles, que asistian al Santo Sacrificio, para suplir de este modo toda la veneracion, i amor, que él por flaco (como decia) no alcanzaba, aunque deseaba tener.

Despues de celebrar quedaba como fuera de sí, todo transformado en Dios, olvidado de toda atencion terrena, i asi embebida su alma en aquel Señor que tenia en su pecho, enriquecida de nuevos conocimientos de su bondad, i perfeccion, se retiraba á regalarse con él, i á rendirle las debidas gracias, por tan singular merced; sin que para esto le faltase tiempo, ni los muchos asuntos pendientes se lo

ocu-

ocupasen; porque tratandolos despues de haber dado á Dios lo que le es debido, conseguia en menos tiempo, lo que quizá pedia muchos dias. Acabada la accion de gracias en el retiro de su celda, ó del Coro, salia á la Iglesia con el Misal, i vinageras en las manos, para ayudar á una, ó dos Misas mas, si habia oportunidad; O, i qué reprehension para aquellos Sacerdotes nada detenidos en disponerse para un tan tremendo Sacrificio, atropellados en celebrarlo, i olvidados despues, para retirarse á considerar la Magestad del Señor, que recibieron, i agradecerle sus incomparables beneficios! No se han de escusar las horas para el juego; para largas conversaciones, para correspondencias vanas, i quizá pecaminosas, i una sola media hora empleada en el Altar se ha de juzgar tiempo gastado, i consumido sin necesidad, i de mucha molestia para unos, i para otros! Dios nos dé á entender el terrible juicio que nos espera á los Sa-

cerdotes, por solo lo que mira al Santo Sacrificio de la Misa, para que temiendo, evitemos ser del número de los infinitos, que segun sienten los Santos Padres, se condenan, por la irreverencia con que llaman, i reciben en sus manos, i en su pecho al Supremo Juez de vivos, i de muertos.

No satisfecho nuestro devoto Padre con la veneracion, i cordial afecto que conservaba en su alma á su Dios Sacramentado, procuraba infundir esta devocion á cuantos trataba. Fundó en el Convento de Madrid una Congregacion de Esclavos del Santísimo Sacramento; que algunos años despues, se trasladó á otra parte, i es la misma que en el dia florece, con mucha edificacion de los Fieles, en el Oratorio que llaman de la Magdalena. A estos piadosos Congregantes hacia fervorosas pláticas el zeloso Padre, con tanto espiritu, ternura, i devocion, que enternecia, i enservorizaba á todo el Auditorio; porque en llegando á hablar, i pon-

li 2

de-

derar las finezas de Jesus Sacramentado, se deshacia en lágrimas, i á vista de este devoto, i tierno Predicador las vertian todos, ya de consuelo, ya de compuncion, segun la disposicion de cada uno. Como sentian en sus almas estos saludables efectos, nunca se cansaban de sus exórtaciones, i cada vez mas deseaban oírle. Aconteció en una de las Fiestas que celebraba esta Congregacion, haber saltado el Orador destinado á la hora precisa del Sermon, avisaron luego á nuestro Padre, sin darle lugar á excusa alguna; i predicó tan á satisfaccion de todos; que causó comun admiracion, no solo por el gran caudal de sabiduria, que vertió por todo el Sermon, sino principalmente por sus tiernos, i encendidos afectos, con que procuró enfervorizar á los oyentes en el amor, i veneracion de Jesus Sacramentado.

De la devocion á Jesu-Christo, procede, dice el gran Padre San Bernardo, como precisa consecuencia,

la devocion á la Sacratissima Virgen su Madre. Tíernisima i constante fue la que nuestro Venerable profesó á esta Soberana Reina. Desde niño la tomó por Madre, la obsequió como á Señora; en todas sus empresas imploró su Patrocinio, i experimentó los copiosos efectos de su benignidad; i para asegurar mas su proteccion eficaz, quando se hizo Descalzo, tomó por sobrenombre un Misterio de esta Señora, llamandose Fr. Juan Bautista de la Concepcion. ¿Qué gozo no seria el suyo, si hubiera alcanzado el tiempo, en que á petición de un Rei Católico, i Piadoso; el Supremo Pastor de la Iglesia declaró por Patrona universal de sus dilatados Dominios á esta Gran Madre con el título misterioso de su Immaculada Concepcion? Sin esto, siempre que lo proporcionaba la ocasion, hablaba altamente de las excelencias de esta Soberana Emperatriz, cuya Concepcion en gracia desde el primer instante de su ser, siempre confesó, veneró, i predicó; instituyendo en la Orden

fies-

fiesta principal de este Misterio.

Atendia con esmero al culto de esta Señora. Quando recien venido de Roma, vivia en Valdepeñas con la estremada pobreza, que ya se dijo, teniendo juntos quinientos reales para hacer un Manto á una devota Imagen de esta Señora, no quiso tocarlos, ni echar mano de ellos para socorrer la gran necesidad del Convento, queriendo antes padecerla él, i sus hijos, que privar del adorno á nuestra Señora. Estableció desde el prin-

cipio de la Descalcez el que todas las noches, despues del exámen de conciencia, se rezase su corona, i la Letania Lauretana; i que en todos los Sábados se cantase Misa, i Salve solemne en obsequio de esta Señora, como hasta oi se observa. Sabia por experiencia el Venerable Padre, quanto nos importa tener propicia ácia nosotros á esta Gran Reina, i cuan Poderoso es su Patrocinio. Por eso queria comunicar á todos el amor fino, i devocion tierna que le profesaba.



CAPITULO VI.

Profunda humildad de Nro. Venerable Padre Fr. Juan Bautista.

SAbido es que la humildad es el fundamento de todo el edificio espiritual; porque ni la oracion mas devota, ni la contemplacion mas alta, ni la castidad mas Angelical tuviera subsistencia, si no estribára en

la humildad. De esta virtud dejó tantos ejemplos este Discipulo de Jesu-Christo, que uno de los testigos en las informaciones tiene por cierto, que por ella se llevó tras sí los ojos de aquel Señor, que los pone en los

hu-

humildes de corazón. La estimación que hacia de esta virtud se colige de estas sus palabras: "No me negarán, que ante los ojos de Dios es de grande estima no ser estimado ante los ojos de la tierra, i ser pobres, i menesterosos; i desacomodados." Fueron grandes las raíces que esta admirable virtud echó en su alma, i muy profundas, i así no es de admirar que en las otras virtudes creciese, i resplandeciese tanto, estando tan afianzado en la humildad, i tan familiarizado con ella, que cada día admiraba más á sus hijos, i á cuantos de cerca le observaban.

Sentia tan bajamente de sí, que aun siendo Padre de todos, acreedor á toda atención, i respeto, se portaba en todo con el encojimiento de un Novicio. En consecuencia de este bajo sentimiento, que formaba de sí mismo, fiaba muy poco de su propio parecer, i aun siendo Provincial, tomaba consejo de sus propios súbditos. El mismo hablando de cierto asunto de su interior, dice: "Cosa

"por mí no ha pasado, no que la publicase (que de eso tenia muchos miedos) pero que á alguien en confesion no le hubiese dicho, porque el tormento, i aflicción no me lo dejaba distemperar, i tambien para que me diesen su sentir, no fuese tentación, ó soberbia escondida." Oponiásele algunos á los aumentos, que iba consiguiendo la Reforma, no queriendo se diesen hábitos, ni se fundasen Conventos, á que respondió el humilde Padre: "En realidad de verdad estos ejemplos, i dichos en esta materia hacen temblar, porque son fuertes, i yo tan flaco, que si Dios no hubiera dado la priesa que ha dado en la Religión, ya me fuera yo despacio, si les tentación el caminar tan apresada, yo no lo sé, mírenlo los que están á la mira, i deténganlo, si para eso son poderosos."

Este rendimiento de su propio juicio daba bien á conocer el fondo de humildad que residia en este Apostólico Varón, no obstante de ser escogido de Dios para instituir, i propagarla

Des-

Descalcez, i estar adornado de suficientes luces para llevar á efecto los designios del Señor. Permitió la divina Providencia padeciese contradicciones, porque como el vicio de la propia estimación es sutilísimo, i suele acometer á los que son instrumentos de obras grandes, para que estos justos no padezcan algun detrimento permite el Señor sean humillados con tribuaciones, aun en aquellos mismos pasos, que dan para cumplir la voluntad de Dios. Hicieron tanto provecho en el Siervo de Christo las aflicciones, i contradicciones, que cuanto mayores eran, i más continuas, tanto más descendia al conocimiento de su nada; creyendo, i confesando, que cuanto hacia era todo obra de Dios, que sus pasos, i diligencias, eran de poquisimo, ó ningun provecho. Nunca yo me imaginé (dice hablando de su detención en Roma para conseguir el Motu proprio), era hombre para tal cosa, sino que estaba allí por cumplimiento.

Así sentia, i juzgaba de sí, no obstante su grande, i activo zelo: i aun más cla-

ro, atribuyendo á Dios todo lo que consiguió en Roma, sin apropiarse así, ni aun la más mínima parte, dice en otra ocasión: "Confieso, que en esta obra me trujo Dios tan á ojos cerrados, sin darme á entender cosa de lo que en ella se habia de padecer, que desde luego me empezaron á faltar los discursos para pensar, qué sería. ¿en qué parará esto? ni para discurrir sus dificultades. De donde diciendome un día el Padre Fr. Francisco de la Madre de Dios, General de los Padres Descalzos Carmelitas: Lindamente Padre Fr. Juan le ha engañado Dios; respondí yo: Padre, de todo ha tenido necesidad, que á no haber hecho así, ya yo hubiera echado á huir." Continuamente habla de sí propio en sus escritos con total desestimación, persuadido que para nada valia, ni aun para Donado de la Religión. Llamábase frecuentemente el pecador, confesando que era el hombre más malo, que habia en el mundo, i el más miserable de todos. "Yo confieso (dice) que si

Dios

» Dios no me hubiera dado
 » una particular confianza,
 » i arrimo en los hermanos,
 » que no se que hubiera si-
 » do de mi: porque viendo
 » quien soi, i he sido, en-
 » tiendo, ó espero me ha de
 » perdonar Dios por sus ora-
 » ciones, i por lo que ellos
 » dicen me deben, i dan por
 » obligados para me enco-
 » mendar á su Magestad.”

Obligado por virtud de la obediencia á escribir todo quanto por él habia pasado desde el principio de la Reforma, se vió en la precision de referir algunos particulares favores que habia recibido del Señor. Esto le servia de grande pena, i aun llegó á dudar, si á esto estaba obligado; y á este proposito escribe: “He estado dudosisimo si lo diré; porque como veo, que los hermanos andan codiciosos por estos papeles, como yo no soi sujeto digno de revelaciones, ni de que Dios me comuniqué cosas particulares, temo escribirlo.” I mas adelante repite: “Cierto, siempre que llego á esto, me avergüezco, porque no querria entendiesen lo

» cuento por revelacion,
 » porque me parece difi-
 » cultoso, que ese don le
 » comunicase Dios á hom-
 » bre tan malo como yo.”

En otra ocasion, precisandole á que escribiese un singular favor, que recibió del Señor por medio de una maravillosa vision, que tuvo estando en Roma, á la pretension del Breve de la Reforma, en fuerza del bajo conocimiento que tenia de sí, interrumpe por dos veces la narrativa; exclamando en esta forma: “O confusion grande! ¿Qué es esto Fr. Juan? ¿cómo me atrevo á hablar, ni á tomar esto en mi boca? Que á un hombre como yo, mejores son estas cosas para las olvidar, que para las escribir. Dios sabe para qué se dicen: que si á mi no me han aprovechado, él será servido, en lo por venir aprovechen á mi, ó á mis hermanos, si acaso se juzgaren por cosas de Dios.” Vuelve segunda vez á interrumpir, i dice: “No sé yo cómo tomo estas palabras en la boca, sea por tí Señor, que
 » bien

» bien me mortifico en
 » ello, i me parece me
 » habia de morir en ac-
 » bandolo de decir.” I hablando en otra ocasion de otra merced especial, escribe: “Cierto, no sé como me atrevo á decir esto, que no sé lo que Dios quiere de esto que escribo, que de mi propio me espanto de ver, me atrevo á ponerlo debajo del papel, i tinta.”

En el Prólogo que hace al principio de dicho libro, comienza con estas palabras, bastante significativas de su profunda humildad: “Heme escusado de escribir esto, i lo he dilatado mas ha de tres años, que me piden, ni mandan lo haga, por ver que un hombre tan malo, tan pobre, i soberbio como yo, ha entendido en cosas, que se tienen por tan del servicio de nuestro Señor. Mas pues esto ha de resultar en mayor gloria suya, no convence para dejarlo de hacer. I esto no es posible en muchos años salir á luz: i habiendo yo sido tan malo, para

» entonces no habrá memo-
 » ria mia, ni sabrán quien
 » fui. Pues conociendo Dios
 » mi soberbia, ha querido
 » usar de tantas miseri-
 » cordias conmigo, de que
 » mi nombre, ni persona,
 » no venga escrita en Le-
 » tras Apostólicas, ni en
 » otras partes, que me pue-
 » dan ser ocasion, para
 » levantarme á tomar lo
 » que no es mio, sino solo
 » de Dios.”

I si bien por mandado del Reverendo Padre Visitador se resolvió á escribir, despues se vió tan apretado de la pena, i vergüenza, que le causaban algunos especiales favores del Cielo; que el que le confesaba entonces juzgó necesario permitirle cesase de escribir, hasta que volviesen á mandarse-lo. Súpolo el Padre Visitador Fr. Elías, i al punto renovó su precepto al Siervo de Dios para que continuase la obra comenzada, por ser asi voluntad de Dios. Obedeció el buen súbdito, pero con aquel gran sentimiento, que le dictaba el profundo conocimiento de su nada,

i significan las palabras siguientes: " Pareciame (dice) que me introducía yo aquí por bueno, i viendo, i conociendo mis faltas me habian de tener por embelecador, i que todo era earedo, no diciendomiendo, que Dios anteponer el bien comun á todo lo que en contrario se puede ofrecer, i que por el bien de una Comunidad puede, quiere, i lo hace, sustentar un mal hombre; i si para ello es necesario, hacerle mercedes."

En todas sus palabras manifiesta claramente este verdadero imitador de Jesu-Christo el humilde, i bagisimo concepto que de sí tenia formado. Creíase pecador grande, sobervio, falto de toda mortificacion, é inutil para toda obra buena; alabando al mismo tiempo las grandes misericordias de Dios para con él, no solo en sufrirle, sino tambien en destinarle, no obstante ser tan malo, para instrumento de su nueva Religion; mirando en todo á que á solo Dios se le atribuyese todo lo

bueno, que hacia, i solo fuese siempre alabado. Sus palabras respondian á sus obras. Sabiendo, que un Religioso tenia muchos deseos de verle, i comunicarle; llegando al Convento donde estaba, al abrazarle; como se estija en la Religion, le dijo el Siervo de Dios: *Hijo, qué, desea ver un tan grande pecador como yo?* Quedó el Religioso igualmente admirado, que edificado de la humildad, caridad, i mansedumbre de su santo Padre; i despues tratandole hasta su preciosa muerte, conoció por experiencia, que era verdadera la humildad de aquel grau Siervo del Altisimo.

No vivia satisfecho, riendiendose solamente á los Prelados, i mui en particular, i con júbilo de su alma á los que mas le ejercitaban, i contradecian: reodíase tambien á la voluntad de todos sus hijos, con tal sumision, que parecia querer ser puesto bajo los pies de todos: i á esto aluden estas sus palabras: *De mí digo, que me parece me hace la vida de gra-*

gracia, el que se quiere abajar á hablar conmigo. Ni los muchos, i singulares favores que recibió del Señor Duque de Lerma, i por su medio, é informe, del Señor Rei Don Felipe Tercero; engriendon á nuestro Padre, ni sacaron del profundo conocimiento de su nada; porque como estaba siempre en la presencia de Dios, tributandole adoraciones, le parecia, como él dice, que todas aquellas honras se arrojan en aquella Bondad inmensa de Dios, i que con él hablan, i por él obran. Solicitó dicho Duque de Lerma, que nuestro Venerable fuese Confesor del plático Monarca Felipe Quarto; á quien habia ya confesado alguna vez; despues á que admitiese el Obispado de Valladolid: á todo se resistió el humilde Padre, con religiosa, i atenta repugnancia, dando por excusa, ya el voto que tenia hecho de no admitir Prelacias fuera de la Religion, ya, porque para uno, i otro empleo se necesitaba un hombre de esplendor, adornado

de sabiduria, prudencia, integridad de vida, i costumbres, de todo lo cual confesaba, que carecia. I si bien al Duque no agradó al principio esta respuesta, volviendo despues á tocarle el mismo asunto, i ponderando nuestro Padre sus primeras razones, quedó satisfecho, i lleno de edificacion.

Al paso que tenia, i mostraba tanta repugnancia á todo lo que respiraba honor, i propia estimacion, era grande su afliccion á todos los officios humildes, i mas inferiores de la Religion, i del Convento, como eran fregar, barrer, i recoger las basuras, en lo que siempre se hallaba el primero; conociendole en el semblante el consuelo interior que tenia su alma en estos ministerios. Servía á los enfermos, haciales las camas, limpiaba los vasos inmundos, i hacia las demas cosas, que necesitaban, buscando las horas mas escondidas, para esconder estas operaciones de la vista de los que podian advertirlas; bien

que su gran recato, i humildad no pudo impedir el que fuesen vistas, i sabidas.

En el Refectorio hacia muchas mortificaciones. Decia sus culpas, siendo Prelado, con tanta humildad, i espíritu de compuncion, que los Religiosos se enternecian, i admiraban, viendo á un hombre de vida inculpable, ponderar sus culpas, i tibiezas, como si fuesen gravisimos crímenes, siendo asi, que ni aun llegaban á venialidades. Otras veces, arrodillado en medio del Refectorio pedia le advirtiesen sus faltas, teniendose no solo por pecador, mas queriendo que todos le tuviesen por tal. I no habiendo que advertir al que con tanta vigilancia, i desvelo aspiraba siempre á mayor perfeccion; el Presidente le daba una lijera reprehension, por cooperar asi al ejercicio de su grande humildad. Quedábase despues como en penitencia á servir á los de segunda mesa; otras veces á ayudar al Cocinero, sirviendo con sus pocas

fuerzas á traer agua, fregar las ollas, partir leña, i cosas semejantes.

En Valdepeñas iba muchas veces al monte con otros Religiosos, i haciendo allá leña, la trañian en sus hombros, siguiendo todos el ejemplo de su santo Padre. En Salamanca llevó desde la Plaza hasta el Hospicio un saco de carbon á cuestras: aqui, i en Alcalá, siendo Provincial, salió con la alforja al hombro pidiendo limosna. I aunque los hijos del siglo miraban estas cosas con desprecio, el Siervo de Dios congia con luz superior cuan convenientes, i del agrado de Dios eran aquellas obras de humildad. Algunas veces le negó el Señor esta luz sobrenatural, para ejercicio de su paciencia, dando lugar á que el demonio le tentase, incitandole á sentimientos, enojos, i aun á odios contra los que le mortificaban, i perseguian; i aunque estos sentimientos no fueron mas que asomos, que querian dar los primeros movimientos, fue tal su pena, i afliccion, en

conocer en sí la parte inferior contraria á la superior, que se juzgaba afrentado para con Dios, i para con los hombres, explicando su pena de este modo. "Me parece (dice) no quisiera haber nacido en el mundo: porque traer yo hábito de Fraile Descalzo, i escribir, i aconsejar mortificaciones, i hallarme vivo al sufrirlas, al recibirlas, i llevarlas, ya parece que me corrian por las calles, i me silvaban como á hombre mentiroso, i engañador, i digno, que por esa falsedad diesen en tierra con lo edificado, pues el edificio exterior, que por defuera parecia, no estaba tan bien cimentado como parecia, pues ha-

cia sentimiento este pobre cillo corazon.

De las referidas palabras conocerá el piadoso Lector con claridad la profunda humildad de corazon de este Discipulo de Jesu-Christo, i cuan arraigada estaba en su alma, pues le amedrentaron tanto solos los primeros movimientos de la irascible, ó los amagos de ella; causandole tan notable desconsuelo, por no sentir el interior tan conforme como él quisiera. De donde se infiere, que siempre que hablaba con la humildad, i encogimiento que queda dicho, no era ceremonia, cumplimiento, ó ficcion, sino que todo procedia muy del interior, i del fondo de su corazon.



CAPITULO VII.

Heroica paciencia, fortaleza, i mansedumbre de nuestro Venerable Padre.

Hermana de la humildad ha sido siempre la mansedumbre, como nutridas, i conservadas en un mismo seno, que es el propio conocimiento, el conocimiento de Dios, i su santo amor. Consiste esta virtud en moderar la ira, sujetarla a la razón, para que gobernada por ella, no se mueva al desordenado apetito de la venganza. Siendo tan grande como admirable la humildad de nuestro Venerable Padre, no habian de ser de inferior grado su paciencia, i mansedumbre, i mas teniendo tantas ocasiones en que ejercitarlas; habiendole llevado Dios por un camino de espinas, de trabajos, tribulaciones, i amargas.

Se armaron contra él, al parecer, todas las criaturas, los demonios, los hombres, los ^{extranjeros} extranjeros, los propios, los amigos, i enemigos, sus mismos hijos, i últimamente hasta el mismo Dios, que para darlo a su Iglesia por un dechado de sufrimiento, le probó, i atormentó con graves, i continuas enfermedades corporales, i con acerbas penas espirituales, como son desvíos, retiros, sequedades, tinieblas, i aflicciones interiores, sobre cuya materia, como tan práctico, escribió despues con tanto espíritu, i abundancia de doctrinas, para gobierno de los Padres de espíritu, i para consuelo de las almas afligidas. En suma, toda

toda su vida fue un continuo padecer, ya por un camino, ya por otro, i comunmente por todos. Pero en todo tiempo mostró su invencible paciencia, su admirable mansedumbre, i su heroica fortaleza. Sorbrados documentos de esta verdad quedan escritos en este compendio, que podian escusarme de hacer ahora particular memoria de ellos; pero siendo estas virtudes las mas características en nuestro Padre, por haber resplandecido en ellas con singularidad; el omitir ahora hablar de ellas, sería un manifiesto agravio de este Job de la gracia.

Fueron innumerables las persecuciones que padeció este Apostólico Varon. Los demonios le persiguieron con espantos, con duros golpes, con representaciones tristes, en Italia, en España, en los caminos, i en los Conventos; unas veces para acabar con él, si pudieran, i otras para cerrarle los caminos, por donde buscaba la gloria de Dios, i el bien de las almas. Personas santas, doc-

tas, i Religiosas por una parte; i por otra, hombres perversos, le persiguieron; estos con sinistra intencion, i aquellos con buen fin, aunque sin conocimiento de su extraordinario espíritu. Lo que mayor asombro causa es, que sus propios hijos, los Trinitarios Descalzos, los que habia engendrado en Jesu Christo, á quienes habia dado norma de perfeccion, que veian, i palpaban de cerca la continua oracion de este su Padre, su asombrosa penitencia, i su zelo por la gloria de Dios; que estos digo le diesen mucho en que merecer, i que de ellos tuviese mucho que sufrir; es lo que mas admira. Verdad es que muchos le amaban, i veneraban; pero otros le correspondieron con sinrazones, ingraticudes, malos tratamientos, i peores obras. Estos procedimientos groseros, nacian en unos del mucho rigor, i austeridad, que establecia en la nueva Reforma, i no querian sufrir, aunque podian: i en otros procedia de los contrarios dictámenes,

nes, que habian formado en materia de gobierno, pareciendoles mas acertado el suyo, que el de quien habia sido llamado de Dios para erigir, i establecer la nueva Descalcez.

De estas diversas oposiciones (aunque por distintos fines, i caminos) resultaron muchos ultrages á la Venerable Persona, i conducta de nuestro Padre; bien que aumentaron mucho su mérito; porque en todos los lances procedió con una mansedumbre, i fortaleza, propia de un particular discípulo de Jesu-Christo; de modo, que parecía no ser él, con quien se usaban tales desatenciones, irreverencias, é ingratiudes. Nunca le vieron turbado, ni alterado de semblante, nunca le oyeron palabra expresiva de algun sentimiento de las injurias; pero siempre con un semblante apacible, i con una igualdad de ánimo, que admiraba, al paso que confundia á los mismos que le mortificaban. Declara un testigo, que lo confesó algunos

años, que en tan grandes desacatos, i groserias como se hicieron con él, jamás habia sentido movimiento de ira, ó de indignacion contra los que le ofendian. Dice otro tambien juridicamente, que en cuantos trabajos, i contradicciones tuvo este Siervo de Dios dentro, i fuera de los Conventos, siempre le observó igualmente sereno, i placentero; por lo que se persuade, que fue una de las almas mas fortalecidas de la divina gracia, que jamás habia oído, ó leído.

Parecia que este santo Varón estaba mas muerto, que mortificado á los movimientos de la irascible, i que podia con toda verdad decir con el Apostol San Pablo: aunque vivo, no soi yo el que vivo, sino Christo, el que vive en mi.

Sucedió, que pasando por el Colegio de Salamanca poco despues que dejó de ser Provincial, un hermano Lego, joven, sin haberle dado motivo alguno, se descompuso atrevidamente con el santo

to

to Padre, i le habló con tanta desatencion, que seria mui grande aun quando hablase con un igual suyo: pero el paciente Padre, lejos de alterarse, i de perder su paz interior, quando los demás clamaban por el castigo contra el delincuente, él estuvo con el Prelado. i haciendo de Abogado para escusarle, consiguió despues de muchas instancias el que fuese perdonado. De estas ocasiones le ocurrieron muchas: Ya está dicho, que el compañero que llevó á Roma en su ayuda, fue su mayor tormento; el Recoleta, que desde Valdepeñas instaba mas por la Reforma, i le escribia á Roma, cuando volviendo con el Breve, quiso ejecutarle, fue quien con mayor ardimiento se le opuso: dos de sus primetos hijos, que de Recoletos se hicieron Descalzos, cooperaron con otros dos Recoletos antiguos á maniatarle, i encerrarle en una especie de calabozo: otros piden visita Apostolica contra él; un Ministro dá orden para que nin-

guno le hable, ni haga caso de él, llegando de viaje, mojado, lleno de frio, i de males; un Provincial despues de tratarle mal, dice que le hace un gran favor, en no ponerle en una carcel, i otro le amenaza con ella, sospechando, que no obedeceria á un precepto suyo.

En todos estos, i otros injustos tratamientos, se hubo con igual paciencia, i mansedumbre, sin ofesele una palabra de queja, ni aun de querer dar razon de las acciones, i cosas que hacia; por las que sufría tanta oposicion: solo se quejaba de que Dios fuese ofendido, i de que su Reforma no tuviese todos aquellos progresos, que él deseaba. Quando oía que algunos se lamentaban de las injurias que recibia el inocente Padre, i clamaban contra los autores de ellas, el Discipulo, é imitador de Christo, buscaba, i daba razones eficaces con que escusaba á los culpados; aquietando á los Religiosos sus defensores, con decirles, que no podia creer

Li

31

sinistra Intencion en persona Religiosa, que los que le perseguian, ó trataban mal lo harian solo por probarle; i que en este caso, el vengarse, ó desfallecer, fuera agraviar mucho á Dios, que por aquellos instrumentos suyos era servido ejercitarle, como á tan pecador que era; i asi hablando del bien que está escondido en los trabajos, escribe el mismo: "Siempre habiamos de tener los brazos abiertos, para recibir los trabajos, pues ellos son los que nos labran la corona, i Dios es el que nos saca de ellos victoriosos."

Bien práctico, i experimentado estaba este bendito Padre del gran tesoro, que se encierra en el padecer; i para no ser privado de su grande valor, é interés procuraba ocultarlos, sufriendo á sus solas, sin quejarse, ni aun buscar con quien desahogarse. Admirábase un Religioso, que anduvo muchos años en su compañía, de que siendo cierto, padecia tantos trabajos, i por tantos caminos, jamás le

diese parte, ni aun del mas leve, sufriendolos todos á sus solas, sin el comun consuelo de comunicarlos. Pero esto consistia en que no queria buscar el consuelo en las criaturas, sino en Dios por cuyo amor padecia, i deseaba padecer mas.

No fue inferior la paciencia de este Amigo de Dios en el mui dilatado, i penoso martirio de tantas enfermedades corporales, que continuamente padeció, i en los agudisimos dolores que le ocasionaban. Marabillábase los Médicos, de que pudiese conservarse vivo, i que estuviese tan tranquilo, i sereno en medio de tantos tormentos. Mucho mas se maravillarian, i alabarian las obras de Dios, si supieran que el mismo paciente estando en Roma, pidió con instancia á su divina Magstad le regalase con muchos mas dolores, de los que á la sazón padecia, que eran atroces; que estando enfermo todos los Religiosos del Convento de Socuellamos, pidió igualmente se trasladasen á él

to-

todas las dolencias de todos, para que todos quedasen libres de ellas. Asi fue: i aquel Señor de infinita providencia, que queria poner en su Iglesia una nueva escuela de tolerancia, i mansedumbre christiana, condescendió con sus ruegos; recibió en su débil humanidad las enfermedades de sus hijos, porque quiso Dios regalarle con ellas: i recibió tambien el mal de piedra que le ejerció en sumo grado, hasta quitarle la vida. En estas sus continuas enfermedades, solian los enfermeros descuidarse en su asistencia, i en administrarle á sus horas, ya el abimento, ya las medicinas; pero el Varon de Dios llevaba estas faltas con tal sufrimiento, i conformidad, que si despues, reconocido el enfermero, le pedia perdón de su descuido, le consolaba diciendo; hermano, no tenga pena, que para mi todo viene á buen tiempo.

¿Pero qué sufrimiento, i resignacion seria la suya en los muchos, i grandes retiros, i desamparos que

tuyo de Dios, que por este camino le queria Varon perfecto, i consumado en las virtudes? No hai duda que en esto le trató el Señor como á Amigo mui familiar suyo, i le asistió con abundancia de gracias, para que en medio de tan gran borrasca, no padeciera naufragio. Cuando pensó ir á Roma en sollicitacion del Breve Pontificio para la ereccion de la Descalcez, el Señor con luz sobrenatural le aseguró ser la empresa de su divino agrado, i que con su proteccion se habia de conseguir. Pone manos á la obra, i ya en el camino, despues en Roma, retirada aquella luz, i seguridad, queda sumergido en un abismo de tinieblas, i confusiones terribles; tomando de aqui ocasion el demonio, para que le objetase montes de dificultades insuperables al parecer. Si comunicaba estos desconsuelos, i dudas, que se originaban, con alguna persona experimentada en la materia: "Decianme (escribe él mismo) cosas, que digo cierto, no sé

L12

"c6-

«cómo las piedas no tem-
 «blaban, i se arrancaban,
 «quanto mas mi alma al
 «pasar tal torbellino." Sobre
 esta materia escribió
 despues el Siervo de Dios
 muchos libros, que salien-
 do á luz, servirán de gran-
 de instruccion, i consuelo
 á las almas atribuladas,
 con que cobren ánimo pa-
 ra seguir al Señor, cuando
 se digna llevarlas por cam-
 mino tan áspero, como se-
 guro.

Por esta senda de espi-
 nas quiso el Señor corriese
 este su Siervo el camino
 de la perfeccion, por me-
 dio de la mortificacion ex-
 terior, é interior. "Sirve
 «la mortificacion (escribe el
 «Siervo de Dios) como las
 «espinas del rosal para de-
 «fender las rosas de las
 «virtudes; son estas mor-
 «tificaciones los montes al-
 «tos que defienden la su-
 «bida á los que quieren
 «inquietar, i perturbar á
 «un alma; son como la
 «corteza áspera, i dura
 «de la palma, que en lo
 «alto conserva la dulzura
 «de su fruto: son los per-
 «ros que defienden el ga-
 «nado de las virtudes: son

«el hacecillo de mirra, que
 «puesto á los pechos de la
 «Esposa, sirve de antído-
 «to, i emplasto divino, que
 «guarda el calor del amor
 «de Dios, que en aquel
 «pecho abrasado se engen-
 «dra: son tantos los bienes
 «que Dios tiene encerra-
 «dos en la mortificacion
 «interior de un alma, que
 «ésta es el pan cotidiano,
 «i la racion ordinaria con
 «que Dios entretiene á los
 «justos en esta vida."

Asi se lo dió á conocer
 el mismo Señor, para que
 despues lo enseñase, i para
 que en todo tiempo estu-
 viese humillado, encerra-
 do en su propio bajo cono-
 cimiento, i conociese á
 Dios por único Autor de
 las maravillas, que por él,
 como débil instrumento, se
 servía obrar, como tam-
 bien de todos los progre-
 sos de la Descalcez. Vuel-
 to á España con el Motu
 propio, quisieron saber de
 él los Padres Agustinos Re-
 coletos, que andaban en
 la misma pretension, cómo
 habia negociado tan pron-
 to en Roma, i de qué me-
 dios se habia valido. I el
 Siervo de Dios con senti-
 mien-

mientos propios de su hu-
 mildad, i esperanza en
 Dios, dijo lo siguiente:
 "Yo no tenia otra respues-
 «ta mas de la que daba el
 «Ciego, á quien Christo
 «dió vista; que haciendole
 «muchas preguntas, de
 «cómo habia negociado
 «coa Christo tanto bien co-
 «mo tenia; que siendo ciego
 «de su nacimiento, tuvie-
 «se ojos, i viese; respon-
 «dió: Yo no sé cómo, solo
 «sé decir, que yo nací cie-
 «go, i ahora veo. I eso
 «propio podré yo decir,
 «que yo sabia de eso tan
 «poco, que era mas que
 «ciego; porque á cerca de
 «mi negocio yo no sabia
 «ni aun echar un memo-
 «rial de dos renglones. Lo
 «que sé decir es, que me
 «puso Dios bien del todo
 «con hartos trabajos, i
 «ahora veo que traigo mi
 «Motu propio, i veo la
 «obra de Dios hecha, i
 «no hai que preguntarme
 «otra cosa, que ni ahora,
 «que estoi á mi parecer
 «mas en mi acuerdo, lo
 «sabré decir."

En las contradicciones
 que le hicieron propios, i
 estraños, no solo se hubo

con humildad, é invenci-
 ble paciencia, sino que
 juzgaba bien de los mis-
 mos contrarios, rectifican-
 do en todo sus intencio-
 nes. Oiganse sus palabras,
 dignas de imprimirse en
 los corazones de los Reli-
 giosos, que se juzgan agra-
 viados, cuando en la rea-
 lidad no hai mas autor de
 sus penas, i trabajos, que
 Dios que les quiere humil-
 liar. "Yo he echado (dice)
 «muchas veces juicios, de
 «que en muchos trabajos,
 «que con los hombres me
 «suceden, i han sucedido,
 «no lo hacen de veras, si-
 «no que como siervos de
 «Dios, i yo malo, en quien
 «tienen sospechas, i poca
 «seguridad, me quieren
 «probar. Por esta parte
 «me animo, consuelo, i
 «aliento á la perseveran-
 «cia. Como si yo iba á un
 «Señor Obispo á pedir li-
 «cencia para una funda-
 «cion, i me decia de no,
 «decia yo; no lo dice de
 «veras, probar quiere si
 «en mí es esta tentacion,
 «ó si es obra de Dios. Si
 «alguno me trataba mal
 «de palabra, decia lo pro-
 «pio. I asi con estas sos-
 «pe-

pechas, que interiormente pienso, que Dios me daba, en lo uno me hacía ser sufrido, i en lo otro perseverante. Pero porque no me faltase mi cruz en ello, tenia tantas dudas, é incertidumbres, que aprovechandome de esos pensamientos lo necesario para perseverar, i tener paciencia, me quedaba por la parte contraria lo suficiente para atormentar. I así lo que un rato me servia de consuelo, otro me servia de cruz, pensando que por ser yo mal hombre, me trataban de aquella manera, i que todo cuanto hacía era embeleco, é

invention mia, i que aquellos Prelados, como á siervos de Dios, les daba su Magestad luz para que me entendiesen, i conociesen, i tratasen de aquella manera.”

Bien claro consta de estas palabras del Siervo de Dios, que este Señor ejercitó bien su fortaleza con confusiones, tinieblas, penas interiores, i exteriores, con sequedades, i desvios, para probar su constancia, i valor, i los deseos que tenia de agradarle, i cumplir en todo su santísima voluntad: i todo lo acreditó el bendito Padre con su invencible paciencia.

CAPITULO VIII.

Mortificacion, i penitencia grande del Venerable Padre.

LA acerba penitencia de este gran Siervo de Dios, fue mas para admirada, que para imitada, dicen unánimes los testigos en sus informaciones, que tuvieron la dicha de tratarle: teniendo por

por quasi imposible, pudiese vivir un hombre con tan extraño rigor, i aspereza de vida. Desde niño maceró su inocente cuerpo; siguió joven, i prosiguió con rigor, i aspereza en los años que fue Religioso Trinitario en la Observancia; pero aun no tenia aqui toda la proporcion, que queria la valentia de su grande espíritu: I así cuando pasó á la Recoleccion, i trató de instituir la Descalcez, él mismo dice, que entre otras cosas, deseaba un tenor de vida, que todo fuese penitencia, i pobreza. De todo gozó en los innumerables trabajos de toda su vida, en los continuos viajes, desnudéz, frios, calores, i otras incomodidades, á que van expuestos los pobres, que caminan por países, especialmente extranjeros.

Sus ayunos eran continuos, i toda su vida fue una continuada abstinencia; pues fuera de que los manjares para su sustento eran legumbres de poca sustancia, como lentejas rábanos, coles, cosas así, porque sardinas, abadejo,

ó huevos eran solo para las Festividades; era tan poco lo que comia, que á juicio de los que lo observaban, no era bastante para conservar la vida, en medio de tantas fatigas, i negocios, como estaban á su cuidado: guardando este orden de comer tan poco, i frugalmente, lo mismo en los viajes, que en las mansiones, que hacía en los Conventos, varias veces, para privarse del gusto, que le podia dar el alimento, pidiendo licencia al Prelado, quando era súbdito, le echaba ceniza, pudiendo decir con el Profeta, que le servia de pan.

Tenia por sumo regalo la comida pobre, i como no todos tuviesen el mismo espíritu de austeridad, mortificacion, i penitencia, llegaron algunos á significar sus quejas, dando á entender, que comida de tan poca sustancia, no era suficiente para soportar tanto ayuno; pero el prudente Padre reprehendiólos amorosamente, porque buscaban gustos del paladar, siendo unos pobres

Des-

Descalzos, que comian de caridad: "porque al penitente (decia) bástale el comer, sin que tambien busque el savor; eso qué-dese para los no mortificados. Nosotros, hijos, somos los primeros de esta Sagrada Religion, i debemos dar ejemplo á los venideros." Era mui conforme este dictamen al del gran Padre San Bernardo Abad, el qual decia á sus Monges quando se quejaban de yerbas, i legumbres, que mirasen que eran discipulos de Jesu-Christo, i no de Hypócrates, ni de Galeno, i que el dia de la cuenta no les habia de exáminar el Supremo Juez del conocimiento de su complexion, sino del cumplimiento de su profesion.

Siendo tantos sus males, i agravándosele á veces tanto, que le ponian al parecer en los extremos de la vida, no obstante, para que entonces se tratase como enfermo, i como tal comiese de carne, era necesario precediese el mandato del Superior, ó del Confesor, i sin perder el

mérito de la obediencia tenia entonces notable mortificacion. Estando en Madrid mui agravado de sus males, i persuadidos muchos de que en breve moriria, le trajeron una sustancia de la cocina del Duque de Lerma; mandáronsele tomar; i al querer obedecer, sintió tal repugnancia, con tales nauseas, que lamentandose sus hijos al ver no podia tomar sustento, quando creían se acababa, los consoló diciendo: *tráiganme un poco de abadejo, que con eso sano yo.* Hizose asi; comió un poco del pescado, i al punto estuvo para levantarse bueno. En otra ocasion por orden del Médico, que le encontró mui débil, le pusieron puchero con gallina. Al tiempo de servirle el caldo, dijo al enfermero le subiese un poco de abadejo, i reservase el puchero para un pobre necesitado. Obedeció el enfermero, i el enfermo con el pescado sintió total alivio, pudo pronto dejar la cama, i atender á sus cuidados Religiosos. Son innumerables los lances, que

que ocurrieron de este género, i seria proligidad molesta el referirlos. Baste decir, que los melindres en todas sus enfermedades eran alguna fruta seca, ó algunos rábanos: su alimento verduras, i algunas dias abadejo; i con estos alimentos se curaba, i convalecia.

En sus continuados viajes no llevaba otra prevencion, que la que Jesu-Christo ordenó á sus discipulos: fiado siempre en la divina providencia. Saliendo una vez de un Convento, para otro distante, quiso el Refitolero ponerle unos higos en una taleguilla, pero resistióse á esta corta provision, i regalo; bien que á escondidas la admitió el Compañero. Caminando por Sierra-Morena con otros Religiosos, mandó disponer algo de carne en un Domingo, para que comiesen, pues en aquel dia lo permitia la Regla: pero aunque ordenó este alivio para los demás, él no quiso usar de él, diciendo, que gustaba mas de unos rábanos, i le hacian mas

provecho que la carne.

Hallandose en Toledo en la pretension de la fundacion, el Alcalde mayor, mui afecto suyo, le rogó fuese á comer con él todo el tiempo que allí se mantuviese diligenciando. Admitió la caridad, i acudiendo el primer dia, i hallando una mesa esplendida, bien que nada de carne, disimuló prudente mientras la comida; pero despues previno á aquel Caballero, que para los demás dias no le dispusiese mas que unas yervas, ó un poco de abadejo, si queria que admitiese su limosna; ofreció de hacerlo asi el dicho Juez; pero no dando lugar su generosidad al cumplimiento de lo prometido, dispuso segunda comida como la primera: comió, aunque poco, de ella el penitente Padre; i concluida, se despidió cortesmente de aquel Caballero, i por mas instancias, i promesas que le hizo, no quiso volver á comer á su casa, por no perder el tenor de su vida mortificada.

Mortificó su carne por
Mm quan-

quantos medios pudo. Por muchos años usó de una faja interior de la misma tela de que se hacen las mantas para las bestias, pero tan áspera, que causaba horror, i le impedía bastante á recibir algun alivio en aquel corto tiempo que destinaba para su descanso. Tomaba todos los dias rigurosas disciplinas: ceñía su debilitado cuerpo con una sogá de esparto con bastantes nudos; usaba de otros varios silicios, cuyos penosos efectos reconocieron sus hijos en las muchas heridas que hallaron en sus carnes quando amartajaron su cadaver. Sus viajes por lo comun fuerón á pie, i muchos ratos sin sandalias en los pies, para que el frio le atormentase mas. No hubo forma de usar de lienzo alguno en las enfermedades, como el rigor de la obediencia no le empeñase á esto. Pero quando era Prelado, que ninguno le precisaba, á los que se lo aconsejaban decia con donaire humilde: *Déjenme hermanos; déjenme con el*

saya, que con él sanaré mejor, ó moriré con mas consuelo, si fuese del agrado, i voluntad de Dios.

No obstante este rigor con que se trataba, aun estando enfermo, era grande su desvelo, i cuidado, para que á los demás nada les faltase de alivio, i regalo, procurándoles se buscasse cuanto ordenaban los Médicos para el restablecimiento de su salud. Sus vigiliás eran continuas; pues la mayor parte de la noche, ó bien la empleaba orando, ó bien escribiendo. Decia hablando de la pobreza, i desnudez: "Es verdad, que si un Religioso no tiene con que abrigarse de noche, i el frio le tiene despierto, que será muy necio, si no se va delante del Santísimo Sacramento." En otra ocasion escribe lo mismo: "En verdad (dicé) que la cama no tal me ha de despertar á deshora, para mas atabar á Dios." Ni era posible que los silicios, i sogá de esparto, de que estaba interiormente vestido, además de los muchos

chos cargos, i cuidados que tenia, le dejasen reposar; ni las aflicciones de su ánimo, ni las dolencias de su cuerpo. Mancomunadas todas estas causas, con las sequedades interiores, con que el Señor le ejercitaba, producian una cruz bien pesada, la que llevó con fortaleza, i constancia, asistido de la divina gracia.

CAPITULO IX.

Gracias gratis datas del Siervo de Dios.

GRacias gratis datas, segun enseñan los Santos Padres, son ciertos dones, ó gracias que el Espíritu Santo reparte en los miembros de su Iglesia, á unos, unos; i á otros, otros, segun su beneplácito. Distinguenese estos dones de la virtud, i de la gracia santificante, que hace al hombre justo, hijo de Dios, i heredero del Cielo; porque las gracias gratis datas no se dan precisamente por mérito propio, ni están conexas con la santidad, i justificacion; antes bien pueden estar en

uno que sea actual enemigo de Dios por el pecado, asi como hai muchos justos, i muy santos, que no las tienen, porque su Magestad no tiene á bien comunicarselas. Ni tampoco las comunica el Señor para conveniencia, i utilidad de quien las recibe, sino para provecho, i utilidad de los otros. Verdad es, que el Señor por lo comun no comunica estas gracias, i estos dones sino á sus Amigos, para manifestar que le agradan, i para que con esta recomendacion sigan con mas

felicidad en los asuntos que emprenden por la gloria de su divina Magestad:

Segun nos enseña el Apostol San Pablo, son nueve estas gracias gratis dadas, es á saber: Sermon de Sabiduría, Sermon de Ciencia, Fé, Gracia de Sanidad, Gracia de hacer prodigios, Profecía i discrecion de espiritus, Gracia de lenguas, i de interpretar los sentidos ocultos de la Sagrada Escritura. De todas estas gracias parece que quiso la infinita providencia adornar á nuestro Venerable Padre, habiendole escogido para Maestro, i guia de tantas almas, cuantas son las innumerables que con su ardiente zelo, doctrina, i ejemplo ganó para su divina Magestad. La gracia de la Fé se admiró en aquella especialissima, i eminente seguridad, que, sobre la que trae consigo la Fé virtud Theologal, tenía el Varon Apostólico de todos los Misterios de la Católica Religion, para poderlos enseñar, i persuadir á los demás. Manifes-

tó la gracia de la Sabiduría, ó sabiduría en los altos conocimientos que tuvo de Dios, i de las divinas grandezas, subministrando especies á su fantasía, i palabras á su lengua, para hacerse entender de los demás. Se dejó bien conocer que le asistia tambien la gracia de la Ciencia, por aquél grande conocimiento que tenia de las cosas humanas, en el cual consiste dicha gracia, segun San Agustin, para poder probar, i confirmar con razones, i egemplos las verdades Católicas, i sagradas doctrinas que enseñaba.

De todas estas tres gracias son admirables efectos los grandes frutos, i muchas conversiones que hizo con sus fervorosos, i doctos Sermones, llegando á ablandar aun la ciega obstinacion de los Mahometanos, como se vió en la Ciudad de Sevilla; porque no solo instruí los entendimientos de sus oyentes, enseñándales lo que debian creer, i obrar para salvarse, sino que usaba al mismo tiempo de

ra-

razones humanas, de símiles muy propios, de que están llenos sus escritos, con los que les hacia penetrar, en el modo posible, los misterios mas dificultosos de entender. Añadiase á esto, el que el zeloso Predicador se explicaba con unas expresiones, i afectos tan naturales, i proporcionados, que doblaba los corazones de todos, para abrazar gustosamente la buena i sana doctrina que les daba, como se vió en muchos pecadores, ya envejecidos, á quienes por efecto de sus Sermones sacó del poder de Satanás.

No solo con sus Sermones consiguió estos triunfos gloriosos, sino tambien con sus conversaciones familiares, i aun con su apacible vista, afirmando los testigos, que cuando entraba en alguna casa, su venerable aspecto componia, é infundia devocion á todos; i empezando á hablarles, los movia insensiblemente á detestar los vicios, i á seguir el camino de la virtud. I si bien sus talentos eran grandes, i su instruc-

cion mucha, nunca podia ser todo esto suficiente para unos efectos tan maravillosos, si no estuviera su alma adornada de las gracias del Espiritu Santo. Con esta sagrada luz pudo predicar tanto; para lo que no podia alcanzar sino un perpetuo estudio; i éste no podia ser (á no llamarse estudio la oracion, i presencia de Dios) por tener ocupadas todas las horas del dia, i de la noche en los empleos de la Religion, en obras de misericordia para con los proximos, i en escribir lo que le ocurría, i lo que le fue mandado, i estando habitualmente enfermo. Por esto convienen todos cuantos le conocieron, i cuantos leyeron sus obras, que no podia naturalmente tener tanta copia de doctrina, ni tanta facilidad para distribuirla por escrito, i de palabra en tantos Sermones, pláticas, i exortaciones, sin que estuviese particularmente asistido de Dios con sus dones.

En confirmacion de esto, aconteció estar revistiendose en Alcalá para cantar

tar

tar la Misa en una solemnidad; i avisado entoces, de que faltaba el Predicador, i mandado por el Prelado que supliese: en acabando de cantar el Evangelio, sentandose con las vestiduras sagradas en una silla, diciendo al sentarse: *Vamos, que su Magestad me dará que predicar*, predicó con tanta erudicion, i espíritu, que llenó de admiración á muchos sábios que le oyeron. Saliendo en otra ocasion á tomar la bendición en Madrid para predicar del Santísimo Sacramento en el dia de San Juan Bautista, reparó que el Santo tenia en la mano siniestra una Custodia, i con el índice de la diestra señalaba aquel divino Cordero. Subió al púlpito, i dejando el Sermon, i asunto, que llevaba dispuesto, tomó por asunto lo que habia visto, i habló con tanto magisterio, doctrina, i fervor, que admiró al numeroso, i lucido concurso, i á cuantos despues supieron el caso.

Con igual gracia le favoreció el Señor, para hablar, i perorar á favor de

la Religion, i de las fundaciones; ya ante los Ministros principales del Sumo Pontifice, i ya á los Embajadores de los Reyes, á Comunidades enteras, á Magistrados, á Obispos, i Jueces: consiguiendo siempre persuadir lo que intentaba, porque su sermon privado, i familiar, su predicacion pública, i comun, no se fundaba en palabras de humana sabiduría, sino en la manifestacion del espíritu, i virtud de Dios que residia en él. Con este espíritu, i virtud habló varias veces á la Católica Magestad del Rei Don Felipe Tercero, ya en la Villa de Olmedo, para dar cuenta al Soberano del estado de la Reforma, i de como se iba á celebrar el primer Capitulo Provincial, por tener ya ocho Conventos: ya repetidas veces en Madrid, dignandose el piadoso Monarca de recibirle, i oírle con gusto, porque por las noticias que le habia dado á su Magestad el Duque de Lerma, lo tenia en opinion de Santo. I asi le ofreció su Real pro-

protección á favor de la Reforma, i el pasar á ver el Convento de Madrid, como lo ejecutó en varias ocasiones, i en una de ellas acompañado de su mui piadosa Consorte la Señora Reina Doña Margarita de Austria, la qual hizo al Convento varias limosnas, como las habia hecho al de Valladolid.

Ya se dijo que escribió muchos tomos; i de ellos ocho de su propia mano; pero en medio de sus continuas ocupaciones, i enfermedades, tan llenos de celestial doctrina, dulzura, i eficacia, que ellos mismos expresan la abundancia de gracia de que estaba enriquecido el Autor. El mismo confiesa; "que en medio de su ignorancia veía, ni conocia claramente, que derramaba Dios en él, i le comunicaba mucho mas sin comparacion de lo que podia escribir con la pluma, ó pronunciar con la lengua, que eran mui tardas para recibir lo que en el interior se le daba." Vivía en Alcalá un Religioso mui afligido, i con vehemente tentacion de de-

jar la Descalcez, que ya habia profesado, i pasar á otra Religion. Un compañero le dió ciertos quadernos de estos escritos, que hablaban de las tentaciones del demonio: leyólos el Religioso por sola curiosidad, i como si cada letra fuera un rayo de luz, asi se deshicieron las tinieblas de su alma, quedando lleno de gozo, i consolacion espiritual, con que vivió, i acabó felizmente en la Religion, que habia profesado.

La gracia de sanidad es una virtud de hacer milagros para recuperar la salud perdida; i si los milagros son acerca de otras cosas de mayor monta, entonces se llama gracia de obrar prodigios, que eso quiere decir *operatio virtutum*. Ambas gracias concedió el Señor á nuestro Padre: la de dar salud á los enfermos se dejó conocer en muchas ocasiones, sanaado á diferentes, ya con solo el contacto de sus manos, ya con sus palabras consolatorias, i á veces administrandole medicinas al parecer contrarias á sus do-

lea-

lencias. Con solo la imposición de sus manos sanó al Marques de Elche en Colibre, cuyo beneficio publicó por toda su vida dicho Señor, como lo refiere un testigo, tan abonado como lo fue nuestro R. P. Fr. Pedro de la Ascension, Ministro General de la Descalcez. En la Ciudad de Toledo, estando en la pretension de la fundacion, con la misma accion; i leyendo un Evangelio, libro de agudas calenturas al Alcalde mayor.

En el año de 1608 enfermó de peligro el Serenísimo Principe de Asturias Don Felipe, hijo de los Señores Reyes Católicos Don Felipe Tercero, i Doña Margarita de Austria. En este tan grande cuidado se acudió por parte de los mismos Reyes á varios Santuarios á pedir por la importante salud del Principe. La piadosa Reina, que tenia alto concepto de la virtud de nuestro Venerable Padre, le hizo sabedor del grave peligro en que se hallaba el Principe su hijo, con encargo de que le encomendase á Dios,

que solo podia darle la salud. Oró el Siervo de Dios toda aquella noche, ofreciendo su propia vida por la del Principe, siendo del agrado de su divina Magestad. Entendiendo del Señor, que el Principe no moriria entonces, i que sucederia en el Reinado á su Padre, fue á la mañana á Palacio, en donde fue recibido como un Angel, i asegurando á sus Magestades Católicas, que el Principe enfermo no tenia peligro, fue llevado á donde estaba, i leyendole los Evangelios, i poniendo sus manos, i Escapulario sobre su Alteza, se vió limpio de calentura, i en pocos dias enteramente restablecido.

La gracia de hacer prodigios, ó de obrar virtudes se manifestó en varios lances de su vida. Fabricandose una pared en el Convento de Córdoba, al tiempo de asentar una piedra en lo mas alto de ella, cayó la dicha piedra, i asido á ella un Oficial, que allí trabajaba. Hallábase presente el bendito Padre, el qual echando la bendicion sobre

bre el hombre, é invocando el Santísimo Nombre de Jesus, el hombre, i la piedra á que estaba, asido quedaron suspensos en el aire, i comenzaron á bajar mui poco á poco, como una pluma, i el Oficial se halló en tierra con su piedra sin la menor lesion, asegurando que habia bajado en brazos ajenos.

Saliendo una tarde á la huerta del Convento de Madrid á escribir una carta, que importaba, porque no le interrumpiesen en la celda, como solían; apenas empezó á escribir, empezó tambien á llover con abundancia: el Siervo de Dios confiado en su divina Magestad por cuya gloria escribia aquella carta, prosiguió en ella, sin hacer caso de la lluvia; pero sucedio el prodigio, que ni sobre el, ni sobre el papel

cayo una gota de agua; repitiendose el milagro de San Bernardo; quando escribia á su pariente Roberto. Admiraronse, como era regular los Religiosos que lo observaron desde las ventanas, que lloviendo tanto, se mantuviese quieto, escribiendo; pero mucho mas se llenaron de admiracion, quando le vieron subir á la celda sin haberse mojado en parte alguna. De las informaciones hechas en la Ciudad de Córdoba, consta por deposicion de diez testigos la resurreccion de un muchacho por la intercesion de este su Siervo. Otro de doce años arrebatado de la corriente de un rio al parecer de todos, iba ya ahogado, i pidiendo á Dios por el nuestro Padre, salió libre á la orilla.



CAPITULO X.

Dón de Profecía, i discrecion de es- píritus de nuestro Venerable Padre Frai Juan Bautista de la Concepcion.

EN varios lugares de este Compendio quedan referidos bastantes lances, que acreditan haber tenido nuestro Venerable Padre el don, ó gracia de profecía, con que el Señor suele enriquecer á sus fieles amigos, i en particular á los que por efecto de una gratuita predileccion, destina para ministros especiales de su gloria. Por lo mismo omito el referirlos segunda vez, por no hacer mas largo el Compendio. Diré uno, ú otro de los que no se ha hecho mencion, que aumente la prueba de que nuestro Padre con luz del Cielo vió muchas veces lo por venir, i muhas cosas de presente, que estaban ocultas.

Estando en Roma á su pretension, vió claramente con luz superior, que si nuestra Reforma se efectuaba, era despues segura la de los Padres Mercenarios, como él mismo lo escribe, i añade: "I antes que ellos lo pensasen, contando un dia mis trabajos á una Monja santa en Alcalá, que llaman la Aguda, diciendole lo que habia padecido, no sé cómo le dije, que se han de reformar los Padres de la Merced." Despues aseguró lo mismo á algunos Padres, concurriendo en casa

cuando volvió le preguntó nuestro Padre, si habia llevado el puchero, adonde le habia dicho? Respondió francamente que sí: i el santo Padre le replicó: *¿Para qué afirma lo que no es? ¿no le dejó escondido detrás de una mata?* Quedó el Religioso con esto avergonzado, i admirado al mismo tiempo de la luz sobrenatural de su santo Prelado, á quien reconocido pidió perdon.

Caminando con su Secretario en tiempo de mucho calor, quiso éste, i le pidió parasen en una arboleda, cerca del lugar donde habian de hacer mansion, para tomar un poco el fresco. Instó nuestro Padre para marchar presto, diciendo, que de detenerse, habian de llegar despues con mucho trabajo. Porfió el Secretario en pararse, i el bendito Padre le dió el gusto; pero á poco rato se levantó una tempestad de truenos, i agua, que les hizo llegar mui mojados al Lugar, quedando el Secretario enseñado para no volver á replicar á las primeras determinaciones de

En Toledo pidió por devocion á nuestro Padre una Señora virtuosa le embiase unas coles, de las mismas que comia la Comunidad. Embióselas con un Limosnero: pero éste, pareciendole, que no era regalo correspondiente á la calidad de aquella Señora, escondió el puchero entre una mata de la huerta, sin llevarlo á la Señora.

En Toledo pidió por devocion á nuestro Padre una Señora virtuosa le embiase unas coles, de las mismas que comia la Comunidad. Embióselas con un Limosnero: pero éste, pareciendole, que no era regalo correspondiente á la calidad de aquella Señora, escondió el puchero entre una mata de la huerta, sin llevarlo á la Señora.

su santo Provincial.

Dando el hábito en Córdoba al Hermano Fr. Hilarion de la Madre de Dios, empezaron los Cantores el hymno *Veni creator spiritus*, pero rezado como se usa en tales ocasiones: El bendito Padre, que con luz profética conocía el grande mérito, que había de tener aquel Novicio, los detuvo, diciendo: *Canten hijos, canten, que el hermano que recibimos ha de ser mui santo*. Con efecto cantaron el hymno como el santo Padre mandó, i sucedió como lo pronosticó; pues dicho Fr. Hilarion fue un Religioso de maravillosa santidad, comprobada con muchos milagros, que obró el Señor por su intercesion. Cuando en el principio de la Descalcez se oponian algunos Prelados á muchas fundaciones, que deseaba, i solicitaba el Siervo de Dios, dijo muchas veces: *Ahora que podemos no quieren; tiempo vendrá en que no puedan, aunque quieran*. El tiempo lo ha hecho ver bien, á pesar de los Religiosos zelosos, siendo po-

quisimos los Conventos, que se han fundado despues de la muerte de nuestro Padre.

Una noche despues de Maitines, i de la oracion particular, que tenia el Siervo de Dios (que fue la misma en que le admiraron levantado del suelo, i rodeado de divina luz en el Coro de Madrid) llamó en secreto al hermano Fr. Basilio del Santisimo Sacramento (uno de los testigos de su maravilloso rapto, que queda referido) i le dijo: *Wenga conmigo, hijo, porque quieren aqui robar, i matar á una Señora*. Llevóle á una ventana, que salía á la calle frente á la casa de una Señora viuda, i principal. Asomados á la ventana, vieron tres ladrones, que habiendo escalado la casa, estaban en un balcon, i uno dentro ya de la sala. Entonces dió voces nuestro Padre, i el compañero, i á ellas huyeron los ladrones, i los que estaban en la casa despertaron, i pudieron librarse de aquel insulto. El Hermano Fr. Basilio, quedó confirmado de

de la gran santidad de su santo Padre, viendo los favores que le dispensaba el Señor; i en la mañana fue la viuda á dar gracias á Dios, que por los méritos de nuestro Venerable Padre la había favorecido.

La gracia de discrecion de espiritus, consta por todos los testigos en sus informaciones, que le trataron, que se la comunicó Dios en alto grado. Escogióle entre millares para Maestro, Director, i guia de muchas almas, como lo profetizó la Santa Madre Teresa de Jesús: pues el Señor reparte á cada uno sus dones, segun los empleos, para que los destina. Aprovechó mucho á nuestro Padre éste dón, para probar si los espiritus eran de Dios, i conocer tambien las ilustraciones que recibia de su Magestad; pues si bien muchas veces le atigian temores interiores, i desamparos, siempre conoció, que todo venia de Dios, que no le queria sin cruz; fuera de que habiendo sido su humildad tan profunda, i por lo mismo tan sólida su vir-

tud, animada de tan grande amor de Dios, no había de permitir este piadoso Señor, que su fiel Siervo fuese burlado del mal espiritu, que no tiene entrada en corazones humildes.

Hallábase algunas veces sumamente turbado, i como ofuscado, tanto, que se confesaba imposibilitado á tratar los asuntos de consideracion, que trahia entre manos, i que de proposito iba á tratar. Aflijase sobre manera, temiendo echar á perder por esta turbacion alguna buena ocasion de las que Dios le proporcionaba en bien de la Religion. Conoció despues por luz divina, que toda esta turbacion, i confusion nacia de las muchas penalidades, de que estaba cargada su debil humanidad, las que impedían el expedito uso de las potencias interiores. I para instruir á las almas, así atribuladas en lo que deben practicar, para seguir la voluntad de Dios en tales ocasiones, dice lo que pasó por él mismo, por las siguientes palabras.

bras, que escribió, hablando de los provechos, que resultan al alma de las penas exteriores, que sufre.

«Para mayor claridad digo, que con estos trabajos exteriores, se cansa, i aflige mucho el cuerpo, i éste cansado se adormenta el alma en sus propios pensamientos: porque siendo tan delicados los que adentro tiene, qualquiera cosa las conturba, i perturba, hasta que pasada la tribulacion, se vuelve á serenar el alma, i torna á sus ciertos, i determinados juicios. Pudierá poner ejemplo en cosas, que por mí han pasado: hame acontecido de ir á hacer algun negocio en bien de nuestra Sagrada Religion, i llevarlo bien pensado, i bien entendido todo lo que habia de hacer, tratar, i negociar: i llegando al puesto, levantarse una tribulacion, i afliccion tan grande, que turbado exteriormente nada sabia, ni entendia de lo que interiormente lleva

«ha, que tratar, como si yo no hubiera ido á tratar tal negocio, i volverme á casa sin hacer nada; i despues de serenada la mente, me decía á mi mismo: ¿Es posible? ¿Estoi loco, i sin juicio? ¿Yo á qué vine? ¿Qué he hecho? ¿Cómo me vuelvo? i padecer tan grande mortificacion de mi ceguedad, i cortedad, con que habia procedido, que me parecia, que no me podia venir mortificacion mayor, i conociendo en mi ego, me ha sucedido decirle al compañero: Hermano, si yo me olvidáre, ó contradijere á esto, acuerdemelo su caridad, que no dabo hacerlo, i lo contrario es lo que conviene. Sucede al alma agitada con trabajos exteriores, lo que á la mar, cuando está turbada, que por grandes que sean las cosas, que andan entre sus aguas, nada se vé; como al contrario, cuando está quieta, i sosegada, que cualquiera peccillo, ó gusarapo se descubre, i aun hasta las arenillas, que

que están en el fondo.

De este, i de otros muchos lugares de sus obras misticas se colige el practico conocimiento que tenia, no solo de los espiritus, sino tambien de las diversas penas, i cruces con que quiere Dios tener asidas así á las almas escogidas, i las muchas tentaciones con que permite sean exercitadas. Estando para profesar el Hermano Corista Fr. Geronimo de San Miguel, i congregada la Comunidad con nuestro Padre, que habia de darle la profesion, dijo el Novicio, que no queria profesar. *Pues traigante sus vestidos, dijo el Venerable Padre, i que se vaya emborabuena.* Tampoco quiero, replicó el Novicio, sino que me dilaten la profesion por unos quince dias. Conoció el Siervo de Dios, que era demonio, el que instigaba al Novicio, i le dijo, *vayase hermano delante del Santísimo Sacramento, i pida á Dios, que le quite ese demonio.* Hizolo así el Novicio, i el ilustrado Prelado se retiró á su celda á hacer ora-

cion por él. A breve tiempo volvió el hermano Corista en busca de nuestro Padre, diciendo muy gozoso, que el Señor le habia librado del demonio, que le atormentaba; pidióle perdon de su culpa, i al mismo tiempo, que luego le admitiese á la profesion. De estos casos sucedieron muchos con Novicios, que aplicando los remedios, que su buen Padre les daba contra las sugestiones del demonio, que queria apartarlos de la Religion, perseveraron despues en ella con mucho ejemplo de virtud.

Una Señora de alta gerarquía, estaba engañada de un famoso Hypocrita, que no siendo aun conocida su ficion tenia créditos de gran santo. Ya empezó la Señora á sospechar alguna cosa de su espíritu; i siendo pública la fama de la santidad de nuestro Venerable Padre, i la gracia que tenia de Dios para discernir los espiritus, vino al Convento á pedirle consejo, i ponerse en sus manos. Respondióle el Siervo de Dios que

que no creyese en tal hombre, que su espíritu no era bueno, que cuanto antes se retirase de su trato, i comunicacion, i que estuviese entendida, que de no hacerlo prontamente, tendria mucho que sentir. La Señora debió de pedir el consejo con el fin de que se lo dieran á su gusto; i como estaba mui pagada del hypocrita; aunque el consejo del santo Padre, la hizo temer algun tanto; no obstante dió mas lugar á la ilusion que á la verdad. Pero pagó su veleidad con perdida de bienes, con inquietudes, i descrédito de su persona; i el hypocrita acabó en las cárceles de la Inquisicion.

Como las visiones, i revelaciones, en sentir de Santo Tomás pertenezcan á la clase de las gracias gratis datas, despues de referirme á los lugares de este compendio, en que quedan espuestos varios favores de esta clase, que recibió este Varon de Dios, así de Jesu-Christo Señor nuestro, como de su Santísima Madre; concluyo este Capitulo, i Compendio

con un favor, que recibió de la Santa Madre Teresa, de quien era mui devoto: i fué que estando en una ocasion el Siervo de Dios mui triste i afligido, experimentando la severidad de los Prelados, que se le oponian á hacer fundaciones, i dolores corporales, mas de lo ordinario, se le apareció la Santa Madre, llena de aquella gloria, que le mereció su fino amor al Señor, i los muchos trabajos, que sufrió por su honra: no le habló palabra alguna, pero sola su vista le colmó de consuelo, i sirvió de mucho alivio para sus dolencias. Este favor dejó escrito el Siervo del Altísimo en un papel aparte de su propio puño, que despues de su glorioso transito, encontró el Padre Fr. Gabriel de Santa Maria, que es quien lo depone como testigo en las informaciones.

Este es el compendio de la vida admirable de nuestro gran Padre, i Fundador Frai Juan Bautista de la Concepcion, tenido por Santo desde niño, por tal en todos los estados de

Es-

Estudiante, de Religioso Trinitario Calzado, de Recoleta, i de Descalzo, No solo fue tenido por tal en la Religion de la Santísima Trinidad, sino tambien entre los Padres Carmelitas Descalzos, que le trataron mui familiarmente. Igualmente le tuvieron por Varon Apostólico, de espíritu extraordinario, i zeloso de la gloria de Dios muchos Prelados de Roma, Eminentísimos Car-

denales, i aun el Sumo Pontífice Clemente Octavo, que no obstante las fuertes oposiciones, que contra la Reforma se presentaron, i contra el Siervo de Dios, le dió el Motu proprio para la ereccion de la Descalcez. Esta fama de santidad está aprobada por la Iglesia, como el que poseyó las virtudes en grado heroico, que son los constitutivos de la santidad.



CAPITULO ULTIMO.

Milagros que obró el Señor por la intercesion de su Siervo, despues de su muerte.

SON innumerables los portentos que la divina Omnipotencia se ha dignado obrar en testimonio de la gran santidad de nuestro Venerable, para asegurarnos de la gloria que posee en recompensa de sus grandes virtudes. Unos sucedieron á la presencia de sus retratos, otros al contacto de sus reliquias, otros á su invocacion, i á veces apareciendose, aun sin invocarle. Para lustre de su santidad, i para consuelo de sus devotos, referiré

Oo al-

algunos, dejando para mas larga historia los demás.

En nuestro Colegio de Baeza llegó á estar tan enfermo de un tabardillo el Padre Fr. Bernabé de San Joseph, que no obstante muchas, i penosas medicinas, desauciato enteramente del Médico, le ayudaban á bien morir. En este deplorable estado, el Religioso, que le asistia, sin que el enfermo lo percibiese, pues no estaba para ello, le puso en el pecho una estampa de nuestro Siervo de Dios, pidiendo le alcanzase la salud. A pocos minutos de hecha esta deprecacion, el enfermo abriendo los ojos, i mirando á los circunstantes con rostro sereno, i alegre semblante, les preguntó: *¿No dicen que es ya muerto nuestro santo Padre?* i respondiendole que sí; entonces refirió, que acababa de estar con él, que tenia un santo Crucifijo en las manos, i un Rosario, i que tocandole blandamente le habia dicho: *Levántate hijo, que ya estás bueno.* En efecto, sin dilacion alguna se halló

sano, comió como si no hubiera estado enfermo, ni con calentura, ni otro accidente de enfermedad: queriendo al punto levantarse de la cama; lo que no le fue permitido hasta el tercer dia de la prodigiosa recuperacion de la salud: en cuya detencion no fueron demasiado cuerdos asi el Médico, como los enfermeros, pues en no dejarle levantar al punto, como él queria, impidieron el mayor lustre del prodigio, i que viesen todos ~~en pie,~~ sano, i sin indicios de enfermedad, al que pocos minutos antes habiañ visto agonizando sin esperanza alguna de vida. El no haberse levantado entonces el Religioso, para demostracion de que habia recuperado las fuerzas, es el motivo porque este milagro no se propone en la Congregacion de Ritus para su exámen, i aprobacion, que la conseguiria sin duda, si en aquel dia el dicho enfermo hubiera hecho algun ejercicio, que indicase el perfecto restablecimiento en su salud, como es necesario para estos

tos milagros de tercer género. Por este, i otros descuidos en no referir bien los sucesos milagrosos, deja de estar en los Altares años hace nuestro Venerable Padre.

Otra admirable aparicion sucedió en Córdoba, dos años despues de su muerte. Habia en dicha Ciudad un hombre llamado Juan Navarro, de oficio pescador. Este por varios infortunios se dejó apoderar tanto de la melancolia, que, dando lugar á la desesperacion, determinó quitarse la vida. Para ejecutar este mal intento, salióse al campo con una soga, i hallando una encina á proposito, la ató á ella, poniendosela primero al cuello para ahorcarse. Al quererse arrojar de la encina con el lazo puesto, llegó un Religioso Trinitario Descalzo, de aspecto grave, i aunque apacible, le reprehendió severamente; cortó la soga, i despues de alentarle á sufrir los trabajos por amor de Dios, le dijo le siguiese al Convento, donde podria confesarse. Pasaba á

la sazón por allí un vecino, que iba á la Ciudad, llamado Francisco Mendez, i viendo al infeliz al pie de la encina, en cuerpo, i con la soga aun al cuello, todo demudado, i tan pálido, que apenas le conocia, preguntóle la causa de su afliccion, i el paciente le refirió todo: como tambien que aquel Religioso, que allí estaba, le habia librado, i lo llevaba consigo á confesarse al Convento. Francisco Mendez no veía á Religioso alguno; pero no obstante le acompañó hasta la Iglesia del Convento, en donde se despidió de él.

Púsose Juan Navarro á hacer oracion al lado del Religioso, que le habia cortado la soga, i que él solo veía: pero á poco rato yá no le vió, i creyendo se habia entrado en el Convento, fué en busca suya para confesarse con él: encontró con el Padre Fr. Bartolomé de Santa Maria, i preguntandole por el Religioso, que acababa de entrar, i respondiendole una, i muchas veces, que ningun Religioso habia en-

trado en el Convento en todo aquel tiempo, fué grande su desconsuelo. Para darle entera satisfaccion, viendo su mucha instancia juntaronse todos los Religiosos, que estaban en el Convento, i conociendo que ninguno de ellos era aquel por quien preguntaba, creció su pena, hasta que viendo acaso una pintura del Siervo de Dios, empezó á exclamar, que aquel era su bienhechor, i el que le habia librado de la muerte del alma, i del cuerpo, pidiendo con instancia se lo llamasen: dijeronle entonces, que ya era muerto, i con esto conoció, que por medio de este su Siervo habia usado el Señor con él de tan grande misericordia; i refiriendo á los Religiosos lo que le habia sucedido; fué llevado al sepulcro del Siervo de Dios, para darle gracias por el beneficio recibido, i despues se confesó con el Padre Frai Pedro de Jesus, con mucho dolor de sus culpas, i vivió en adelante muy christianamente.

En la misma Ciudad de Córdoba Diego de Rueda adoleció de un maligno tabardillo, del qual acababan de morir en la misma casa en una semana, el padre, la madre, i un hermano. Recibió todos los Santos Sacramentos, i fué desauciado de los Medicos. Fué á visitarle un Religioso llamado Frai Gabriel de San Joseph; dióle á beber un poco de agua, en que habia metido un huesecito de nuestro Venerable Padre, encargándole, que interiormente se encomendase á su intercession, i valimiento para con Dios. Hízolo así, i á poco rato de haber bebido el agua se halló enteramente sano con admiracion de todos: i reconocido el enfermo al beneficio, fue luego á dar gracias al Bienhechor, i para perpetua memoria hizo pintar un hermoso cuadro del Siervo de Dios. El mismo beneficio, i en las mismas circunstancias de estar ya con los Santos Sacramentos, i leyendoles la recomendacion del alma, recibieron en Granada Doña

ña Ana de la Fuente, Doña Ana Escobar, i Juan de Cos, dandoles á beber de dicha agua, á estos el Padre Fr. Justo de Jesus; i á aquella, aplicandola una estampa del Venerable, el Padre Fr. Bartolomé de Christo.

Los que estando de mucho tiempo con malignas calenturas, i en lo mas vivo del crecimiento, fueron instantaneamente libres de todo punto al contacto de la reliquia del Siervo de Dios, ó de su retrato, ó invocando su patrocinio, son muchos, i los mas deponen como testigos de hecho propio, en las informaciones para su Beztificacion. Señalóse particularmente el valimiento de nuestro Venerable Padre para con Dios, en las que en sus peligrosos partos invocaron su favor. Han sucedido casos maravillosos á juicio de los Profesores de Medicina, i Cirugia, i de las matronas mas prácticas. Madres ya agonizantes por la imposibilidad de dar á luz la criatura, sin poder ser socorridas con medicinas, ni

operacion alguna; en el instante de tocarlas con alguna estampa del bendito Padre, implorando su asistencia, con admiracion universal se hallaron enteramente libres, i con el gozo de ver felizmente nacido el fruto de sus entrañas.

Ni es menos prodigioso para con los que padecen hernias, ó quebraduras; pues viendose muchos en el estado mas deplorable, siempre en peligro próximo de morir; á la invocacion del Venerable Bautista, quedaron repentinamente sanos. Uno de ellos fue Alonso de Rivas, vecino de Córdoba, de profesion Alfarero. Este siendo ya de edad de cincuenta i ocho años, trabajando en una Iglesia, por una fuerza extraordinaria, que hubo de hacer, sintió un grave dolor en una ingle, que á los quince dias se declaró en una hernia completa, con descenso de los intestinos, i un tumor del grandor de la copa de un sombrero, como el mismo paciente se explica, i los Cirujanos que le asistieron.

Des-

Desde este tiempo, hasta la edad de ochenta i cinco años, vivió el pobre Alonso en continuo peligro, siendo preciso frecuentemente colgarlo por los pies, para que los Profesores pudiesen reducir á su lugar los intestinos, que á cada paso descendian, no obstante las precauciones, que usaba de ligamentos fuertes, i emplastros contra rotura.

En la abanzada edad pues de ochenta, i cinco años le vino al pensamiento invocar la proteccion del Venerable Padre Bautista, de quien habia oído muchas maravillas. Hízolo una noche con tal fervor, intension, i confianza en el Siervo de Dios, que como si á la invocacion estuviese anexá la sanidad, al acabar su devota súplica, apartó de sí el emplastro, i ligamentos; i saliendo de casa mui desembarazado, despues de oír Misa, se fue á cultivar un huerto, que tenia; observóse él mismo en el camino, i en el huerto, i se halló sin tumor, sin dolor, i sin embarazo pa-

ra caminar, i trabajar, i en prueba de su perfecta curacion, siguió trabajando todo aquel dia, i despues hasta la edad de ciento i cinco años, á que llegó; sin que jamás hubiese sentido la menor señal de la antigua hernia, ni usado despues de precaucion alguna. Todo lo qual deponen como testigos de vista dos Cirujanos, que le asistieron muchos años, i despues de este suceso le reconocieron perfectamente sano; i además siete testigos, todos de mayor excepcion.

Uno de estos qualificados testigos fue un Padre Maestro del Orden de Predicadores, el qual siendo suplicado á declarar ante los Señores Jueces Apostólicos lo que sabia acerca del prodigio obrado en la persona de Alonso de Rivas, al mismo tiempo que dió su deposicion acerca de él, depuso tambien de otro igual obrado en su persona: i fue, que hallandose con la misma enfermedad que Alonso de Rivas, i con los mismos tristes efectos, invocando al

Ve-

Venerable Padre con aquella devocion, i confianza que era propia de su mucha virtud, consiguió el quedar perfectamente libre de tan penosa enfermedad.

En la misma Ciudad de Córdoba vivia una muger casada, que adolecía igualmente de una hernia tan completa, i penosa, que al mismo tiempo que la sujetaba á operaciones de todos modos mui trabajosas, le imposibilitaba á ejercer todos los oficios de casa, propios de su estado, i sexo. En medio de esta penosa indisposicion le sobrevino un tabardillo, que la constituyó en grave peligro de morir. Recurrió en él al patrocinio del Venerable Padre Bautista; i despues de un dulce sueño, en que le pareció haberle visto, que le daba su bendicion, despertó sin calentura, i enteramente sana del tabardillo. Repitió su súplica al sepulcro del Venerable, haciendose llevar allá de unas mugeres, i del marido, para darle gracias por el favor recibido; i con la mayor confianza que pudo, le

pidió, que asi como la habia favorecido sanandola del tabardillo, continuase su favor librandola del mal tan trabajoso de la hernia, que la imposibilitaba á atender al gobierno de su casa. Quando acabada su oracion, quiso volver á su casa, ya pudo levantarse por sí sola, sana, i libre de la hernia, i asi continuó, i perseveró, sin que en adelante hubiese sentido la menor indisposicion de este género, ni necesitado de usar remedio, ni precaucion para ella.

Quiera la Santisima Trinidad, que quanto antes la Silla Apostólica declare por tales estos milagros, para que, dando culto público en los Altares al que tuvo la gracia de obrarlos, demos principalmente la gloria al Supremo Autor de todas las maravillas, que es admirable en sus Santos, i en todas sus obras; i nos excitemos al mismo tiempo los hijos á seguir las santas huellas de nuestro santo Padre, que es medio para glorificar á Dios Padre, Dios Hijo, i Dios Espiritu Santo. Asi sea.

F I N.

Handwritten signature: J. J. J. J.

Faint, illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through.



Chas. J. Thomas 920. Michigan, Detroit, Dec 20

